
Volviendo a empezar
Rewind it Back
LIZ TOMFORDE
montena

Volviendo a empezar

Rewind it back

LIZ TOMFORDE

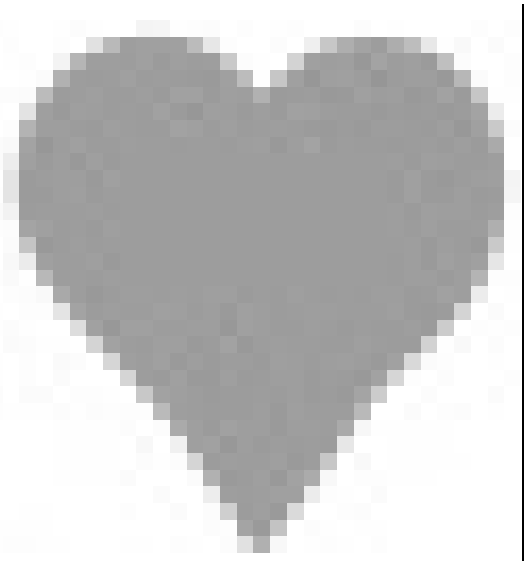
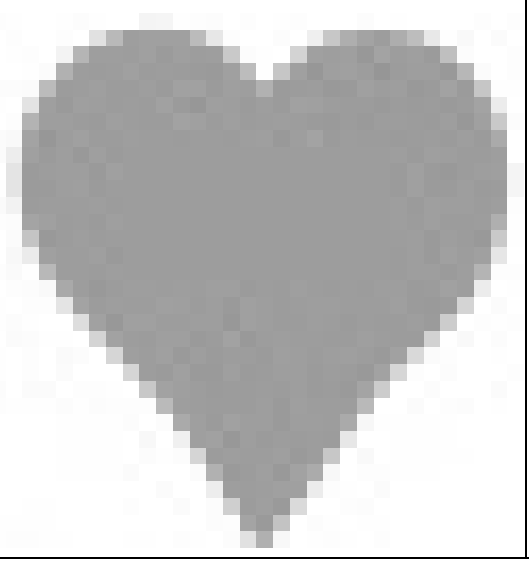
Traducción de Yolanda Casamayor y Amaia Zorriqueta

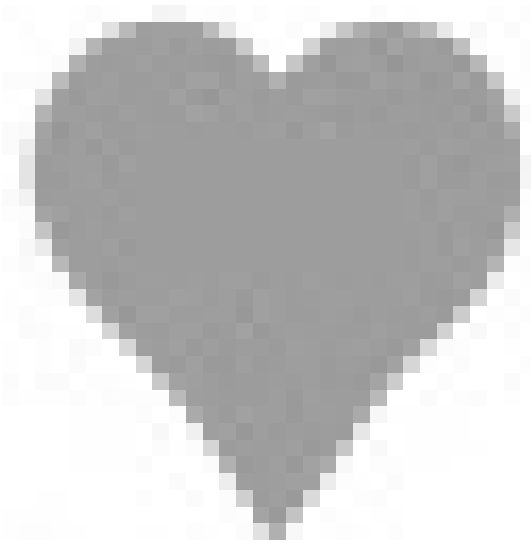
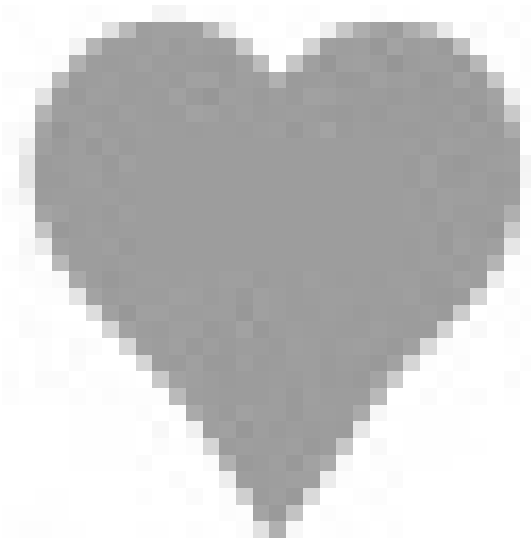
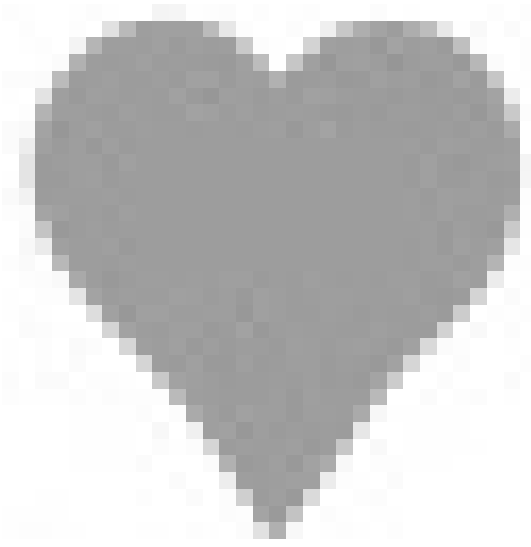
montena

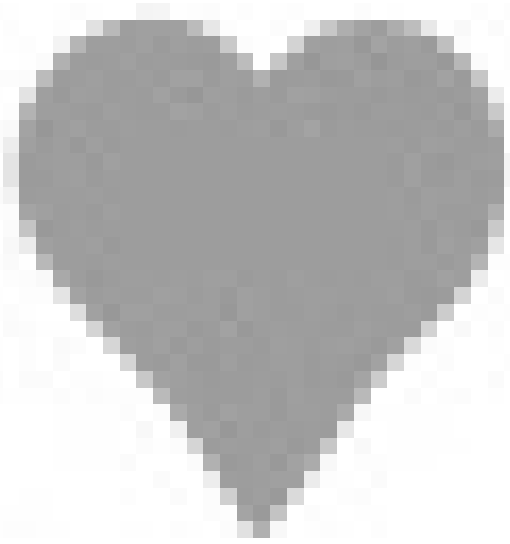
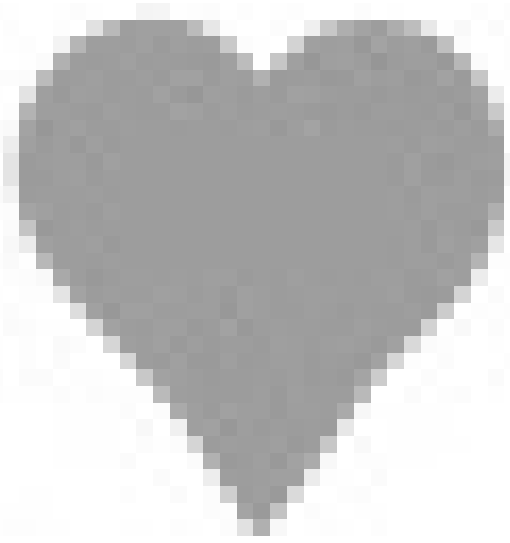
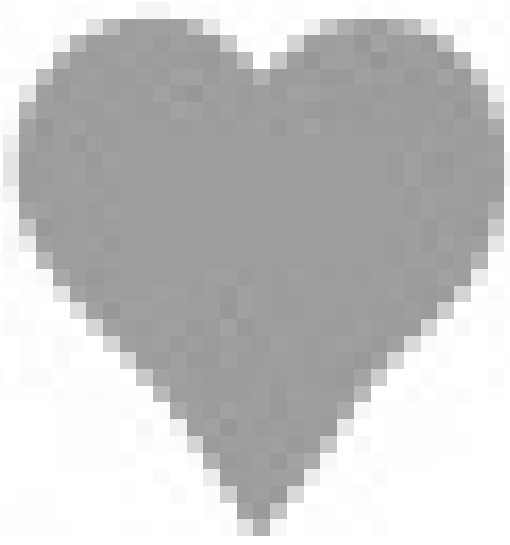
Por los diez personajes, las cinco parejas, los tres equipos, los dos pares de hermanos y el increíble grupo de amigos que me han cambiado la vida.

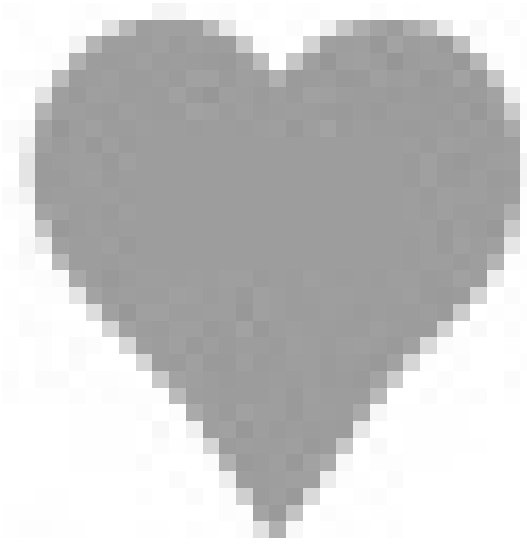
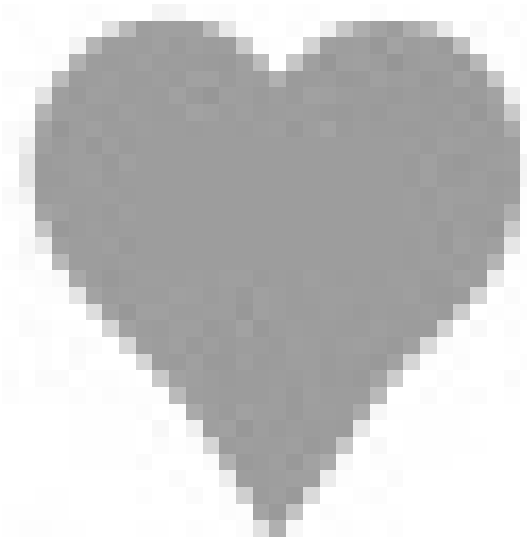
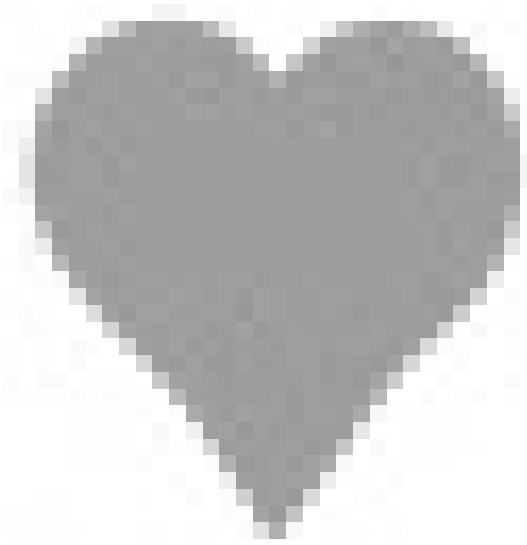
Esta os la dedico a vosotros, los lectores.
Gracias por pasar el rato conmigo en Chicago.

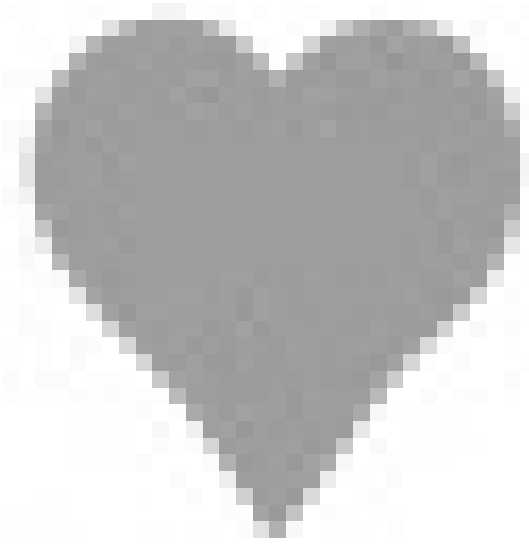
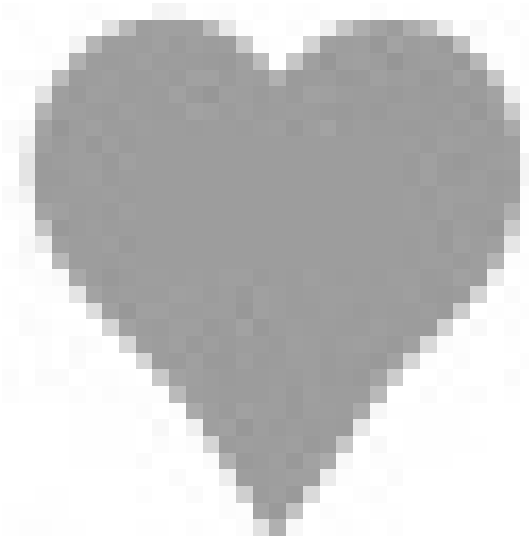
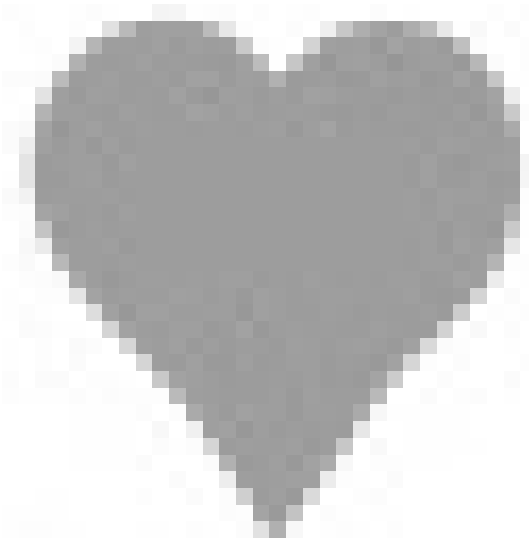
Playlist

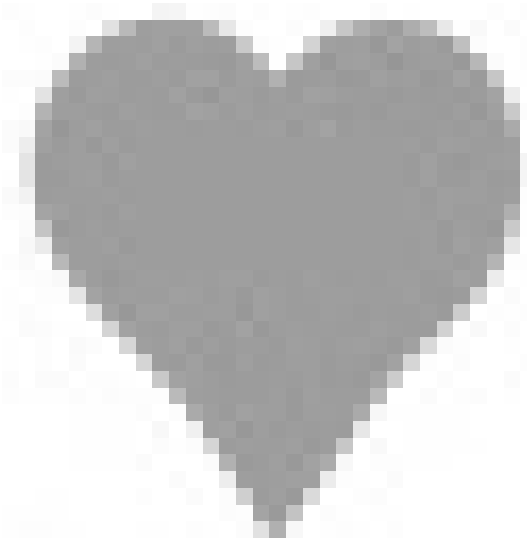
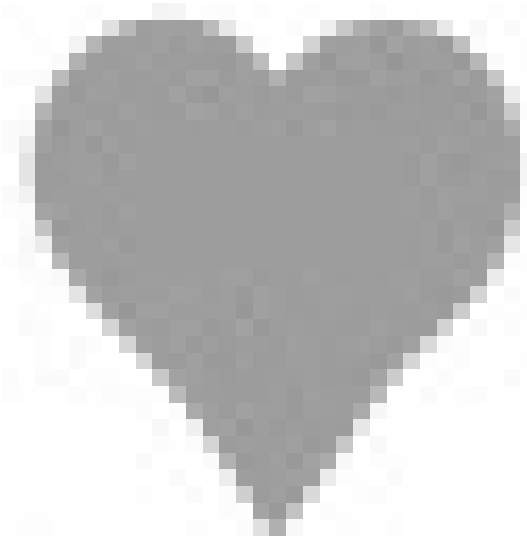
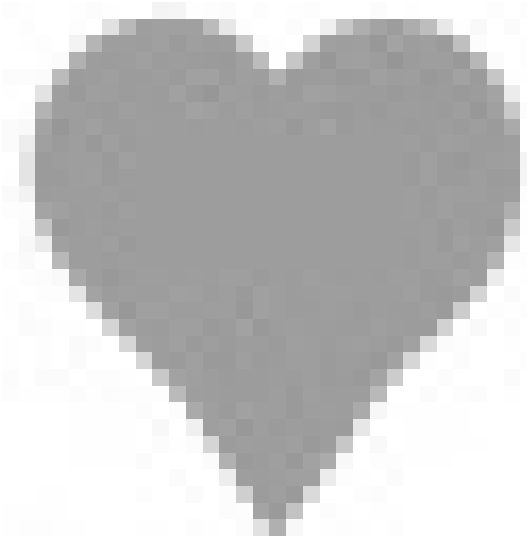
Are You Even Real – Teddy Swims & GIVEON		2:27
Nights Like This – Kehlani feat. Ty Dolla $ign		3:21

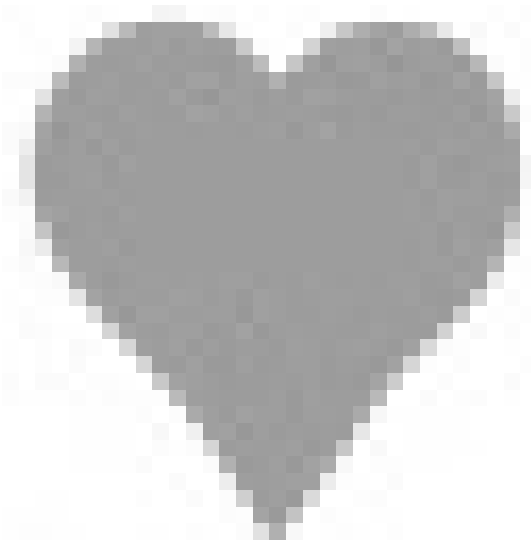
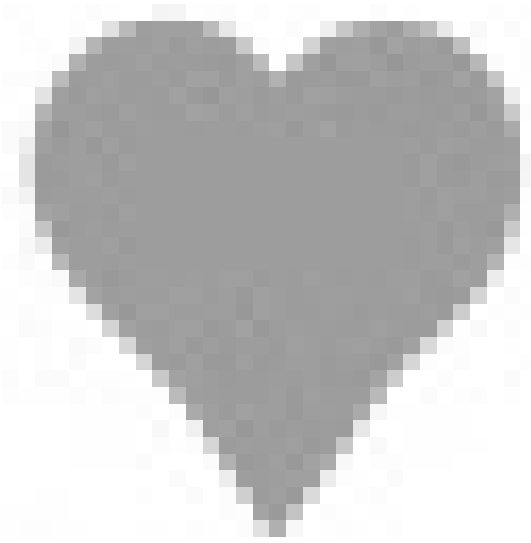
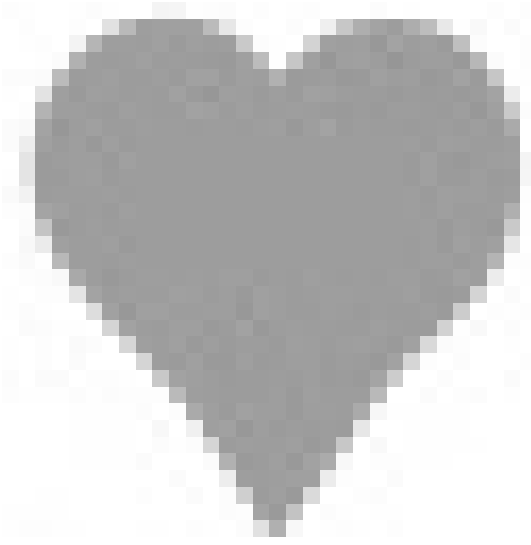
Asking For Too Much – Aaron Page feat. Tone Stith		2:56
My Boo – Alicia Keys & USHER		3:43
Hate That I Love You – Rihanna feat. Ne-Yo		3:38

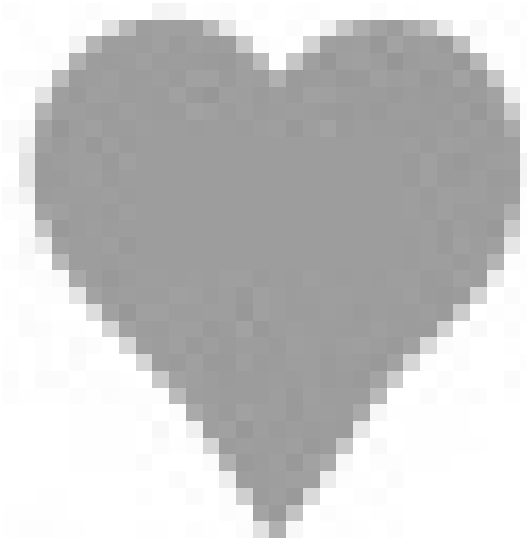
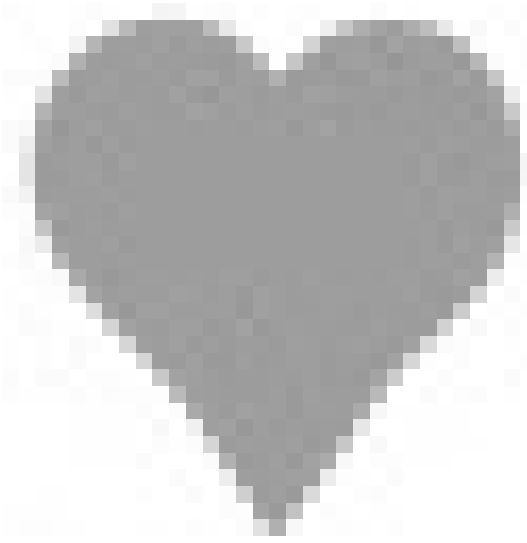
Second Chances – Kiana Ledé feat. 6LACK		3:12
Hold On – H.E.R.		3:23
Change – Arin Ray & Kehlani		3:12

hillside – Gabriel Jacoby		2:52
Nobody Gets Me – SZA		3:00
Reason – Blxst		2:59

A New Thing – Madison Ryann Ward		3:37
Favorite Girl – Marques Houston		3:33
One Of These – Ella Mai		3:44

Anyone – Justin Bieber		3:10
ICU – Coco Jones		4:01
Brown Eyed Lover – Allen Stone		3:57

BIRDS OF A FEATHER – Billie Eilish		3:30
Run Through Fire – Pink Sweat$		3:04
Easy (Unplugged) – DaniLeigh		3:59

This Is – Ella Mai		3:26
4 Ever – Lil' Mo feat. Fabolous		3:42

1
Rio

—Mi preferido es el corte esmeralda.

Con el tenedor y el cuchillo en la mano, troceo mi bistec y digo:

—No sé. Este corte *porterhouse* está cocinado a la perfección.

—Diamantes, Rio. —El tono de Chelsea reniega de la paciencia—. No carne.

No me digas, se refiere a los diamantes… Mientras tanto, yo me esfuerzo por hacerme el tonto porque lo último de lo que quiero hablar en una segunda cita es de su estilo de anillo preferido. Me gustaría saber si es una persona amable. Si se lleva bien con su madre. Si le gusta viajar. Joder, ni siquiera sé si tiene alguna alergia.

—Soy intolerante a la lactosa.

Su cara muta en confusión ante mi súbito cambio de tema.

—¿Qué?

—Lácteos. —Le doy otro bocado al bistec—. Me dejan jodido. A veces me tomo una pastilla con antelación y otras simplemente voy a pelo y lidio con las consecuencias.

—¿Acabas de decir que vas «a pelo» refiriéndote a la ingesta de lácteos?

—Sí. Si hay helado y no llevo encima ninguna pastilla, no voy a dejar de comérmelo, ¿sabes? ¿Eres de esas personas afortunadas con un estómago que tolera los lácteos?

—Te estaba preguntando qué tipo de anillos llevan las mujeres de los otros jugadores del equipo. —Vuelve a desviar la conversación justo hacia donde no quiero que vaya, de modo que sigo comiendo y me niego a responder—. ¿Alguna tiene que trabajar? —opta por decir entonces—. Seguro que no.

—Algunas trabajan, sí. Una de mis mejores amigas está casada con mi compañero de equipo y trabaja en una protectora de perros mayores.

A Chelsea se le arruga la nariz, pero logra dominarla y vuelve a forzar una sonrisa.

—Bueno, supongo que es bonito.

—¿Tú cómo te ganas la vida?

Me atraviesa un breve instante de preocupación por si ya me lo ha dicho y lo he olvidado.

Habíamos ido a cenar poco antes de que me marchara a pasar fuera el verano, pero, como hacía tanto tiempo, ya no recordaba nada malo de la cita. Así que, cuando me preguntó si me interesaba volver a quedar, pensé: «¿Por qué no intentarlo de nuevo?».

A ver, la verdad es que no fue exactamente una pregunta. El mensaje decía: «¿Cuándo vas a llevarme por ahí otra vez? El viernes estoy libre». Pero supongo que da lo mismo.

—Creo contenido —responde sin titubeos—. Cosas tipo *influencer*. Moda y estilo de vida, más que nada.

—Qué guay. Así que trabajas para ti misma. ¿Te gusta?

Se encoge de hombros antes de pulirse la copa de *chardonnay* y agitarla en el aire sin hablar para que le traigan otra, ceja levantada y mirada expectante incluidas.

«Eso no me gusta», pienso para mis adentros.

«A lo mejor no se da cuenta de que es de mala educación», trato de justificar.

—Me gustan las ventajas que tiene —prosigue—. Puedo seguir mi propio horario. Me dan productos gratis. Esas cosas.

Esperaría a que me preguntara a qué me dedico, pero eso ella ya lo sabía antes de nuestra primera cita.

—¿Tienes alguna mascota? —indago.

—No. Demasiada responsabilidad.

—¿Estás unida a tu familia?

—No especialmente.

«Rio, ¿y tú estás unido a tu familia? Pues sí. Acabo de regresar después de tres meses en Boston, donde he pasado mucho tiempo de calidad con mi madre durante el receso de la temporada. Gracias por preguntar».

Su *chardonnay* llega a la mesa antes de que el camarero retire los platos ya vacíos y estoy a punto de dar la velada por concluida.

Me regaño a mí mismo por sentirme así.

Por sentirme siempre así.

No recuerdo la última vez que acabé teniendo una segunda cita, así que supongo que debería centrarme en esa pequeña victoria. Porque lo que suele pasar es lo siguiente: Estoy ansioso por conocer a alguien, o más bien desesperado. Salimos una vez, no siento esa chispa y ahí es donde muere la conexión.

«Esfuérzate más».

—¿Qué haces para divertirte? —sigo diciendo.

—Casi siempre estoy por ahí con mis amigos. Me invitan a muchos eventos; eso me ocupa bastante tiempo. Disfruto haciendo ejercicio. Me gusta probar restaurantes nuevos…

—¡A mí también me gusta probar restaurantes nuevos! —Me incorporo, emocionado en exceso por haber logrado encontrar un punto en común.

Chelsea me mira, completamente indiferente a mi entusiasmo.

—Genial.

«Mierda».

—¿Te gusta la música? —digo en un nuevo intento.

—Como a todo el mundo, ¿no?

—Vamos a escoger una canción.

Saco el teléfono y empiezo a buscar en mi biblioteca de música.

—¿Escoger una canción?

—Sí, ya sabes, por nuestra segunda cita. Deberíamos escoger una canción que nos hiciera recordarla. Así, cuando la escuchemos, nos acordaremos…

Mis palabras mueren al verle la cara.

Los ojos se le abren como platos, casi gritándome lo anormal que le parezco, y, cuando abre la boca para responder, la cierra al momento porque no tiene nada que decir.

Porque no es ella. Nadie más lo ha sido.

—O no… —decido.

Vuelve a dibujar esa sonrisa forzada.

—Mejor que no.

Chelsea echa un vistazo a su alrededor, entiendo que en busca de la salida, y no la culpo.

—¿Quieres tomar postre? —pregunto.

Tarda unos segundos en decidirse, hasta que al final me sorprende

inclinándose sobre la mesa y deslizando una mano sobre la mía.

—En realidad… —Su tono se ha vuelto meloso—. Estaba pensando que podríamos ir a tomar el postre a tu casa.

«Ah».

Eso… no me lo esperaba.

—He vuelto hoy mismo de pasar el verano en Boston, así que, por desgracia, no tengo nada de comer.

Me sonríe con aire seductor.

—No me refería a ese tipo de postre.

Ya, si está clarísimo que no se refería a ese tipo de postre, pero tenía la esperanza de que pensara: «No tiene ni puta idea de nada y es un pringado, así que vamos a dejarlo estar».

Pero es otra de esas situaciones en las que da igual si todo lo que digo son estupideces o, joder, incluso si no digo nada en absoluto. Al fin y al cabo, soy jugador de hockey profesional, y solo eso ya me facilita tener más primeras citas e invitaciones a pasar la noche de las que le cuento a nadie.

Pero sé lo que busco, y no es esta conexión.

—Chelsea, yo…

—Será divertido.

Me río entre dientes.

—Chelsea…

—¿De verdad vas a decir que no? —Sonríe buscando mi complicidad—. Rio…

Pronuncia mi nombre con un tono que bien podría significar: «Si me rechazas es que estás mal de la puta cabeza», y que le he oído a más mujeres de las que me gustaría admitir.

No cabe duda de que es una chica preciosa y, si yo fuera de los que se llevan a alguien a casa sin tener expectativas de futuro con esa persona, quizá lo haría.

Pero no es el caso.

Pago la cuenta discretamente cuando la dejan sobre la mesa antes de decir:

—Gracias por venir a cenar esta noche.

Es entonces cuando se da cuenta de que voy en serio con lo de que la cita se ha acabado. Pone los ojos en blanco, pero no dejo que

eso me haga cambiar de idea, y luego saca el teléfono y se pone a escribir en la pantalla sin responderme.

—¿Vamos tirando? —propongo.

Ella no levanta la vista del dispositivo.

—No hace falta. Voy a encontrarme con unos amigos en una fiesta que hay a la vuelta de la esquina.

—Ah, vale. Como te he ido a recoger, he pensado que lo mínimo que podía hacer era…

Su sonrisa se vuelve compasiva mientras se levanta y desliza los brazos dentro del abrigo.

—Había hecho planes alternativos, pero pasa una buena noche solo, Rio. Gracias por la cena. —Agita los dedos con gesto descuidado y se escabulle por la salida que antes había estado buscando con la mirada.

Quizá debería sentirme desconcertado u ofendido, pero no es la primera vez que me dejan solo en una mesa después de decidir que no deseo seguir la noche en mi casa, y estoy seguro de que no será la última.

Aunque, a la mierda, esta copa de vino tinto que llevo saboreando toda la noche es una delicia y no estoy lo suficientemente avergonzado como para desperdiciarla. Así que vuelvo a sentarme en la silla de mi mesa individual y la disfruto mientras saco el móvil, que está a rebosar de mensajes.

Zanders: *Rio, ¿has vuelto?*

Indy: *¡Por favor, dime que sí! ¡Te echo de menos!*

Stevie: *Taylor ha preguntado dónde estaba el tío Rio todas las cenas de los domingos de este verano. Ha sido muy triste. No deberías volver a irte nunca más.*

Kai: *¡Bienvenido de nuevo, tío!*

Miller: *¡Las noches de chicas no han sido lo mismo sin ti!*

Kennedy: *¿Esta es la primera cena de domingo en la que vamos a coincidir todos desde mayo? Estoy deseando veros.*

Isaiah: *Pero ¿ha vuelto Rio? No contesta.*

Zanders: *Más le vale. Mañana es el primer entrenamiento de la temporada.*

Yo: *No voy a responder hasta que todos y cada uno de vosotros*

hayáis preguntado si estoy bien, y me falta uno…

Zanders: ponerillorarderisa16

Kai: *Hay cosas que nunca cambian.*

Indy: *Cariño, eso va por ti.*

Ryan: *No pienso hacerlo.*

Miller: *Ryan, podría estar herido, perdido o atrapado sin comida ni agua y nunca lo sabríamos porque tú no eres capaz de hacer una sencilla pregunta.*

Isaiah: *No sabía que el grupo había adoptado a un perrito.*

Stevie: *Es nuestro perrito.*

Kennedy: *Nuestro pequeño y dulce perrito que solo quiere saber si Ryan se preocupa por él.*

Yo: *…*

Ryan: *Está bien. Rio, ¿has vuelto o qué?*

Yo: *Tu interés y preocupación por mí no conocen límites. ¡Ya estoy en casa, cielo!*

Ryan: *No puedo con esto.*

Yo: *Lo sé. La distancia también ha sido difícil para mí, Ryan.*

Ryan: *Me largo de este chat grupal.*

Lo hace durante una fracción de segundo, hasta que su mujer vuelve a agregarlo.

Indy: *¡Nos vemos todos el domingo en nuestra casa!*

El arrepentimiento me remueve las tripas por no haber parado en alguna de sus casas cuando volví a la ciudad. En lugar de eso, me fui a la mía el tiempo suficiente para dejar las bolsas antes de recoger a Chelsea para nuestra cita.

Parte de mí piensa que debería abandonar. He buscado durante años sin descanso, desde que me mudé a Chicago, y empiezo a pensar que el amor verdadero ya no existe.

Luego recuerdo que he visto a ocho de mis amigos encontrarlo durante los últimos años, así que sé de primera mano que sigue ahí fuera.

Me acabo la copa de vino antes de escribirle a Indy por separado.

Yo: *Me paso por tu casa de camino a la mía.*

Indy: *¡Sí, porfa! Te he echado de menos. No vuelvas a irte de casa tanto tiempo.*

—Deduzco que la cita no ha ido bien —aventura Indy mientras nos sentamos en el sofá de la sala de estar.

Ryan vuelve tras asegurarse de que sus hijos de dos años duermen apaciblemente y se une a nosotros para recibir el parte de lo sucedido.

—¿Alguna vez van bien? —pregunto a modo de respuesta.

—¿Adónde la has llevado?

—Al Sullivan's, en la Octava.

Ryan se pone rígido en su asiento y una sonrisa juguetona inclina la boca de Indy.

—Ay, me encanta ese sitio. Estuve allí en una ci…

—Cuidado, Blue —dice él con brusquedad mientras tira de ella hacia su regazo.

Se sonríen entre ellos como si compartieran un secreto, y quizá me parecería todo demasiado almibarado si no fuera porque yo deseo lo mismo para mí con todas mis fuerzas.

Pero además el secreto no es tal. Todos sabíamos que, antes de estar juntos, Ryan se había llevado a Indy de una cita en el mismo restaurante al que yo había ido esa noche.

Indy fue auxiliar de vuelo en mi equipo de hockey hace unos años y, desde entonces, ha sido mi mejor amiga. Conoció a su ahora marido cuando la hermana de Ryan le ofreció una habitación en casa de él, y el resto es historia. Ryan es el capitán del equipo de baloncesto de Chicago y, aunque he sido fan suyo durante años, con el tiempo también se ha convertido en un buen amigo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Indy.

—Ella… —Dudo—. No estaba por la labor. No le interesaba. Ya me conoces. O acabo en la zona de amigos o las asusto.

No era del todo mentira. A ella no le interesaba saber qué quiero.

Lo que no les cuento a mis amigos es con cuánta frecuencia no las asusto. No les explico las veces que soy yo el que intenta ponerse en la zona de amigos y no funciona. Les dejo creer que soy un perfecto idiota sin ningún tipo de habilidad para ligar, porque eso parece más fácil de explicar que el hecho de que tengo veintisiete años y nunca, ni una sola vez, me he enrollado con nadie con quien no sintiera una conexión profunda.

Voy poco a poco. Siempre ha sido así. Joder, no perdí la virginidad hasta los diecinueve años e, incluso entonces, fue con una chica a la que conocía desde los doce.

—Lo siento, tío —dice Ryan—. Son cosas que pasan.

—Sí, puede. —Me levanto y me estiro—. Bueno, me voy. Solo quería pasarme un momento a saludar. Os quiero, chicos.

—Te quiero, Rio.

—¿Lo has oído, Ryan? —pregunto desde la puerta principal—. ¿Has oído con qué facilidad lo ha dicho?

Él niega con la cabeza.

—Eso no va a pasar nunca.

—¡Nunca digas nunca, Shay!

Cuando paro el coche en mi entrada ya es tarde, pero las luces nuevas del jardín delantero de mi vecina iluminan la casa de al lado lo suficiente como para ver que no es la misma junto a la que vivía tres meses atrás.

—¿Tu casa siempre ha tenido mejor aspecto que la mía? —pregunto mientras salgo del coche.

Wren se ríe desde el buzón, mirando su hogar por encima del hombro.

—No. Llevan reformándola todo el verano, pero, para ser una pobre estudiante de posgrado, ¿verdad que tengo una casa mucho más bonita que la del jugador de hockey profesional que vive al lado?

Nos encontramos en la acera, a medio camino entre nuestras propiedades, y me inclino para darle un abrazo.

—¿Un buen verano? —pregunto.

—Tanto como cabría esperar del último antes de acabar el posgrado, lo que quiere decir que he vivido en un aula, no he visto la luz del sol y me he pasado los fines de semana estudiando en una zona en construcción. ¿El tuyo?

—Ha estado bien. Me ha encantado pasar algo de tiempo con mi familia. Y también estar unos meses en Boston.

Me echa una mirada de complicidad.

—¿Cómo de insoportable se te hace la idea de dejar atrás otro otoño del noreste?

—Ni lo menciones.

Señala hacia mi casa.

—Te he dejado el correo sobre la isla de la cocina. He abierto las ventanas un par de veces por semana para que el aire no estuviera cargado. Y tu única planta está creciendo bien, así que de nada.

—Es una suculenta, Wren. Lo único que tienes que hacer es dejarla en paz.

Asiente con un gesto de aprobación, claramente orgullosa de sí misma.

—Bueno, entonces he hecho un buen trabajo.

Wren es mi vecina desde hace años. Su hermano compró la casa contigua a la mía para que ella tuviera un lugar donde vivir mientras estudiaba, y desde entonces hemos sido buenos amigos.

«Buenos amigos» de los que de vez en cuando rajan de otros vecinos mientras se toman una cerveza o de los que se ofrecen una taza de azúcar si al otro se le ha acabado. O, como en este caso, de los que cuidan la propiedad del otro si uno se va de viaje fuera de la ciudad.

Sus hermanos son deportistas profesionales, así que nunca se ha inmutado al verme a mí o a mis compañeros de equipo cuando vienen a casa, algo que siempre me ha gustado de ella.

Somos las dos únicas personas de esta calle que viven solas; las demás casas están llenas de familias. En realidad tiene mucho sentido, ya que son viviendas enormes con cuatro o cinco dormitorios. Hay una universidad cerca, así que algunas casas alquilan habitaciones a estudiantes de posgrado, pero están tan ocupados estudiando que nunca los veo.

El hermano mayor de Wren, Cruz Wilder, es un famoso jugador de baloncesto que compró la casa que hay junto a la mía para que su hermana pudiera vivir sin tener que pagar ningún alquiler mientras estudiaba. El plan siempre había sido personalizar la vivienda, que estaba decorada con materiales de bajo coste, y venderla para obtener beneficios una vez que ella acabara el posgrado. Él lo llama «inversión», pero he conocido a Cruz. Simplemente no quiere que su hermana se estrese buscando un buen sitio para vivir durante sus años de universidad.

A mí también me gusta decirme a mí mismo que me compré esta casa de nueva construcción con veintiún años porque estaba haciendo una inversión y no porque fuera un puto merluzo. En mi año de novato, ni un solo tío del equipo vivía fuera de la ciudad. Todos tenían apartamentos. Algunos de los chicos con contratos más pequeños compartían piso, pero todos estaban cerca del estadio, ya fueran en coche o andando.

Pero este gilipollas pensó que era buena idea comprarse una casa de cuatro dormitorios a veinte minutos de la ciudad. Como si creyera que iba a vivir en familia y no como un soltero de veintisiete años todo este tiempo después.

Al menos tengo algo de espacio, un bonito patio con jacuzzi y puedo decir que mi casa se ha convertido en el punto de recreo del equipo, básicamente porque cabemos todos.

Y ¿quién sabe? Puede que mi «inversión» dé sus frutos el año que viene.

Vuelvo a señalar hacia la casa de Wren.

—Entonces ¿has redecorado? ¿Pintando las paredes y eso?

—Algo así. ¿Quieres verla? —Mira la hora en el móvil—. Me quedan cinco minutos exactos de descanso antes de volver a mis estudios.

—Haremos una visita rápida. —La sigo—. La próxima vez que hagas una pausa, te invito a cenar. Pediré comida para llevar de ese sitio griego que te gusta y podrás contarme todos los cotilleos del vecindario que me he perdido.

Gira la cabeza hacia mí y levanta una ceja.

—¿Las próximas dos veces? —propongo en un segundo intento.

—Te he vigilado la casa durante tres meses y eres asquerosamente rico.

—Vale. Tres noches de comida para llevar y te saco la basura a la acera todas las semanas del mes que viene.

—Por algo eres mi vecino preferido.

Eso es lo único que hemos sido el uno para el otro: vecinos platónicos. No quiero que se me malinterprete, Wren es genial, pero nunca la he visto más que como una amiga, y sé que ella siente lo mismo por mí. Tengo muchas amigas y ella es una más.

Abre la puerta principal, que está recién pintada. Es de un marrón

oscuro que contrasta grácilmente con el nuevo revestimiento verde salvia y el marcado ribete blanco.

El suelo es lo primero que veo. Un flamante parqué de tonos claros pero cálidos. Paredes realzadas: unas cubiertas de un moderno papel pintado, otras pintadas de colores sutiles a la par que cautivadores. La escalera luce una barandilla nueva, los armarios de la cocina han recibido una capa de pintura y las encimeras se han renovado para darles un estilo más personal. Incluso las lámparas son nuevas y brillantes y dan la sensación de cohesionar todo el espacio.

—Madre mía —exhalo mientras giro lentamente en un pequeño círculo y lo asimilo todo—. Apenas la reconozco.

—Esa chica ha hecho un trabajo increíble.

—¿Y quién es esa chica?

Normalmente les hago esa pregunta a mis amigos añadiendo sin hablar: «¿Está soltera?, ¿es maja?, ¿estaría interesada en alguien como yo?».

Pero ahora mismo más bien quiero saber quién narices ha transformado esta casa tan anodina en un hogar digno de revista y si esa persona está disponible para hacer lo mismo con la mía.

Está a años luz de la casa decorada con materiales de bajo coste que compró el hermano de Wren, y si acabo poniendo mi propiedad a la venta el próximo verano al mismo tiempo que la de él, estaré jodido. Nadie va a querer echarle un segundo vistazo a mi casa cuando la suya tiene este aspecto.

Wren me enseña el piso de arriba. Ahora el desván se ha configurado como sala de ocio o como posible espacio infantil, según el comprador. Cada dormitorio tiene un diseño único que refleja el mismo lujo y encanto personal que el resto de la casa.

Mientras me guía por el pasillo, me detengo al ver que en uno de los dormitorios libres hay una cama. Las habitaciones de arriba siempre han estado vacías, a diferencia del cuarto de invitados de abajo, que es donde se alojan sus hermanos cuando están en la ciudad.

Señalo el colchón desnudo que descansa sobre el somier.

—¿Wilder, va a venir un compañero de piso o algo por el estilo?

—Pues sí, una chica. Cuando se le acabe el contrato actual, en octubre.

Me sorprende oírlo, porque hace años que vivimos los dos solos en nuestras casas absurdamente grandes. Aunque los motivos de que nuestros hogares estén vacíos no podrían ser más diferentes.

Wren estudia demasiado y nunca ha querido compañeros de piso, y su hermano está lo bastante forrado como para permitírselo. Mientras que yo soy un triste gilipollas que ha estado esperando a alguien que nunca llegó.

—¿Por qué?

—¿Que por qué ahora quiero compartir piso? Porque la chica necesitaba un sitio asequible donde vivir y nos llevamos bien. De hecho, es la diseñadora de la casa. Este verano estuvo por aquí todos los días y nos hicimos amigas. Además, trabaja continuamente y solo vendrá a dormir. —Va asintiendo con la cabeza por el pasillo —. Venga, que te enseño el resto.

Los baños están renovados con azulejos y grifería moderna. Hay elegantes luces que cuelgan sobre las fotos enmarcadas del pasillo. Mola hasta el puto lavadero, que rebosa profundidad y carácter.

—Bueno, pues estoy jodido —afirmo sin medias tintas—. Nunca conseguiré vender mi propiedad si compite contra esto.

—Cruz no bromeaba cuando dijo que quería rentabilizar la inversión. —Me da un manotazo en el hombro—. ¿Sabes? Deberías hacer lo mismo. Contrata a un diseñador. Pon al día esa fraternidad del hockey que tienes por casa si vas en serio con lo de venderla.

¿Voy en serio con lo de venderla? Aún no lo sé, pero si la temporada pasada no firmé la ampliación anticipada de mi contrato con los Raptors fue por algo. No estaba seguro de querer pasar otros seis años de mi vida alejado de Boston. De mi ciudad natal. De mi familia.

Es probable que este sea el último gran contrato de mi carrera y me veo en la encrucijada de decidir si quiero jugar al hockey para Chicago durante toda mi carrera o si prefiero probar a ir por mi cuenta y cumplir mi sueño infantil de jugar para los Boston Bobcats.

Sin duda mi madre quiere que vuelva. Joder, si fuera por ella, vendería mi casa y me mudaría en cuanto acabaran la temporada y

el contrato vigente.

Wren es la única persona de mi círculo de amigos que sabe que me planteo vender porque, en cuanto se saque el posgrado en primavera, ella hará lo mismo. Mudarse a casa para estar cerca de su familia.

—¿Cómo la has encontrado? —pregunto—. Me refiero a la diseñadora.

—¿Has oído hablar de Tyler Braden? Es un reconocido diseñador de interiores. De aquí, de Chicago.

Le lanzo una mirada carente de expresión.

—A ver, yo qué sé. Tiene una línea en Target y su propio programa en la HGTV. Tienes madre y como mil amigas. Pensé que igual te sonaba.

—¿Lo contrataste a él? ¿Cruz soltó toda esa pasta para luego revender?

—Bueno, eso quería yo, porque me obsesiona Tyler Braden y habría sido un sueño, pero te aseguro que el presupuesto que me dio mi hermano no daba para tanto. Sin embargo, sí que me llegó para contratar a una de sus becarias, y resulta que es increíble en su trabajo y ahora además mi nueva amiga, así que no dudaré en sobornarla para que me lleve a la fiesta navideña de Tyler Braden Interiors de este año. Al final todos salimos ganando.

Suelto una risita.

—¿Y cómo lo hago para contratarla?

—Te enviaré el contacto del estudio de diseño. —Saca el teléfono para enviarme un mensaje—. Mierda. Se acabó el descanso.

—Te dejo a lo tuyo. Me alegro de verte, Wren. Gracias por cuidar de mi casa todo el verano.

—Sin problema. Entonces ¿qué vas a hacer? ¿Contratar a la misma diseñadora?

—Tal vez.

Pueden pasar dos cosas. Que el próximo verano ponga mi casa a la venta o que eche raíces aquí a largo plazo. De una manera o de otra, la casa no puede venderse tal cual está y si por casualidad conociera a alguien con quien ir en serio… este no sería ni de coña la clase de hogar al que quiero llevar a una mujer.

—¡Oye! —Wren me da un manotazo en el bíceps—. ¿Cómo ha ido la cita?

Esa es otra. La cita me ha hecho recordar que llevo seis años en Chicago y es muy posible que esa persona especial no se encuentre aquí.

2

Hallie

—¿Y te acuerdas de dónde está el lavadero?

—Wren. —Me río entre dientes—. Solo hace dos meses que dejé de trabajar en tu casa. Claro que me acuerdo de dónde está el lavadero.

—Tienes razón. No sé por qué estoy tan rara. Es que hace mucho que no vivo con nadie y quiero asegurarme de que estés cómoda.

Si viera el estado del apartamento del que me mudo, no estaría preocupada por mi comodidad. Antes de la reforma, esta casa ya habría supuesto una mejora enorme con respecto a mi vivienda anterior, pero tras el lavado de cara…, bueno, ahora es tan apetecible como el alquiler que me cobra el hermano de Wren.

—¿Y tú? ¿Estás cómoda? —le pregunto dejando la bolsa de deporte sobre mi nueva cama—. Sé que ni necesitas compañera de piso ni probablemente quieras tener una, así que si esto te hace sentir…

—Estoy encantada de que estés aquí. De verdad. Será divertido.

Le sonrío agradecida mientras saco mi ropa de la bolsa.

—Yo también lo creo. Y, jolín, si al final acabamos odiándonos, al menos solo será algo temporal. En mayo podrás olvidarte de que existo.

Se ríe.

—No creo que eso vaya a ser un problema. Además, necesito que me presentes a Tyler Braden, así que, en el peor de los casos, simplemente fingiré que me caes bien.

—Por mí genial. Me da la impresión de que vas a ser la mejor falsa amiga y compañera de piso que he tenido jamás.

La verdad es que Wren no tiene nada de falsa. Es una persona amable y atenta de corazón. Siempre les traía café y postres caseros a los contratistas que estuvieron trabajando en la casa durante el verano. Se ofrecía a llevarme cuando me fallaba el coche, algo que al principio resultaba embarazoso, puesto que trabajo para un lujoso estudio de diseño de interiores y mi vehículo no grita precisamente

«pompa y estilo». Y, cuando supo de mi otro trabajo y de las horas que echaba solo para conseguir llegar a fin de mes, me ofreció una habitación en alquiler a un precio mucho más barato del que pagaba por vivir en el centro.

Con el paso de los meses, nos enteramos de que las dos teníamos hermanos —ella, tres; yo, uno—. Nos unió el hecho de que ambas éramos de fuera —ella, de la costa oeste, y yo, de la costa este o de otra zona del medio oeste, según se mire—. Y enseguida nos dimos cuenta de que ambas estábamos tan ocupadas, entre sus estudios y mi trabajo, que vivir juntas seguramente sería muy parecido a vivir solas.

De modo que nuestra amistad no tiene nada de falso. Y saber que a mis veinticinco años he sido capaz de hacer una nueva amiga en una nueva ciudad me ha dado un subidón de confianza. Cuando era más joven hacía amigos enseguida, pero de adulto no resulta tan fácil.

Aunque Wren se mude a su ciudad natal cuando acabe el posgrado, mi idea es quedarme en Chicago a largo plazo, por lo que espero que ella sea solo la primera de la larga lista de amistades que voy a hacer aquí.

—Oye, ¿ha hablado mi vecino con tu empresa para contratarte? —me pregunta.

—¡Sí! Gracias por recomendarme. Necesito hacer otro proyecto grande antes de que acaben las prácticas y, viviendo tan cerca, el arreglo es perfecto.

—Me alegro. Su nidito de soltero necesita una renovación. ¿Cuándo empiezas?

—Pronto, espero. Me darán el resumen del proyecto el lunes, en la reunión de personal.

Señala la bolsa que he dejado sobre la cama.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Estaré bien. Todavía tengo que coger algunas cajas del apartamento cuando vaya al centro esta noche.

—Ah, ¿trabajas en el bar?

—Por desgracia, no. Intenté coger un turno, pero el encargado denegó la petición. Dice que acumularía muchas horas extra si

trabajara esta noche. Pero tengo una cita y vamos a encontrarnos en las oficinas del centro, así que después recogeré las últimas cosas del apartamento.

Wren yergue la cabeza y se apoya contra el marco de la puerta.

—¿Una cita? Hallie Hart, te guardas lo mejor para el final.

—No te emociones demasiado.

—¿Quién es?

—Un nuevo cliente de Tyler. Hace poco se compró un apartamento y Tyler le está haciendo el diseño, así que nos hemos cruzado un par de veces por las oficinas.

—Pues no pareces muy contenta de que un tío rico con buen gusto te lleve por ahí.

Suelto una risita.

—No sé. Me siento halagada, pero ya llevo algún tiempo fuera del mercado y, francamente, mi preferencia actual es recuperar sueño. El caso es que Tyler me pidió que fuera y a mí me interesa hacerle la pelota porque quiero que me contrate a tiempo completo cuando termine las prácticas la primavera que viene.

—Me parece muy sensato. En el peor de los casos, conocerás a alguien nuevo y cenarás gratis. ¿Adónde vais?

—No estoy segura, se ha encargado él de la reserva, pero me dijo que fuera abrigada.

—Qué raro. —Se reincorpora junto al marco de la puerta, esta vez para irse—. Bueno, avísame si se te estropea ese coche de mierda que tienes y necesitas que te lleve a casa. Iré a recogerte encantada.

—Ey, no menosprecies a mi niña. Se encuentra perfectamente, muchas gracias, y no quiero que te oiga hablar mal de ella.

—Hallie, puedo oler la fuga de aceite de tu niña desde aquí. Prométeme que, cuando consigas ese empleo a tiempo completo, lo primero que harás será comprarte un coche nuevo.

He aparcado el coche «de mierda» en el punto más alejado del garaje para empleados con la esperanza de que nadie se fijará en él. A Wren no le faltaba razón. Está destartalado y sin duda pierde

aceite.

Para ser sincera, eso no es lo único que pierde.

Le dije a Brian que nos encontraríamos en el restaurante, pero él insistió en que era mejor llevar solo un coche. Se ofreció a recogerme en casa, pero es la primera cita y no conozco de nada a este hombre, así que ni de coña iba a darle mi dirección.

El estudio de diseño es terreno neutral.

Parece un tío normal. Es guapo, un poco tímido y nervioso, pero eso está bien, supongo.

A decir verdad, no tengo muy claro cuál es mi tipo, si es que tengo preferencia por algún tipo de chico. Hace tanto que no siento esa clase de interés por nadie que es como si estuviera empezando de cero y averiguando lo que me gusta. Los últimos años he tenido demasiadas preocupaciones como para pensar en citas.

Aunque, siendo sincera, la idea de conocer de nuevo a alguien me parece aterradora, y puede que en parte ese haya sido el motivo por el que me he mantenido tan ocupada estos años: como excusa para evitarlo.

Por eso este rollo tímido y nervioso de Brian me da confianza.

—¿Vas a mudarte a Chicago? —Por fin rompo el silencio mientras él conduce—. Tyler me ha dicho que te has comprado un apartamento en la ciudad.

—No, no voy a vivir aquí a tiempo completo. Tengo una casa en el sur de Florida y otra en Arizona, pero la idea es venir cada pocos meses.

—Esas son muchas propiedades que administrar.

Se ríe para sus adentros, disipando parte de sus nervios.

—Tengo a una persona que me las cuida cuando estoy fuera.

Hago una pausa.

—¿Y quién es esa persona?

No me contesta, y mi atención se dirige inmediatamente hacia su mano izquierda, en busca de una marca de anillo de boda o de algún cambio en su tono de piel derivado de la falta de sol. No veo ninguna de las dos cosas, pero mi intuición femenina está en alerta

máxima.

Esto es lo que detesto de las citas: intentar aprender todo lo posible no solo escuchando lo que dicen, sino también leyendo entre líneas. Es mucho más fácil cuando has crecido con esa persona y sabes cómo es tanto por dentro como por fuera.

Brian gira a la derecha en otra manzana y sigue la misma ruta que yo misma hago cuando voy del estudio de diseño al bar en el que trabajo.

—¿Dónde vamos a cenar? —pregunto.

—Es una sorpresa. —Sus ojos revolotean hacia mí y en los labios se le perfila una pícara sonrisa mientras se reclina en el asiento y va conduciendo su carísimo coche con una sola mano—. Por cierto, esta noche estás muy guapa.

La tímida fachada cae rápidamente hacia el territorio del flirteo.

Vuelvo a centrar la atención en la ventanilla del copiloto.

—Gracias. Tú también.

—¿Te gustan los deportes?

—¿Practicarlos o verlos?

—Verlos, en este caso.

—De vez en cuando. —Le echo una mirada de desconfianza—. ¿Por qué lo preguntas?

Su sonrisa se vuelve orgullosa, ya sin un ápice de timidez.

—Por curiosidad, nada más.

Brian reduce la velocidad al aproximarnos a una cola de vehículos y me doy cuenta de que las aceras están repletas de peatones que van en la misma dirección que nosotros. Los bares y los restaurantes de la manzana rebosan de clientes; la emoción es palpable incluso desde el interior del coche.

Se oye música por la calle, los edificios están iluminados con luces rojas, las banderas del equipo de Chicago cuelgan de las ventanas y, un poco más adelante, hay unos controladores de tráfico que guían a los vehículos hacia determinados carriles y aparcamientos.

La ansiedad me eriza la piel. Esa intuición a la que me refería ahora es un zumbido alarmante.

—Brian, ¿por qué me pediste que me abrigara?

Se ríe, pero no me contesta. En lugar de eso, baja la ventanilla

para hablar con el controlador de tráfico y esta vez, cuando miro por el lado del copiloto y me fijo mejor, veo que toda esa gente de ahí fuera va vestida de rojo, negro y blanco.

Y todos se dirigen al United Center, en la calle de al lado.

No. No, no, no. No podemos ir allí.

—¿Vamos al United Center? —pregunto; ahora es mi voz la que suena nerviosa.

Una vez más, no me contesta y sonríe satisfecho como si creyera haberme impresionado profundamente. Pero no es así. Estoy aterrada.

Lo único que puedo hacer es rezar para que el partido de esta noche sea de los Devils. Baloncesto… Baloncesto estaría bien.

—Mi amigo tiene abonos de temporada y no ha podido venir —explica—. Espero que te guste el hockey.

«Me cago en mi vida».

Observo a la multitud que pulula alrededor del estadio. La mayoría de la gente lleva camisetas de los Raptors. Su camiseta.

Se me seca la boca.

—Podríamos haber venido andando desde el estudio.

«Así yo podría haber echado a correr en la dirección opuesta en cuanto me hubiera dado cuenta de adónde nos dirigíamos».

—Quería darte la oportunidad de que montaras en este coche. —Brian gira hacia un aparcamiento privado—. ¿A que soy adorable?

Su aire de timidez ha quedado atrás hace rato. Ahora es un engreído de cuidado.

Brian me habla mientras pasamos el control de seguridad privado y nos escanean las entradas, pero yo no lo escucho. Culparía al tumulto de gente que nos encontramos en los pasillos cuando entramos en el estadio, pero, sinceramente, lo único que oigo es el silbido de mis oídos.

Mi cuerpo es demasiado consciente de lo que tiene alrededor porque no debería estar aquí. Llevo evitando este edificio desde que me mudé a Chicago, hace seis meses. Ni siquiera me atrevía a caminar por la calle en la que se encuentra, y aquí estoy ahora, dentro de él.

Brian me guía hasta nuestro sector y yo voy detrás, escudriñando

con ojos nerviosos el área que me rodea. Este estadio es enorme. ¿Cuántos asientos tiene? ¿Veinte mil? Es imposible que me vea entre tanta gente.

Pero no son solo personas. Son fans… que llevan su camiseta.

Doblamos una esquina y el corazón me da un vuelco, haciéndome parar en seco cuando me encuentro de cara con él.

Bueno, con una versión suya de seis metros impresa en un cartel y colgada del techo para disfrute de todos sus seguidores. En la pared hay otra en la que sale con una pose diferente. Es una imagen a tamaño natural con la que los niños se hacen fotos en el pasillo.

Oigo cómo la sangre me bombea en los oídos mientras contemplo esa cara. Esos ojos verdes. Esa sonrisa descarada.

La he visto más veces de las que podría contar.

—Hallie. —Oír mi nombre me saca del aturdimiento y veo que Brian está esperando junto a un señor mayor con el teléfono preparado para mostrarle las entradas—. Vamos. No queremos perdernos la caída del disco.

«Yo sí. A decir verdad, me gustaría perderme todo el partido».

Una gran cortina de terciopelo bloquea el acceso a los asientos.

—Que se diviertan —dice el señor mientras la sujeta para que entremos.

El hielo es de un blanco cegador. La música es atronadora. El frío es instantáneo.

Brian me pone la mano en la zona baja de la espalda para indicarme que pase delante de él. Eso hago, mientras me agarro a la barandilla de la escalera y me dirijo hacia arriba, alejándome del hielo.

Se ríe y gesticula con la cabeza hacia el lado opuesto.

—Nuestros asientos están allí, Hallie.

«Cómo no, joder».

Con la cabeza agachada, no miro al hielo mientras lo sigo. Me centro en la parte posterior de los pies de Brian, deseando que gire pronto hacia un pasillo, pero no lo hace. Sigue bajando, cada vez más cerca de la pista.

Siento cómo nos observan cuando pasamos junto a unos fieles seguidores. Ninguno de nosotros luce los colores o la camiseta del

equipo; aun así, nos aproximamos a los asientos que están junto al hielo.

Les daría mi sitio si pudiera.

Se nota que el aire es más frío cuanto más avanzamos. Estamos demasiado cerca. Cerquísima. Y Brian no deja de caminar.

—¿Seguro que no nos hemos pasado ya la fila?

—Al cien por cien.

Me arriesgo a echar un rápido vistazo a la pista y, Dios, tengo la sensación de estar prácticamente en ella. En ese momento no hay ningún jugador patinando sobre el hielo, así que me tomo unos segundos para asimilarlo todo.

Él está en todas partes.

En las presentaciones de los jugadores que se proyectan en la pantalla, en las camisetas que tengo alrededor… Es un número diferente al que solía llevar, pero sé que se lo cambió cuando lo seleccionaron para la liga.

—Son estos —indica Brian al abrirse paso entre los aficionados que tienen las manos y la nariz pegadas al vidrio, esperando para ver un fugaz primer plano de alguno de sus jugadores favoritos cuando salgan patinando.

Porque es ahí donde estamos sentados. Frente al vidrio. En la fila uno.

—Chicago defiende dos veces en este lado —prosigue como si fuera la cosa más maravillosa del mundo que podamos sentarnos detrás de su portero durante dos de los tres tiempos.

Lo que pasa es que él juega de defensa.

Tengo que salir de aquí. Fingir que estoy enferma. Inventarme una emergencia. Aunque, si mi corazón sigue latiendo a este ritmo, es posible que no tenga que fingir demasiado.

—Gracias por salir conmigo esta noche —declara Brian poniéndome la palma de la mano en la rodilla—. Me alegré mucho cuando Tyler me dijo que habías dicho que sí.

Dios, soy lo peor. Este chico está intentando impresionarme y yo aquí teniendo una crisis existencial.

Antes de que pueda decidir si me voy o me quedo, se atenúan las luces y estalla la música. Mientras el locutor del estadio azuza al

público para que busque su asiento, el equipo sale disparado del vestuario y las camisetas rojas pasan zumbando a nuestro lado de camino hacia el hielo.

No me atrevo a buscarlo. Mantengo los ojos fijos en mi regazo.

«Ha pasado mucho tiempo».

Tiene que jugar un partido. Estará concentrado en la pista. Tampoco es que vaya a salir ahí y ponerse a examinar a la multitud. Además, llevo el pelo mucho más corto que antes, así que, aunque le diera por echar un vistazo, no hay ninguna posibilidad de que me reconozca.

«Nunca sabrá que estoy aquí».

«No hay problema».

—Gracias por invitarme —le respondo a Brian—. Perdona si estoy un poco desubicada. Hace tiempo que no salgo con nadie.

—No te preocupes. Para mí también hace tiempo. —Me sonríe amablemente y luego hace un gesto con la cabeza hacia el hielo—. Vale, en el hockey hay tres tiempos. El ataque se realiza en cuatro líneas. Los verás haciendo cambios junto al banquillo y te parecerá un caos.

Sigue hablando sobre las reglas, y yo me vuelvo hacia él y asiento como si no las conociera, pese a que he ido a incontables partidos de cierto jugador.

A Brian le suena el teléfono en el bolsillo, pero lo ignora y reanuda su explicación:

—Ahora Zanders es el capitán. El número once. Defensor. Un cabrón engreído, pero increíblemente bueno. Su compañero en la defensa es DeLuca. Él…

—¡Agua! —grita alguien cerca de mi oído—. ¡Agua fría!

El vendedor sigue chillando y, por suerte, ahoga todo lo que Brian dice sobre el jugador al que conozco mejor que cualquier estadística que él pueda soltar.

Tras el himno y la habitual caída de la pastilla, empieza el partido, pero apenas lo veo. Me concentro en mi regazo, en el público, en cualquier cosa menos en el hielo que tengo delante.

El primer tiempo se alarga demasiado. Oigo que jalean su nombre demasiadas veces. Sé que está en este lado de la pista y lo único

que puedo hacer es rezar para que llegue el segundo tiempo y por fin se cambie de lado.

¿Sería de mala educación si me largara después del segundo tiempo? Quizá pueda convencer a Brian de que no me encuentro bien y sería mejor quedar otro día.

Le vuelve a sonar el móvil, pero hace caso omiso.

—¡No me puedo creer que no estés viendo esto! —grita junto a mí.

—Es que no me encuentro muy bien.

«Eso es. Prepara el terreno».

No me oye, como tampoco oye su teléfono, que no para de recibir mensajes de texto.

Defienden los Raptors, lo que hace que se intensifiquen los vítores del gentío que me rodea.

Hay mucho ruido; aun así, vuelvo a oír el móvil de Brian.

—Te va a explotar el teléfono. —Alzo la voz para que pueda oírme.

Con los ojos fijos en el partido, en la acción que tiene lugar frente a nosotros, saca el teléfono para silenciarlo, pero entonces veo la pantalla. Hay innumerables mensajes de la misma persona. No sé qué dicen, pero, quienquiera que sea, a su nombre de contacto solo le han asignado un emoji. El del anillo de diamantes.

Brian le echa un rápido vistazo a la pantalla y enseguida trata de esconderse el dispositivo en el bolsillo, pero es demasiado tarde.

Lo he visto.

—Pensé que habías dicho que llevabas tiempo sin salir con nadie —le espeto con tono acusador.

Él no me mira.

—Y así es.

—¿Estás casado?

De nuevo, hace eso tan molesto de no contestarme, y entonces me doy cuenta de que la energía tímida y nerviosa de antes se debía a que estaba aquí saliendo con alguien que no es su mujer.

Mi risa de incredulidad suena un poco maniática, pero así es como me siento ahora mismo.

—Me voy.

Al ponerme de pie y ver que el partido sigue en juego, vuelvo a sentarme rápidamente y espero a que piten el final.

—Hallie, no es lo que piensas. Estoy en una relación abierta. Lo que pasa es que la abrimos hace poco, por eso llevo tiempo sin salir con nadie.

—¿Y no crees que deberías haberme dicho que estás casado? Venga ya. Vete a la mierda, anda.

Un tremendo golpe hace temblar el vidrio que tengo delante y desvío mi atención hacia el jugador de Tampa que ha quedado inmovilizado contra el muro tras una carga extremadamente dolorosa. El deportista se desploma sobre el hielo, lo que me ofrece una visión perfecta del hombre que ha asestado el mamporro, y ahí es cuando lo veo.

Rio DeLuca.

El número treinta y ocho baja la vista hacia su oponente mientras el público golpea la barrera con los puños, sacudiendo el cristal para celebrar el tremendo impacto.

Hace ademán de irse, pero, al cambiar el peso sobre las cuchillas, desvía la mirada hacia arriba.

Hacia mí.

Se queda inmóvil al reconocerme y la incredulidad se apodera de él. Los labios se le abren un poco mientras recorre cada centímetro de mi rostro con sus ojos verdes. Yo intento apartar la mirada, pero no puedo. Estoy demasiado perpleja, demasiado cautivada por el hombre que tengo delante y que ya apenas se parece al chico al que conocía.

Lo tengo muy cerca. Tan solo nos separa un trozo de plexiglás, y ahora sí que quiero salir corriendo. Parpadea rápidamente y frunce sus oscuras cejas en señal de confusión antes de fijarse en el tío que tengo al lado durante apenas un suspiro y después centrarse de nuevo en mí. Catalogándome. Estudiándome.

El estadio se ha vaciado.

Hay un silencio absoluto, solo estamos él y yo.

Recuerdo la primera vez que lo vi. También estaba jugando al hockey, pero entre aquel día y el actual han cambiado muchas cosas.

En el presente, es la única persona a la que he intentado evitar desde que me mudé aquí. La única persona que en un principio casi

me hace rechazar las prácticas, simplemente porque sabía que vivía en esta ciudad.

Mi corazón palpita como antaño hasta que recuerdo todo lo que pasó.

Porque tal vez amara a Rio DeLuca hace tiempo, pero ahora ya no.

3
Rio

(12 AÑOS)

—Tienes que seguir trabajando ese equilibrio —apunta mi padre mientras me ayuda a levantarme después de una nueva caída; no me suelta los brazos hasta haberse asegurado de que me mantengo estable sobre los patines.

—El entrenador dice… —Las ruedas vuelven a salir volando por los aires antes de que pueda terminar la frase.

Me caigo justo sobre el codo, pero mi padre me hizo ponerme protecciones antes de salir a entrenar para que el impacto no doliera tanto, así que trato de levantarme lo antes posible para seguir practicando con él. Trabaja mucho, pero va a ayudarme a entrenar un par de veces por semana y, como siempre, yo hago lo que puedo para impresionarlo.

Apoyo las manos sobre su brazo y él me ayuda a deslizarme desde el camino de entrada hasta el césped, donde me dejo caer sobre el trasero para sentarme.

—El entrenador dice que las clases de baile me ayudan a coordinar mejor.

Se echa a reír.

—Seguro que sí. Ey, tengo que ayudar a tu madre con la cena, así que vamos a dejar el entrenamiento por hoy. —Se inclina para poner los ojos a mi nivel mientras me quita los patines—. ¿Te sigue gustando el hockey? Porque, si no te lo pasas bien, podemos probar con el fútbol americano, el béisbol o incluso el fútbol. Hay muchos deportes en los que no tendrías que patinar, ya lo sabes.

—No, me gusta. Creo que cada vez lo hago mejor. Quiero seguir jugando.

Me desabrocha el casco y lo tira sobre el césped.

—De acuerdo. Entonces seguiremos jugando. No tardes mucho en entrar y lavarte para la cena, ¿vale?

Mi padre me alborota el pelo, ya de por sí revuelto, antes de irse al trote hasta la casa para ayudar a mi madre.

Siempre la está ayudando. Siempre está besándola o bailando con ella en la cocina. Es bastante asqueroso, pero todos mis amigos dicen que mis padres son los mejores, y yo estoy de acuerdo con ellos. Se conocieron cuando tenían mi edad, lo cual me parece un poco raro.

Saco los pies de los patines y me desabrocho las coderas y las rodilleras. Cojo el palo de hockey y apilo los discos en medio del acceso de entrada. La red está colocada frente al garaje, que es donde siempre entreno. He llenado la puerta de marcas y abolladuras por los tiros que fallo, pero cada vez se me da mejor meterlos en la red.

Con los calcetines puestos, golpeo el disco, pero el tiro se desvía y rebota contra el farol que cuelga en la fachada de la casa.

Por suerte, no se rompe. Mi madre se cabrearía. Ya está enfadada por las abolladuras de la puerta del garaje, pero tampoco me ha dicho que deje de entrenar.

Ojalá tuviera un amigo en mi calle contra el que pudiera jugar como defensa o que me hiciera de portero mientras yo lanzo, pero por aquí no hay más niños.

La gente de nuestra manzana ha vivido aquí desde siempre. Es lo normal en esta zona de Boston. Nuestra casa es la misma en la que creció mi *nonna*. Aquí es donde crio a mamá y donde yo vivo ahora. Mis vecinos siempre han sido los mismos. Algunos tienen hijos que van al instituto y otros han empezado a tener bebés ahora, pero no hay ningún niño de mi edad.

Anoche, durante la cena, les pregunté a mis padres si nuestros nuevos vecinos tenían hijos, y mi madre dijo que aún no estaba preparada para pensar en que alguien fuera a mudarse a la casa de Cecilia, así que la conversación terminó ahí.

Cecilia era la mejor amiga de mi *nonna* y siempre había vivido en la casa contigua a la mía, pero murió hace un par de meses y su familia no quiso vivir ahí, de modo que la vendieron.

No volví a sacar el tema durante la cena, pero, cuando me fui a la cama, recé para que mis nuevos vecinos tuvieran un hijo de mi

edad.

Practico los ejercicios con el palo que aprendimos en el entrenamiento esta semana, moviendo el disco de un lado a otro por la entrada antes de lanzarlo hacia la red.

Vuelvo a fallar y, cuando me vuelvo para alcanzar otro disco, veo que un coche se detiene en la entrada de acceso de Cecilia y aparca frente a la casa.

Es un coche normal, como el de mi padre, pero este es verde oscuro y parece nuevo.

De pie en mi entrada, observo cómo una señora se baja y levanta la vista hacia el exterior de ladrillo rojo de la vivienda de al lado antes de dar la vuelta hasta el maletero para sacar una pequeña caja de mudanza, que traslada dentro de la casa en la que solía vivir Cecilia. La mujer tiene el pelo oscuro y aparenta más o menos la edad de mi madre.

Luego sale un hombre, que coge una caja más grande y camina detrás de ella. Después se abre la puerta trasera del coche y aparece un chico rubio. Lleva un palo de lacrosse y tiene mi misma estatura.

Mira su nuevo hogar antes de advertir mi presencia en la puerta de al lado.

Lo saludo con la mano.

—Ey.

Me devuelve el saludo.

—Ey. ¿Vives aquí?

—Sí.

Camina hacia mí, señalando la casa de Cecilia.

—Me mudo ahí.

—Qué guay. Soy Rio.

—Yo me llamo Luke. —Sus ojos se fijan en mi palo de hockey—. ¿Juegas al hockey?

—Sí, pero no se me da muy bien.

Él levanta el palo de lacrosse y dice:

—Yo juego al lacrosse y se me da muy bien.

—Mola. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Yo también.

Sonríe.

—Guay.

Vuelvo a centrarme en el coche y veo que una chica también sale del asiento de atrás. Es más baja que Luke y que yo, pero su pelo es castaño oscuro y rizado como el mío. Lleva unos vaqueros acampanados y una sudadera rosa con un gran *smiley* amarillo en la parte delantera.

No mira hacia nosotros. Tiene los ojos clavados en su nueva casa. Lleva unos auriculares en las orejas y un reproductor de casetes en la mano.

—Es mi hermana —apunta Luke—. No tienes que ser su amigo; es una chica.

—Tengo muchas amigas. Y todas son muy listas y divertidas. Voy a clases de baile y allí solo hay chicas.

—¿Vas a clases de baile?

—Sí. Me ayuda a patinar mejor.

—Qué cosa más rara.

La hermana de Luke sigue contemplando la casa de al lado. Sus ojos recorren la línea del tejado y se detiene en el punto en el que conecta con el mío, hasta que finalmente baja la vista y centra la atención en su hermano y en mí.

—¡Hallie! —grita Luke gesticulando con la mano para que se acerque.

Ella levanta un dedo para indicarle que espere y luego vuelve a centrarse en su casa.

Luke menea la cabeza.

—A veces es un incordio.

Yo no tengo hermanas, pero muchos de mis amigos creen que sus hermanas son un incordio, así que supongo que es algo normal. Pero me encantaría tener una hermana. O un hermano. Me da igual. Ser hijo único es muy solitario.

Al final, Hallie se baja los auriculares, sujetándoselos alrededor del cuello, y se une a nosotros en mi entrada.

Es exactamente igual que la mujer que acaba de entrar en la casa, pero una versión más joven.

—Hola. —Me sonríe—. Soy Hallie Hart.

Luke refunfuña.

—No tienes que decirle a todo el mundo tu nombre y tu apellido.

Ella se encoge de hombros, con total indiferencia.

—Me gusta hacerlo.

Luke pone los ojos en blanco.

—Soy Rio DeLuca —me presento también especificándole de igual modo mi apellido.

Su sonrisa se agranda.

—¡Luke! —llama su padre desde el porche delantero—. Ven a ayudar a tu madre a desembalar los platos.

El hombre me saluda con la mano y yo levanto la mía para hacer lo mismo. Parece majo.

—¿Tú no tienes que ayudar? —le pregunto a Hallie.

—No. Yo los embalé. Le toca a Luke desembalarlos. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Yo tengo once. Hoy.

—¿Es tu cumpleaños?

—Sí. El ocho de marzo. ¿El tuyo cuándo es?

—El tres de agosto.

Arruga las cejas e inclina la cabeza hacia un lado.

—Entonces ¿no puedes celebrar tu cumple en el cole?

—No. Siempre es justo antes de que empiecen las clases.

—Yo suelo celebrar mi cumple en el colegio, pero este año no ha sido así. Hemos venido en coche desde Minesota.

—Eso está bastante lejos, ¿no?

—Mucho. Todos mis amigos están allí. Pero mi madre dice que puedo pintar mi nuevo cuarto del color que quiera, así que supongo que está bien.

—Qué chulo. Mi cuarto solo es blanco.

—Creo que lo pintaré de amarillo. ¿Te gusta el amarillo?

Me encojo de hombros.

—Supongo.

—Sí, creo que será amarillo. —Señala una ventana que da a mi casa—. Ese es mi cuarto. A Luke le dieron a elegir primero y se quedó con el más grande.

Señalo mi ventana, que está frente a la suya y comparte el mismo tejado.

—Esa es mi habitación.

—¡Desde tu cuarto puedes ver cómo pinto el mío!

—Vale. Suena guay.

—¿Quieres que seamos amigos?

Qué fácil ha sido. Justo anoche rezaba por tener un nuevo amigo, y ahora la tengo a ella.

—¡Claro!

—Probablemente mi hermano te diga que no seas mi amigo.

—Me da igual. Soy amigo de mucha gente. Puedo ser amigo tuyo y de él. O podemos ser amigos secretos.

Se le ensancha la sonrisa.

—Vale. —Me mira los pies—. ¿Dónde están tus zapatos?

—Estaba entrenando para patinar mejor, pero me he tenido que quitar los patines porque mi padre se ha ido adentro y me caigo demasiado. Aunque estoy mejorando mucho.

—¿Te gusta la música?

—Sí.

—A mí también. Me encanta la música.

Pulsa el botón de rebobinado de su reproductor de casetes.

—Los CD son mucho mejores que las cintas —le digo—. Tienes que empezar a comprarte CD.

—Me gustan las cintas. Los CD se rayan demasiado cuando los rebobinas y luego ya no funcionan bien.

—¿Qué estás escuchando?

—No sé cómo se llaman. Solo he escogido una canción para recordar el momento.

«¿Eh?».

Parece que se da cuenta de lo confundido que estoy, porque añade:

—Elijo una canción cuando pasa algo guay o importante para poder recordarlo. Cuando quiero revivir un momento, rebobino y pongo la canción desde el principio.

Suena un poco raro, pero eso no se lo digo. Igualmente, tampoco creo que se molestara si la llamara «rara». Creo que seguiría

haciendo lo mismo que hasta ahora.

Y eso hace que sea bastante guay.

—¿Intentas recordar la mudanza? —pregunto.

—Sí. Y conocer a un nuevo amigo. Deberías probarlo alguna vez.

—Vale, puede que lo haga.

Su sonrisa adquiere un matiz de orgullo.

—¡Rio! —grita mi madre desde la puerta de delante—. Hora de cenar, *tesoruccio.*

Le echa un rápido vistazo a Hallie antes de sacar la cabeza en busca de nuestros nuevos vecinos. Mi madre le dedica esa característica sonrisa de amabilidad que siempre luce y vuelve a entrar.

—Me tengo que ir —le digo a mi nueva amiga.

—Vale. Hasta luego —contesta y se despide con la mano mientras vuelve a casa dando saltitos.

Me paro en el primer escalón del porche y ella hace lo mismo, mirándome.

—Feliz cumpleaños, Hallie.

Su sonrisa es tan grande que le veo todos los dientes.

—Gracias, Rio.

4
Rio

¿Era ella?

Tenía que serlo. Reconocería esa cara en cualquier parte. Esos ojos de color avellana. El pelo ondulado, mucho más corto que antes. Deben de haber pasado seis años desde la última vez que la vi, pero nunca la olvidaría.

Durante esos seis años, he pensado en Hallie Hart más veces de las que jamás reconocería y, sí, ha habido ocasiones en las que me he permitido creer que la había visto. En las que he confundido a otra persona con ella, como si mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada.

Esta noche, sin embargo, estoy seguro de que era ella.

Al menos lo estaba en ese momento, pero entonces Zee ha berreado mi nombre lo bastante alto como para sacarme de mi estupor y forzarme a que me centrara de nuevo en el partido. Me he mantenido focalizado en el hielo el resto del turno, pero, en cuanto he vuelto al banquillo, la he buscado con la mirada… y he descubierto que su asiento estaba vacío, algo que no ha cambiado durante el resto del partido.

Así que ya no estoy tan seguro de que no fuera una alucinación.

Paro el coche en la entrada de casa, apago el motor y me quedo allí sentado. Es tarde, casi medianoche, y mi cuerpo está agotado y listo para irse a la cama gracias a la prórroga, tras la que nos hemos alzado con la victoria. No salgo del coche. Me quedo sentado y repaso hasta el más mínimo detalle del momento en el que la he visto.

Dios, qué guapa estaba. Aunque siempre ha sido guapa, así que eso tampoco me ha sorprendido demasiado.

Todavía recuerdo la primera vez que vi a Hallie Hart, con su sonrisa imperturbable, totalmente segura de quién era. Pero esta noche no lucía esa sonrisa.

«Joder, ¿era ella?». Cuanto más me alejo de ese instante fugaz,

más me cuestiono a mí mismo.

Lo que tengo que hacer es entrar y dormir, olvidarme de quien fuera que he visto en el estadio. Pero, antes de salir del coche, mi atención se desvía hacia la ventanilla del copiloto y observo cómo un vehículo se detiene en la entrada de acceso de Wren.

Y, una vez más, me pregunto si estoy alucinando.

Un Nissan Altima verde oscuro aparca frente a la casa de mi vecina. Es exactamente el mismo coche que aparcó frente a la casa de mi vecina el día que los Hart se mudaron al lado de mi familia en Boston. La misma marca. El mismo modelo. Del mismo año.

Una mujer sale y da la vuelta alrededor del vehículo para extraer una caja del maletero.

Maldición. ¿Qué me pasa? Estoy experimentando el peor caso de *déjà vu* al ver a la señora Hart trasladar la primera caja de la mudanza a su nueva casa. La que contenía todos los platos que Luke debía desembalar. Parece que fue ayer y, a la vez, que hace toda una vida. Pero también está pasando ahora mismo.

Esta vez no la sigue ningún señor Hart. No hay ningún chico rubio con un palo de lacrosse ni ninguna chica de ojos color avellana con los auriculares cubriéndole las orejas sentados en el asiento de atrás.

Abro la puerta de mi coche sin apartar la vista de ella porque está claro que esa mujer no es la señora Hart. Vale, ahora lleva el pelo más corto, pero, excepto eso, es la viva imagen de su madre.

Y entonces me oigo decir un nombre que no he pronunciado en seis años. Porque, esta vez, tengo la certeza de que no estoy alucinando.

—¿Hallie?

Cargada con la caja, se vuelve de golpe hacia mí y los ojos se le abren como platos al reconocerme, dejándome clavado en el suelo con su mirada. Cuando era adolescente, recuerdo que sentía que habría matado porque sus ojos se posaran sobre mí, pero ya no me permito querer eso.

Lentamente, cruzo el césped hacia ella, atraído por su gravedad con la misma fuerza de siempre.

—Rio. —Traga saliva—. Hola.

Vale, es ella seguro porque nunca olvidaré cómo me daba un vuelco el corazón cuando decía mi nombre. Hago un enorme esfuerzo para mantener los brazos a los lados en lugar de pasárselos alrededor de los hombros y atraerla hacia mi pecho tal y como solía hacer, tan solo para cerciorarme de que es real.

Su cabello color chocolate, iluminado por reflejos castaños más claros, le llega por debajo de la barbilla. Antes lo llevaba largo, pero le queda bien así. Resalta su impresionante rostro. Tiene el puente de la nariz salpicado de suaves pecas. Sus ojos, que recuerdo luminosos y amables, ahora me miran con desasosiego. Su boca, antes sonriente frente a cualquier situación, ahora está inclinada hacia abajo, en la dirección opuesta.

Aun así, no sé cómo, está incluso más guapa que la última vez que la vi, y eso me cabrea. Primero, porque ¿cómo puede ser? Y, segundo, porque me jodió vivo. ¿No debería el karma cumplir con su parte y otorgarme una victoria?

Deja la caja en el escalón frontal de Wren antes de encarar mi dirección, con los brazos cruzados sobre la cintura como si los utilizara de escudo contra mí.

Pero no es ella quien necesita un escudo. Soy yo. Puede que hayan pasado seis años, pero no he olvidado lo que pasó.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin amabilidad ni delicadeza en el tono.

Ella frunce el ceño confundida, como si se preguntara a sí misma qué es lo que hago yo aquí.

Alzo el pulgar sobre el hombro señalando hacia mi casa.

—Vivo aquí, Hallie. Así que, de nuevo, ¿qué haces aquí?

Los ojos le alcanzan un tamaño imposible y da un paso atrás.

—Pero yo vivo ahí.

—No lo creo. Wren no…

«Su nueva compañera de piso».

Tiene que ser una puta broma.

Me acerco un paso, presa del pánico.

—¿Sabías que vivo justo al lado? ¿Por eso has venido?

Con un bufido, descruza los brazos y se planta las manos en las caderas.

—¿Estás de coña? Llevo intentando evitarte desde que me mudé a Chicago. ¿Crees que me he mudado a la casa de al lado a propósito? ¿Para qué? ¿Para estar cerca de ti? ¿Para revivir nuestra infancia? Gracias, pero no, Rio. Ya he pasado página.

Ahí está. Recuerdo su fiereza.

«Desde que me mudé a Chicago».

—¿Cuándo te mudaste a Chicago?

Lo pregunto como si tuviera todo el derecho del mundo a saberlo, y parte de mí cree que así es. Ella sabía dónde vivía yo. Tendría que haberme avisado.

Levanta la barbilla con aire desafiante.

—En abril.

«¿Lleva aquí seis meses?».

—¿Y no te parece que deberías habérmelo dicho?

—¿El qué exactamente? —Suelta una carcajada—. «Ey, ¿te acuerdas de mí? Esa chica a la que odias. ¡Nada, que me he mudado a Chicago! ¡Vamos a tomar algo!». Han pasado seis años, Rio. Esta ciudad no te pertenece y yo no te debo ninguna llamada. Y, además, aunque así fuera, perdí tu número hace años.

Eso me sienta como un puto puñetazo en las entrañas y duele más de lo que estoy dispuesto a admitir. Es verdad, no hemos hablado desde que me fui de Boston, pero durante mi primer año aquí traté de llamar a Hallie unas cuantas veces y ella tenía la línea desconectada.

Desde entonces no he querido intentarlo de nuevo.

La tensión puede cortarse con un cuchillo; ninguno de los dos sabe qué decir.

—No puedes vivir aquí —acabo espetando.

—Tampoco es que tenga mucha elección.

—Esta ciudad es enorme, joder. Seguro que hay opciones más allá de quedarte en la casa que está a tres metros de la mía, Hallie.

Aprieta los labios con rabia y asienta la mandíbula. Está que echa chispas.

—Para mí no hay más opciones. No todos podemos ganar millones de dólares al año jugando a un juego, Rio. Algunos intentamos sobrevivir mes a mes. Así que, sí, voy a vivir en la puerta de al lado,

y, créeme, no es porque quiera estar cerca de ti. Me quedaré hasta mayo, que es cuando el hermano de Wren pondrá la casa en venta, y si para ti eso va a ser un problema, ya puedes coger algunos de esos millones de dólares que tienes y comprarte otro sitio en el que vivir.

¿Quiere que me compre otra casa? Ese es el plan. Precisamente por eso he contratado a…

Un momento.

No, no puede ser.

Todo encaja. La compañera de piso. La diseñadora. Hallie siempre quiso ser diseñadora de interiores. Es lo que estaba estudiando la última vez que nos vimos.

—¿Tú eres la que ha reformado la casa de Wren? —pregunto con tono acusador.

Sus facciones se encogen en señal de confusión y veo cómo se da cuenta de todo igual que me ha pasado a mí. Con la cabeza hacia atrás, dejando a la vista su precioso cuello, cierra con fuerza los ojos.

—Y tú eres el vecino.

«Mierda».

—Bueno, no va a funcionar —decide.

—Ya, no me digas.

Se la ve ligeramente afectada, como si mis palabras le hubieran hecho daño. Siempre tuvimos cuidado el uno con el otro… hasta que dejamos de tenerlo. Hallie es un alma frágil con una cubierta muy dura, y ahora su exterior parece aún más duro de lo que era.

A pesar de nuestra historia, nunca he querido verla sufrir.

«Ella fue la que te hizo sufrir a ti».

—Sabes que no va a funcionar, Hal.

—No me llames así.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Hallie. Ambos sabemos que no funcionaría tenerte en mi casa a diario. No puedo contratarte.

El tiempo se detiene.

—Lo sé —anuncia con tono derrotado.

Y de nuevo se hace el silencio. Joder, toda nuestra interacción no

puede ser más surrealista. Nunca había pensado que volvería a tenerla delante.

Es preciosa. Y sigue siendo obstinada. Durante unos segundos, me paro a recordar lo abrumador que era tenerla tan cerca. Me robaba todos los pensamientos. Ocupaba toda mi existencia.

Casi había olvidado lo que se sentía.

Me he pasado seis años comparando inconscientemente a todas mis citas con ella. Su risa con la de ella. Su bondad con la de ella. Su seguridad en ellas mismas con la de ella. Su gusto musical con el de ella.

No he pronunciado su nombre en seis años, pero Hallie ha vivido gratis en mi cabeza mientras yo intentaba replicar lo que teníamos antes de que todo se fuera a la mierda.

Tengo que irme. Preparar una bolsa y mudarme con Ryan y con Indy hasta mayo.

—Simplemente evitemos cruzarnos en el camino del otro —propone, rompiendo el silencio—. Apenas sabrás que estoy aquí.

—Eso sería imposible —murmuro entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Mis ojos se encuentran con los suyos; las palabras que no decimos flotan entre los dos. Han pasado demasiadas cosas entre esa chica y yo, y hay otra cosa que mis amigos no saben.

¿Eso que llevo buscando desde que me mudé a Chicago? ¿Esa conexión? ¿Esa persona especial que algunos tardan toda la vida en encontrar? Yo ya la tenía a los doce años.

Al menos eso pensaba.

Sé lo que busco porque lo tuve hace tiempo, y ahora la única chica a la que he querido se muda a la casa de al lado.

Otra vez.

Me vuelvo para irme directo a mi casa; necesito poner una puta puerta, una pared, lo que sea, entre nosotros. Cuando estoy en el césped, a medio camino, se me viene a la cabeza una imagen de ella en el partido. No se me pasó por alto que estaba con alguien.

—El chico con el que estabas esta noche. —Regreso lentamente para mirarla a la cara—. ¿Quién era?

La fuerza que hace con la mandíbula es evidente incluso desde aquí.

—Eso no es cosa tuya.

Asintiendo, me doy la vuelta para volver a mi casa y, con gesto indiferente, me meto las manos en los bolsillos mientras camino. De espaldas a ella, me aseguro de hablar lo bastante alto como para que me oiga:

—Pasa de él.

5
Hallie

«Pasa de él».

¿Pasa de él?

¿Cómo tiene el valor de decirme eso después de seis años sin vernos, sin hablarnos?

Rio DeLuca puede irse a la mierda.

O sea, pasé de Brian, pero no porque nadie me lo dijera. En cuanto pude, salí corriendo del estadio y pedí un coche compartido para volver al aparcamiento donde estaba el mío. Y esta mañana le he metido bronca a Tyler para que la próxima vez investigue un poco antes de intentar emparejarme.

Pero ¿qué es eso de que Rio crea que tiene derecho a decirme con quién puedo o no puedo salir? Está claro que en algún momento de estos seis años se le ha ido la pinza.

Vive al lado… otra vez. ¿Qué narices he hecho para tener tan mala suerte? He trabajado hasta la extenuación intentando llegar a fin de mes y, ahora que por fin he encontrado un sitio que me puedo permitir sin endeudarme aún más, resulta que él es mi vecino.

Ayer fue una paranoia. Miraba todo el rato por la ventana de mi nueva habitación para asegurarme de que no entraba ni salía a la vez que él.

Y tengo que estar así hasta mayo. ¿Cómo leches voy a evitarlo hasta mayo?

—Hallie. —Alguien pronuncia mi nombre a mi alrededor—. ¿Me has oído?

Salgo de mi embelesamiento con un pestañeo y veo que todo el equipo de diseño me está mirando desde la mesa de conferencias en la que nos encontramos sentados.

—Perdón. —Me reacomodo en la silla—. ¿Qué has dicho?

Tina me lanza una penetrante mirada desde la parte frontal de la sala, sin soltar su libreta. Es la mano derecha de Tyler. No es diseñadora, ni por asomo. Su cuerpo no contiene un solo átomo

creativo, algo que diría ella misma, pero es el cerebro organizador y empresarial que hay detrás de Tyler Braden Interiors.

Aunque he desconectado y no he escuchado ni una sola palabra de la reunión que ha planificado, me cae bien.

—Te estaba felicitando por tu siguiente proyecto —me explica—. Una reforma integral, y el cliente ha pedido expresamente que te encargaras tú. Dijo que le encantaba lo que habías hecho en casa de su vecina y abonó un depósito para el proyecto el mismo día que preguntó por ti.

Todo el equipo me aplaude y estoy segura de que no puedo ponerme más roja. Mi mirada se encuentra con la de Tyler, que está sentado a la cabecera de la mesa con su traje de tres piezas, irradiando una sonrisa satisfecha y aplaudiéndome junto con el resto de mis compañeros.

Bueno, en realidad no son mis compañeros. La mayor parte son diseñadores a tiempo completo que ganan un pastizal trabajando para Tyler Braden. Luego estamos los otros tres novatos y yo, que empezamos a trabajar aquí esta primavera con la promesa de obtener unas prácticas de un año. Tyler no siempre contrata a los becarios a tiempo completo, pero, por lo que me han dicho los colegas del estudio, si le impresiona el trabajo de alguien, es probable que lo haga.

Por desgracia para mí, no se va a quedar muy impresionado cuando le diga que el proyecto se ha caído.

—Dada la envergadura de esta reforma —prosigue Tina—, debería ocuparte el resto de las prácticas. Dos reformas completas de casas en tu primer año, Hallie; es impresionante.

Me fijo en Silas, otro de los becarios. No podría parecer más molesto conmigo, y la verdad es que lo entiendo. Todavía no ha tenido ningún proyecto para él solo, así que se pasa los días yendo a por café, destruyendo documentos y limpiando tras las reuniones con los clientes. Si no hubiera podido trabajar en la casa de Wren este verano, me habría tocado hacer lo mismo.

—Esta semana, repasaré el perfil del cliente contigo y, la semana que viene, puedes reunirte con él en persona —dice Tina—. Es un deportista profesional, así que viaja a menudo. Sé que no puedes

trabajar por las tardes, pero puede que tengas que ser flexible con tus horarios para este proyecto.

No puedo trabajar por las tardes porque ya estoy trabajando… en otro empleo del que nadie sabe nada.

—Uy, deportista profesional. —Uno de los diseñadores lanza un silbido—. ¿De qué deporte?

Tina mira su libreta.

—Hockey.

—Sexy.

—Qué envidia.

—Te haré de segundo ayudante en el proyecto —se oye a mi alrededor.

Trago saliva y mantengo los ojos fijos en el boli que tengo en la mano y no puedo dejar de tamborilear contra la mesa.

—En realidad ese proyecto se ha caído. Para mí, al menos. Hay un… —vacilo, todavía incapaz de mirar a nadie, y menos aún a Tyler — conflicto de intereses. Estoy segura de que el cliente no tardará en llamar para que se encargue otra persona de la reforma.

La sala está en silencio; la tensión y los juicios se arremolinan a mi alrededor. Permanece así al menos diez segundos, aunque a mí me parece más de una hora, hasta que finalmente me atrevo a mirar a Tyler. Lleva escrita la palabra «decepción» en la cara.

—Qué pena oír eso —expresa por fin. Rompe el contacto visual conmigo y redirige su atención—. Tina, asegúrate de que no perdamos ese proyecto, incluso si para ello tengo que ser yo el diseñador principal. Descubre con quién puede sentirse cómodo trabajando, pero no lo perdamos como cliente.

—Por supuesto.

«Mierda».

Siento que la decepción asfixia la sala. Creo firmemente que, si todo el equipo de diseño empezara a gritarme lo mal que se me da este trabajo, las cosas serían menos raras que ahora.

Yo también estoy decepcionada, pero no hay nada que pueda hacer. Parecía que este iba a ser mi momento, mi gran oportunidad de demostrarle a Tyler lo que valgo, pero no podía anticipar que Rio, nada menos, iba a ser el propietario. ¿Qué se supone que debo

hacer?

Solo tengo que encontrar otra reforma que me permita acabar las prácticas, pero, al levantar la vista, la arrogante sonrisita de Silas me hace recordar que este tipo de proyectos no se dan muy a menudo. Y que, como le ha pasado a él, si no encuentro ningún otro acabaré con los brazos cruzados, mirando las musarañas y yendo a por café en lugar de ejercitar mis habilidades como diseñadora.

La reunión sigue su curso, pero yo la escucho solo a medias. Estoy demasiado ocupada devanándome los sesos en busca de contactos que puedan contratarme. La estilista que me cortó el pelo este verano dijo que iba a abrir un nuevo salón de belleza. Quizá necesite a alguien que se encargue del diseño, o quizá tenga algún cliente que quiera montarse un despacho en casa. Con algo de suerte, podría oír a alguien en el bar comentando que va a construirse una nueva residencia y necesita ayuda. Tengo que salir de aquí y empezar a moverme.

—Buena reunión, equipo. —Tyler se levanta de la silla—. Vamos a hacer un buen trabajo esta semana y, recordad, aquí me tenéis para intercambiar ideas.

Los demás se ponen en pie y charlan entre ellos mientras abandonan la sala de conferencias. Recibo un par de sonrisas compasivas y un alentador apretón en el hombro.

Nada de eso ayuda.

Tyler, elegante como él solo, se sienta frente a mí en la mesa de conferencias, con sus largas piernas aún firmemente plantadas en el suelo.

—No me gusta que hayas perdido un proyecto tan importante.

Me encojo de hombros, tratando de parecer serena.

—Y a mí no me gusta que me hayas intentado emparejar con un hombre casado este fin de semana, pero aquí estamos.

Tyler entrecierra los ojos y guarda silencio unos instantes.

—*Touché*. Asumo la responsabilidad. —La tensión se disipa un poco —. Hallie, hasta ahora has hecho un buen trabajo y me encantaría que formaras parte del equipo de forma permanente, pero no puedo contratarte basándome solo en una reforma. Necesito ver más.

—Lo sé.

Da un golpe con los nudillos sobre la mesa antes de ponerse en pie.

—Encuentra otro proyecto. Creo en ti.

Sola en la estancia, me reclino en la silla mirando al techo.

Tengo que arreglar esto. Tengo que encontrar otro proyecto, porque no es solo que quiera formar parte de este equipo de diseño, es que lo necesito. Necesito el sueldo que conlleva.

—Hallie —dice Tina sobresaltándome.

Me reincorporo y veo que está de pie junto a mí.

—Aunque Tyler te haya dicho que busques otro proyecto, lo que realmente quiere es que encuentres la manera de volver a meterte en este. Ya sé que has hecho una este verano, pero la reforma de toda una casa no es un trabajo habitual, sobre todo para un becario. Tyler quiere contratarte, es evidente, y una forma de asegurarte de que eso pase es volviendo a ser la diseñadora principal de este proyecto. Si el señor DeLuca se pone en contacto conmigo, le daré largas sobre lo de sustituirte, hasta finales de semana, pero eso es lo único que puedo hacer por ti. Sea lo que sea, arréglalo, ¿vale?

«Algo más fácil de decir que de hacer».

Asiento con la cabeza.

—Haré lo que pueda. Gracias, Tina.

Se le dibuja una pícara sonrisa.

—¿Cuál es el problema? ¿Tú y su hermana sois enemigas mortales? ¿Te acostaste con su mejor amigo y no le volviste a escribir nunca más? —Suelta un gritito ahogado—. ¿Te acostaste con él y la cosa fue tan mal que ahora no eres capaz ni de mirarlo a los ojos?

—No tiene hermanas y diría que todos sus mejores amigos están casados.

Mueve la cabeza a un lado y al otro.

—Bueno, he oído que a ti te encantan los hombres casados.

Entorno los ojos.

—Te culpo a ti tanto como a Tyler. Eres una mujer. Sabes que no se intenta emparejar a nadie sin investigar antes a esa persona por redes en plan FBI.

Se parte de risa.

—Vale, entonces este es el último.

Definitivamente, no va a ser el último.

—La historia es un poco más complicada —respondo sin más.

Sentada dentro de mi coche en la parte de atrás del aparcamiento para empleados, me como el sándwich casero de crema de cacahuete y mermelada que me he hecho para almorzar.

Me quito de en medio durante la hora del almuerzo porque no quiero darles a mis compañeros una nueva oportunidad de que me ofrezcan incluirme en el pedido de la comida. Básicamente, no me apetece sentarme allí con mi sándwich medio rancio y, una vez más, decirles que no porque no me lo puedo permitir. Mi autocontrol disminuye cada vez que veo a uno de mis colegas con un cuenco de *poke* o una ensalada de veinte dólares en el escritorio.

Y, justo a tiempo, mientras pienso en cosas que no me puedo permitir, me salta la alarma: es la fecha límite para uno de los pagos del préstamo. Inicio sesión, pago cincuenta dólares por encima del mínimo, que es lo único que me puedo permitir este mes, y luego consulto la aplicación del banco para ver que el poco dinero que tenía en la cuenta corriente se ha visto reducido a casi nada.

Hay otro pago de préstamo que vence la semana que viene y una semana después me toca pagar el alquiler.

Sí, gano dinero en el estudio de diseño, pero no se puede comparar a lo que ganan los diseñadores a tiempo completo. Estoy en un programa de prácticas y ese sueldo tiene fecha de caducidad si no consigo que me contraten en el equipo. Claro, también están los cinco turnos en el bar de esta semana. Con eso debería cubrir mis dos próximas grandes facturas. Pero es que también tengo que pagar la factura del teléfono y empezar a preocuparme por cómo voy a hacer frente a los pagos del mes que viene.

Es un ciclo sin fin. Siento que me ahogo, incluso habiendo logrado una disminución del alquiler, pero parece que hay una forma evidente de mantenerme a flote.

Por mucho que me cueste, sé lo que debo hacer, y no me queda otra opción que la súplica.

Cojo de nuevo el móvil y busco el calendario de partidos de los

Chicago Raptors para esta temporada, ya que necesito saber a qué hora esperarlo esta noche en las escaleras de su porche cuando vaya a presentarle mis mejores ruegos.

Una rápida búsqueda en Google me informa de que mañana juegan en Columbus y después tiene dos partidos más fuera de la ciudad. Por lo que recuerdo que me dijo hace años, los equipos suelen volar el día anterior y si el vuelo es lo suficientemente corto, intentan colar un entrenamiento en casa antes de irse.

Es un poco alarmante lo fácil que resulta encontrar dónde está el estadio en el que entrenan —a dos manzanas de aquí— y, con otra ágil búsqueda, me entero de que esas sesiones están abiertas al público. En internet no hay ningún calendario de entrenos, pero mi desesperación me recuerda que no tengo nada que perder.

¿Qué otra cosa voy a hacer? Tengo hasta finales de semana para rectificar esto, y ya ni siquiera conservo su número.

Así que me acabo el sándwich de crema de cacahuete y mermelada y pongo rumbo hacia la pista.

Es un fresco día otoñal y el paseo resulta agradable. Chicago es una ciudad bulliciosa. No al estilo de Nueva York, sino con el suyo propio. Sí, los edificios son altos y las calles están a rebosar de gente, pero el lago está aquí al lado. Hay playas cerca de los rascacielos. Por el centro fluye un río, y me encanta.

Disfruté de mis años en Boston. También del tiempo que pasé en Mineápolis. Pero Chicago me sienta bien.

Ahora solo tengo que averiguar cómo quedarme.

Cuando llego a la pista, el aparcamiento está lleno de vehículos, lo que parece una buena señal. Tal vez debería dedicar unos minutos a buscar su coche antes de entrar, pero los nervios me impiden ir más despacio. Un hombre sale cuando me aproximo a la puerta principal. Me la sujeta, pero la multitud sigue saliendo, así que abro la otra puerta y avanzo en la dirección opuesta al flujo de tráfico mayoritario.

Recibo algunas miradas confusas mientras me dirijo hacia la pista, ya medio vacía, con falsa confianza, pero esa máscara se desprende en cuanto diviso las camisetas de entreno negras y rojas, que contrastan con la blancura del hielo.

El equipo está apelotonado alrededor de los entrenadores, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no volverme corriendo al trabajo lo más deprisa posible. Pero no tengo nada que perder y sí mucho que ganar, así que recorro la curva de la pista hasta llegar al lateral por el que los jugadores abandonarán el hielo para ir al vestuario.

En esa zona, claramente no destinada al público general, espero a que acabe la reunión del equipo sentada con gesto incómodo sobre un frío banco de metal situado junto a un radiocasete.

El equipo comienza a salir de la pista, cuchicheando unos con otros al pasar. Me llegan más miradas confusas, pero nadie me pregunta qué hago ahí.

Uno de los jugadores pasa junto al banco en el que estoy sentada y posa sus ojos en mí antes de desviarlos hacia el radiocasete que tengo al lado.

—¡Rio! —grita, y el estómago me da un vuelco al instante—. ¡No te olvides tu mierda de radiocasete!

—No es ninguna mierda —oigo que contesta mientras sale del hielo —. Está muy bien cuidado. Menuda dife…

Se fija en mí de inmediato y se queda inmóvil, firme sobre las cuchillas de los patines. Sus ojos no se apartan de mí ni un instante mientras se quita el casco y se lo cuelga a un lado. El sudor le resbala por la frente sobre unas ondas de color castaño oscuro. Uno podría pensar que tiene el pelo negro si no ha estado lo bastante cerca como para pasarle los dedos por él.

Es evidente que la otra noche no me tomé la molestia de mirarlo de verdad. Fuera estaba muy oscuro. Entre el impacto y el aturdimiento de tenerlo delante después de tantos años, realmente no pude verlo.

Vale, puede que lo hubiera buscado por internet alguna que otra vez durante estos años. ¿Y qué? Tenía curiosidad. Ser curioso forma parte de la naturaleza humana. Pero esas fotos en dos dimensiones no tenían nada que ver con su yo real.

Cabello oscuro. Piel aceitunada. Altura genéticamente portentosa y músculos ganados a pulso.

Siempre me he sentido atraída por Rio DeLuca, y me cabrea muchísimo que eso no haya cambiado. Incluso durante esos

incómodos primeros años en los que todas lo veían como a un amigo, yo siempre lo consideré algo más. Luego, hacia el ecuador de los años de instituto, se puso guapísimo, creció unos quince centímetros y el resto de las chicas vieron lo que yo siempre vi.

Pero esta versión de él —veintisiete años y todo musculado de jugar en la NHL— es cruel de contemplar. Está como un puto tren, pero eso no cambia el hecho de que yo sigo queriendo odiarlo.

—No le toques los huevos con el radiocasete —dice otro jugador mientras sale del hielo. Lleva el número once en la camiseta de entrenar y recuerdo ver el nombre «Zanders» escrito en la parte de detrás durante el partido del sábado—. Gracias a él hay música decente en el vestuario.

—¡Esa porquería no tiene ni Bluetooth! —añade otro.

Rio no ha dejado de mirarme todo este rato. No participa de la conversación que tiene lugar a su alrededor. Sus compañeros de equipo se ven obligados a sortear su cuerpo congelado para acceder a los vestuarios, lo que solo hace que llamemos más la atención.

Zanders se detiene junto a él y sigue con los ojos su línea de visión hasta que da conmigo. Vuelve a observar a su compañero y repite ese ir y venir unas cuantas veces más.

El silencio clama que aquí hay una historia, así que Zanders se da por enterado.

—¿Y esta chica quién es? —pregunta en un tono demasiado alegre.

—Nadie —contesto al tiempo que Rio dice «Hallie».

Pronuncia mi nombre con voz amable y, por un momento, pienso que a lo mejor se ha olvidado de la intensa relación que tuvimos.

Vuelve a producirse un silencio.

—Mi vecina —acaba diciendo tras pestañear y dejar de clavarme la mirada—. Se ha mudado con Wren.

Eso no explica ni de lejos lo que hemos sido el uno para el otro años atrás, pero es suficiente para que Zanders no insista en el tema. Él simplemente se quita el guante y extiende la mano para estrechar la mía mientras se presenta.

—Bueno, os dejo a ambos con lo que sea que esté haciendo que este momento sea tan incómodo —resuelve Zanders mientras se une al resto del equipo en dirección al vestuario—. Encantado de

conocerte, Hallie.

Lo saludo con la mano pese a que ya se ha vuelto.

—Lo mismo digo.

—¿Qué haces aquí?

Rio debe de recordar que somos más enemigos que amigos, a juzgar por la mordacidad de su pregunta.

Este es el momento en el que decido ponerme de pie, como si algo pudiera compensar la altura que nos separa. Descalzo mide más de uno noventa; ahora, con los patines, debe de superar los dos metros.

Yo mido unos treinta centímetros menos y, con el pesado volumen que los protectores añaden a su cuerpo, no podría sentirme más pequeña.

Pero no me lo puedo permitir. Necesito ser grande. Encontrar mi asertividad. Averiguar cómo hacer que los dos consigamos lo que queremos… al tiempo que le recuerdo que lo que él quiere soy yo.

Como diseñadora, claro. Yo era la diseñadora que solicitó que trabajara en su casa hasta que se dio cuenta de quién era.

—Necesito que me dejes hacer esa reforma.

Rio suelta una carcajada y pasa junto a mí, sin molestarse siquiera en dedicarme un «no».

Lo agarro del brazo para detenerlo, y al instante deseo no haberlo hecho. Incluso a través de la camiseta de juego y la interior, noto la musculatura que ha añadido a sus antebrazos durante los años que llevo sin verlo.

Se para y, cuando se queda mirando fijamente la mano que lo sujeta, la retiro de inmediato.

—Perdona.

Antes casi nunca me sentía avergonzada con Rio, pero eso es algo que sin duda ha cambiado entre esta interacción y la anterior.

Su mirada se endurece y, por un momento, me pregunto si no se le hace raro despreciarme así. El adorable chico con el que crecí jamás tuvo ninguna inclinación natural hacia el odio.

—Por favor. —Mi tono es suave, pero evidencia desesperación—. Lo necesito.

Sus verdes ojos se suavizan, buscan los míos, y juro que entonces

lo veo. La persona con la que me sentía más cómoda. La única que sabía lo que necesitaba sin tener que preguntar. La persona que me conocía mejor de lo que a veces yo misma me conocía.

Pero entonces simplemente habla y me recuerda que ya no somos esas personas:

—Ni de coña.

—Rio, te lo suplico.

—Bueno, pues deja de hacerlo, Hallie. No va a funcionar. No hay dólares suficientes en el mundo con los que puedas sobornarme para que te deje pasar todos los días de los próximos seis meses a mi casa.

«Ay, eso ha dolido».

Asiento una vez con la cabeza.

—Bueno, entonces supongo que no pasa nada por no tener ni un dólar con el que sobornarte, en caso de que quisiera hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que necesito este trabajo, Rio. Desesperadamente. ¿De verdad crees que vendría a rogarte si no fuera así?

De nuevo, busca con los ojos la respuesta en mi cara.

—¿Por qué?

No puedo darle ninguna explicación detallada —que necesito el sueldo para pagar mi deuda— porque de ninguna manera voy a decirle por qué he contraído ese tipo de deuda. Y lo conozco. Sé cuál va a ser su siguiente pregunta.

Pero está claro que algo tengo que darle.

—Esta es mi oportunidad de conseguir el trabajo de mis sueños.

—Vale. ¿Qué te parece si buscas el trabajo de tus sueños en otra ciudad?

No dejo que su respuesta me afecte.

—Estoy haciendo prácticas en un estudio importante y al acabarlas podrían contratarme como diseñadora a tiempo completo, pero necesito otro proyecto para demostrar lo que valgo.

—Pues búscate otro proyecto —contesta sin más—. Preferiblemente en otra ciudad.

—¿Puedes superarlo ya? Estoy aquí y no voy a irme a ningún lado, así que ve acostumbrándote.

Aprieta la mandíbula.

—En cuanto a lo del proyecto —continúo—, no es tan fácil encontrar uno nuevo. Al menos para una becaria. Tuve suerte con la casa de Wren y aún más suerte cuando solicitaste mis servicios por error.

En ese momento, algunos de los entrenadores de Rio salen del hielo.

—Nos vamos al aeropuerto en diez minutos, DeLuca —señala uno de ellos mientras nos pasan por al lado.

—Sí, señor. —Asiente—. Ya voy.

Todos los entrenadores se meten en el vestuario.

Parece que Rio baja un poco las defensas cuando volvemos a estar solos otra vez, como si estuviera cansado de toda esta situación.

—No quiero contratarte, Hal.

Aunque deseo hacerlo, no corrijo el diminutivo con el que solía llamarme.

—Ya lo sé.

—No te quiero en mi casa. No quiero tener que verte todos los días. —Se pasa una mano por el pelo y veo cómo flexiona los dedos —. Joder, Hallie, antes del sábado, pensaba que no volvería a verte.

Suelta esas palabras con un deje de dolor, y mentiría si dijera que no penetran a través de mi armadura y me dan un golpe. La mayor parte de mí tampoco pensaba que volvería a verlo.

—Lo sé.

Justo cuando pienso que es posible que cambie de idea y me diga que me deja hacer el proyecto, coge su radiocasete del banco y lanza una exhalación.

—Tengo que irme. Nos vamos de viaje una semana.

Cada parte de mí quiere preguntarle si ya ha llamado al estudio para pedir que me sustituyan o si tiene pensado hacerlo más adelante. Pero parece agobiado con mi mera presencia, así que no digo nada.

Lo que sí que hago es preguntarle:

—¿Cómo es que sigues usando ese radiocasete tan viejo?

Se echa hacia atrás con gesto amigable.

—Cuidado, Hart. Creo que el término que buscas es «clásico».

Intento no dibujar una sonrisa con los labios, pero ella se abre paso sola durante unos instantes.

—¿Cómo es que sigues usando ese radiocasete tan clásico?

Se encoge de hombros.

—Todavía funciona. ¿Por qué iba a sustituir algo que no está roto? Y me la pela que los chicos se metan conmigo; soy el único del equipo con buen gusto musical.

—Eso es cosa mía, así que de nada.

Su risa, fuerte y sincera, recorre todos los nervios de mi cuerpo.

Hacía mucho que no oía ese sonido y lo echaba de menos.

—Y una mierda —dice todavía riéndose—. Eres tú la que tiene que agradecerme su gusto musical.

—¿En qué clase de delirio vives, DeLuca?

Los hoyuelos se le hunden en las mejillas y veo cómo un destello de mi Rio de siempre vuelve a la vida.

—Durante un año entero no escuchaste más que *boy bands*. Y cuando estábamos juntos tampoco me dejabas escuchar otra cosa.

—¡Exacto! Se llama «gusto». Búscalo.

—Una vez te equivocaste con el nombre de un grupo que estábamos escuchando en una cinta de mezclas que me grabaste porque no eras capaz de diferenciar entre ellos. Sonaban todos exactamente igual.

Me río y la sensación es agradable. Ligera y nostálgica.

—Dios, ¿cómo puedes acordarte de eso? Fue hace una eternidad.

—Es difícil olvidar los años en los que tu gusto musical era una mierda, Hal. Se me han quedado grabados a fuego en la memoria, y no en el buen sentido. —Vuelve a desviar la atención hacia los vestuarios, como si quisiera abandonar la amena charla antes de sentirse demasiado cómodo—. Tengo que irme, de verdad. Debo coger un vuelo.

Hago un gesto de afirmación con la cabeza y dejo pasar ese grato momento entre ambos.

—De acuerdo.

No se da la vuelta inmediatamente, pero acaba haciéndolo y se detiene en la entrada del vestuario. Me habla sin mirarme.

—Perdona, pero no puedo responderte ahora mismo a lo que me

pides sobre la reforma.

—Lo entiendo.

Ahoga una carcajada.

—¿Tú crees? —Me mira por encima del hombro con unos suplicantes ojos verdes—. Cinco minutos y ya he vuelto a sentirlo, como si nada hubiera pasado. Imagínate seis meses. No quiero volver a sentir eso. Después de todo lo que pasó, no puedo.

«Porque nunca llegué a decirle la verdad». No quiere perdonármelo.

Bueno, yo tampoco quiero perdonárselo.

—Claro que lo entiendo. —Asiento, completamente derrotada—. Que tengas buen viaje, Rio.

Y ya no le dirijo ninguna otra mirada. Me voy, con rumbo a un trabajo que solo conservaré seis meses más.

6
Rio

—¿Comes lo suficiente?

Me río al teléfono.

—Sí, mamá. Ahora mismo estaría comiendo si me dejaras colgar.

—Oye, tardé treinta y cuatro horas en parirte. Puedo tenerte al teléfono el tiempo que quiera. No lo olvides.

—De eso hace veintisiete años. Ya va siendo hora de que dejes de usarlo en mi contra.

—Soy tu madre. Una madre italiana, además. Hacer que te sientas culpable es parte de mi trabajo —asegura—. Entonces ¿me echas de menos o qué?

—Madre de Dios —digo con una risita—. Pues claro que te echo de menos. ¿Cómo fue la cena del domingo? ¿Y por qué sigues cocinando?

Sé que me ha puesto en manos libres porque oigo claramente el sonido de una cuchara de madera rascando una olla de metal. La cena del domingo bien podría llamarse «comida del domingo», así que no entiendo por qué sigue cocinando a estas horas de la noche.

—El nieto de los Moreno ha venido una semana de visita y hoy se lo han traído aquí. Ha dicho que le encanta mi salsa *bolognesa*, de modo que he pensado que podría hacerles una olla. Ya sabes, por si le entra hambre en casa de sus abuelos. Carla nunca ha tenido mucha mano en la cocina.

—Mamá —la regaño.

—No me vengas con esas. Sabes perfectamente lo buena que está mi *bolognesa*. Es la mejor del vecindario.

Muevo la cabeza a un lado y a otro, pero también salivo tan solo de pensarlo. Desde luego, no se equivoca.

Por mucho que me gusten las cenas familiares de Chicago con todos mis amigos, nada puede compararse al festín de los domingos que mi madre preparaba cuando yo era pequeño. Nuestros domingos casi siempre consistían en que el vecindario al completo

viniera a cenar. Era una de mis cosas preferidas de crecer donde lo hice. De algún modo, todos éramos familia.

Desde que me fui de la casa familiar, mi única preocupación verdadera ha sido ella. Me siento muy culpable por vivir lejos. Al fin y al cabo, soy hijo único y me han criado así. Los hijos deben encargarse de sus padres cuando llegan a cierta edad.

Para ella es imprescindible la llamada de los domingos, pero también hablamos y nos enviamos mensajes durante la semana. Es la mujer más maravillosa que conozco, nunca ha dejado de animarme y eso que estos años las ha visto de todos los colores. Ha llevado las cosas lo mejor que ha podido, pero, como su único hijo, mi deseo es protegerla.

Y, sí, confieso sin ninguna vergüenza que soy un niño de mamá.

—¿Hoy quién ha ido? —le pregunto.

—Los vecinos de siempre, algunas señoras de mi noche de bingo y tu tío Mikey.

El hermano de mi padre ha ido a todas las cenas de los domingos de este último año, y los amigos que mi madre tiene en el vecindario han venido a mi hogar familiar desde que yo era un crío.

En el vecindario hay básicamente diez familias, y todas vivían en las mismas casas que sus ancestros mucho antes de que yo naciera. Por eso, cuando los Hart se mudaron a esa parte de la ciudad, la nueva familia no solo revolucionó mi mundo, sino que despertó el interés de toda la comunidad.

—He hecho *semifreddo* de postre —prosigue.

—¿¡Qué dices, mamá!? Es mi preferido.

—Bueno, múdate aquí y a lo mejor te cae alguno. ¿Te han dicho algo de Boston?

Cierro la puerta del despacho de Indy para asegurarme de que mis amigos no me oigan.

—No sabré nada concreto hasta que acabe la temporada.

Lanza un suspiro al teléfono.

—Yo solo quiero que vuelvas a casa, *tesoruccio*.

—Lo sé. Estoy trabajando en ello.

Se produce un silencio al teléfono. Sí, me encantaría jugar para mi equipo de la infancia. Me encantaría vivir más cerca de mi familia.

Pero la culpa me corroe porque lo siento como un deber hacia ella.

La verdad es que, aunque no he firmado la ampliación anticipada con Chicago, tampoco estoy decidido a marcharme. Me gusta vivir en esta ciudad. Es donde están mis amigos. En cierto modo, me hice un hombre en ella, y ahora no tengo claro estar listo para abandonarla.

—Cuéntame cómo te ha ido la semana —me pide—. Luego dejaré que te vayas.

Sin dudarlo ni un segundo, mis pensamientos se van a Hallie.

A su imagen esperándome después del entrenamiento el pasado lunes, como solía hacer cuando íbamos al instituto.

A lo que sentí al volver a verla. A la falta de sueño que me ha provocado saber que está durmiendo en la casa de al lado. A lo agradable que fue bromear con ella un rato. Joder, a lo increíblemente guapa que estaba junto a la pista, con esa falda de cuadros blancos y azules que se le ceñía a las caderas y a los muslos. Arriba llevaba una sudadera Harley-Davidson *vintage* cortada para que se le viera un poco el vientre, e iba cubierta de joyas doradas y plateadas. Una vez me dijo que el estilo no tenía reglas, y veo que sigue viviendo bajo esa consigna.

El gusto de Hallie siempre ha sido increíble, tanto vistiendo como para el diseño de interiores. Tenía la suficiente confianza en sí misma como para llevar lo que quisiera, por eso le sentaba bien cualquier estilo de ropa. Encontraba la manera de que prendas con las que otros tenían miedo de experimentar, por ser demasiado extravagantes y llamativas, a ella le quedaran genial.

Una vez pasó por una fase en la que se pintaba cada uña de un color diferente porque era incapaz de elegir uno solo, e incluso esa pequeña excentricidad creó tendencia entre las chicas de nuestro colegio.

Ahora, al volver a verla, al ver la reforma que ha hecho en casa de Wren, es evidente que su creatividad no se ha ido a ninguna parte.

Pero a mi madre no le cuento nada de eso. No le cuento que he pensado en mi vecina de la infancia todos los días desde que volví a verla y, desde luego, no le cuento que ahora Hallie vive en Chicago. Eso solo serviría para acabar de convencerla de que ya va siendo

hora de que vuelva a casa.

En lugar de eso, le hablo sobre mis partidos y sobre los viajes que he hecho esta semana. Ella me cuenta que ha ganado mucho dinero en la noche de bingo. Hacemos tentativas de planes para cuando yo vuelva a Boston por trabajo y al final deja que me vaya cuando le prometo que no tardaré en organizarle una videollamada con Indy para que pueda enseñarle a mi mejor amiga a preparar su famosa salsa *bolognesa* antes de una de nuestras cenas familiares, como si yo no hubiera crecido viéndola cocinar y no supiera hacerla yo mismo a la perfección.

—Perdón —digo al salir del despacho de Indy y encontrarme con mis amigos ya alrededor de la mesa del comedor de los Shay—. ¿Me he perdido algo?

—No. Solo he ido arriba a acostar a los niños —contesta Stevie.

Stevie está casada con mi compañero Evan Zanders, o Zee, como solemos llamarlo, pero a ella y a Indy las conocí hace años, cuando eran azafatas del avión privado de nuestro equipo. Ella y Zee se juntaron el año en el que todos nos conocimos y a partir de ahí se formó el resto del grupo.

Indy se casó con el hermano de Stevie, y luego se unieron otros cuatro amigos cuando los hermanos Rhodes, que juegan o han jugado en el equipo de la MLB o Grandes Ligas de Béisbol de Chicago, empezaron a frecuentarlos más. Kai Rhodes conoció a su esposa, Miller, durante un verano en el que ella cuidó a su hijo pequeño, e Isaiah Rhodes conoció a su esposa, Kennedy, cuando esta se unió al personal médico de su equipo. Los cuatro miembros de la familia Rhodes comenzaron a asistir a las cenas de los domingos en casa de los Shay, y así se formó la pequeña familia encontrada de nueve que tenemos en Chicago.

Sí, nueve. Porque todos están emparejados menos yo.

Miller se sienta a la mesa junto a su marido.

—De verdad, cada semana Max se emociona tanto al ver a sus amigos que a la hora de acostarse está tan agotado que duerme mejor aquí que en casa.

Indy sonríe al otro lado de la mesa.

—Me encanta que los niños se quieran tanto.

Ahora mismo, con «niños» se refiere a los cinco que existen. Hubo un tiempo en el que Max era el único que dormía aquí arriba durante la cena familiar, pero después llegaron un montón de pequeñajos.

Zee y Stevie tienen uno. Ryan e Indy, dos; igual que Kai y Miller. Isaiah y Kennedy están demasiado centrados en sus carreras como para pensar en tener hijos, y yo…, bueno, estoy soltero de cojones, así que poco más hay que decir.

Todos nos lanzamos a por las pizzas que hay en el centro de la mesa, y yo me aseguro de coger algunos trozos de la que lleva queso de origen vegetal. Son caseras y están recién salidas del nuevo horno de ladrillo de los Shay.

Me estoy echando una ración de ensalada en el plato cuando Ryan pregunta:

—Miller, ¿cómo va el nuevo local?

Se refiere a la segunda pastelería que Miller ha abierto este año en el centro de la ciudad.

—Genial. El equipo lo tiene por la mano, así que ahora que todo está en marcha, he podido desentenderme un poco. He contratado a una gerente para ese local. Se llama Beth, no hace mucho que se ha mudado aquí desde Oregón y es fantástica. Lista. Organizada. Solteeera… —Miller alarga la última palabra.

Me lleno la boca de ensalada mientras mis ocho amigos desvían la atención hacia mí.

—¿Qué? —pregunto lentamente alternando la mirada entre todos los que me observan.

Isaiah ladea la cabeza con gesto confundido.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. ¿Por qué?

—Algo va mal, está claro —señala Zee.

—¿De qué coño hablas?

Stevie entrecierra sus ojos color azul verdoso.

—La nueva gerente de Miller. Nueva en la ciudad. Soltera.

—Ya lo sé. Lo he oído. Me alegro de que tenga a alguien serio al cargo de la pastelería.

—Confirmado, está enfermo —interviene Kennedy—. Y soy médica, así que sé de lo que hablo.

—No has reaccionado. —Indy me golpea el hombro con el suyo—. Siempre lo haces.

«Ah».

—Creo que te gustaría —me dice Kai—. La he conocido. Es maja.

—Vale —resopla Miller—. Tampoco es tan maja.

A él se le acentúa una sonrisa llena de complicidad.

—Estás celosa.

Ella bromea con los ojos en blanco.

—Siempre.

Kai le pasa un brazo sobre los hombros, atrayéndola hacia él, y le da un beso en la parte superior de su oscuro cabello. Miller sabe tan bien como el resto de nosotros que en realidad ella no está celosa, ni tiene por qué estarlo. Kai nunca ha mirado a ninguna otra mujer como la mira a ella.

—Lo que intentaba decir —prosigue Kai—, es que tal vez sea una chica maja para Rio.

Indy se endereza con evidente emoción.

—No podría estar más de acuerdo.

Confundido, frunzo el ceño.

—Ni siquiera la conoces.

—¿Y cuándo te ha impedido eso mostrar interés?

—Es que… —vacilo—. Creo que voy a dejar todo el tema de las citas durante algún tiempo.

Al otro lado de Indy, Ryan se atraganta con la comida.

—Mierda. —Ojiplática, Kennedy se queda con la boca ligeramente abierta—. Está más enfermo de lo que pensaba.

—No es para tanto. —Me centro de nuevo en mi plato—. Estoy cansado de hablar siempre de lo mismo en todas las primeras citas. Tan solo necesito descansar un poco.

Stevie esboza una pícara sonrisa y pregunta:

—¿Y esto no tiene nada que ver con cierta persona que te estaba esperando al acabar el entreno la semana pasada?

Me vuelvo de inmediato hacia Zanders.

—Eres un cotilla de mierda.

Se parte de risa.

—¿De verdad pensaste que no se lo iba a contar? Se lo cuento

todo. En especial si nuestro amigo mira a alguien como nunca se lo había visto hacer.

—Se llama Hallie —apunta Stevie.

—¿Y cómo dices que miraba a Hallie exactamente? —le pregunta Isaiah a Zee.

—Muy parecido a como mirabas tú a Kennedy cuando os casasteis. Parecía un necio enamorado. Y no en plan capricho. Ahí ha habido algún tipo de historia.

De nuevo, todos los ojos oscilan hacia mí.

Niego con la cabeza.

—No sabes lo que dices.

Los labios de Miller se elevan en una sonrisa.

—Veo que no negamos que ha habido una historia.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pregunto, dándole un bocado a la pizza para evitar cualquier conversación en torno a Hallie.

—Claro —asegura Ryan—. ¿Cuándo empieza la reforma de la casa?

«Me cago en la leche». No puedo escaparme del tema.

Hay demasiado que explicar. Quién es Hallie, tanto en lo referente a nuestra historia como a nuestro presente con la casa. Por qué aún no ha empezado la reforma. Por qué me han pillado mirándola como un idiota enamorado cuando nunca había mirado a nadie así.

Y es que ninguno de ellos sabe que hubo un tiempo en el que la quería con locura.

Ninguno de los que están aquí sabe que ya he estado enamorado. Que, pese a tener un asiento de primera fila desde el que los he visto a todos encontrar a su persona especial año tras año, yo ya había encontrado a la mía mucho antes que cualquiera de ellos.

O eso pensaba.

Joder, sigo tan confundido sobre qué hacer con la casa, tan impactado por haber visto otra vez a Hallie, que no tengo fuerzas para explicarlo.

—Voy a coger otra botella de vino para la mesa. —Me levanto y me llevo la botella de vino tinto vacía—. ¿Alguien necesita algo de la cocina?

El grupo se queda callado, y noto que todos me observan mientras salgo del comedor para esconderme en la cocina. Tiro la botella de

vidrio vacía en el contenedor de reciclaje antes de apoyar los brazos sobre la encimera que tengo delante y respirar hondo.

Tan solo hace una semana que sé que Hallie está en Chicago y ya tengo la sensación de que las cosas se están complicando demasiado. He mantenido nuestra historia en secreto hasta con mis amigos más cercanos durante todo este tiempo, como si el hecho de dejar todo lo que ambos vivimos en Boston y no hablar de ella pudiese ayudarme a hacer como si nunca hubiera ocurrido.

Pues bien, no ha servido para una mierda. Simplemente me he pasado los últimos seis años atrapado en un delirante estado de negación, diciéndome a mí mismo que todo aquello no me había hecho daño, al tiempo que mi subconsciente comparaba cualquier relación con la nuestra, que era la que en realidad buscaba.

—Bueno, ¿quién es esa chica? —pregunta Indy, esquivándome con el brazo para coger otra botella de vino de la encimera.

Con una exhalación, me vuelvo hacia ella y me apoyo contra el mármol de la cocina cruzado de brazos.

—Es la diseñadora que han asignado al proyecto de mi casa.

Indy alza una ceja mientras descorcha la botella.

—Ya sabes qué te estoy preguntando, Rio.

Stevie se une a nosotros en la cocina.

—Uy, no os preocupéis por mí, yo… —Mira a su alrededor para encontrar algo que hacer, una excusa para estar allí ahora mismo—. Voy a ayudaros con el vino.

—Y yo lavaré los platos —añade Kennedy, depositando un único plato, que además está limpio, en el fregadero.

—Mira, voy a serte sincera. Yo he venido a cotillear. —Miller se sienta de un salto en la encimera de la cocina—. Suéltalo. ¿Quién es esa chica?

Me arranca una carcajada.

Hay algo sobre mi amistad con las mujeres, sobre todo con estas mujeres, que valoro de una forma distinta a mi amistad con los hombres. A veces, con los chicos, tendemos a darle a la lengua y a reírnos sobre temas complicados demasiado pronto. Pero, cuando necesito tratar un asunto difícil, suelo encontrar un enfoque más empático y comprensivo entre las mujeres de mi vida.

De modo que, si hay alguien con quien estoy dispuesto a abrirme sobre Hallie, es con estas cuatro personas.

Con la mitad de los ojos sobre mí de los que tenía en el comedor, por fin lo acabo admitiendo:

—Crecimos juntos en Boston. Era mi vecina.

Se manifiestan demasiadas sonrisas cómplices en esa cocina.

—Tenemos… una historia sórdida y, sin querer, la contraté para que me reformara la casa. No me enteré de que vivía aquí hasta la semana pasada, pero, en cuanto supe que era ella, dejé claro que prefería que se ocupara del proyecto otra persona.

—¿Por eso fue a verte después del entrenamiento? —indaga Stevie.

—Fue a pedirme que lo reconsiderara. Dijo que estaba desesperada por trabajar en mi casa. Necesitaba demostrarle a su jefe lo que podía hacer para que la contratara a tiempo completo o algo así. Creo que está haciendo unas prácticas y quiere que la cojan para un puesto fijo.

La sonrisa de Kennedy se llena de comprensión.

—¿Cuándo la habías visto por última vez?

Las imágenes de aquellos últimos días en Boston inundan mi mente. Fue el peor momento de mi vida, y llevo seis años intentando bloquearlo a toda costa.

—Poco después de que me seleccionaran, antes de mudarme aquí de forma permanente.

—¿Qué ocurrió entre vosotros? —pregunta Miller.

Una extraña oleada de protección me recubre el pecho como una armadura.

Aunque Hallie y yo tenemos una historia sórdida, es nuestra historia, y deseo con todas mis fuerzas que siga siendo solo de los dos. Da igual que yo saliera herido, no quiero que mis amigos tengan esa primera impresión de ella. No quiero que nada distorsione lo que puedan opinar de ella.

—Prefiero que quede entre ella y yo.

Todas las chicas bajan los hombros, inclinan la cabeza con grandes ojos tristes como si estuvieran interpretando un papel en algún tipo de comedia romántica acerca de una reconexión predeterminada por el destino.

—Dejad de mirarme así las cuatro.

La sonrisa de Miller se llena de satisfacción.

—¿Así cómo?

—Como si pensarais que esta es la buena. Que fue ella la que quiso que acabara y esta es nuestra segunda oportunidad. No va a pasar, así que quitáoslo de la cabeza. Creedme, pasaron demasiadas mierdas entre nosotros como para que ahora podamos tener algo bueno.

Indy es a quien más me resisto a mirar y, cuando por fin lo hago, su cara me dice que lo ha entendido todo. Sin haberle contado nada, lo sabe. Tal vez no conoce todos los detalles de la historia entre Hallie y yo, pero sin duda sabe que yo amaba a esa chica y que ella me rompió el corazón.

Entonces hace la cosa más Indy posible y le encuentra a la situación el lado positivo.

—En serio, ¿quién mejor que ella para hacer el diseño de tu casa? —pregunta—. Te conoce.

No tiene ni idea de lo acertada que es esa afirmación.

—Ignoro lo que pasó entre vosotros —continúa—, no conozco los detalles, pero ¿de verdad no hay ninguna parte de ti que quiera ayudarla? Si acude a ti de esa forma es que realmente debe de necesitar el trabajo, y no me imagino que te parezca bien no ayudarla.

«Joder, Indy».

Me rechinan las muelas, aprieto la mandíbula, porque, de nuevo, no entiende lo cierta que es esa afirmación.

He tenido debilidad por Hallie Hart desde el día en que la conocí y, a medida que mi determinación se desvanece, me doy cuenta de que eso no ha cambiado ni un ápice pese a los años que han transcurrido desde la última vez que la vi.

Indy sonríe orgullosa.

—Solo era una observación —remata antes de que ella y las demás me dejen solo en la cocina.

«Cabrona».

Siento que el teléfono me pesa en el bolsillo, como si me estuviera rogando que lo sacara y hablara con ella. Me tomo mi tiempo

mientras busco el nuevo número de Hallie entre los contactos (puede que se lo pidiera a Wren esta semana…) antes de enviarle un mensaje.

Yo: *Empiezas mañana.*

7
Hallie

(13 AÑOS)

—Feliz cumpleaños, Hallie —dice la señora DeLuca mientras coloca una tarta en la mesa frente a mí con trece velas encendidas y lista para que pida un deseo.

Reboso alegría cuando miro alrededor y veo a mi padre rodeando a mi madre con los brazos por delante de sus hombros, estrechándola contra él. El señor DeLuca desliza su mano por la de su mujer mientras todos me cantan el «Cumpleaños feliz». Luke y Rio están sentados frente a mí, y un rubor me sube por el pecho cuando cruzo la mirada con Rio y descubro que está cantando más alto que los demás.

No me atrevo a mirarlo de nuevo mientras acaba la canción y, desde luego, no hago contacto visual cuando soplo las velas.

Mi deseo es el mismo que el del resto del año. Pido lo mismo cada vez que arranco un diente de león de la hierba, veo una estrella fugaz en el cielo o me doy cuenta de que son las 11:11.

Nuestros padres están ocupados charlando y riéndose cuando Luke se echa hacia delante, con los codos sobre la mesa frente a mí y pregunta:

—A ver, ¿qué deseo has pedido?

—No te lo voy a decir.

—Venga ya. ¿Qué has pedido? ¿O es que estás colgada como una tonta por alguien y no quieres que lo sepamos? ¿Tu deseo ha sido gustarle tú también a él o algo así?

Los ojos se me van hacia Rio, que está sentado junto a mi hermano, y los mofletes me echan a arder.

—Cállate, Luke. No, yo…

—No nos lo puede decir —interviene Rio—. Si lo hace, no se cumplirá.

Me sonríe y los hoyuelos se le hunden en las mejillas, lo que me

hace devolverle la sonrisa.

—Como quieras. —Luke restriega el dedo por el glaseado blanco antes de metérselo en la boca—. De todas formas, probablemente no se haga realidad.

—Lucas William Hart —lo regaña nuestra madre—. Aparta esos sucios dedos de la tarta de tu hermana. Ese va a ser tu trozo, si es que Hallie decide darte alguno. —Coge el pastel de la mesa—. Venga. Yo lo corto y tú lo sirves.

Luke pone los ojos en blanco y se levanta para ayudar a nuestra madre en la cocina.

Rio se inclina sobre la mesa y me habla bajito:

—No le hagas caso. Tu deseo se va a cumplir.

Esos amables ojos verdes brillan bajo la luz del comedor, el oscuro pelo le cae desordenadamente sobre la cara. Es guapísimo y no tiene ni idea. Me da un vuelco el estómago.

—Gracias.

Ladea la sonrisa, que es suave y genuina, igual que él.

—Feliz cumpleaños, Hal.

Vale, si pudiera gritar sin provocar que nuestras familias se me quedaran mirando, sin duda lo haría. Me encanta cuando me llama Hal. Es como un secreto entre él y yo.

Han pasado dos años exactos desde que nos mudamos a Boston y, en ese tiempo, Rio y Luke han cumplido catorce años y se han hecho amigos inseparables. Y Rio y yo…, bueno, también somos amigos, pero nuestra amistad es diferente a la que él tiene con Luke. Ellos hacen deporte juntos y hablan de chicas. Están en octavo, mientras que yo voy a séptimo. Cuando Rio duerme en mi casa, lo hace en el cuarto de Luke, y mi hermano ni siquiera me deja pasar el rato con ellos.

Pero Rio siempre me trata bien, tanto si Luke está delante como si no, y, aunque mi hermano no sabe que Rio y yo somos amigos, sin duda lo somos. Solo hace falta ver los regalos que me ha hecho este año para mi cumpleaños. Sé que su madre no los ha elegido por él.

Rio es el único que sabe que de mayor quiero ser diseñadora de interiores, y me ha regalado una libreta de papel cuadriculado. Él sabe que me encanta dibujar casas desde la perspectiva de un

pájaro, diseñar planos, y antes lo hacía en papel pautado, pero con este nuevo papel va a ser mucho mejor.

Desde su ventana, me ha visto pintar mi cuarto tres veces desde que nos mudamos, y he reorganizado los muebles más veces de las que puedo contar. Cuando me preguntó por qué seguía cambiándolo todo, le dije que estaba practicando para ser diseñadora de interiores.

También me ha dado una nueva cinta de casete por mi cumpleaños. Cualquier otra persona me habría comprado un CD, porque ahora son mucho más populares, pero yo creo que las cintas son mejores. Por eso sé que Rio ha elegido los regalos él mismo.

Luke me pone un trozo de tarta delante y luego pasa el resto de platos a nuestra familia y a los DeLuca.

—Gracias por hacerla, señora DeLuca —digo antes de darle el primer bocado, que se me deshace en la boca en cuanto toca mi lengua.

Este año Luke y el señor DeLuca tuvieron esta misma tarta de chocolate por su cumpleaños, y en ambas ocasiones estaba tan buena que supe que era el sabor que quería para la mía.

La madre de Rio me estruja con un abrazo por detrás.

—Cariño, por ti, lo que sea.

Mi atención salta hacia Rio, que otra vez me está sonriendo.

—Mia, voy a necesitar esta receta —sugiere mi madre—. A mis hijos les encanta, y eso que nunca se ponen de acuerdo en nada.

—Ya te la he escrito, Steph —anuncia la señora DeLuca señalando hacia la cocina, donde perdemos a ambas de vista.

Luke y Rio no son los únicos amigos del alma, también lo son nuestras madres. Lo hacen todo juntas. Planifican cumpleaños, organizan viajes compartidos en coche y las he pillado más veces de las que recuerdo compartiendo una botella de vino en el porche a altas horas de la noche. Resulta muy práctico que vivamos a tres metros.

Supongo que se podría decir que nuestros padres también son amigos del alma, pero no estoy segura de que los padres tengan ese tipo de amigos. Entre ellos nunca se han llamado así, pero se pasan los domingos viendo juntos el fútbol o arreglando el viejo coche que

el señor DeLuca guarda en su garaje.

Nuestras familias incluso han planeado pasar juntas las vacaciones de verano en Florida. Vivir tan cerca de los DeLuca es lo mejor, pero a veces me entra complejo de aguantavelas. A menudo siento que me estoy acoplando a mi hermano mayor y a su amigo, y Luke suele echármelo en cara. Entonces nuestras madres me invitan a unirme a ellas, pero eso no es tan divertido.

—Feliz cumpleaños, cielo. —Mi padre me da un beso en la cabeza —. No me puedo creer lo mucho que has crecido. Eres la viva imagen de tu madre.

—Feliz cumpleaños, señorita Hallie —añade el señor DeLuca.

—Gracias.

Ambos se acaban sus trozos de pastel antes de retirarse lentamente hacia el garaje y me dejan sola con los chicos en el comedor.

—Tengo el nuevo juego de Mario Kart —le dice Luke a Rio—. ¿Quieres ir a jugar?

—Claro.

Se ponen de pie para irse, y Luke ya está en la puerta principal cuando Rio se detiene a medio camino y se vuelve para mirarme.

—¿Quieres venir a jugar, Hallie?

—No —gimotea Luke—. Ella no sabe.

Le dedico una sonrisa a Rio.

—No pasa nada. Gracias igualmente.

Su atención se desvía hacia mi hermano, luego otra vez hacia mí, y entonces regresa a la mesa y se vuelve a sentar.

—Es tu cumpleaños, ¿qué quieres hacer?

—Deberías ir a jugar.

—Rio, vámonos —le suplica mi hermano desde la puerta principal.

—Ve tirando. Yo me quedo aquí.

—Qué estupidez. Ella está bien.

—Te veo luego.

Rio se vuelve hacia mí y ni se inmuta cuando Luke cierra la puerta demasiado fuerte y con gran estruendo.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta de nuevo.

Me encojo de hombros, intentando encontrar algo lo

suficientemente interesante como para que quiera quedarse aquí en lugar de irse con mi hermano.

—Luke te ha regalado un kit de pulseras de la amistad —me recuerda—. ¿Quieres que las hagamos?

Suelto una risita.

—No creo que tú quieras.

Sonríe al ver que me he reído.

—¡Sí que quiero! Pero me tienes que enseñar.

—¿En serio?

—Claro. Te voy a hacer una por tu cumple.

—Vale. —Con las mejillas doloridas de lo grande que es mi sonrisa, cojo el kit del extremo de la mesa en el que se encuentran mis regalos abiertos. Mis ojos se detienen en el nuevo radiocasete que me han dado los DeLuca —. ¿Podemos escuchar música mientras las hacemos?

—Más nos vale —contesta Rio—. ¿Quieres escuchar la cinta nueva que te he regalado?

No estoy segura de poder estar más resplandeciente que ahora.

—Sí, me gusta la idea.

El nuevo radiocasete también reproduce CD y, como las cintas cada vez son más difíciles de encontrar, seguro que me vendrá muy bien cuando me vea obligada a cambiar de formato. De momento, introduzco mi nueva cinta.

—¿Qué canción vas a poner primero? —pregunta.

Me tomo mi tiempo para elegir una canción de la lista porque sé que este momento lo voy a querer recordar, y cualquier tema que escoja irá directo a la cinta de mezclas del próximo año porque querré rebobinarlo y ponerlo una y otra vez durante mucho tiempo.

Escribo el número trece en la cinta de mezclas que acabo de hacer y firmo con una «H» y un corazón. Por Hallie Hart, claro. El corazón es por «Hart», que se parece a «corazón», en inglés. Bueno, el caso es que es mi nueva firma y me encanta.

Llevo horas trabajando en esta cinta, así que, cuando por fin levanto la vista del escritorio, me encuentro con que el cielo está totalmente oscuro, tan solo iluminado por el fulgor de la luna.

Fuera de mi ventana hay una persona sentada en el tejado que

conecta la casa de los DeLuca con la nuestra. El mismo tejado que conecta el cuarto de Rio con el mío.

Podría haberme asustado si no hubiera sabido de antemano que es él. Ya van un par de veces que me he levantado en mitad de la noche y lo he visto ahí fuera, tumbado bocarriba, contemplando la luna. Nunca le he preguntado qué hacía ahí ni por qué seguía despierto. Tal vez porque no quería que supiera que podía verlo desde mi ventana. Aunque no tiene mucho sentido, supongo. Muchas veces nos saludamos con la mano desde nuestras respectivas habitaciones, así que sin duda sabe que puedo verlo. Supongo que no quería hacerle sentir que lo había pillado haciendo algo indebido. No quería que dejara de sentarse en ese tejado que conecta nuestros cuartos.

Es tarde y, al consultar el reloj de la mesita de noche, veo que solo quedan veinte minutos para que acabe mi cumpleaños. Si mañana hubiera colegio, mi madre ya habría venido a asegurarse de que dormía, pero es sábado y, como Rio se ha ofrecido voluntario para pasar el día conmigo, quizá no le importe que lo pille.

Abro la ventana de golpe y el frío aire primaveral me golpea al instante. Lo bastante alto como para que me oiga, le susurro:

—¿Qué haces?

Cuando se vuelve hacia mí, su expresión es de pánico, como si creyera que está a punto de meterse en problemas, pero, cuando descubre que solo soy yo, esboza una sonrisa.

—No puedo dormir. ¿Qué haces todavía despierta?

—Disfrutando mi cumpleaños.

—¿Quieres disfrutarlo aquí fuera?

«Ay, Dios». Aprieto los labios para no chillar. En serio, ese deseo de cumpleaños ha sido mucho más potente que los del resto del año.

—Yo…, eh… ¿No crees que podemos meternos en un lío por estar en el tejado?

Se encoge de hombros.

—Todavía no me ha pillado nadie. Bueno, aparte de ti. No te lo pienses.

«Me lo quiero pensar».

Abro la ventana de par en par y observo el alféizar. Solo hay unos

treinta centímetros de distancia hasta el tejado, que en esta parte es del todo plano. Antes de perder el temple, saco enseguida una pierna, me siento en el saliente y hago lo mismo con la otra.

Por suerte, la semana ha sido absurdamente cálida, así que no tengo que preocuparme de si hay hielo o nieve. A estas alturas ya estarían derretidos. Aun así, avanzo a gatas para encontrarme con él en medio del tejado que une nuestras casas.

Se ríe entre dientes al ver la prudencia con la que me siento, y entonces me doy cuenta de que, aunque no nieva, aquí hace un frío que pela y ni siquiera he pensado en ponerme una sudadera por encima de la camiseta del pijama. Pero tampoco quiero volver gateando a mi cuarto y arriesgarme a perderme todo esto.

Me sujeto las rodillas contra el pecho para mantener todo el calor que pueda.

Él choca su hombro contra el mío.

—¿Ha sido un buen cumpleaños?

—Sí.

—¿Qué parte te ha gustado más?

«Esta».

—Hum, ¿quizá cuando he ido a hacerme las uñas esta mañana con tu madre?

Extiendo las manos para enseñárselas.

—¿Diez colores diferentes? —pregunta entre carcajadas—. ¿No fuiste capaz de decidirte por ninguno?

Niego con la cabeza.

—Como con tu cuarto. —Señala hacia la ventana de mi dormitorio, cuyas paredes he pintado recientemente… otra vez.

En esta última ocasión, decidí poner cada pared de un tono distinto de verde. Me gusta. De momento.

—Mi madre te quiere —espeta—. Estoy seguro de que le gustaría que fueras su hija.

Suelto una risita nerviosa, pero al hacerlo me castañean los dientes.

—¿Tienes frío?

Niego enseguida con la cabeza. No quiero que me diga que vuelva a mi habitación.

—No, estoy bien.

Se baja la cremallera de la sudadera con capucha y saca los brazos. Veo que lleva la pulsera de la amistad que le he hecho en la muñeca. Él también ha intentado hacerme una, pero le costaba mucho entender los nudos y solo ha acabado cinco centímetros.

Me tiende la sudadera para que la coja.

—¿No vas a tener frío? —pregunto.

—Juego al hockey. Estoy acostumbrado al frío. Ahora llevo ropa suficiente.

Presiono los labios entre ellos para retener los ruiditos de emoción que se quieren escapar.

Cuando deslizo los brazos dentro de la sudadera, está caliente del contacto con su cuerpo y huele a él; creo que debe de llevar su aroma impregnado en las fibras. Trato de disimular mi profunda inhalación mientras meto las manos en los bolsillos, y me doy cuenta de que estaba tan entusiasmada por salir aquí fuera que todavía no he soltado la cinta de mezclas de mi cumpleaños.

Se hace un silencio entre los dos y simplemente permanecemos sentados en el tejado mirando la luna. Busco algo que decir, cualquier cosa, para prolongar el momento todo lo posible.

—¿Cómo ha ido el hockey?

Rio se encoge de hombros.

—Hemos tenido un partido amistoso. No he podido jugar mucho.

—A lo mejor juegas más la semana que viene.

—No lo creo. —Suspira—. Porque los otros tíos son mucho mejores que yo.

No sé qué contestarle a eso porque no anda del todo equivocado. He ido a muchos de sus partidos y, cuando consigue jugar, queda bastante claro que no es tan bueno como sus compañeros. Ha aprendido a patinar mejor, pero el palo y la pastilla no se le dan muy bien. Sin embargo, suele emocionarse con el simple hecho de estar allí.

—Creo que voy a dejarlo.

—¿Qué? —Me sobresalto y él alarga la mano para sujetarme, como si pensara que me voy a caer. En cuanto se da cuenta de que estoy a salvo, me quita rápidamente la mano de la pierna—. ¿Por qué ibas

a hacer eso?

Alza una ceja, como diciendo: «¿En serio tengo que explicarlo?».

—No voy a conseguir entrar en el equipo del instituto el año que viene, así que ¿para qué seguir? Tal vez debería probar con el lacrosse, como Luke. Al menos no parecería un idiota en patines.

El tono derrotado de su voz me entristece. Siempre es muy positivo con todo, incluso con el hecho de no ser el mejor jugando al hockey.

—Pero ¿te gusta el lacrosse? —pregunto.

—No lo sé. Puede.

«No, no le gusta».

—Creo que no deberías dejarlo.

Expulsa una nube blanca de aire frío y me doy cuenta de que se está congelando.

—¿Por qué no?

—Porque tu sueño es jugar en la NHL. Con los Boston Bobcats. Tu equipo favorito.

—Hallie, eso es imposible. No soy bueno.

—Eso no lo sabes. El año que viene irás al instituto y tus entrenadores serán aún mejores. Tú también serás mejor. Y a mí me gusta ir a verte a los partidos, aunque no juegues.

Se queda callado y me da la impresión de que he hablado demasiado, así que muevo nerviosamente las manos para evitar que el silencio se vuelva demasiado incómodo.

Rio mira de reojo mi regazo.

—¿Qué es eso? —pregunta, haciendo un gesto con la cabeza hacia los bolsillos de la sudadera que llevo puesta, que deja entrever un contorno rectangular.

—Ah, es…, eh… —La saco—. Una cinta de mezclas.

Se fija en la etiqueta.

—¿Trece? ¿Trece canciones?

—Trece, por mi edad.

—¿Y eso otro qué es? —inquiere, pasando el índice sobre la «H» y el corazón.

—Yo. Hallie Hart. Una «H» y un corazón, como «heart», en inglés.

Al corazón le dibujé un pequeño trazo de más sin querer, ya que no me detuve donde se suponía que debían conectarse los dos

extremos.

Rio lo tapa con el dedo para ocultar la imperfección.

—Qué guay. «H» corazón. Hallie Hart.

Me duelen las mejillas de contener la sonrisa.

—¿Qué canciones tiene? —pregunta.

—Todas las de este año. Mis canciones de momentos importantes.

—¿Las pones todas juntas? ¿En una cinta?

—Sí. Este es el tercer año que lo hago, así que ya tengo tres.

Asiente en señal de aprobación.

—Es muy guay, Hal.

Con los ojos en mi regazo, me sobreviene la timidez.

—Gracias.

—¿Puedo escucharla?

Eso me sorprende.

—¿Quieres escucharla?

—Sí, y quiero que me digas que pasó para que esas canciones fueran importantes para ti.

«Oh».

—Bueno…, yo… no sé. Hay canciones que no son buenas. Solo son canciones que estaba escuchando cuando ocurrió algo importante. Probablemente no te guste esta música.

—Aun así, quiero escucharla.

—Yo… Pero…

—Por favor… —pide con dulzura.

Eso hace que me desaparezcan los nervios.

—Vale. —Se la tiendo—. Escucha esta. Yo puedo hacerme otra.

Le brillan los ojos.

—¿En serio?

—Sí, si la quieres.

—Claro que la quiero. Pero… no tengo forma de escucharla. No tengo nada que reproduzca cintas.

—Si quieres puedes usar mi radiocasete nuevo.

—¿Quieres escucharla ahora?

—¿Ahora? —Abro los ojos como platos—. Es medianoche y… y…

Levanta una ceja y de inmediato me siento como una tonta. Es mayor. Probablemente lo dejen acostarse más tarde que a mí.

Seguro que él y los demás alumnos de octavo se quedan despiertos pasada la medianoche todo el tiempo.

—Todavía no estoy cansado —afirma—. Podríamos ir a escucharla a tu cuarto. Pondremos el volumen bajo.

¿¿Qué?? Nunca ha estado en mi cuarto. Cuando viene a casa siempre va al de Luke. Pero la verdad es que yo tampoco estoy cansada…

Qué guay. Escuchar música en mi cuarto después de medianoche.

—Vale —acepto—. Pero tienes que estar callado para no despertar a Luke ni a mis padres. ¿O prefieres que despierte a Luke? Si quieres también puede venirse a mi cuarto.

—No tienes por qué hacer eso si no quieres. Podemos escucharla solo nosotros dos.

«Esto no puede estar pasando». Es el mejor cumpleaños de mi vida.

En silencio, Rio entra detrás de mí por la ventana. Mientras coloco el radiocasete en la mesita, se da una vuelta por la habitación.

—Me gusta tu cuarto —susurra—. De cerca mola aún más que cuando te saludo desde mi ventana.

Se fija en algunos de los dibujos que tengo colgados en la pared, mira detenidamente mis trofeos de natación y de fútbol. Se deja caer en mi puf y no se burla de la manta que aún conservo de cuando era bebé, que es lo que hace mi hermano.

Al tiempo que me siento en la cama, todavía con su sudadera puesta, Rio se tira al suelo junto al colchón, entrelazando las manos detrás de la cabeza.

—¿Qué ocurrió durante la primera canción? —pregunta.

Uf, vale. Esto está pasando y va a ser mucho más embarazoso de lo que creía.

—Yo…, eh… Bueno, no te burles, pero un chico me dijo que yo le gustaba justo antes de las vacaciones de primavera de este año.

Se incorpora rápidamente y, aunque solo nos ilumina la luz de la luna, veo que tiene las cejas arrugadas.

—¿Quién?

—Kevin Gross.

Rio pone cara de asco.

—¿Kevin Gross? Ugh, Hallie. No por nada su apellido significa «repugnante» en inglés. Entre clase y clase, ese tío recoge insectos y se los guarda en el bolsillo.

—¡Pasó hace casi un año! —susurro con un gritito—. Y no sé. Era la primera vez que le gustaba a alguien, así que, bueno, quería recordarlo. Estaba escuchando esta canción justo antes de que me lo dijera.

Rio vuelve a tumbarse con un bufido.

—Ponla.

Lo hago y, cuando le doy al botón de reproducción, «Waterfalls» empieza a filtrarse muy bajito por los altavoces.

Mueve la cabeza hacia los lados.

—¿Has gastado una canción de TLC en Kevin Gross? Vaya.

Me río, tumbándome en la cama para copiar su postura.

Escuchamos toda la canción en silencio y, durante la larga pausa que se produce hasta que empieza la segunda, Rio murmura desde el suelo:

—¿Hallie?

Le respondo también entre susurros:

—¿Qué?

—¿A ti te gustaba Kevin?

—No. No de esa forma.

Se hace otra larga pausa.

—Bueno, quizá esa fuera la primera vez que te lo dijeron, pero puedes dar por sentado que no fue la primera vez que le gustaste a alguien.

Siento que los ojos se me van a salir de las órbitas. ¿Está hablando de sí mismo o de otra persona? El corazón me retumba en el pecho y si fuera más valiente, le preguntaría a qué se refiere. Pero no lo soy. No le pido que me lo aclare, sino que opto por darle vueltas a esa frase durante el resto de mi vida.

Empieza a sonar la siguiente canción y, totalmente despreocupado, como si no acabara de soltarme una bomba en potencia, me pregunta:

—¿Por qué es importante para ti la segunda canción?

8
Rio

—¿Y seguro que eso es todo? —pregunta Hallie al teléfono—. Porque puedo pedir unos días en el trabajo si es necesario. Puedo conducir hasta allí.

Va de un lado a otro, volviendo sobre sus mismos tres o cuatro pasos en el rincón de la sala de conferencias del estudio de diseño, con el teléfono muy apretado contra la oreja.

Cuando íbamos a empezar nuestra primera consulta, le sonó el móvil, así que, mientras yo estoy sentado a la mesa de conferencias, ella no deja de echarme miradas por encima del hombro para ver si la estoy escuchando.

Joder, claro que la estoy escuchando.

Todos los músculos tensados de sus hombros y su espalda gritan que se siente angustiada y que algo va mal. Y, como por instinto, mi propio cuerpo está agarrotado y a la expectativa, esperando para ver qué necesita, pese a que cada átomo de mi ser querría creer que me importa una mierda.

—Júramelo, Luke —prosigue, volviéndose hacia la pared—. Júrame que vas a llamarme si la cosa empeora. —Su hermano dice algo al otro lado de la línea que hace descender sus hombros un par de centímetros—. Gracias. Vale. Yo también te quiero. Adiós.

Espero a que me diga qué ocurre, pero no lo hace. Pulsa para finalizar la llamada y se toma unos segundos para recomponerse en el rincón antes de volver a la mesa.

Sus labios fingen una sonrisa mientras abre el portátil, tratando de continuar con la reunión.

—Disculpa.

—¿Qué ocurre?

Mueve la cabeza hacia los lados, agrandando esa sonrisa forzada como si yo, precisamente yo, no fuera a darme cuenta de que es falsa.

—¿Va todo bien con tu hermano? —pregunto.

—Todo bien.

No quiere hacer contacto visual conmigo.

—Hallie, está claro que algo va mal.

—Rio, por favor. Ambos sabemos que a ti en realidad no te importan mis problemas.

«Ojalá fuera verdad». Mi vida sería mucho más fácil si pudiera preocuparme menos por esta chica.

—¿No es así? —Hallie por fin centra su atención en mí, poniéndome a prueba con su pregunta.

Pero no puedo centrarme en la respuesta mientras me mire así, con esos ojos grandes y curiosos de color avellana.

Ese puto color avellana.

Casi se me olvida lo bonitos que son, cómo tienden más al verde que al marrón dependiendo de la luz. Cómo se cerraban de golpe cuando veíamos una peli de miedo. Cómo se cerraban suavemente cuando le daba un beso en la boca. Cómo se oscurecían al dilatarse sus pupilas cuando besaba el resto de su cuerpo.

Nos miramos fijamente y, cuando entreabre un poco los labios, mi atención se desvía hacia ellos.

Mierda, los echo de menos.

Aún recuerdo la primera vez que nos besamos.

También la última, y eso me saca del estúpido hechizo que con tanta naturalidad se produce entre nosotros.

«¿Qué cojones estoy haciendo?».

Por este motivo, incluso todos estos años después, no es buena idea que esté en la misma habitación que Hallie Hart. La atracción mutua sigue ahí y no lo soporto.

—Sí. —Me aclaro la garganta—. Si has acabado con las llamadas, tal vez podamos seguir con la reunión.

Sus ojos avellana centellean heridos, algo que odio casi tanto como quiero odiarla a ella.

«Demasiado cruel».

—¿Cómo está…, eh…? —Me paso la palma de la mano por la nuca —. ¿Cómo está Luke, por cierto?

Me mira confusa, gracias a mi latigazo mental, pero no tarda en fruncir el ceño. Es evidente que preguntar por su hermano ha sido

un error. Llevo sin hablar con mi viejo amigo los mismos años que hace que no hablo con su hermana.

Hallie vuelve a centrarse en la pantalla del ordenador.

—Está bien.

—¿Sigue en Boston?

—Al sur de Mineápolis, en realidad.

—¿Ha vuelto a Minesota? No lo sabía.

Se le marca la mandíbula, como si estuviera rechinando las muelas.

—¿Y cómo ibas a saberlo? Llevas sin hablar con ninguno de nosotros desde que te fuiste de Boston, y Luke ni siquiera hizo nada malo como para que lo sacaras así de tu vida.

Tiene razón.

Luke no había hecho nada malo, pero yo era joven, estaba dolido y me desquité con cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca.

Crecimos siendo buenos amigos. Vale que se portaba como un capullo con su hermana cuando éramos pequeños, pero al crecer dejó eso atrás y se convirtió en el típico hermano mayor protector. Durante toda mi adolescencia, Luke fue casi como un hermano para mí, pero al mudarme borré su contacto del teléfono para no caer en la tentación de llamarlo y preguntarle por Hallie.

Sí, Luke había sido alguien importante en mi vida, pero esa relación no tenía ni punto de comparación con la que luego tendría con su hermana.

Hallie gira la muñeca para consultar la hora en el reloj antes de volver a focalizar su atención en el portátil.

—Vamos a centrarnos en la reunión —dice—. Se está haciendo tarde.

Solo son las cuatro.

—¿Tienes que estar en algún otro sitio más importante? —pregunto.

No me contesta. Decide centrarse en rellenar un formulario del perfil del cliente en el ordenador, para lo que no necesita consultarme las respuestas. Mi nombre completo, mi edad, mi cumpleaños.

A pesar de mis intentos por obviar nuestra conexión, siento un extraño calor en el pecho que hace mucho que no sentía. He tenido

tantas primeras citas, me han preguntado tantas putas veces cuál es mi color favorito, que esto es agradable. Que alguien te conozca, aunque sea a un nivel básico, es muy agradable.

Pero con ella no puedo tener ninguna sensación agradable, así que, cuando la pillo consultando la hora otra vez, la presiono.

—¿Es que tienes otros planes? Igual me equivoco, pero ¿no eras tú la que me suplicaba por este trabajo?

—Sí. —Su tono es airado—. Pero la reunión iba a celebrarse a las dos en punto, no a las cuatro. Tengo otro… compromiso… a las cinco.

Se me viene a la cabeza la imagen de ese tío. Sentado junto a ella en mi partido. No soy una persona violenta fuera del hielo, pero en aquel momento deseé con todas mis fuerzas que el vidrio que nos separaba desapareciera como por arte de magia para poder estirar el brazo y agarrarlo por el puto cuello.

Vale, estaba montando un drama de la hostia, pero es que no me esperaba sentir esa posesividad cegadora no solo por volver a ver a Hallie, sino por verla con otro hombre. Un hombre que no era yo.

—¿Una cita? —no puedo evitar preguntar.

Está trabajando en el ordenador, rellenando la información que ya conoce.

—Eso no es de tu incumbencia, ¿no crees?

«O sea que sí».

Si he llegado tarde a la reunión ha sido porque me he tenido que quedar trabajando. Me han hecho ver una cinta adicional antes del partido de mañana por la noche contra Dallas, y luego he necesitado algo más de tiempo en la sala de entrenamiento para trabajar la pantorrilla derecha, que últimamente se me tensa mucho. El personal médico no me ha dejado irme hasta completar el tratamiento. No quería llegar tarde. De hecho, hasta he llamado al estudio de diseño para disculparme por el retraso, pero ahora desearía haber tenido que quedarme allí incluso más tiempo. Ojalá tuviera una excusa para retenerla aquí un poco más.

Me reclino en la silla y entrelazo los dedos apoyando las manos sobre el estómago.

—Debemos asegurarnos de que esta reunión sea lo más detallada

posible.

—¿En serio? ¿Quieres hacerlo así?

—Hallie, al fin y al cabo, es mi casa. Mi espacio seguro. Mi lugar de descanso del mundo exterior. Va a llevar tiempo y merece toda tu atención.

Pone los ojos en blanco.

—Tranquilo, Rio. Lo pillo. Vas a asegurarte de que llegue tarde.

«Voy a asegurarme de que ni siquiera vaya».

En la silla de al lado, Hallie cruza una pierna sobre la otra antes de sacar el teléfono, supuestamente para escribirle un mensaje a quienquiera que sea ese tío y decirle que no va a ir.

No me siento cómodo siendo un cretino, sobre todo con ella, así que la culpa no tarda en llegar. Una parte de mí quiere decirle que no importa y que debería irse, pero otra parte aún mayor prefiere digerir esa culpa antes que saber que está en una cita con otro.

Era diferente cuando Hallie no vivía aquí. Se me daba bastante bien mentirme a mí mismo, autoengañarme para creer que ella no existía y, por lo tanto, no tenía que pensar si salía o no con alguien. Pero es muy diferente tener que verlo con mis propios ojos.

Por eso dejo que acabe de escribir el mensaje para decirle a como se llame que no va a ir.

Hoy viste toda de negro. Vaqueros negros rasgados por las rodillas. Botas negras de tacón, que hacen maravillas con sus piernas y su culo. Una camisa negra de satén, desabrochada por arriba, que deja entrever las distintas capas de collares de oro y de plata que caen por su cuello y desaparecen tras la prenda.

Una preciosidad.

Lo que ha sido siempre, por otro lado.

Pero, aparte de eso, recuerdo otra de las cosas que más me gustan de ella. Es fuerte pero atenta. Determinada pero bondadosa. Hubo un tiempo en el que mi actividad favorita en el mundo era simplemente estar con ella. Si me permitiera a mí mismo admitirlo, diría que he echado de menos a Hallie Hart.

Mientras escribe, se mete un corto y oscuro mechón de cabello detrás de la oreja, dejándome una vista perfecta de su cara y su cuello. Del suave ángulo que forma su mandíbula. De la adorable

pendiente que hace su nariz. De sus pobladas cejas y sus tenues pecas.

—Me encanta cómo te queda el pelo.

«Mierda. ¿Lo he dicho en voz alta?».

Queda confirmado al ver la mirada que me lanza, con esas cejas oscuras fruncidas, de nuevo confusa.

Pues ya somos dos.

Si pudiera leerme la mente, se daría cuenta de que estoy hecho un lío. Del tira y afloja, del hecho de no saber cómo tratarla, de ser incapaz de encontrar un terreno neutral seguro para ambos. No hemos pasado tiempo juntos desde que todo se fue a la mierda, y está claro que ahora no sé cómo comportarme con ella.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta.

—El corte de pelo. Te queda bien. Te favorece. ¿Cuándo te lo cortaste?

El rubor le sube por las mejillas, que se vuelven de un tono rosado, y veo que el muro que ha construido se cae un poco, igual que sus tensos hombros.

—Hace unos seis años. Lo llevo corto desde entonces.

«Después de que tú te fueras», eso es lo que quiere decir.

La tensión crece entre nosotros.

Espero a que vuelva a mirarme a los ojos.

—Tienes buen aspecto, Hal.

«Demasiado amable».

¿Qué coño estoy haciendo? O decido odiarla o no. De verdad, voy a necesitar que alguien empiece a venir a estas reuniones en mi lugar para no meter la pata ni decir mierdas idiotas y sinceras.

La atención de Hallie vuelve a centrarse en su ordenador.

—Tenemos que hablar de la casa. De qué esperas de esta reforma. De tus objetivos globales.

Me aclaro la garganta.

—Claro. Claro, buena idea.

Extiendo el brazo entre los dos, encuentro la pata de su silla y tiro de ella hacia mí.

—¿Qué haces?

«No tengo ni puta idea».

—Yo…, eh…, no veía el ordenador.

Arruga las cejas y acaba soltando una carcajada.

—Tan encantador como siempre, DeLuca.

—Gracias, ca… —Por suerte, me detengo ahí—. Hallie.

Joder, vaya lapsus he estado a punto de soltar.

Afortunadamente, no parece perturbada, lo que significa que no tiene ni idea de que casi la llamo «cariño», como solía hacer cuando éramos más jóvenes. A veces lo usaba en conversaciones cotidianas, normales. Otras en mensajes de texto. Y siempre que estábamos desnudos.

«Relación. Profesional. De trabajo», me recuerdo a mí mismo.

Pero evidentemente no tengo ni idea de cómo actuar en esta situación. Al menos con ella.

Cuando miro a Hallie, lo único que veo es a la chica de mi pasado, a mi persona favorita. Pero entonces me acuerdo de que ella ya no es la misma, como tampoco lo soy yo, y eso me cabrea. O estoy demasiado cómodo con ella o me vuelvo cruel, cuando en realidad lo único que debo hacer es ser profesional.

—¿Qué objetivos tienes para la casa? —quiere saber—. ¿Cuáles son tus planes?

Me vuelvo a concentrar en la tarea que tenemos entre manos.

—Está en un buen vecindario. Hay buenos colegios en la zona. La compré con la intención de formar una familia allí.

Los dedos de Hallie se detienen sobre el teclado.

«Justo cuando pensaba que esta reunión ya no podía ser más difícil».

La cosa se pone aún más tensa cuando pregunta:

—¿Y tu intención sigue siendo la misma? ¿Tener familia en esa casa?

Se atreve a mirarme; sus ojos me hacen muchas más preguntas que esa.

—No estoy seguro —respondo con total sinceridad—. Pero, si la vendo, me imagino que la comprará una familia, así que lo más práctico sería orientar la reforma a eso. A crear un hogar para mi familia o para la de otro.

El hecho de que la reunión sea precisamente con ella, la complica

de una manera muy particular.

Hallie se pone a escribir de nuevo, rellenando las respuestas del formulario, pero sus dedos vuelven a detenerse de golpe. Cierra el portátil y vuelve todo su cuerpo hacia mí.

—¿De verdad piensas venderla? —pregunta—. ¿Comprar algo más nuevo?

Nadie en Chicago, aparte de Wren, me lo ha oído decir. Pero es Hallie. Ella solía ser la primera persona a la que le contaba las cosas.

—Para mudarme a Boston, en realidad.

—Ah.

—Bueno, si puedo esperar a ir por mi cuenta y ver si el equipo de allí me hace una oferta durante el próximo receso de temporada.

—¿Te irías?

—No estoy seguro. No he tomado ninguna decisión final, pero es una posibilidad. Mi madre quiere que vuelva a casa.

Sonríe con dulzura.

—Seguro que echa de menos tenerte cerca.

Entonces la tensión se acrecienta porque mi familia no es un tema sobre el que podamos discutir de forma segura.

—Pero, sí, tiene sentido. —Hallie cambia el rumbo de la conversación—. Tu sueño siempre ha sido jugar para Boston, ¿no?

«Uno de ellos».

—No lo sabe nadie más, así que mejor que se quede entre nosotros —añado—. Bueno, Wren está más o menos al tanto. Por eso quise contratarte a ti desde el principio. No estoy seguro de si me iré, pero quiero que la casa esté lista para venderla en caso de que así sea. El hermano de Wren pondrá la suya a la venta sobre las mismas fechas en las que yo lo haría. Si voy por ese camino, quiero asegurarme de obtener el máximo rendimiento.

Asiente con la cabeza.

—Quieres renovar la casa sin gastarte un dineral en una reforma que quizá no disfrutes a largo plazo. Tiene sentido.

—Exactamente.

Abre el ordenador y escribe algunas notas más.

—¿Tus amigos no saben que estás pensando en marcharte?

—No. Bueno, mis amigos más cercanos son deportistas

profesionales o están casadas con uno, así que probablemente sepan lo que significa que no haya firmado la ampliación anticipada de mi contrato. Pero no les he explicitado nada, por lo que agradecería que esto no saliera de aquí.

Suelta una leve carcajada.

—¿A quién se lo iba a decir? No conozco a tus amigos.

—Pero seguramente lo hagas. Vas a empezar a pasar mucho tiempo en mi casa. Vienen bastante. Creo que será inevitable que os crucéis en algún momento.

Vacila unos instantes antes de preguntar:

—¿Hay algo más que quieras que quede entre nosotros? Si acabo conociéndolos, quiero decir.

Mis ojos buscan los suyos y entiendo perfectamente lo que me está preguntando.

—Saben cómo te llamas. Creo que todos se han dado cuenta de que hubo algo entre nosotros, pero no conocen los detalles. Tal y como yo lo veo, no necesitan conocerlos.

—¿Me estás diciendo que nunca te has desahogado con ellos ni has hablado mal de mí? —pregunta con una carcajada.

—No. —Mi tono es neutro—. Ni una sola vez, Hal.

Su risa se apaga.

Se instaura un nuevo silencio.

—¿Tú has hablado mal de mí? —indago con un toque de humor en la voz.

—Solo a Luke.

—¿Y a tu padre? Joder, seguro que ahora me odia, ¿no?

Su cuerpo se tensa y el aire vuelve a enfriarse a nuestro alrededor.

No tengo ni idea de cómo hacer esto. De cómo dejar de hablar de nosotros.

—La casa —redirijo—. Centrémonos en la casa.

Mueve la cabeza a un lado y a otro, tratando de sacudirse los continuos vaivenes de esta reunión.

—Sí, cuéntame más.

—Pues…, eh…, necesita… algo. Se la compré nueva al constructor, así que básicamente es una caja blanca.

Espero para ver si eso le hace atar cabos, pero no es así.

—Al menos no tendremos que deshacer nada —dice—. Empezaremos de cero. Esos son mis proyectos preferidos. Será divertido.

En los labios de Hallie se dibuja una sonrisa genuina mientras coge una libreta y un lápiz.

Entonces me doy cuenta. Lo está viviendo. El sueño del que hablamos durante años: trabajar para un reconocido estudio de diseño en una gran ciudad. Hallie lo está viviendo.

Me lleno de orgullo al entenderlo.

Y ese orgullo también me crea un conflicto porque eso ya no debería importarme, pero lo único que veo es a la chica de al lado, esa a la que miraba desde mi ventana mientras ella remodelaba su dormitorio infantil más veces de las que pude contar. Todo para llegar aquí.

—Hablemos de lo que te gusta y de lo que no. —Hallie dibuja una línea en medio de la libreta y pone una X en un lado y un corazón en el otro.

«Ese maldito corazón». Al verla dibujar uno otra vez, el mío da un vuelco.

Es la versión de Hallie de un corazón, en la que un lateral solapa al otro y se extiende más allá de donde debería acabar, dándole un toquecito extra al final.

No sé qué me entra. Probablemente la misma enajenación que me hizo atraer su silla hacia la mía o estar a punto de llamarla «cariño». Pero, sea lo que sea, no puedo evitar alargar la mano y cubrir la imperfección del corazón con la punta del dedo índice.

Juro que la sala se queda sin oxígeno.

Ella mira mi dedo fijamente y, en ese momento, sé que todos los cumpleaños de los trece a los diecinueve están pasando delante de sus ojos.

«Demasiado agradable. Demasiado cómodo. Demasiado nostálgico».

Durante un segundo, siento que somos los de siempre, sentados el uno junto al otro. Pero entonces recuerdo que no puedo volver a sentirme así de bien con ella y aparto la mano del corazón.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta con voz tranquila.

Reprimo la predisposición natural a reconfortarla y opto por contestar:

—Me sorprende que te acuerdes siquiera.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—La verdad es que me sorprende que recuerdes nada sobre nosotros. No parecía que nuestra historia te importara una mierda la última vez que nos vimos.

Esas palabras saben horribles cuando salen de mi boca.

«Demasiado cruel», advierto enseguida.

Nos quedamos callados y, cuando pienso que está cogiendo la libreta para continuar la reunión, se la mete en la bolsa y luego hace lo mismo con su portátil.

—¿Qué haces?

Se pone de pie y se cuelga la bolsa de tela en el hombro.

—Me voy.

Hallie ya está en la puerta cuando me doy cuenta de lo que pasa.

—Espera. ¿Por qué? —Yo también me pongo de pie.

—¿Que por qué? —Se ríe con condescendencia, volviéndose para mirarme—. ¿Por qué crees, Rio? Pensaba que podía hacerlo, trabajar juntos, pero es imposible. Contigo es imposible.

—Hal…

—En un momento eres el de siempre y al siguiente te comportas como un cabrón. Y entonces no dejas de sacar a relucir el pasado. ¡Decídete, Rio! Tus idas y venidas son agotadoras. Yo solo intento hacer mi trabajo y tener una relación profesional contigo, pero tú no me dejas. Ahora mismo, casi prefiero perder esta oportunidad a pasarme los próximos seis meses recibiendo bofetadas mentales por estar a tu alrededor.

«Mierda». Sin duda he hecho oscilar el péndulo demasiado hacia la dirección equivocada.

Deja ir un suspiro mirando hacia la puerta, no hacia mí.

—Antes eras mi mejor amigo, y vale que no nos hemos visto desde entonces, pero prefiero aferrarme al recuerdo de aquel vecino dulce al que tanto quería a sustituirlo por esta versión de ti.

Sin volverse hacia mí, se marcha.

9

Hallie

Son casi las dos de la madrugada cuando llego a casa de Wren.

A mi casa. A la casa en la que ahora vivo.

No sé de qué otra manera referirme a ella. Es temporal, así que no me sale llamarla «hogar», pero también es el sitio donde duermo y donde ahora mismo se encuentran todas mis pertenencias.

Paro el coche junto a la acera y aparco en la calle en lugar de en la entrada. La única vez que aparqué en la entrada fue la noche en que me mudé y tenía cajas que descargar. Sé que el coche pierde alguna clase de líquido y, después de todo el trabajo que hicimos en la casa para poder ponerla pronto a la venta, no voy a reducir su valor dejando manchas de aceite en el hormigón con mi coche de mierda.

Apago el motor y me siento, incapaz de sacar fuerzas para entrar en la vivienda. Las plantas de los pies me palpitan a su propio ritmo gracias a una larga noche tras la barra del bar, y la idea de volver a apoyarme sobre ellas para entrar se me antoja imposible.

El turno de esta noche ha sido duro. Me han timado más veces de las que puedo contar, una persona se fue sin pagar y me derramaron una bebida sobre la camisa. Y todo eso ocurrió después de la terrorífica llamada de Luke acerca de mi padre y de la desastrosa reunión con Rio.

En un primer momento, le mandé un mensaje a mi jefe diciéndole que iba a llegar tarde, pero, cuando la reunión de diseño se me hizo insoportable, salí disparada hacia el bar. No he ganado una mierda esta noche, pero ya es más dinero del que tenía al empezar el día, así que algo es algo.

El silencio que hay a las dos de la madrugada es agradable. Tranquilizador y muy bienvenido tras un tedioso turno en un bar lleno de ruido y un trayecto igual de estrepitoso patrocinado por el traqueteo de mi motor. No quiero moverme. Quiero dormir aquí, con la ropa oliendo a cerveza y mis horribles zapatos antideslizantes.

Echo la cabeza hacia atrás, a punto de cerrar los ojos, cuando una

figura capta mi atención en mi área periférica. Estamos en plena noche, así que probablemente debería sentir algo de miedo, pero no es así en absoluto. Lo reconocería en cualquier parte.

Rio está sentado en la escalera de delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos entrelazadas, cuando levanta la vista y la dirige hacia mí. No echa un rápido vistazo, sino que me mira fijamente, haciéndome saber que el motivo de que esté ahí sentado es que me esperaba.

El miedo invade mi estómago de inmediato. Pensé que tendría más tiempo hasta encontrármelo frente a frente. No estoy preparada para volver a hacer esto, y menos aún a las dos de la madrugada.

Ya sé que irme corriendo de la reunión fue un pelín dramático, pero había llegado a mi límite. Volver a verlo. Vivir en la puerta de al lado. Que me preguntara por mi hermano y me dijera que tenía buen aspecto.

En serio, ¿a qué venía todo eso?

Luego enseguida se puso en plan cabrón, como si se diera cuenta de que estaba siendo demasiado amable.

Que no se me malinterprete, Rio podía haber dicho cosas mucho peores, pero ese chico no tiene ni un ápice de crueldad en el cuerpo. Por eso supongo que lo que más me dolió fue darme cuenta de que sentía la necesidad de portarse como un capullo conmigo, como si ahora fuera eso lo que me mereciera.

Trato de pasar página, de que tengamos algún tipo de relación laboral, pero él sigue sacando a relucir el pasado, un pasado en el que me destrozó el corazón y me vi obligada a vivir sin él.

Vuelvo a seguir a Rio con la mirada mientras baja los escalones y, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de chándal, cruza el césped que une ambas casas en dirección hacia mí.

Hace frío, pero se le ve irritantemente cómodo con esos pantalones negros y la sudadera con capucha del equipo. Tiene los rizos un poco encrespados, como si se hubiera duchado y después no se hubiera puesto ningún producto en el pelo, pero sus ojos parecen pesados por la necesidad de dormir.

No me sorprende que esté despierto a estas horas. Recuerdo que a veces era una bola de energía, y eso que no bebía cafeína, pero su

cerebro no siempre entendía cuándo había llegado el momento de bajar las revoluciones. Rio nunca había dormido bien. Lo demostraban todas las veces que lo había visto sentado en plena noche en el tejado que conectaba nuestras habitaciones de la infancia.

Bueno, hasta mi decimotercer cumpleaños, cuando se quedó dormido en el suelo de mi dormitorio mientras escuchábamos música y se dio cuenta de que allí dormía bien. Después de aquello, comencé a dejar la ventana abierta, y él empezó a colarse a escondidas para dormir junto a mi cama, en el suelo, cuando no podía descansar en la suya.

Dios, la nostalgia me está matando. La reunión de hoy solo ha conseguido que lo eche de menos. A su viejo yo. Aunque ha dejado meridianamente claro que esa versión de él ya no existe.

Antes de que Rio atraviese el césped hasta llegar a mí, meto el delantal del trabajo en la bolsa de tela, con las propinas incluidas, mientras saco fuerzas para salir del coche y encontrarme con él en la entrada.

—Ey —dice con voz cansada, no sé si por las horas o porque ha estado nervioso por cómo ha acabado la reunión.

Me detengo a poco más de medio metro de él con los brazos cruzados.

—Ey.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo, observando mi ropa para intentar descubrir dónde he estado. No soy gilipollas. Sé que ha pensado que esta noche yo tenía una cita, pero tampoco voy a corregirlo. Este hombre es jugador de hockey profesional, quiere a su mamá, y es fácil advertir ambas cosas. No soy tan ingenua como para creer que las demás mujeres no ven lo que yo he visto siempre, ni tampoco voy a intentar autoconvencerme de que no tiene citas. Por lo que, aunque no haya sido así, él no necesita esa información.

—¿Estás bien? —Su tono es amable.

Asiento.

—¿Tú?

—Sí. No. —Titubea—. No lo sé. Tenemos que hablar de lo de antes…

—Ahora mismo no quiero discutir, Rio. —Doy un paso hacia él, en dirección a la puerta principal—. Ha sido un día muy largo. Estoy agotada.

—No he venido a discutir. —Me envuelve el bíceps con la mano para detenerme, pero con dulzura, lo suficientemente suave como para no sujetarme por la fuerza si yo quisiera irme—. He venido a disculparme.

Dirijo la vista hacia su mano y sigo hasta su rostro, donde unos ojos verdes me suplican que lo escuche.

—Siento lo que ha pasado hoy. Yo… no sé cómo comportarme contigo, Hallie. —Se pasa esa misma mano por la nuca—. Sé que ha sonado raro que preguntara por Luke. Y luego está lo del corazón. Contigo solo he sido de una manera, y ahora tengo que recordarme constantemente que las personas que éramos ya no existen.

Es extraño. Eso lo sé hace tiempo. Sé que cualquier clase de relación cordial y de trabajo que podamos formar, cualquier clase de tolerancia entre ambos, nunca se parecerá a cómo éramos cuando estábamos juntos. Aun así, no es agradable que me lo confirme la otra parte involucrada.

Se queda callado un momento antes de admitir:

—Ya no sé cómo tratarte.

—Yo tampoco.

—Han pasado muchas cosas entre nosotros y, cuando estoy contigo, no puedo evitar sacarlas a relucir. Desde que me mudé aquí, no he mencionado nada sobre ti ni sobre la relación que tuvimos en Boston, y de repente vuelves a mi vida y ya no puedo pensar en otra cosa.

Vaya…, eso ha dolido.

Debe de haber advertido mi mueca.

—Joder, no lo digo en ese sentido. —Da un paso hacia mí con las manos extendidas antes de volver a metérselas en los bolsillos—. Bueno, sí. Supongo que lo digo exactamente en ese sentido. —Su rostro refleja pesar—. Lo que quiero decir es que, durante mucho tiempo, intenté fingir que lo nuestro no había pasado, porque pensar en ti me resultaba doloroso. Hablar de ti me resultaba doloroso. Y, ahora, no puedo dejar de pensar o referirme al pasado porque tú

estás aquí y eso me pone nostálgico. —Cierra los ojos brevemente, interrumpiendo su divagación un segundo—. Sigo enfadado contigo, Hallie, pero tampoco quiero pasarme los meses que sea que nos queden comportándome como un gilipollas. Me hace sentir mal.

Mis labios se contraen en una sonrisa, que me pilla desprevenida.

Entrecierra los ojos, pero veo la sonrisa que a él también se le comienza a dibujar en la boca.

—No te rías de mí, Hal.

—Sabía que te estabas esforzando en ser cruel. —Suelto una risita —. Por cierto, tienes que trabajarlo un poco. Lo de intentar ser un gilipollas. Te falta regularidad.

Se le alzan las comisuras de los labios en una sonrisa infantil.

—Lo sé.

Parece que ahora me toca a mí ser sincera.

—No estoy acostumbrada a tenerte cerca y no llevarnos bien —le confieso—. Me desconcierta intentar imaginarme cómo va a funcionar esto.

—Es que no creo que funcione.

«Mierda».

Sé que esta tarde, en el calor del momento, quise darme por vencida, pero eso no me ayuda a digerir el hecho de que Rio me esté despidiendo.

—Si seguimos así, quiero decir. No creo que funcione si seguimos así.

—Quieres sustituirme para el proyecto.

Rio echa la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? No. No, no quiero sustituirte. Quiero volver a empezar.

—¿Volver a empezar?

Sus verdes ojos se posan sobre el suelo con cierta timidez.

—Si tú quieres.

—Pero me odias, ¿o ya no te acuerdas?

Su mirada se encuentra inmediatamente con la mía.

—No te odio. Estoy dolido, sí. Pero nunca podría odiarte, Hallie.

Abro los labios para decir algo, pero los cierro en cuanto veo que no me salen las palabras.

La pesadumbre vuelve a abatirse sobre nosotros, tal como viene

ocurriendo últimamente, pero decido no permitirlo. Antes solíamos pasárnoslo bien juntos, sin toda esta tensión a nuestro alrededor.

Le tiendo la mano para estrechar la suya y sus ojos la siguen con suspicacia.

—Hola. Soy Hallie Hart.

Se produce un *déjà vu* del momento en el que nos conocimos, cuando yo tenía once años y él doce, y estaba contentísimo de que unos niños de su edad vivieran al lado.

Me doy cuenta de que él también lo siente cuando, tras mirar mi mano confundido, recuerda el momento y una sonrisa de complicidad le atraviesa los labios.

—No tienes que decirle a todo el mundo tu nombre y tu apellido —dice, tal como hizo mi hermano tantos años atrás.

—Me gusta hacerlo.

Desliza su mano por la mía y el eléctrico contacto con su palma me recuerda que llevamos años sin tocarnos de forma intencionada. Para nada es algo amistoso o profesional, sobre todo cuando me pasa la yema del pulgar sobre el nudillo con una suave caricia.

—A mí me gusta que lo hagas —añade.

Mi mano sigue en la suya cuando desliza ese mismo pulgar sobre la delicada piel del interior de mi muñeca antes de soltarla.

Eso provoca algo extraño dentro de mi estómago. Dios mío, ¿son mariposas? No, no lo son, porque es imposible que vuelva a sentir ningún tipo de entusiasmo por este hombre. Debo de estar equivocada; hace mucho que no siento mariposas. Seis años, para ser exactos.

Vuelve a extender la mano para que yo se la estreche.

—Bueno, ¿qué me dices? Por el bien de mi casa y de tu trabajo, ¿crees que deberíamos intentar ser amigos?

«Amigos». Podría echarme a reír. Parece un paso imposible desde el punto en el que estamos ahora.

Esta vez soy yo la que observa su mano tendida. Lentamente, vuelvo a poner mi palma contra la suya y, a diferencia del último apretón de manos, este es rápido y amigable.

—Amigos —convengo.

Me hace sentir mal. Sabe a mentira.

—Entonces ¿qué es lo que nos espera?

«¿Qué es lo que nos espera?».

—Con la casa, quiero decir.

«Ah».

—Bueno, tenemos que volver a celebrar esa reunión de hoy. Había algunas cosas importantes que quería comentarte. Y —añado dirigiendo la vista hacia su propiedad— pronto necesitaré que me hagas una visita guiada de la casa.

Asiente al momento.

—Quieres ver la casa. Mi casa.

Sonrío.

—Así funcionan estas cosas.

—No tengo partido ni los miércoles ni los jueves por la noche, así que me iría bien una de esas tardes.

Me viene a la mente el recordatorio de Tina sobre ser flexible con este cliente en particular. El problema es que no tengo ingresos lo suficientemente constantes como para serlo. Necesito trabajar.

—La verdad es que por las tardes no me va bien. Lo mejor sería programar las reuniones en horario laboral.

Me mira con curiosidad y noto que está intentando descubrir qué hago por las noches, pero no se entromete. Porque estamos probando a ser amigos. Amigos con una relación profesional, que no se extralimitan.

—De acuerdo, pues el viernes —ofrece—. Después de mi sesión de patinaje matinal y antes del partido. A las tres en punto. En mi casa.

—El viernes a las tres, entonces. Esta vez no llegues tarde.

Se ríe.

—Haré lo posible.

Se produce un momento especial entre los dos y ninguno sabe qué decir, hasta que Rio por fin señala mi casa.

—Es tarde. Deberías dormir un poco.

Hago el mismo gesto hacia la suya.

—Tú también.

—Ya, bueno, supongo que no te sorprenderá saber que ese tema no ha cambiado mucho en los últimos años. Con suerte duermo unas pocas horas cada noche.

De forma instintiva, estoy a punto de decir algo, hasta que recuerdo que ya no somos unos niños. No podemos colarnos en la casa del otro para dormir allí y hacer como si no significara nada.

Opto por sonreír con gesto débil y cansado e irme hacia la puerta. Una vez allí, y antes de entrar, miro hacia atrás por encima de mi hombro.

—Buenas noches, amigo.

Hace una mueca.

—Ya, no te creas que me gusta cómo suena.

Riéndome, abro la puerta principal.

—Buenas noches, Rio.

Él se queda allí, con las manos en los bolsillos, viéndome entrar.

—Buenas noches, Hal.

Wren me ha dejado la luz de la entrada encendida, además de la que hay en el porche. Cuando cierro la puerta detrás de mí echo la llave, pero, antes de apagar la luz de fuera, lo observo una última vez por la mirilla.

Rio sigue allí, con las manos en los bolsillos, plantado con firmeza en el suelo mirando mi puerta como si me viera a través de ella.

Pero eso no es posible, así que me doy el gusto de contemplarlo sin temor a que me pillen.

Soy consciente de que técnicamente es el mismo hombre de siempre, pero ha cambiado en muchos aspectos. Yo ya pensaba que era el chico más mono que había conocido jamás cuando era más bajito, tenía acné, llevaba aparatos y en su cuerpo no había un solo átomo dado al deporte. Pero es que ahora… Madre de Dios. Si me permitiera a mí misma volver a mirarlo así y no estuviera harta tras los últimos seis años, tendría un problema.

Después de echarle un último vistazo, apago la luz del porche, y entonces es cuando Rio por fin vuelve a su casa.

10
Hallie

Levanto la mano para llamar a la puerta principal de Rio, pero cambio de idea y la dejo caer a un costado.

Sabía que trabajar en su casa podía ser raro, pero no me he dado la oportunidad de asimilar hasta qué punto la situación va a ser incómoda. No había vuelto a pensar en esta primera visita hasta que anoche la ansiedad apenas me dejó dormir, haciendo que me revolviera y diera vueltas en la cama.

Nos hemos visto de pasada un par de veces esta semana. Una mañana lo vi cortando el césped cuando me iba a trabajar y luego coincidimos otra vez mientras él recogía el correo cuando yo llegaba a casa de mi turno en el bar. No quise cuestionar por qué iba a buscar el correo a las dos de la mañana, de modo que lo atribuí a que no podía dormir.

No hemos intercambiado ninguna palabra más. Solo pequeños gestos que reconocen la existencia del otro: un informal saludo con la mano o con la barbilla. Porque somos amigos.

La idea me hace reír.

No somos amigos. Solo intentamos no matarnos entre nosotros. Y, por mi parte, intento no arrancarle la ropa.

El reloj de mi móvil marca las tres de la tarde, así que, de nuevo, alzo la mano para llamar. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, la puerta se abre de golpe.

Aparece Rio, con una gorra calada sobre las orejas y unos pantalones de chándal ceñidos a los tobillos, justo por encima de sus pies descalzos. Pero lo que me ha dejado boquiabierta no ha sido eso, sino la camisa de franela completamente desabrochada que lleva remangada hasta los codos y sin nada debajo.

Como un leñador buenorro.

Tiene el suficiente pelo oscuro en el pecho como para recordarme que la última vez que nos vimos éramos muy jóvenes y, cuando mis ojos le recorren el abdomen, no puedo evitar preguntarme qué ha

pasado con toda la comida basura que consumimos de críos. Un poco más al sur, ese vello oscuro aparece de nuevo, justo por debajo del ombligo, creando una ruta hacia una parte de él en la que he pensado demasiadas veces a lo largo de los años.

—Hallie.

Mi atención se recompone.

—¿Qué?

—Te he preguntado si piensas bajar la mano.

Sí. Porque estoy aquí plantada como una gilipollas, con la mano levantada para llamar a la puerta y mirando embobada a este tío como si nunca hubiera visto a un hombre sin camisa. Como si nunca lo hubiera visto a él sin camisa.

«Es tu cliente».

Bajo enseguida la mano voladora y envuelvo con ella los libros que he estado sujetando con fuerza contra el pecho.

—Eso ha sido espeluznante —digo para volver la situación contra él —. Iba a llamar a la puerta.

Él señala la cámara del timbre y se cruza de brazos, entonces se apoya en el marco.

—No tanto como verte ahí de pie mirando mi puerta durante varios minutos. Pensé en venir a ver si querías entrar a la reunión.

—Bueno… —balbuceo—. ¿Estás seguro de que estás listo para esta reunión? ¿No quieres, qué sé yo, ponerte una camiseta?

Sus labios se elevan en una sonrisa demasiado rápido.

—Nada que no hayas visto, Hart.

—Por favor, cállate.

—Eras tú la que me miraba.

Me pongo recta.

—¿Nos ponemos a trabajar, amigo?

Su sonrisa de complicidad se agranda.

—Claro, entra, amiga.

Mientras cierra la puerta, haciéndose a un lado para dejarme pasar, se le abre la camisa y alcanzo a ver unos trazos de tinta negra que se extienden sobre el costado izquierdo de su pecho y las costillas.

«Mira, ahí hay algo que no había visto».

—La mesa del comedor está ahí delante —indica mientras me

sujeta la puerta—. Puedes dejar tus cosas encima.

No despego los ojos de su tatuaje e intento ver alguna parte más cuando pasa a mi lado, pero también trato de ser sutil. No lo consigo porque, cuando dejo mis cosas encima de la mesa y me vuelvo hacia la entrada, Rio está ocupado abotonándose la camisa.

Está con el último botón cuando se reúne conmigo en la mesa.

—¿Te traigo algo de beber antes de empezar? Tengo agua, té, café…

—¿Tienes café?

—Sí. —Gesticula hacia una pequeña zona de la encimera en la que reposan múltiples aparatos—. Tengo una máquina de café y una cafetera normal de filtro, así que lo que gustes.

—Pero tú no bebes café.

Se le dibuja una leve sonrisa en los labios, como si le gustara que me acordara de ese detalle.

—No es para mí. Es para cuando tengo invitados.

—Ah.

—No, no —corrige rápidamente—. No me refiero a ese tipo de invitados.

—No tienes que explicarme nada. —Me pongo a organizar los libros de diseño que he traído, los abro y los extiendo sobre la mesa—. No es cosa mía.

Pero la imagen me deja mal sabor de boca. No soy tan inocente como para pensar que no ha estado con nadie todos estos años, pero, como su primera chica, no quiero saber nada de las mujeres que vinieron después.

—Mis compañeros de equipo, Hallie. Pasan mucho tiempo aquí, así que es para ellos. Y mi mejor amiga es bastante adicta al café con hielo. Hace unos años, se quedó aquí un par de días, y su ahora marido me echó tanto la bronca por no hacerle bien el café que he tenido que ponerme las pilas. Eso es lo que quería decir con «invitados». —Señala uno de los libros que hay sobre la mesa, el que muestra una nítida paleta de blancos y grises—. Y guarda ese. No me gusta una mierda.

Me río porque, igual que siempre, Rio sabe cómo aliviar cualquier situación incómoda.

Cierro ese libro y lo deslizo hasta una silla para no tenerlo a la vista.

—¿Puedes hacer un *latte*?

—¿Aún lo tomas sin vainilla?

—Sí, por favor.

Rio se acerca a la pequeña cafetería que ha creado en el rincón más alejado de la cocina, mide los granos de café expreso y prepara un vasito. Saca un cartón de leche de almendras de la nevera, pero veo que también tiene de avena y la normal de vaca.

A quien no lo conozca podría parecerle raro que haya montado una cafetería cuando él no toma cafeína, o que tenga leche normal en la nevera cuando él es intolerante a la lactosa. Pero el caso es que Rio siempre ha sido bueno con sus amigos, siempre ha tenido esta forma tan innata de querer a los que son importantes para él y ocuparse de ellos. Una de sus características más increíbles es hacer que los que están a su alrededor se sientan cómodos y bienvenidos, por lo que una zona de café totalmente abastecida para los amigos que van de visita me parece que tiene todo el sentido.

Espuma la leche de almendras antes de añadirla a la taza y luego intenta hacer un diseño con ella. Pero, incluso desde donde yo estoy, es evidente que la parte artística le ha quedado como el culo.

Tiene los ojos clavados en la taza, a la que añade la última gota de leche caliente haciendo un gesto exageradísimo con la muñeca, como si eso fuera a mejorar el diseño.

—Sé que estás intentando no reírte de mí.

Eso me hace reír.

—De verdad que no.

—Hal, tu forma de mentir no ha mejorado mucho desde la última vez que te vi.

Rio se da cuenta de lo que ha dicho al mismo tiempo que yo, y una incómoda tensión se instala entre nosotros como lleva ocurriendo tan fácilmente desde que nos volvemos a ver.

Se aclara la garganta, cruza la cocina y me tiende la taza.

—Leche de almendras, si no recuerdo mal.

La cojo, agradecida por el ágil intento de seguir adelante.

—Perfecto. Gracias.

No le digo que no me gusta la leche de almendras. La pedía cuando éramos más jóvenes solo porque sabía que él iba a querer darle un sorbito a mi *latte*, ya que no podía pedirse uno entero para él por la cantidad de cafeína que llevaba, y no quería que la lactosa le sentara mal.

—¿Y el aspecto artístico del *latte*? —pregunta—. También es perfecto, ¿verdad?

No tiene nada de artístico. Son un par de bolas blancas de espuma esparcidas por encima al tuntún.

—¿Qué es, exactamente?

Resopla con gesto burlón.

—Un cisne, Hal. Es obvio.

—Ah, sí. Ya lo veo. Es muy… intrincado. Muy… abstracto.

Estalla en una carcajada, y yo doy un sorbito para esconder la sonrisa que me provoca ese sonido. No sé si es por su risa o por el *latte*, pero siento una calidez que me invade de los pies a la cabeza.

—Gracias por proteger mi ego.

Pongo los ojos en blanco con aire jovial. El ego de este hombre nunca ha necesitado protección. Es un bobo al que no le cuesta ponerse en ridículo para que la gente que tiene alrededor baje la guardia.

Le doy otro sorbo al *latte* porque, madre de Dios, está buenísimo y, como alguien a quien le encantan los cafés expreso de lujo, pero no se los puede permitir, ahora mismo esto lo es todo para mí.

—Conmigo puedes practicar tus creaciones artísticas en *latte* cuando quieras. Está delicioso. Gracias.

Apoya una cadera contra la encimera de la cocina mientras observa cómo bebo.

—De nada.

Al tomar el siguiente sorbo, se me queda un poco de espuma en el labio superior. No me lo pienso dos veces y me la limpio deslizando lentamente la lengua, hasta que levanto la vista y veo a Rio contemplando la escena.

Sus ojos verdes están medio entornados y fijos en mi boca.

—Está bueno.

Emite un zumbido con toda su atención fija en mí.

—Bien.

«Amigos».

—¿Quieres probarlo? —Dios mío, ¿por qué suena así mi voz, tan dulce y susurrante?

Se está mojando los labios cuando le suena el teléfono y rompe el momento. Se aclara rápidamente la garganta y mira la pantalla, que muestra el nombre de su padre en unas letras tan grandes que ambos podemos ver.

La energía vuelve a cambiar cuando la mirada de Rio se endurece. La posa en la pantalla y luego en mí.

—Tengo que cogerlo, pero será rápido —dice mientras se va a una habitación que hay al final del pasillo y cierra la puerta tras de sí.

Ni por un momento me pregunto cómo es la relación con su padre hoy en día.

Porque somos amigos. Amigos profesionales, del trabajo.

Amigos que miran la boca del otro, pero amigos, al fin y al cabo.

Y, puesto que estoy aquí para hacer mi trabajo, me pongo a visitar la planta baja conmigo misma como guía.

Las paredes de Rio son blancas, tal como dijo. No parece que le haya hecho nada a la casa desde el día en que la compró. Una moqueta gris barata cubre el salón, el comedor y el pasillo. El suelo de la cocina es de baldosas cuadradas con ondas grises y beige, y la pared antisalpicaduras es de unos austeros azulejos blancos como los del metro. Las encimeras son de granito negro y tostado, lo que crea un fuerte contraste, y los armarios imitan la madera oscura.

No hay nada intrínsecamente malo en esta casa. Todavía podría considerarse nueva, teniendo en cuenta lo que duran las viviendas, pero le falta personalidad. Y, al ser el hogar de Rio, un hombre con más personalidad en el dedo meñique que la mayoría de la gente en todo su ser, eso no tiene sentido.

Por otro lado, grita «fraternidad» a los cuatro vientos, gracias a las botellas de alcohol vacías que cubren los armarios y a la consola Xbox que, ubicada en un salón que se ha convertido en un cine en casa, tiene más mandos enchufados de los que he visto jamás. Los muebles no combinan entre ellos; da la sensación de que solo se ha preocupado de poner asientos para todos sin prestarle atención a la

estética.

Si algo me confirma este pequeño tour es que sus amigos y sus compañeros de equipo pasan aquí buena parte de su tiempo libre y para él es prioritario ofrecerles espacio.

Apuntaría esa información en mi cuaderno si necesitara recordarla, pero priorizar a los demás es una parte totalmente arraigada en él que conozco desde que tenía once años.

Cuando se abre la puerta del dormitorio de la planta baja en la que estaba Rio, sigue pegado al teléfono mientras acaba de hablar con su padre. Con la mandíbula tensa y las fosas nasales un poco abiertas, vuelve a mi encuentro.

Debería preguntarle si todo va bien, pero abordar el tema de nuestras familias en este momento no haría más que desdibujar esa línea profesional y amistosa que tratamos de seguir.

—¿Te parece si hablamos de conceptos de diseño? —opto por preguntar—. He traído algunos ejemplos de paletas de colores para hacerme una idea de lo que te interpela.

Le echa otro vistazo al teléfono antes de centrarse de nuevo en mí asintiendo rápidamente con la cabeza.

—No tengo ni idea de qué significa eso, pero vale.

Suelto una risita y tomo asiento en la mesa mientras él elige el que está justo a mi lado, pese a que hay como otras seis opciones que nos darían algo más de distancia.

Le doy un momento para que examine los libros que hay en la mesa; unos presentan estéticas luminosas y livianas, y otros, unas más oscuras y temperamentales. Hay diseños con mucho carácter, y otros más sencillos y modernos.

—¿Alguno te llama la atención? ¿Ves algo que te gustaría contemplar cada mañana al despertarte?

Mientras espero su respuesta, desvío la atención de los libros hacia él.

Y me encuentro con que me está mirando.

—¿Todavía escuchas música? —pregunta sin venir a cuento.

—¿Qué?

—Cuando pasa algo importante. ¿Sigues relacionando una canción con ese momento para recordarlo cuando la vuelves a escuchar? Por

ejemplo, el primer día de un nuevo proyecto en una vivienda.

La nostalgia me invade. Todas esas noches en el tejado que había entre nuestras casas. Todas las cintas de mezclas y los CD que le di a lo largo de los años.

Pero no ha habido demasiadas cosas que mereciera la pena recordar después de aquello.

Sacudo la cabeza, centrándome de nuevo rápidamente en los libros de diseño.

—Ya no hago eso.

En mi visión periférica, lo veo coger el teléfono y deslizar la pantalla antes de que, de repente, empiece a sonar un ritmo suave y regular en los altavoces con sonido envolvente de su casa. La canción es delicada y melódica, hasta que entra un teclado que acompaña la percusión.

La reconozco enseguida: es un tema popular que solíamos escuchar en la adolescencia, pero que nunca llegó a formar parte de mis listas de reproducción anuales. Él mencionó en más de una ocasión que pensaba que debería haberla incluido.

Me vuelvo hacia él, pero ahora está completamente focalizado en los libros de diseño que hay dispersos sobre su mesa de comedor.

—Céntrate, Hart. —No me mira al decirlo.

—¿Te he dicho que eres exasperante, DeLuca?

—Hoy todavía no. —Se le dibuja una sonrisa en la comisura de los labios—. No estoy seguro de qué quiero. Con respecto a la casa.

—¿Qué te llama la atención?

Se inclina sobre la mesa, recorriendo con la vista las diferentes estéticas, incapaz de detenerse en una.

Sus ojos verdes vuelven a mí.

—Si fuera tu casa, ¿qué harías?

La respuesta se me atasca en la garganta.

Porque hubo un tiempo en el que pensé que diseñaría nuestra casa en común.

—Yo…, eh… —vacilo, señalando por fin algunos de mis libros de diseño preferidos—. Personalmente, yo haría una mezcla. Elementos tradicionales y una combinación de estilo moderno de mediados de siglo y moderno orgánico. Si fuera mi hogar, añadiría color y

dimensión a las paredes con molduras y papeles pintados, y le daría a cada espacio su propia historia, sin dejar a un lado la cohesión y la funcionalidad, para que fuera habitable a la par que interesante. —Interrumpo el parloteo porque es un tema sobre el que he pensado demasiado—. Pero se trata de tu casa, así que lo importante es lo que te gusta a ti.

Revisa los diferentes libros a los que he hecho referencia.

—Me gusta la idea.

—¿Qué idea?

—Todas.

—Bueno, tienes tiempo para pensarlo. No hace falta que lo decidas hoy.

Niega con la cabeza.

—Hallie, siempre has tenido buen gusto. Me gusta tu visión. Confío en ti.

Esa última frase es grande, profunda y significativa. Tal vez no para otra persona en una situación distinta, pero que él me diga eso después de todo lo que ha pasado, aunque sea en referencia a la decoración de su hogar, de algún modo es importante.

Aumenta mi confianza.

—Creo que podemos añadir algunas cosas chulas para que tu hogar sea único. Cosas interesantes relacionadas con el arte y la música que te gusta. Eso en caso de que decidas quedarte la casa en lugar de venderla.

—¿Podríamos valorar las dos opciones? ¿Diseños que irían bien si la vendo y otros distintos por si me quedo?

—Claro. Es una idea inteligente.

—Genial. —Me sonríe con entusiasmo, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

«Mira cómo trabajamos juntos».

—¿Te parecería bien que hiciera algunas fotos de la casa? —pregunto—. Para mis redes sociales.

—Pero tú no tienes redes sociales.

La afirmación sale de su boca sin haberse dado tiempo para pensarla, y el pánico que refleja su rostro grita que desea retirarla a toda costa.

No puedo evitar sonreír con picardía.

—¿Y tú qué sabes? ¿Es que me has buscado o algo así?

Lanza un bufido.

—No.

Sonrío aún más.

—Bueno…, sí, quizá lo haya hecho. Quizá sentí curiosidad. —Hace una larga pausa antes de añadir—: Más de una vez.

La armadura que intento llevar cuando estoy con él se resquebraja un poco porque durante mucho tiempo estuve convencida de que al irse de Boston se había olvidado de mí.

—Yo también te he buscado alguna vez —admito.

—Ah, ¿sí?

—Claro, Rio. Pero a ti es fácil encontrarte. Ya sabes, eres un jugador de hockey famoso y todo eso.

Se le frunce el gesto al oír la palabra «famoso» y, por mucho que le cueste aceptarlo, Rio fue la comidilla del vecindario cuando lo seleccionaron. Y no tener que oír a toda la ciudad alabándolo mientras yo tenía el corazón roto fue lo mejor de mudarme a Minesota.

Voy hacia la escalera.

—¿Me enseñas la segunda planta?

—Es que… —Se frota la nuca—. Bueno, no hay mucho que ver, y además no he hecho la cama, así que no me juzgues.

Suelto una carcajada, pero solo para ocultar los nervios. Ninguna parte de mí quiere pararse a pensar por qué puede estar deshecha su cama o quién ha podido ayudarlo a dejarla en ese estado y, sin embargo, aquí estoy, obsesionada con esa pregunta.

Dejo atrás el *latte* y Rio me guía por las escaleras hasta la planta de arriba, donde me muestra los otros dos dormitorios vacíos y el cuarto de baño, y luego hacia las puertas dobles que hay al final del pasillo. Las abre y se aparta para dejarme entrar primero.

Paredes blancas. Moqueta gris. Funda nórdica tostada. Ni siquiera su propio dormitorio tiene ningún tipo de personalidad.

No se parece en nada al cuarto en el que creció, que tenía pedacitos de él por todos los rincones. Estanterías llenas de trofeos, fotos de su familia y sus amigos, pósteres de sus músicos y sus

equipos favoritos. Un sinfín de recuerdos de los Boston Bobcats.

Se disipan todos mis nervios. No hay señales de que aquí haya habido otra persona, al menos anoche. Su cama extragrande está deshecha por un lado y el opuesto sigue bien remetido y sin abrir. En la mesita más cercana a su lado del colchón hay gafas de leer, una botella de agua y paracetamol, mientras que la otra está completamente vacía.

—Es… —Busco las palabras—. Limpia.

—Es aburrida, Hal.

—Sí que es aburrida.

—Yo… —Se pasa una mano por la cara—. Voy a decirte esto como diseñadora de interiores, no como mi… —Se queda como absorto y deja la frase sin acabar—. Pero si me quedo aquí, espero que algún día esta habitación no sea solo para mí.

Quiere que diseñe el dormitorio que podría llegar a compartir con su futura mujer. Donde dormirán el uno al lado del otro. Donde harán otras cosas. Encantador, joder.

«Esto me permitirá acceder al trabajo de mis sueños», trato de recordarme a mí misma.

—Vale. —Es lo único que atino a decir sin extenderme en lo mucho que odio la idea de diseñar el dormitorio de su futura esposa. Cruzo a toda prisa la habitación, deseosa de acabar con esto para poder salir de aquí—. ¿Dos armarios? —pregunto mientras extiendo el brazo para agarrar el pomo de uno de ellos.

Sale disparado hacia mí y apoya firmemente la palma de la mano sobre la puerta para mantenerla cerrada.

—¿Qué haces?

—Este armario puede quedarse tal cual está.

—¿Puedo al menos echarle un vistazo?

—No.

Lo miro con desconfianza.

—¿Por qué estás tan raro? No sé si te acuerdas, pero fui yo la que encontró aquella revista *Playboy* debajo de tu colchón cuando tenías quince años. Pocas cosas pueden ser más embarazosas que eso, Rio. Enséñame el armario.

—Vale, como te he dicho cientos de veces, la revista era de Luke.

La escondía en mi cuarto para que no la encontrara tu madre.

—Ya, claro. —Vuelvo a alargar la mano hacia el pomo, pero esta vez Rio se pone delante de la puerta para impedirme abrirla.

No puedo evitar reírme con incredulidad.

—¿Qué ocultas?

Él se ríe, sin más, mirándome con ojos cálidos y brillantes.

Esta vez, cuando extiendo el brazo, me coge de la muñeca y, con un rápido movimiento, me da la vuelta y pega mi espalda contra su cuerpo mientras me sujeta ambas muñecas con una sola mano.

Su risa hace vibrar todo mi cuerpo y no puedo evitar reflejarla en la mía.

—Qué cotilla, Hal —se burla, dirigiéndonos de nuevo hacia el centro de la habitación.

Pero, cuando llegamos allí, ni él me suelta ni yo trato de zafarme. No tengo los músculos agarrotados del sobresalto. Están relajados contra él.

Tenerlo tan cerca es como una droga, una a la que solía ser muy adicta.

«Dios, cómo lo he echado de menos».

Me cuesta tragar saliva.

—Prefiero el término «curiosa» —respondo, pero la broma ha mutado en algo diferente. En algo intenso.

Me suelta un poco las muñecas, pero no se aleja. Recorre mi mano con el pulgar en una lánguida caricia, me roza la oreja con su aliento y noto cómo su pecho retumba contra mi espalda.

Decididamente, esto está fuera del territorio de la amistad.

Diviso una bolsa de deporte en el suelo, en un rincón del dormitorio, con el número de su camiseta.

—Por ejemplo, tengo curiosidad por saber por qué te lo cambiaste. —Señalo hacia la bolsa—. El número.

Eso hace que se eche atrás. De hecho, se aparta en cuanto la pregunta sale de mi boca mientras me desliza la palma de la mano sobre el hueso de la cadera.

—No me acuerdo. Fue hace mucho.

Justo cuando me vuelvo para mirarlo y despego los labios para decirle que no me lo creo, ambos oímos que alguien abre la puerta

principal en la planta de abajo.

—¡Hola, cariño! —grita una mujer desde el interior de la casa.

«¿Qué narices…?».

—Rio, ¿estás aquí? —continúa diciendo—. He entrado con la llave que me hiciste.

«¿Qué cojones es esto?».

Ojiplática, fulmino a Rio con la mirada, pero él se limita a sonreírme con suficiencia.

—No te preocupes —asegura—. Solo es Indy, una amiga.

—No estoy preocupada.

—Díselo a tu cara, Hal.

—¿Dónde estás? —chilla escaleras arriba.

—¡Voy! —contesta él—. Venga, celosilla. —Rio me pone la mano en la parte baja de la espalda, guiándome de nuevo hacia las escaleras —. Que te la presento.

—No estoy celosa —musito con un hilo de voz.

Cuando bajamos las escaleras, Indy no es la única que lo espera. Hay un total de cuatro mujeres pasando el rato en su cocina. Y es verdad, tal vez podría admitir que se me han despertado un poco los celos al verlas tan cómodas en su casa, mientras que yo aquí me siento como una novata. Pero los celos se apagan rápidamente cuando advierto que las cuatro llevan una alianza en el dedo anular.

—Anda, la tropa al completo —anuncia Rio, dirigiéndonos hacia la cocina para unirnos a ellas—. ¿Qué hacéis todas aquí?

Todos los ojos están clavados en mí, algo que podría resultar intimidante si no fuera porque esas mujeres me sonríen con una emoción quizá algo desmedida.

—¿Hola? —pregunta, pero todas miran detrás de él, hacia mí—. Vale, a mí que me jodan, supongo. Hallie, estas son Stevie, Indy, Miller y Kennedy. —Señala a cada una mientras dice su nombre—. Chicas, esta es Hal-lie. Pero me da la impresión de que eso ya lo sabéis y por eso estáis aquí.

Me da un poco de envidia la comunidad que ha hecho en Chicago. Ambos tuvimos siempre grandes círculos de amistades cuando éramos más jóvenes, pero durante los últimos años me he sentido algo aislada mientras cuidaba a mi padre. Ese es uno de los muchos

motivos por los que me emocioné tanto cuando Wren y yo hicimos buenas migas, pero me encantaría ampliar mi círculo de amigos en esta ciudad. Sobre todo, con chicas.

Trato de memorizar sus nombres.

Stevie, pelo rizado y unas Nike gastadas en los pies.

Indy, trenza rubia y Converse.

Miller, tatuajes y un peto.

Kennedy, Vans y un llamativo pelo rojo.

—Hola —saludo acompañándome de la mano.

—Estamos encantadas de conocerte, Hallie. —Indy se levanta y me atrae hacia un inesperado abrazo.

Me aprieta aún más fuerte y, con ojos desorbitados, veo a las otras tres chicas riéndose por encima de su hombro.

—Ind —dice Kennedy con una risita—. No todo el mundo es de abrazar.

—Bueno… —Me suelta, todavía sujetándome a la altura de los brazos—. Pues debería.

Le sonrío.

—Yo soy de abrazar.

Indy vuelve con sus amigas.

—¿Lo veis? Ya me cae bien.

—Hal —apunta Rio—. Conociste a Zanders, el marido de Stevie, la semana pasada después del entreno.

Estoy a punto de hablar cuando Miller e Indy se miran entre ellas, con la mano en el corazón, canturreando «Hal», como si fuera lo más precioso que han escuchado jamás.

—Vale —interviene Rio—. Si las cosas van a ser así de raras, mejor que me devolváis la llave.

—No te preocupes, no van a ser raras. —Miller hace el gesto de cerrar una cremallera sobre sus labios, aunque luego añade—: Pero, déjame preguntarlo, ¿ha llevado siempre Rio el radiocasete encima a todas partes? O sea, ¿todo el rato? Y con «todo el rato» me refiero a «todo el rato». —Añade un guiño para aportar dramatismo a su voz insinuante.

—¡Miller Rhodes! —Kennedy la golpea en el hombro entre risas.

—No hacía falta que lo llevara —le contesto—. Yo le dejaba usar el

mío. Ya entonces tenía buen gusto musical. Mucho R&B en aquella época, si mal no recuerdo. Y con «aquella época» me refiero a «aquella época».

Miller sonríe con malicia al oír mi respuesta.

—Ay, qué bien me caes.

Rio mueve la cabeza a un lado y a otro, pero tiene dibujada una suave sonrisa de agradecimiento que para nada hace que me dé un vuelco el estómago.

Siempre he sentido la necesidad innata de protegerlo. De niño, era un blanco fácil, porque él mismo se exponía a todas las bromas, pero yo no le seguía el juego con eso. Puede que fuera un chiste para los demás, pero nunca lo fue para mí.

—Entonces ¿qué ocurre? —vuelve a preguntar Rio—. ¿Qué hacéis todas aquí?

—Queríamos pasarnos antes del partido —señala Stevie—. A saludar.

Les lanza una mirada de sospecha.

—¿Pasaros a saludar? Esto está a veinte minutos de vuestro destino.

—¡Ya! —exclama Indy con voz cantarina—. Hemos dejado a los niños con una niñera en nuestra casa, vamos a encontrarnos con los chicos en el estadio y sabíamos que estaríais aquí los dos, así que hemos venido para ver si a Hallie le apetece ver el partido de esta noche con nosotras en el palco.

—Indy —la regaña Rio sin perder la calma.

—¿Qué?

—No puede ir. Está ocupada.

«Ay».

Me molesta oír eso, pero a la vez me sirve de recordatorio instantáneo para no acomodarme demasiado con la situación. Con él. En esta casa. Con sus amigos. Simplemente trabajamos juntos. Ya no formo parte de su día a día.

—No seas maleducado —interviene Miller—. Te quiero mucho, pero se lo estábamos preguntando a ella.

—Tiene razón. No me va bien —les contesto—. Pero gracias por invitarme.

Rio parece sentirse de lo más culpable.

—Pero si no estás ocupada, igual puedes ir —sugiere para resarcirse, mirándome—. Si tú quieres.

—¡Sí! —me anima Kennedy.

Suena divertido. Sentarse en un palco. Ir a uno de sus partidos, como solía hacer. Salir con estas chicas, que parecen disfrutar genuinamente de su mutua compañía y que se preocupan por Rio. Pero, por desgracia, no puedo permitirme el lujo de faltar al trabajo un viernes por la noche, incluso aunque hubiera una parte de él que de verdad quisiera que fuera al partido y no me lo estuviera ofreciendo por un sentimiento de culpa.

Me concentro en las chicas.

—Esta noche no puedo. Tengo planes.

—¿Tienes planes? —repite Rio en forma de pregunta.

Un turno en el trabajo del que él no sabe nada, pero sí, planes.

—Deberías cancelarlos y salir con nosotras —sugiere Stevie.

—Buena idea, Vee —opina Indy—. Por algo eres mi cuñada favorita.

—Eso —conviene Rio—. Deberías cancelar esos planes y salir con las chicas.

Si no estuviéramos delante de sus amigas, le echaría la bronca por no quererme cerca cuando pensaba que yo no tenía nada mejor que hacer, pero, al enterarse de que ya había hecho planes, pedirme que los cancele.

—Ojalá, pero no puedo cancelarlos. —Me acerco a la mesa del comedor y recojo mis libros de diseño—. Pero gracias por la invitación. Quizá la próxima vez. —Consulto la hora en mi móvil—. Tengo que irme, casi ha acabado la jornada. Pero me ha encantado conoceros a todas.

Les brindo mi mejor sonrisa antes de salir disparada hacia la puerta.

Oigo cómo los pies descalzos de Rio vienen detrás de mí.

—Conque casi ha acabado la jornada, ¿eh?

—Sí, y tengo que estar en el centro de la ciudad a las cinco.

Llega a mi altura cuando ya estoy en la puerta.

—Por lo de tus planes. Un viernes por la noche.

El tic de su mandíbula me indica que cree que tengo una cita.

No lo corrijo.

—Sí. Te enviaré un correo con las notas de hoy e información sobre cuáles son los siguientes pasos del proceso de diseño.

Ni siquiera intenta dar un rodeo cuando me pregunta:

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Me río con aire incrédulo mientras abandono su casa.

—Hallie.

—Fuiste tú el que se apresuró a decirles que no podía ir. Tenías razón. Estoy ocupada.

Cierra los ojos con frustración, recomponiéndose.

—Solo ha sido una reacción. Una mala reacción. No quería decir que no podías ir con ellas. Les habría encantado que así fuera.

—Ha sido la reacción correcta. Es mejor que no nos sintamos demasiado cómodos haciendo este trabajo. —Cruzo el césped rumbo a mi casa antes de volverme para gritarle—: ¡Suerte con el partido!

11
Rio

—¿Habías estado aquí antes? —me pregunta Zanders mientras cruzamos la calle en dirección al bar.

—Ni siquiera había oído hablar de él —le digo—. Pero, en realidad, ya no salgo mucho de fiesta cuando estamos en la ciudad, así que no es de extrañar, supongo.

Se detiene frente al bar.

—¿Nos estamos haciendo viejos?

—Tú sí —mete baza su mujer.

Zanders le pasa el brazo por los hombros y la atrae hacia sí para darle un beso en la sien.

—Gracias, Stevie. ¿Qué tal está Tay?

—Indy y Ryan ya han vuelto a casa. —Stevie saca el teléfono para enseñarnos la foto que le ha enviado Indy de Taylor durmiendo entre sus dos primos—. Estaba superemocionada por pasar la noche en su casa.

—Y yo estoy emocionado por tener una noche de padres libre, ya sabes a lo que me refiero. —Zee levanta las cejas un par de veces antes de que Stevie, juguetona, lo golpee en el estómago.

—Sí, todos sabemos a qué te refieres —digo yo con cara seria—. Es tan divertido ser el único que queda soltero.

Zanders abre la puerta y deja pasar primero a Stevie y luego a mí.

En cuanto entramos, ni siquiera intento seguir con la conversación porque este bar del centro de Chicago está hasta arriba y hay un ruido de la hostia. Llevo tanto tiempo en la liga que salir después de una victoria ya ha perdido su atractivo, pero esta noche nuestro novato ha marcado su primer gol en la NHL, así que los chicos decidimos llevarlo al bar que eligiera para celebrarlo.

Mientras Zee busca dónde está nuestro equipo, vuelvo a mirar el teléfono. Es solo la décima vez que lo miro para ver si Hallie me ha contestado después de mi intento desesperado de llamar su atención justo antes de que empezara el partido.

Yo: *Ey.*

Sigue sin responder.

No sé en qué pensaba cuando le dije que no podía venir con mis amigos al partido de esta noche. Fue una gilipollez, pero también una de esas reacciones instintivas en un intento de protegerme. Asistió a todos mis partidos hasta que me fui a la universidad y me ha pillado desprevenido pensar en que viniera ahora a uno de la liga profesional.

Hallie todavía es nueva en esta ciudad y sé lo mucho que valora tener amigos, y aquí estoy yo, impidiéndolo. También sé que las chicas le caerían genial.

Y, para colmo, estoy bastante seguro de que esta noche tiene una cita y si yo hubiera cerrado la puta boca, en su lugar podría haber venido al partido.

Una puta cita. Otra vez.

¿Qué más podría hacer tan tarde un viernes por la noche? Y toda esta semana la he pillado llegando a casa después de las dos de la mañana. ¿Está viéndose con alguien? ¿Es el mismo tío con el que la vi en el partido?

—¡Rio! ¡Zee! —grita uno de mis compañeros, haciéndonos señas con la mano para que nos unamos al resto del equipo en una zona privada del bar.

Con el mensaje aún sin responder, me guardo el teléfono en el bolsillo.

Esta parte del bar está un poco más tranquila, pero también a rebosar porque la mayoría de mis compañeros han traído a alguien. Los saludo a todos antes de encontrar las dos últimas sillas vacías de la mesa. Le ofrezco una a Stevie, pero se sienta en el regazo de Zee y me la deja para mí.

—DeLuca. —Uno de mis compañeros, Thompson, me da una palmadita en la espalda cuando me siento—. La chica con la que salgo se ha traído a una amiga para ti. Están en el baño, pero enseguida vuelven.

—Ah, bueno. —Niego rápidamente con la cabeza—. Ahora mismo no busco conocer a nadie.

Thompson suelta una carcajada echándose hacia atrás.

—Rio, tú siempre estás intentando conocer a alguien.

Miro a Stevie y a Zanders y debo de tener cara de pánico, porque Zee lo corta por mí:

—Thompson, esta noche no.

—Bueno, pero necesito que lo haga.

Thompson se inclina para hablarme en voz baja.

—Estoy intentando…, ya sabes, cerrar el trato por fin. Y su amiga siempre está rondando. Necesito que me hagas un favor esta noche y la mantengas ocupada.

—Ya. Ni de puta coña.

—Rio, venga.

—No le interesa —añade Stevie a la defensiva—. Déjalo en paz.

—¡Aquí están! —dice Thompson con demasiado entusiasmo, pasando un brazo por los hombros de su chica cuando las dos se acercan—. Kylie, este es el colega del que te hablaba. Rio, esta es Kylie.

—Ya sé quién eres —dice ella—. Esperaba poder conocerte.

Uno de mis compañeros se levanta y Thompson coge su silla.

—¡Y mira! —dice, empujándola hacia mí—. Justo hay una silla libre para ti.

Ya se está llevando a su cita al extremo más alejado de la bulliciosa mesa antes incluso de que Kylie se haya sentado.

No, no me interesa en ese sentido, pero sigue siendo un ser humano del que su supuesta amiga se ha deshecho sin reparos y siento lástima por ella de inmediato.

—Eh… —tartamudeo—. Ey.

—Ey. —La atención de Kylie pasa de mí a Zanders mientras se sienta—. ¡Qué pasada! Soy una gran fan. De los dos.

«Fantástico».

—¿Te lo estás pasando bien?

—Bueno, la cosa acaba de mejorar muchísimo, pero no me vendría mal una copa.

—Claro —suspiro—. A mí tampoco.

El novato que ha marcado su primer gol esta noche está dando la putivuelta, ya un poco tocado por el alcohol, cuando le pasa el brazo por los hombros a Zee.

—¡Aquí está mi capitán! Menudo gol, ¿eh?

—Sí. Buen tiro. Un gol de la hostia. ¿Cómo se consiguen bebidas aquí? ¿Vamos a la barra o vienen?

—Ah, vienen a la mesa. —Levanta su botellín de cerveza vacío—. Necesito otra. Y, tío —le da una palmada en el pecho a Zee—, una de las camareras está como un tren. Por eso vengo siempre aquí. Creo que esta noche le voy a pedir su número. ¿Qué opinas?

Zee, Stevie y yo nos reímos de nuestro compañero, que ya está todo emocionado. Me recuerda a mí cuando intentaba conocerlas a todas con la esperanza de demostrarme algo a mí mismo. Intentar demostrarme que el amor seguía existiendo, incluso después de que Hallie y yo rompiéramos. Incluso después de ser testigo del divorcio de mis padres. Tenía la convicción de que estaba ahí fuera, en alguna parte. Solo debía encontrarlo.

—Te diría que a por ello —intervengo—. Aprovéchate de esa confianza que te ha dado el primer gol.

—Sí. —Asiente y pasa el brazo que tenía sobre los hombros de Zanders a los míos—. Sí, Rio, tienes razón. ¿A que tiene razón? —Desvía su atención hacia Kylie—. ¿Sabes qué suerte tienes? ¡Este tío es el mejor!

El novato se apretuja en el espacio que queda al otro lado de ella, en la silla de otro compañero, al que le roba la cerveza.

Kylie se inclina hacia mí.

«Joder». Esta noche no puedo hacer esto. Esta noche ni siquiera puedo fingir que puedo hacerlo. Solo quiero irme a casa y ver si Hallie ya está en la suya también.

Me levanto de la silla.

—¿Estás bien? —pregunta Stevie.

—Voy a dar la noche por terminada. ¿Os veo a los dos en la cena familiar del domingo?

—¿Te vas? —pregunta Kylie.

—Sí. Yo…

—No se encuentra bien —añade Zee por mí.

No es que me guste mentir a la chica, pero a Zanders no le falta razón. Llevo toda la noche frustrado porque Hallie ha ignorado mi mensaje y me pone enfermo pensar que está con otro. También

estoy enfadado conmigo mismo por haber sido un puto grosero sobre lo de que ella fuera al partido con mis amigas.

—Espero que lo pases bien —digo para despedirme.

Una parte de mí quiere pedirle a Zee que se asegure de que Kylie llegue bien a casa, ya que su amiga la ha dejado tirada, pero tampoco quiero que ella se lleve la impresión de que me interesa más allá de eso.

—¡Bien, llega la camarera! —grita el novato antes de volverse hacia nosotros—. ¿Creéis que debo intentarlo ahora o esperar al final de la noche?

No me voy a quedar para ver la posible cagada de este chaval. En lugar de eso, cojo del bolsillo las llaves del coche y vuelvo a sacar el teléfono solo para comprobar si Hallie ha respondido.

Alerta de *spoiler*: no lo ha hecho.

—Oh, mierda —murmura Zanders entre dientes a mi lado.

—¿Alguien quiere otra? —pregunta una mujer mientras me concentro en la pantalla del teléfono, pero reconocería su voz en cualquier parte.

Cuando levanto la vista se clava en ella, que no me mira. Está ocupada anotando lo que quieren mis compañeros del otro extremo de la mesa.

Ahí está Hallie, sonríe de par en par mientras repite los pedidos para memorizarlos.

Me caigo de culo en la silla.

«¿Qué leches está haciendo aquí?».

Lleva el pelo corto y ondulado medio recogido en un precioso moño desordenado. Su naricilla de botón y las pecas que la cruzan se arrugan cada vez que sonríe a uno de mis compañeros. Luce unos vaqueros que marcan las curvas de su cadera y un delantal atado a su diminuta cintura, además de una sencilla camiseta negra tan ajustada que bien podría estar pintada en el cuerpo.

—Yo quiero otra, por favor —dice el novato mientras levanta el botellín vacío para enseñárselo, y es eso lo que por fin llama su atención hacia nuestro lado de la mesa.

Hacia mí.

Y luego hacia la chica que se sienta a mi lado.

Luego hacia Zee y Stevie antes de volver a centrar su atención en mí.

Esa sonrisa se desvanece y solo queda la boca entreabierta. Esos ojos brillantes de color avellana ahora están impregnados de pánico.

Kylie decide que ese es el momento para ponerme la mano en el antebrazo.

—¿Al final te quedas? —dice.

«Claro que me quedo».

Hallie aparta la mirada al instante.

—Hallie, ¿verdad? —pregunta Zanders.

—Sí —dice Hallie a mi amigo—. Hola, Stevie. Un placer verte de nuevo. ¿Qué te traigo?

—Hola. —Stevie le devuelve la sonrisa—. No sabía que trabajabas aquí.

Stevie me mira como si me preguntara en silencio: «¿Tú lo sabías?».

—Segundo empleo. —Hallie desplaza el peso de un pie al otro, claramente incómoda—. Entonces ¿qué os traigo?

Hay una pausa larga mientras aumenta la incomodidad. Te aseguro que no quiero que Hallie me sirva y supongo que a mis amigos les pasará lo mismo.

—Yo tomaré un vodka con arándanos —dice Kylie a mi lado con todo el cuerpo vuelto en mi dirección. Pero yo no la miro a ella. Tengo la vista clavada al frente, en la chica de la puerta de al lado, intentando adivinar qué narices hace aquí.

La mirada de Hallie va y viene entre la desconocida que está sentada a mi lado y yo, y, como para mí es como un jodido libro abierto, sé que cree que estamos juntos.

—Anotado. —Hallie mira a Zanders y Stevie—. ¿Y para vosotros dos?

—Mmm… —duda Zee, y señala con la cabeza a otro camarero que está en la barra—. Nos levantamos y pillamos la ronda nosotros. Hay mucha gente. Tú estás ocupada, no te preocupes.

—No hace falta. —La sonrisa de Hallie es ahora forzada—. Ya hay una cuenta abierta para vuestro grupo. Será más fácil si me pedís a mí lo que queréis.

Hay una pausa larga porque nadie quiere que ella nos atienda. Debería estar pasando el rato aquí con nosotros, no sirviéndonos.

—Yo quiero… —empieza Stevie—. Algo de barril. Una IPA si tenéis.

—Yo también —añade Zanders.

Kylie se arrima más.

—¿Qué vas a tomar?

Hallie mira por fin en mi dirección y veo como aprieta la mandíbula mientras espera a que pida.

Sacudo la cabeza.

—Para mí nada, Hal.

Hallie vuelve a la barra de inmediato, cruzando con rapidez entre la gente, y la pierdo entre la multitud antes siquiera de poder asimilar lo que acaba de pasar.

—Me parece que vosotros habéis tenido algo —observa Kylie.

—Se podría decir así. Mira, Kylie, pareces una chica maja, pero no estoy para conocer a nadie en estos momentos. Ahora mismo tengo la cabeza en otra parte.

«En otra persona».

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—No te preocupes, pero deberías decirle que no estamos juntos.

—¿Sabías que trabajaba aquí? —pregunta Zee.

—Ni puñetera idea.

Me levanto del asiento de inmediato para seguir a Hallie y, en ese mismo instante, el novato se pone de pie también.

Por un segundo quiero decirle que qué coño hace, pretendiendo pedirle una cita. ¿No recuerda que Hallie me esperaba después del entreno? Pero entonces me acuerdo de que estuvo enfermo aquel día y que no tiene ni idea de que su camarera favorita y yo tenemos un pasado.

—¡Voy a hacerlo! —Tiene una sonrisa de borrachín de la hostia—. Le voy a pedir su número.

—¿Novato?

Mira hacia mí, todo emocionado.

—¿Sí?

—Que te sientes, joder.

—Sip.

Obedece y, mientras dejo la mesa para ir a buscar a Hallie, oigo a Kylie volverse y presentarse.

Un montón de gente está apiñada en la barra intentando pedir. Hay otra mujer y un tío apunta los pedidos de los clientes que esperan mientras Hallie prepara las bebidas de nuestra mesa.

Me abro paso entre los clientes para acercarme a ella lo máximo posible.

—¡Eh! ¡Cuidado! —me grita alguien, con un empujón en el pecho que no consigue moverme lo más mínimo.

Su intento solo me hace levantar una ceja.

—¡Hostia! Si eres Rio DeLuca. Tío, soy superfán. No pretendía empujarte. —Abre los brazos, creando un camino hasta la barra—. Adelante. ¿O te puedo pedir una copa? Déjame invitarte a algo.

—Esta noche no bebo, pero gracias.

—¡Eh! —le grita a Hallie—. ¡Eh, camarera! Quiero pedir.

Me planto frente a él, impidiéndole verla.

—No le hables así, joder. Espera tu turno. Está ocupada.

Levanta las manos.

—Intento pedirte una copa, tío. Relájate.

Le doy la espalda, me sereno, miro a Hallie y levanto la voz para hacerme oír por encima del alboroto de la barra.

—¿Qué haces aquí?

—¿A ti qué te parece? —responde mientras tira una cerveza—. Estoy trabajando.

—¿Por qué?

—Porque trabajo aquí.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Rio, márchate y déjame hacer mi trabajo. En un minuto os llevo las bebidas.

—¿Necesitas dinero o algo?

«Mierda. Ha sonado fatal».

Se detiene un momento, cierra el grifo para evitar que la cerveza se desborde.

—Vete a la mierda.

—Si necesitas dinero, puedo…

—Puedes… ¿qué? ¿Darme un poco? ¿Ayudarme? ¡Por Dios! —Ríe

incrédula—. No nos hemos visto en seis años, Rio. ¿Crees en serio que voy a aceptar tu dinero? No tienes literalmente ni idea de por lo que he pasado desde la última vez que nos vimos.

Eso me hace reflexionar. Está enfadada y tiene razón. No tengo ni idea de cómo han sido los últimos seis años para ella. Y tampoco me he molestado en preguntarlo.

—Pues cuéntamelo.

Sigue preparando las bebidas y me dice cortante:

—Vuelve a tu mesa.

—¿Aquí es donde has estado todas las noches de esta semana? ¿Es por eso que vuelves a casa a las dos de la mañana? Trabajas por el día en el estudio de diseño y por la noche aquí. ¿Por qué?

—Dios mío, Rio, porque estoy pelada. ¿Es lo que quieres oír? ¿Ya me he puesto en ridículo lo suficiente como para que me dejes en paz y te marches?

«Mierda».

—Hallie, no tienes por qué avergonzarte.

Suelta una carcajada escéptica.

—Claro, no es para nada vergonzoso serviros a ti y a tus compañeros. Vuelve con tu cita.

—No es …

—Rio, vuelve a la mesa y enseguida voy yo a «servirte».

Lo dice como si intentara señalar el desequilibrio que existe ahora entre nosotros. Al principio no lo vi. Ni siquiera me lo planteé. Solo sentía dolor y rabia por lo que me había ocultado aquellos años. Pero, por primera vez desde que ha vuelto a mi vida, desde el punto de vista de Hallie, entiendo los motivos por los que ella estaría enfadada conmigo.

Me marché y, obviamente, nuestras vidas tomaron caminos muy diferentes aun cuando le prometí que siempre seguiríamos el mismo.

—¿Va todo bien? —Se acerca otro camarero, un tipo rubio y fuerte que desliza su mano hacia la parte inferior de la espalda de Hallie y la deja ahí—. ¿Quieres que me ocupe de este tío, Hal?

Noto cómo la rabia se apodera de mí.

—¿Cómo la has llamado?

—Rio, ni se te ocurra.

Me centro en él.

—No. ¿Cómo cojones la has llamado?

Hallie se aparta y se aleja de su alcance, pero el tío extiende el brazo y sigue presionando la palma contra su espalda.

—Quítale las manos de encima.

No me escucha. Esta vez, desliza su mano sobre la cadera de Hallie y, lo juro por Dios, si no fuera por la barra que hay en medio y porque yo habría acabado saliendo en las noticias, le habría metido un puñetazo en toda la cara por pensar que podía tocarla de esa manera.

—¿Hay algún problema? —sigue diciendo—. ¿Tengo que llamar a la policía?

—Venga, que te den por culo.

—No vas a llamar a la poli, Carson. —Hallie se libera de su mano—. Y tú. —Se centra en mí, con sus ojos de color avellana abiertos con rabia de par en par y señalando la puerta—. Fuera. Ya.

Le dice algo a otro compañero, algo sobre las bebidas que está preparando, antes de salir hecha una furia entre la multitud hacia la puerta delantera, esperando que la siga.

Lo que, por descontado, hago.

La gélida brisa de Chicago me golpea en cuanto salimos. Hallie cruza los brazos desnudos sobre el pecho y, por instinto, me quito la camisa de franela y se la ofrezco.

—No quiero tu camisa.

—Hace un frío que pela. Acéptala o volvemos dentro ahora mismo para que pueda partirle la cara al muñeco Ken por llamarte Hal.

Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué narices todos los hombres sois tan dramáticos?

Acepta la camisa y mete los brazos por las mangas antes de doblarles los puños para que asomen las manos.

—Ya está. ¿Contento?

—¿Qué haces aquí?

Suspira, tranquilizándose.

—No puedo volver a tener esta conversación. Estoy trabajando.

—Si necesitas…

Extiende las manos para pararme.

—Te lo juro por Dios, si dices lo que creo que vas a decir, me marcho.

—Si necesitas ayuda —repito—, puedo hablar con el hermano de Wren sobre tu alquiler. A él ni siquiera le hace falta el dinero. Estaría encantado de que vivieras allí sin pagar alquiler.

—Madre mía, no tienes ni idea, Rio.

—¡Claro que no tengo ni idea! —Extiendo los brazos—. ¡Porque no me cuentas lo que pasa!

Aprieta la mandíbula.

—Lo que pasa es que ahora somos dos personas completamente diferentes. Yo trabajo aquí cinco turnos por semana después de pasar todo el día en el estudio porque es lo que tengo que hacer para llegar a fin de mes. Duermo en la habitación libre de alguien porque es todo lo que puedo conseguir y casi no tengo ni para comer. ¿Te hace feliz oír esto?

—Dios mío. Claro que no, Hal.

—Si pudiera lograr que me contrataran a jornada completa en el estudio, las cosas cambiarían, pero, por ahora, esta es mi realidad y es muy diferente a la tuya. Lo sé. Y ahora tú también lo sabes. Y, te lo juro, Rio, si ahora intentas darme una limosna, me voy a cabrear muchísimo. He llegado hasta aquí sin tu ayuda y seguiré tirando adelante.

Desde luego no me cuenta por qué lo tiene tan complicado en el plano económico, pero también sé que no debo presionarla. Le ha molestado que descubra lo de su segundo empleo y creo que también le da un poco de vergüenza. Pero Hallie es una trabajadora nata. Se lo curra mucho cuando le hace falta. Solía hacer de canguro y perderse los grandes eventos sociales cuando éramos más jóvenes solo porque quería ahorrar para poder ir a la escuela de diseño.

Así que, que tenga otro trabajo no es lo que me confunde. Es el motivo por el que necesita ese otro trabajo lo que no llego a entender.

—De acuerdo —digo aceptando la derrota.

—De acuerdo.

—No me contestaste el mensaje.

—No me diste nada a lo que contestar. «¿Ey?» —pregunta imitando

mi mensaje—. Tú no eres así, Rio. —Hallie señala con la cabeza hacia la puerta, ya sin tensión—. Tengo que volver al trabajo.

Pasa a mi lado, pero, antes de que pueda llegar a la puerta, estiro el brazo hacia la manilla, manteniéndola cerrada. Dejándonos solos fuera.

Levanta despacio la mirada hacia mí y nuestras caras quedan a escasos centímetros.

—No permitas que te llame así —digo en voz baja—. No tiene ni puta idea de cómo eres.

Levanta una ceja.

—¿Y crees que tú aún sí?

—Sí, Hal. Todavía te conozco. Y todavía me conoces. Mejor que nadie.

Observo cómo traga saliva despacio.

—Nunca antes me ha llamado así. Supongo que ha pensado que eras un tío cualquiera, así que ha fingido marcar el territorio.

—Bueno, no le perteneces. Dile que te quite las manos de encima.

Su mirada baja hasta mi boca.

—Tampoco te pertenezco a ti.

«Ya veremos».

Es lo primero que se me pasa por la cabeza, cuando a lo que estoy acostumbrado es a sentir ira hacia ella.

Me humedezco los labios y me inclino hasta quedar muy cerca de ella.

—Pues te queda muy bien mi camisa para no ser mi chica.

—Que te den, DeLuca.

Sonrío mientras abro la puerta.

—Me encantaría. Solo dime cuándo y dónde, Hart.

Entra al bullicio del bar mientras me saca el dedo corazón por encima del hombro para que pueda verlo.

Pero lo único que consigue es que sonría aún más porque Hallie puede fingir que no le afectamos ni yo, ni nosotros, ni nuestra historia, pero sigue con mi camisa puesta cuando vuelve al trabajo y le queda de coña.

El último de mis compañeros se ha ido en un coche compartido cuando el bar ha cerrado. He estado pasando el rato con ellos, bebiendo agua, y me he asegurado de que se dejara una propina generosa junto a la cuenta antes de que nos largaran.

No he molestado a Hallie el resto de la noche, pero te aseguro que no le he quitado los putos ojos de encima.

Y, como siempre, ha sido simpática y amable, incluso cuando la borrachera ha vuelto gilipollas a la gente. Tras la barra ha escuchado con atención cuando alguien ha decidido desgranarle cada detalle de su vida. No ha descansado ni un segundo, sirviendo bebidas y limpiando cristales rotos.

Y eso después de todo un día de trabajo en el estudio de diseño y en mi casa.

Cuando nos han echado a todos a la hora del cierre, he aparcado la *pick-up* aquí mismo, detrás de su coche, y me he quedado esperando.

El muñeco Ken sale con ella, riéndose de algo que dice, y, por mucho que odie que la sonrisa de Hallie no sea para mí, el tío es enorme y no me disgusta pensar que la acompaña cada noche.

Sorprendentemente, su sonrisa no desaparece cuando me ve saliendo de la *pick-up*. Su expresión no vacila, como si supiera que la estaría esperando al acabar el turno.

Pero cuando Ken me divisa, sale disparado hacia su coche después de despedirse rápidamente de Hallie con la mano.

Y ella sigue llevando mi camisa.

—Quiero odiar a ese tío —le digo cuando nos encontramos en su coche, pero con la vista puesta en la espalda de Ken—. ¿Trabajas todas las noches con él?

—La mayoría. Si no me toca con él, me toca con su novio.

Eso capta mi atención y, cuando me vuelvo hacia ella, tiene esa sonrisita burlona en el rostro.

—¿No me podías haber dicho eso antes?

—Se me debe de haber pasado. —Abre el coche. Con la llave. Con la llave de verdad, porque así de vieja es esa tartana—. Tu novia se fue con tu colega. Ese chico joven que viene siempre.

—Me alegro por ellos. No es mi novia, pero me daba pena porque

su amiga la había dejado tirada.

Su sonrisa es dulce, como si ya lo supiera.

—No tenías que esperarme. Estoy agotada. Me voy a casa.

—Quería asegurarme de que llegaras sana y salva al coche. —Le abro la puerta y espero hasta que está tras el volante—. Te veo en casa.

Mueve la cabeza juguetona.

—Te veo en casa.

Le cierro la puerta y vuelvo a mi *pick-up*, enciendo el motor y espero a que ponga en marcha su coche para que pueda seguirla hasta casa.

Sé que intenta arrancarlo porque las luces traseras destellan durante un instante, pero luego se apagan de nuevo. Entreabro mi puerta y presto atención cuando intenta arrancarlo de nuevo, pero del motor solo sale un zumbido.

Sus ojos se encuentran con los míos a través del retrovisor y le hago un gesto para que suba a la *pick-up*.

Es tarde, está cansada y podemos ocuparnos de eso mañana.

Lo que quiero decirle es que necesita otro coche. Uno del que se pueda fiar y que no vaya perdiendo líquidos por todas partes, pero esta noche no es la noche para mantener esa conversación. No después de que me haya contado los problemas económicos que tiene y, desde luego, no después de que haya sentido vergüenza cuando he descubierto que iba a servirnos a mis amigos y a mí.

En lugar de eso, salgo y le abro la puerta del copiloto de mi *pick-up*.

—Lo siento —dice con timidez y en bajito cuando sube al vehículo.

—No lo sientas.

—Haré que le echen un vistazo mañana.

—Vale.

Cierro su puerta antes de rodear el capó y montarme yo. Enciendo el motor, le pongo la calefacción y salgo del aparcamiento para volver a casa.

No hablamos. De hecho, durante los primeros cinco minutos del trayecto hay un silencio casi incómodo. Hallie está tiesa en el asiento de al lado, sentada erguida con las manos entre los muslos mientras

mira pasar la ciudad por la ventanilla.

Yo no sé qué decir que no sea una estupidez sobre lo mucho que la he echado de menos o que podría no estar tan enfadado como pensaba o que ese dormitorio que va a diseñar solo me lo había imaginado compartiéndolo con ella.

Así que me aseguro de no hablar. En su lugar, hago aquello que siempre funcionó para comunicarnos.

Pongo música.

Con el rabillo del ojo veo a Hallie dirigir la mirada hacia mí con una sonrisa en los labios a medida que la melodía inunda el vehículo. En solo un minuto se siente más cómoda, se apoya en el respaldo y cierra los ojos.

Al final, deja el brazo sobre el compartimento que hay entre los dos y, hay que joderse, es impresionante la nostalgia que emana de esa única imagen y que me recuerda la primera vez que tuve el valor de tomar su mano mientras la llevaba de vuelta a casa en una situación muy parecida a la que me encuentro ahora.

No hablamos en todo el trayecto, pero noto cuando su respiración se vuelve lenta y constante. El viaje la adormece, lo que no es de extrañar cuando pienso en las horas de trabajo que mete al día. Creo que, si trabajara tanto como Hallie, incluso yo sería capaz de dormir.

Cuando tomo nuestra salida, cambio de idea y vuelvo a la autopista. Sabe Dios que yo no voy a conseguir dormir esta noche de todos modos, así que por lo menos que duerma ella.

Tomo nota de la canción que suena y sigo conduciendo.

12
Rio

(16 AÑOS)

—Gran victoria —dice el entrenador al acabar nuestra reunión pospartido—. Descansad y os veo frescos el lunes temprano para entrenar.

Nos apiñamos en círculo, hacemos un grito de ánimo y luego mis compañeros y yo cruzamos la pista patinando hasta el área abierta que nos lleva al vestuario.

Se acerca el final de mi segundo año de instituto y, no sé muy bien cómo, juego para el primer equipo de hockey del centro. Tras casi no entrar en el equipo de novatos el año pasado, me lo curré muchísimo, gané algo de músculo y, por suerte, crecí un poco. Metí horas de más patinando, centrado en el equilibrio y la velocidad, y ahora aquí estoy, jugando en el primer equipo como estudiante de segundo año y ya me siguen ojeadores de la universidad.

Voy detrás de mis compañeros cuando salen de la pista y dejo que los de tercero y los mayores entren primero en la ducha. En parte porque soy el más joven del equipo y tengo que esperar mi turno, cuando el agua ya no sale caliente, pero sobre todo porque sé que Hallie está por aquí, en algún sitio, esperándome, y lo que me apetece más que ninguna otra cosa después del partido es verla.

Al salir de la pista la veo de pie con un montón de amigos, pero mirándome con una sonrisa enorme y con mi camiseta de visitante sobre una de las sudaderas con capucha que me ha robado.

Creo que es mi parte favorita de los días de partido, saber que me estará esperando al acabar. Hallie aún no se ha perdido ni uno de mis encuentros del insti, ni en casa ni fuera. Y claro que la veo todo el rato porque nuestras familias están muy unidas y vivo justo al lado, pero hay algo diferente los días de partido. Los considero una oportunidad para impresionarla.

Se separa de sus amigos y se acerca a mí.

—Buen partido, ochenta y tres.

Señalo su camiseta con la cabeza.

—Bonita camiseta, cumpleañera.

Hallie da un paso hacia mí y, con el casco y el palo en la mano, le paso los brazos por los hombros y le doy un beso rápido en la parte superior de la cabeza. Ahora soy mucho más alto que ella con mi nueva estatura y los centímetros que añaden los patines.

Con los brazos en mi cintura, apoya la barbilla en mi pecho y levanta la mirada.

—Estás sudado.

—Lo siento —digo con una risita.

—No me importa.

Sus ojos brillan cuando me mira y yo lo disfruto. No hay nada que me guste tanto como estos momentos en los que su atención está puesta en mí.

Como era de esperar, cuando Hallie llegó al instituto este año enseguida cayó bien a todo el mundo. Sí, es la chica más guapa que he visto en mi vida, y extrovertida y segura de sí misma a partes iguales. Pero, por encima de todo, es amable. Con todo el mundo. Popular o no, se hará tu amiga si le dejas. Así que, claro, muchos otros chicos del insti se han fijado en ella, lo que hace que disfrute aún más las ocasiones en las que Hallie tiene los ojos puestos en mí.

—Gran victoria, DeLuca —vocea Luke.

Su voz hace que su hermana y yo nos separemos al instante y, cuando miro hacia arriba, veo cómo él y nuestros respectivos padres bajan por las gradas hacia donde estamos Hallie y yo.

Ella retrocede para separarse más.

—Gracias, tío —digo—. No sabía que ibas a venir.

—El entreno de lacrosse ha acabado pronto.

Su padre me choca con el puño.

—Menudo partido, Rio. Estás muy fuerte. ¡Cómo les has robado el disco a esos tíos! —Sacude la cabeza—. Patinas a toda velocidad.

—Gracias, señor.

Siempre me ha caído bien el señor Hart. Ha sido como otro padre para mí, y Hallie y él están muy unidos. También está muy unido a Luke, desde luego, pero este preferiría salir con sus amigos que

quedarse en casa con la familia, mientras que Hallie cancela un plan si su padre quiere pasar un rato con ella.

Saludo a mi madre con un beso en la mejilla.

—Estoy orgullosa de ti, *tesoruccio* —me dice.

—Gracias, mamá.

—Este es mi chico. —Mi padre me pasa el brazo por el hombro, pero tiene que estirarse para hacerlo. Ahora ya soy oficialmente más alto que él, con y sin los patines puestos.

—Un partido fantástico, Rio —dice la madre de Hallie, de pie junto a su marido.

—Gracias, señora Hart. No hacía falta que vinierais todos.

—Queríamos verte jugar. —El señor Hart acurruca a su hija bajo su brazo—. Y esto es lo que la cumpleañera quería hacer en su día especial.

Las mejillas de Hallie se tornan de un color rosado.

—Hallie —dice su madre—. ¿Seguro que no quieres que vayamos a cenar por tu cumpleaños? Podemos cambiar la reserva de cuatro a siete personas.

—Espera —la interrumpe Luke dirigiéndose a su hermana—. Pensaba que ya tenías planes esta noche y que por eso no íbamos a cenar. Porque yo ya he hecho planes para… estudiar.

Eso es mentira. Tiene planes para llevarse a Lacey Williams a dar una vuelta en coche, aparcar en algún sitio y darse el lote toda la noche.

—Nada de cenas este año —dice Hallie—. Esta noche me toca cuidar a los críos de los Holmes.

—Está ahorrando para la universidad —dice su padre, estrechándola aún más.

Su mirada flota hacia mí y esas mejillas pecosas se encienden de nuevo.

Ninguno de nuestros padres es particularmente rico. Sí, tenemos una casa preciosa que ha ido pasando de generación en generación y mis padres me compraron una *pick-up* que tiene tantos años como yo, dieciséis, pero ni los padres de Hallie ni los míos podrán pagarnos la universidad. Así que ella ahorra cada centavo que gana trabajando de niñera y este verano tiene previsto hacerse socorrista

para la piscina municipal. Luke y yo tenemos la esperanza de una beca deportiva. Él, de lacrosse y yo, de hockey.

No me sorprende que Hallie prefiera trabajar de niñera que celebrar su cumpleaños. Va a hacer lo que haga falta para cumplir su sueño y yo no podría estar más orgulloso de ella.

—Bueno, tú, tu madre y yo vamos a disfrutar de un día de chicas este sábado para compensarlo —añade mi madre—. Iremos a que nos hagan la manicura. De compras.

—Me encantaría, señora DeLuca —dice Hallie con una sonrisa.

Mi padre se acerca a mi madre por detrás y la rodea por los hombros antes de plantarle un beso en la sien.

Sí, me da cierta vergüenza que estén tan acaramelados en mi instituto, pero, al mismo tiempo, siento que soy uno de los pocos afortunados a cuyos padres todavía les sigue gustando estar juntos.

Admiro su relación. Se conocieron cuando tenían la misma edad que yo cuando conocí a Hallie y prácticamente han estado juntos desde entonces. Es el tipo de relación que me gustaría encontrar algún día y, para ser sincero, creo que ya lo he hecho.

Nunca había mirado a una chica como miro a Hallie. Nunca había tenido este tipo de amistad con nadie más. Ni siquiera he considerado nunca salir con alguien que no fuera ella.

Me he ganado las burlas de mis compañeros de equipo por rechazar a otras chicas. Se ha cuestionado mi sexualidad porque tengo dieciséis y nunca he tenido una cita. Pero, francamente, solo tengo ojos para Hallie Hart.

No, no somos pareja. Nunca nos hemos besado ni nada parecido. Pero me parece… bien. No nos hemos dicho que nos gustamos, aunque estoy bastante seguro de que es algo mutuo.

Creo.

No lo sé seguro, pero tampoco presta atención a nadie más, así que… ¿puede que sí?

En cualquier caso, su hermano me mataría. Cuando Hallie entró en nuestro instituto, Luke se dio cuenta de que sus amigos tenían interés en su hermana y se ha vuelto un poco demasiado protector. Y, para colmo, nuestras familias están tan unidas que supondría un gran problema si lo nuestro no funcionara.

Así que eso. No le he dicho nada sobre mis sentimientos, pero es mi persona favorita. La persona con la que más me gusta estar y no puedo pasar por alto que me recuerda a la relación que tienen mis padres.

—Luke, llevas a tu hermana hasta la casa de los Holmes, ¿verdad? —pregunta su madre.

—Mmm… —duda—. No. Tengo que estudiar. ¿No podéis acercarla vosotros?

—El restaurante está en la otra dirección. Lleva a tu hermana y luego puedes ir a estudiar.

Luke abre la boca para replicar a su madre, pero su padre le echa una mirada penetrante, que dice que no lo haga.

—Puedo acercarla yo —interrumpo—. No me importa, está de camino a casa.

Mi mirada revolotea de inmediato hasta Hallie para ver cómo reprime una sonrisilla.

—Si os parece bien a vosotros —añado dirigiéndome a sus padres.

Tengo el permiso de conducir desde mi cumpleaños el agosto pasado, pero nunca he llevado a Hallie sola en el coche. Siempre ha sido con ella y Luke o con ella y mi madre.

Sus padres se miran antes de que el señor Hart diga:

—Ten cuidado con mi niña, Rio.

—Siempre, señor —digo asintiendo.

Nuestros padres se despiden antes de salir de la pista para ir a cenar juntos.

—¿Que tienes que estudiar? —dice Hallie a su hermano—. ¿No se te ha podido ocurrir una mentira más creíble? Todos sabemos que has quedado con tu novia.

Encoge los hombros con aire engreído.

—Ha funcionado, ¿no? Y Lacey no es mi novia. Solo hablamos.

—Y os liais —añado.

Hallie pone una mueca de asco.

—No me hacía falta saber eso.

Un grupo de chicos pasa a nuestro lado, pero uno de ellos se para y le da un buen repaso con la mirada a Hallie.

—Hola, mini-Hart.

—Hola, Dylan. —Hallie sonríe con timidez al chico, al que reconozco del equipo de lacrosse de Luke.

Mis ojos pasan de uno a otro porque ¿qué coño ha sido eso?

—¿Qué tiene que hacer uno para que lleves su camiseta como llevas la de DeLuca?

—Pírate, Dylan —lo corta Luke impasible.

Dylan levanta las manos.

—Solo estoy siendo amable con tu hermana, Hart.

—Está vetada.

Dylan la mira con una sonrisita presumida.

—Lo pillo. Un placer verte, Hallie.

Se marcha con sus amigos, no sin antes echarle un último vistazo a ella por encima del hombro.

Luke se vuelve a centrar en su hermana.

—Sabes que no puedes salir con ninguno de mis compañeros de equipo, ¿verdad?

—Sí, Luke —responde ella poniendo los ojos en blanco.

—Ni de mi clase —continúa—. Y, sobre todo, con ninguno de mis amigos.

—Mmm —murmura—. Ya me lo has dicho. Un millón de veces.

—Lo digo en serio, Hallie. Los chicos de mi edad solo quieren una cosa y ni de coña voy a dejar que ningún amigo mío se te acerque cuando sé lo que está pensando.

Yo no quiero solo una cosa de Hallie. Lo quiero todo, pero, aun así, es como si me recordara que no debo ir por ahí, aunque Luke no tenga ni idea de mis sentimientos hacia su hermana.

—Hablando de chicos de tu edad que solo quieren una cosa —dice Hallie con la cabeza erguida—, ¿no llegas tarde a tu «sesión de estudio» con Lacey?

Luke sonríe con complicidad.

—Sí, voy tarde. Feliz cumpleaños, hermanita. —La abraza antes de volverse hacia mí—. Gracias por llevarla. Te debo una.

—Un placer.

«Y me quedo muy corto».

—¿Eliges una canción para el trayecto? —le pregunto a Hallie mientras se coloca en el asiento del copiloto de mi *pick-up*.

Sonríe emocionada antes de ponerse a revolver en la guantera, donde almaceno una combinación de cintas y CD. Lo mejor de esta vieja *pick-up* es que todavía le funciona el reproductor de casetes.

—¿Qué es lo que tienes aquí? —pregunta.

—Lo sabes mejor que yo. Siempre dejas ahí tu música.

Lo cierto es que no tengo ni idea de lo que hay en la guantera porque lo único que escucho cuando voy solo en el coche son las cintas de mezclas del cumpleaños de Hallie.

Pero he sido lo bastante listo como para esconder esas cintas antes de que se subiera al coche. Me regaló una en su decimocuarto cumpleaños el año pasado y volvió a grabar las dos de sus cumples anteriores, las que había preparado antes de que las empezara a compartir conmigo. Y esta noche me dará una nueva.

Unos meses después de que a Hallie le regalaran aquel radiocasete con grabadora por su decimotercer cumpleaños, pedí lo mismo para el mío, tan solo para poder escuchar sus cintas de mezclas anuales en mi habitación. Y, ahora, las pongo en bucle en la *pick-up*. Porque sí, estoy muy pillado de esta chica y quiero aprenderme todas las canciones que representen un momento importante en su vida.

—¡Oh, la estaba buscando! —dice antes de meter una cinta en la pletina.

Me quejo en cuanto empiezo a escuchar las voces armonizadas por los altavoces.

—Pensaba que me había deshecho de esta.

Hallie se mueve emocionada en su asiento cuando la música comienza a sonar.

—Hal, de verdad que necesito que superes tu fase de *boy band*. Me está haciendo cuestionarme tu gusto.

Se relaja en el asiento y se apoya en el reposacabezas con una sonrisa.

Me hace sonreír a mí también.

Sigo conduciendo, mantengo la velocidad justo en el límite admitido. Le he prometido a su padre que cuidaría de ella y no quiero ganarme una multa con Hallie en el coche y que nunca más

me dejen llevarla a solas.

—¡Qué pesado Luke con lo de que no puedo hablar con sus amigos! —dice de repente.

La miro rápidamente, intentando adivinar a quién o a qué se refiere antes de volver a centrarme en la carretera.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Tengo quince años y solo es un año mayor que yo. No sería ninguna locura si me interesara alguno de sus amigos.

Espera… ¿qué significa eso? ¿Se refiere a mí? ¿O a algún otro?

Doy golpecitos con los pulgares en el volante y me trago los nervios.

—¿Hablas de ese tío, Dylan?

—No he dicho eso.

—¿Te gusta un amigo de Luke o algo?

—No lo sé. Puede. —La voz de Hallie es un murmullo.

Alcanzo a bajar la música porque hay demasiado ruido en la cabina y lo único que quiero oír es a Hallie diciendo: «Sí». Que sí, que le gusta un amigo de su hermano. Que el amigo al que se refiere soy yo.

La manga me cae sobre el antebrazo mientras ajusto el volumen y, antes de enterarme de lo que está pasando, los dedos de Hallie me tocan y siguen el contorno de la pulsera de la amistad que llevo en la muñeca.

—No me puedo creer que todavía la lleves y que no se te haya caído.

Bajo el brazo hasta el asiento corrido que hay entre los dos para que siga repasando con los dedos los hilos reblandecidos por el tiempo.

Ahora no hay música, así que lo único que oigo son los latidos de mi corazón retumbando en los oídos.

Conduzco con la mano izquierda y la vista puesta en la carretera mientras dejo la mano derecha apoyada en el asiento que hay entre nosotros.

Ahora me toca con más suavidad, recorre la vieja pulsera que me hizo hasta que la punta de sus dedos toma un camino diferente y se mueve hacia arriba para recorrerme el dorso de la mano en su lugar.

No puedo respirar, joder.

Va tanteando, como si no estuviera segura de si la voy a parar, explora con delicadeza el dorso de mi mano hasta que, al final, desliza los dedos hacia mi palma.

Sin pensarlo demasiado, abro la mano y entrelazo los dedos con los suyos. Se queda quieta un instante, antes de enroscar nuestros dedos para colocarnos palma con palma.

Estoy demasiado distraído, demasiado pendiente de lo que está pasando entre nosotros como para centrarme en la carretera. Por suerte, vamos por una vía secundaria y no por la interestatal, así que aparto la *pick-up* a un lado de la carretera y me detengo. Pero no la aparco porque eso habría supuesto utilizar mi mano derecha, que ahora mismo está ocupada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Hallie.

Con el pie firme en el freno, por fin soy capaz de mirarla directamente a los ojos.

—Le he prometido a tu padre que tendría cuidado al llevarte y estoy demasiado distraído como para tener cuidado.

Separa ligeramente los labios.

—Hal, Luke me mataría.

Sus ojos se posan en nuestras manos entrelazadas, apoyadas sobre el asiento que hay entre los dos. Siento cómo afloja su agarre, como si estuviera a punto de retirarla, así que aprieto mi mano sobre la suya para que no se vaya.

—Así que mejor no se lo contamos —añado.

Una sonrisa se asoma en sus labios.

Hay un instante en el que tan solo estamos ahí sentados, cogidos de la mano. Parece que hay un giro claro en la relación antes de que yo señale la carretera que hay ante nosotros.

—Casi hemos llegado a la casa de los Holmes.

—Vale —susurra—. Supongo que entonces te hace falta la mano.

Nos soltamos despacio y, cuando lo hacemos, le desabrocho el cinturón. Me mira, confundida, hasta que vuelvo a poner la mano en la suya y tiro de ella para que ocupe el asiento que hay directamente junto al mío en lugar de dejar ese espacio del medio vacío.

—Abróchate el cinturón, Hal.

Contiene una sonrisa cuando utiliza la mano derecha para pasarse el cinturón por el regazo y abrocharlo. Coloco la mano izquierda en la parte superior del volante y apoyo nuestras manos entrelazadas en la pierna de Hallie. Luego conduzco la poca distancia que queda con tanta precaución como puedo y un poco por debajo del límite de velocidad.

—Gracias por acercarme —dice mientras aparco enfrente de la casa de los Holmes.

—No hay de qué.

Aprieta mi palma por última vez antes de deslizarse por el asiento y abrir la puerta del copiloto.

—¿Nos vemos en el tejado esta noche?

Le sonrío con dulzura.

—Allí nos vemos.

Mi madre se deja caer en el sofá que hay junto a mí mientras acabo los deberes.

—Habéis vuelto tarde a casa —digo levantando una ceja—. Es día de colegio, señorita.

—Buen intento. Es viernes. —Deja caer la cabeza en el sofá—. Ya sabes lo que pasa cuando salimos con los Hart. Nos lo pasamos tan bien. El restaurante era maravilloso. Tenéis que venir con nosotros la próxima vez. Luego Steph descubrió un bar con encanto y puede que nos hayamos pasado por allí para tomar una botella. O dos.

—Me alegro de que os hayáis divertido.

Me da un golpecito en la pierna.

—Os hemos echado de menos a los tres. ¿Llevaste a Hallie sin problema adonde tenía que hacer de niñera?

Vuelvo a centrarme en los deberes, asintiendo.

—Eres un buen amigo, Rio.

—Sí.

—Y de Luke.

—Mmm.

—¿Pero le has dicho que estás enamorado de su hermana?

Eso capta mi atención.

—¡Mamá!

—¿Qué? —pregunta con una carcajada—. Es verdad.

—No, no es verdad. No es eso lo que hay entre Hallie y yo.

No me parece bien decir eso, en especial después de ese momento de hoy en la *pick-up*. Pero mi madre se lo cuenta todo a la madre de Hallie y lo último que necesito es que Luke descubra que estoy enamorado de su hermana pequeña.

—Ay, *tesoruccio*. —Exhala profundamente para parar de reír—. Sí, sí es eso. Veo cómo la miras. Solo me sorprende que Luke no se haya dado cuenta todavía.

Me vuelvo a centrar en los deberes y mi voz suena menos a la defensiva cuando repito:

—No es eso.

—Vale. Tienes razón. Culpa mía por pensar que era así.

La miro con cautela y veo cómo me sonríe con complicidad.

—Luke me mataría —digo.

Asiente.

—Le molestaría. Estáis en esa edad en la que se lo tomaría como algo personal, pero acabaría superándolo.

—Y estamos tan unidos a su familia.

—Cierto —afirma—. Steph es mi mejor amiga y quiero a Hallie como si fuera mía. Pero ¿por qué es eso algo malo?

—No lo sé. Probablemente no lo sepas, pero Hallie y yo estamos muy unidos. Seguramente más que Luke y yo.

—Ah, claro que lo sé. —Agita la mano quitándole importancia—. Cielo, ¿cuándo vas a darte cuenta de que lo sé todo?

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que intento decir es que no sé si Hallie siente lo mismo que yo y no sé si estoy preparado para arriesgar lo que tenemos por descubrirlo. Además, creo que todavía no estoy listo para admitírselo a Luke.

Asiente, comprensiva.

—No digo que tengas que decirle a ninguno lo que sientes, pero si alguna vez quieres hablar conmigo de ello, siempre estaré aquí para escucharte.

—Sí. Gracias, mamá.

Me revuelve el pelo y se levanta del sofá.

—Me voy a la cama. Papá me está esperando para que podamos poner nuestra serie. Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Está a medio camino por las escaleras cuando la llamo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿De verdad es tan obvio o solo lo has dicho por decir?

Suelta una carcajada. Sin control. Como si fuera una mujer que se ha terminado dos botellas de vino con su marido y sus mejores amigos.

—Rio, si llevaras un tatuaje que dijera: «Estoy enamorado de Hallie Hart» en medio de la frente, sería un poquito más sutil.

—Vale —digo, y parece más una pregunta que una afirmación—. Está claro que se te ha pasado la hora de dormir, madre.

Se sigue riendo mientras sube las escaleras y hasta que entra en su habitación.

Acabo los deberes antes de ir a mi habitación a lavarme los dientes y ponerme un chándal, una sudadera y unas deportivas.

Es un poquito antes de medianoche, justo a tiempo.

Echo un vistazo desde mi ventana a la suya, por donde puedo ver el nuevo color de la pared, rosa en esta ocasión, y la nueva disposición del mobiliario. Solo lo ha cambiado dos veces este año.

Hallie todavía no ha salido, así que agarro la manta más calentita antes de subir hasta la línea central del tejado que separa las dos casas y me siento a esperarla. Comprobé el tejado la otra noche y desde entonces ha mejorado el tiempo, así que, por suerte, ahora mismo no hay nieve ni hielo que nos detenga.

Sí, Hallie y yo solemos escabullirnos y encontrarnos aquí bastante a menudo, pero las reuniones del día de su cumpleaños tienen algo especial, siempre son mis favoritas.

En parte porque hay algunos meses de invierno en los que no podemos hacer esto. Hace demasiado frío y hay demasiado hielo en el tejado, así que no solemos encontrarnos con frecuencia hasta abril. Aun así, somos un poco insensatos y siempre nos arriesgamos por el cumple de Hallie, a principios de marzo.

A ver, esta parte del tejado es plana, así que no es tan peligroso. No estamos fuera de nuestros cabales. Pero lo que también me encanta de estas reuniones es que significa que dentro de poco el sol empezará a derretir la nieve y que podremos escaparnos aquí siempre que queramos hasta que llegue el próximo invierno.

La ventana del dormitorio de Hallie se abre.

—¿Llevas mucho esperando? —pregunta cuando sale al tejado.

—Acabo de llegar.

Levanto el otro extremo de la manta para que se siente a mi lado. Lo hace, acercándose rápido antes de que la tape.

—¡Cómo brilla esta noche la luna! —dice mirando hacia arriba.

Tiene razón. Brilla tanto que puedo verle las pecas de la nariz y el gesto de sus labios mientras sonríe al cielo.

—¿Qué tal de niñera?

—Bueno… —suspira—. El mayor ha tenido una rabieta terrible a la hora de ir a dormir y al pequeño le están saliendo los dientes. Pero me han dado una propina extra por trabajar el día de mi cumpleaños, así que supongo que ha merecido la pena.

—Dentro de nada habrás ahorrado lo suficiente para ir a la universidad.

—Ojalá. Es cara, así que ya veremos.

—¿Ya sabes dónde quieres ir?

—No estoy segura. Pero a algún sitio lejos de casa. Me emociona vivir algún día la experiencia universitaria al completo.

—Ya. A mí también.

Se sienta más erguida.

—Tengo un par de cosas para ti. Primero —dice mientras me coloca la camiseta doblada en el regazo—, tengo que devolverte esto. Gracias por prestármela, pero me hará falta tu camiseta de local para cuando juegues fuera el fin de semana que viene.

—Te la paso en cuanto esté limpia.

Sus ojos están fijos en la camiseta que reposa en mi regazo.

—Nunca te he preguntado por qué fue ese el primer número que elegiste. Has sido el ochenta y tres desde que te conozco.

Suelto una risita.

—Bueno, tenía diez años cuando elegí mi número y no sabía cuál

escoger, así que me decidí por mi día favorito. Pensé que era tan guay elegir mi cumple. Ochenta y tres. El octavo mes y el tercer día. Tres de agosto. Y así se ha quedado desde entonces. Ahora no me imagino con otro número.

—Ingenioso —dice entre dientes.

—¿Y lo otro que tienes para mí?

Me mira sin inmutarse porque los dos sabemos lo que es.

Del bolsillo delantero de su sudadera, en realidad de la sudadera que me ha robado, Hallie saca una caja de CD con un solo disco plateado dentro.

—Hallie Hart —digo incrédulo cuando me lo pasa—. ¿Qué narices es esto?

—Lo sé, lo sé. Odio admitirlo, pero era la hora de cambiar. La mitad de las canciones que me hacían falta para la lista de reproducción de este año ni siquiera estaban en cintas, así que he tenido que grabar un CD. Incluso empieza a ser difícil encontrar CD.

—¡Vaya! —Meneo la cabeza y miro el disco que tengo en las manos —. Es el final de una era.

El CD está firmado como todas las cintas anteriores, con una «H» y el contorno de un corazón por su apellido, seguido del número quince. Su dibujo del corazón es el mismo de siempre, con un pequeño trazo que va un poco más allá de donde se supone que debería parar.

De manera instintiva, toco con el índice ese trocito adicional. La pequeña imperfección que me parece perfecta cada año que la veo.

Ella aparta mi mano, juguetona, y cubre toda la firma con la palma de la suya.

—Siempre haces eso. Cada año. Ya sé que dibujo el corazón de una forma rara.

Intento mover su mano para verlo, pero ella no cede.

—No creo que sea raro, Hal. Creo que es mi parte favorita.

Afloja la mano sobre la caja del CD y entonces, cuando muevo su mano, me deja. Me deja deslizar los dedos entre los suyos. Me deja pasar la yema del pulgar por su nudillo.

Levanto la vista para encontrarla mirándome con esos ojos brillantes.

—Nadie más dibuja corazones de esa forma, así que, cada vez que veo uno, sé que es tuyo. Por eso me gustan tanto.

Se le dulcifica la sonrisa.

—Feliz cumpleaños, Hal.

—Gracias —apenas susurra, así que se aclara la garganta y señala el CD con la cabeza—. ¿Lo escuchamos?

—Solo si me dices por qué cada una de estas canciones es importante para ti.

Sonríe todavía más.

—Siempre lo hago.

Se pone de pie primero y yo la sigo, lanzo la manta y la camiseta por mi ventana antes de cruzar el tejado hasta su habitación y cerrar la ventana una vez que estamos dentro los dos.

Hallie ya está en el armario, sacando la manta y la almohada que tenemos guardadas para cuando me quedo a pasar la noche.

—Te quedas a dormir —afirma antes de añadir—: ¿Vale?

Hace meses desde la última vez que pude hacerlo por culpa del tiempo invernal que impide que pueda escabullirme a su habitación y estoy desesperado por dormir una noche del tirón.

—¿Te parece bien?

Me lanza una mirada para recordarme que no tengo que pedirlo. Por lo general no pregunto. Suelo escabullirme hasta aquí y plantarme en el suelo junto a su cama las noches en las que no puedo dormir. Llevo años haciéndolo.

Me pongo cómodo en el suelo con mi cama improvisada mientras Hallie introduce el CD en el radiocasete.

—¿Qué pasa si se raya? —pregunto al recordar que era su preocupación principal al cambiar de formato.

Sostiene tres más, todos firmados con la H, el corazón y el número quince.

—He hecho copias de seguridad.

Me río por lo bajo mientras sube a la cama y se tumba en el extremo más cercano a mí, pero la risa se desvanece cuando empieza a sonar la primera canción.

—Me estás vacilando —exclamo.

Ahora es ella la que se ríe.

—¿Van a ser todas las canciones de *boy bands*?

—No quiero destripártelo. Tú escucha.

—Me decepcionas, Hal. Nueva norma para el año que viene. Se acabaron las *boy bands* —me quejo.

Se vuelve a reír antes de explicarme por qué esta canción le parece importante. Como cada año, describe qué ocurría cuando la estaba escuchando que le hizo querer rebobinarla y revivir el momento. Eso se repite con todo el CD y no, no me encantan las canciones que ha elegido, pero adoro escucharla mientras me cuenta los momentos más importantes que ha vivido este año.

Escuchamos en la oscuridad, tumbados, en cierto modo, uno al lado del otro, ella en su cama y yo en el suelo, cuando empieza a sonar la última canción.

La reconozco al instante. No es muy difícil porque la he escuchado hoy. Es la misma canción que en la *pick-up*.

Hallie rueda para tumbarse sobre la tripa y poder mirarme.

—Esta ha sido un añadido de última hora —admite en voz baja.

—¿Y qué ocurría que fuera tan importante cuando la escuchabas?

Ya sé la respuesta, pero quiero oírselo decir a ella.

Me sonríe con dulzura.

—Ha sido la primera vez en la que me he dado cuenta de que podrías sentir por mí lo mismo que yo siento por ti.

Puede que sea su cumpleaños, pero, lo juro, con esa sola frase ha hecho realidad todos mis deseos.

13
Rio

Por la ventana del salón, veo cómo Frank aparca el coche de Hallie en la calle, enfrente de la casa de al lado. Cierra la puerta con la llave, que deja en el buzón, y se sube al asiento del copiloto de otro coche que lo ha seguido hasta aquí.

Lo saludo con la mano mientras se van.

Frank ha sido mi mecánico desde que me mudé a Chicago. Todo el mundo debería tener un buen mecánico entre sus contactos y Frank es el mejor. No solo porque es justo y honrado, sino también porque cuando lo llamé temprano esta mañana, incluso siendo sábado, estuvo dispuesto a remolcar el coche de Hallie hasta su taller para echarle un vistazo.

Sí, seguro que se cabrea porque me he encargado yo, pero que le den.

Puede enfadarse todo lo que quiera, pero necesita un coche que funcione.

Hallie no fue nunca tan orgullosa en lo que respecta al dinero. Esto es algo nuevo. Cuando éramos más jóvenes, ambos éramos conscientes de que iba a haber diferencias salariales por las carreras que habíamos elegido. Pero no creo que esta nueva visión que tiene del dinero sea por hacerse la mártir. Sinceramente creo que, si cualquier otra persona le ofreciera ayuda, podría llegar a aceptarla.

Pero ¿si la oferta es mía? Es toda rabia.

Rabia hacia mí porque su vida ha sido más dura de lo que se suponía que iba a ser, más dura de lo que le dije que sería. Rabia por tener dos empleos y trabajar un montón de horas para llegar a fin de mes porque la dejé y no la llevé conmigo, aunque le prometí que lo haría.

La otra noche conduje durante otra hora antes de llevar a Hallie a casa y, cuando por fin me metí en la cama, no dormí demasiado. Esto no es ninguna novedad, pero las horas que pasé tumbado despierto también me llevaron a una dura conclusión. Solo me he

centrado en mi rabia hacia ella, nunca me he parado a pensar por qué ella podría sentir lo mismo hacia mí.

No estoy seguro de si estará en casa esta noche. No estoy seguro de si le ha tocado currar en el bar ni de si Wren la habrá acercado hasta allí. La mayor parte de mi ser quiere ir hasta la puerta de al lado y ofrecerse a llevarla o dejarle las llaves de mi *pick-up* si prefiere conducir ella misma, pero todavía hay una pequeña parte de mí que espera mantener las distancias, impedir que nos compliquemos o vinculemos demasiado.

Esa parte de mí también sabe que es una causa perdida.

Cansado de pensar en la chica de al lado, cojo el mando a distancia de la mesita y, en cuanto me dispongo a tirarme en el sofá y pasar el resto de la noche viendo la televisión sin parar, suena el timbre. ¡Qué raro! Porque es sábado por la noche y la mayoría de mis compañeros de equipo van a salir otra vez y mis otros ocho amigos tienen una cita en un restaurante con tres estrellas Michelin del centro en el que es imposible conseguir mesa sin haber reservado hace un año.

No. No han sido ni el capitán del equipo de hockey de nuestra ciudad ni el mejor base de la NBA los que han conseguido esta reserva exclusiva. Tampoco ha sido el lanzador estrella recién retirado de los Windy City Warriors ni su hermano ligón, el campocorto. Ha sido Miller la que ha conseguido mesa sin una reserva porque el jefe de cocina del restaurante quiere que ella colabore en su nuevo menú de postres y con este gesto pretende sobornarla para que acepte.

Con lo entusiasmada que está Miller por la cena, diría que ha funcionado.

Por descontado, me invitaron a unirme cuando hicieron el plan, aunque no me apetecía volver a ser el sujetavelas. En una cena familiar es diferente, pero ¿en una cita en toda regla en la que yo soy el único soltero? Me alegro de no haberme apuntado.

Por lo visto, no soy suficientemente rápido al abrir la puerta. Cuando me acerco a la entrada, ya están abriéndola y girando la manilla.

Una vez que se abre la puerta, veo demasiada gente en el porche

delantero.

Indy muestra orgullosa las llaves de mi casa. Ryan, Zee, Stevie, Kai, Miller, Isaiah y Kennedy entran en piña a la casa, arrastrando a los críos. Mis amigos van de punta en blanco. Sus niños están en pijama.

—Te voy a revocar el privilegio de tener la llave de casa —le digo a Indy.

Sacude la mano mientras pasa a mi lado.

—No, no lo harás. Nos adoras.

—¿Qué pasa? —Cierro la puerta y sigo al grupo hasta el salón.

—Nos hemos quedado sin niñera —explica Miller, lo que, de hecho, no explica nada en absoluto.

Taylor Zanders camina despacio hacia mí y yo la levanto y me la apoyo en la cadera.

—Sigo sin saber qué hacéis aquí. ¿No se supone que ibais al centro a cenar?

Los otros críos —Iverson Shay y su hermana, Navy, además de Max Rhodes, se suben al sofá y se ponen cómodos frente al televisor. Kai sujeta a su bebé, Emmy, que duerme contra su pecho.

La sonrisa de Indy me dice a voces que está a punto de hacerme chantaje emocional.

—¿Sabes que eres mi mejor amigo y que estás enamorado de mi marido y que harías cualquier cosa por él y que a mí me parece superbién este enamoramiento platónico?

—Está claro que no es platónico —replico burlón mientras miro a Ryan—. Y no sé, empieza a perder su atractivo.

Este suelta una risita.

—Necesitamos que cuides a los niños, Rio.

—¿Te han obligado a preguntar a ti porque pensaban que eras el que más probabilidades tendría de convencerme?

Se encoge de hombros sin negarlo, lo que me confirma que tengo razón.

—Un momento. —Levanto las cejas de golpe—. ¿Queréis que me encargue de los cinco? ¿A la vez?

—De Emmy no —añade Miller—. Nos la podemos llevar con nosotros.

Quiero creer que se me dan bien los niños, en particular estos. Pero ¿cuidar de cuatro a la vez? Ni de coña se me dan tan bien.

Miro a mis amigos para confirmar que se trata de algún tipo de broma que me quieren gastar, pero es obvio que no.

Miller me ruega con enormes ojos suplicantes, que intentan recordarme lo difícil que es conseguir esa reserva.

Kai la señala con la cabeza mientras me mira, como diciendo: «Por favor, tío, no defraudes a mi mujer».

Antes de seguir la fila, sabiendo que me sentiré aún más culpable, muevo la cabeza de un lado a otro.

—Me parece poner en peligro a los niños. De ninguna manera.

Stevie me corta.

—En una hora estarán dormidos, ya llevan el pijama y a las nueve estaremos de vuelta. Solo tienes que poner una peli y pasar el rato hasta que volvamos.

Kai sigue haciendo campaña para conseguir que su mujer vaya a esa cena.

—Querían estar con el tío Rio una última vez antes de que tu casa se convierta en una zona de obras en toda regla. A que sí, ¿bichito?

Miro a Max.

—¿Tienes la de *Spider-Man*? —pregunta desde el sofá.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, Maxie. Aquí no tengo nada divertido. Solo verduras y programas de televisión aburridos de esos que les gustan a los adultos. No hay juguetes. No hay chuches. No hay diversión.

Suelta una risita nerviosa y alborotada porque se ha pasado toda su vida rodeado de adultos y ya entiende qué es el sarcasmo con solo cuatro años.

—¡No! ¡Vamos a ver *Spider-Man*!

Isaiah está de pie detrás de Kennedy, le rodea los hombros con los brazos y ella apoya la cabeza en su pecho.

—Confiamos en ti, Rio. Puedes hacerlo.

Frunzo el ceño, mirándolos.

—Vosotros dos ni siquiera tenéis hijos. Sois asquerosamente ricos y podéis hacer lo que queráis cuando queráis. ¿Por qué os unís a este chantaje emocional?

Isaiah se encoge de hombros.

—No quería sentirme excluido.

Kennedy se ríe entre dientes.

—Y esta cena significa mucho para Miller.

—Tay —se dirige Zanders a su hija, aún en mi cadera—. ¿Tú qué opinas? ¿Crees que el tío Rio es capaz de hacer esto?

Taylor asiente con entusiasmo antes de apoyar la cabeza en mi hombro, acurrucarse y abrazarme el cuello.

De inmediato cierro los ojos, derrotado.

«Maldita sea. Estos críos…».

Cuando los abro de nuevo, veo a mis amigos sonreír como bobos porque saben que Tay me ha convencido. Saben que haría cualquier cosa por estos niños y sus padres, y saben que estoy a punto de pasarme la noche de sábado libre viendo *Bluey* o alguna otra basura del estilo y comiendo kilos y kilos de galletitas saladas.

—De acuerdo —acabo cediendo—. Pero los voy a atiborrar tanto de azúcar antes de que vengáis a recogerlos que esta noche ninguno de vosotros podrá pegar ojo. Y, Miller, me debes tantos postres caseros que no te haces ni idea. Es más, quiero que uno de los que aparezca en el menú lleve mi nombre. Algo que le guste a todo el mundo y que tenga buena presencia. Un postre italiano, obvio.

—Obvio. —Sonríe de oreja a oreja, emocionada—. ¡Gracias! ¡Gracias!

Los ocho se mueven con rapidez, intentando salir por la puerta antes de que cambie de opinión.

Stevie suelta una bolsa en la isla de la cocina y me explica deprisa todos los trastos que ha traído por si los niños los necesitan. Libros. Peluches. Algo para picar, incluidos unos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada sin corteza que me voy a zampar yo.

Les dan un beso de despedida a los niños y Zanders pone una peli en la tele.

Kai se para en la puerta y se vuelve hacia nosotros.

—Max, eres el mayor. Estás al mando. Vigila por nosotros al tío Rio.

Él se ríe desde el sofá mientras que yo le hago a escondidas una peineta a su padre.

—Ahora en serio, Rio. Gracias por cuidarlos —dice—. Mills ha

estado trabajando a destajo entre las dos pastelerías y lleva todo el mes esperando esta noche con ganas. Me habría dado mucha rabia que se la perdiera.

—¡Olvídalo! Sabes que haría cualquier cosa por vosotros, chicos —digo quitándole importancia.

—Y nosotros haríamos lo mismo por ti. —Da un golpecito en el marco de la puerta mientras sale.

Indy es la última en salir y Ryan la espera en el porche, pero la paro antes de que llegue a la puerta.

—Indy, sé sincera, ¿de verdad crees que es buena idea?

—¿Buena? —Mueve la cabeza de un lado al otro, pensativa.

—¡Mira! Es un peligro para los niños. Solo tengo dos manos.

—¿En serio estás tan preocupado por esto? Ya has cuidado antes de los dos míos y no te dejaríamos a los críos si nosotros estuviéramos intranquilos. Lo harás genial. Todos te adoran.

—Cuatro, Indy. Son cuatro.

Esboza una sonrisa de complicidad.

—Siempre podrías… —Se encoge de hombros—. No sé, ¿pedir ayuda? Se comenta que tienes una nueva vecina. ¿Puede que se le den bien los niños?

14
Hallie

—¡Mírate! —Silbo cuando Wren se une a mí en la cocina, con un precioso conjunto, maquillada y peinada. Un gran contraste con el look de estudiante atareada que me suelo encontrar por la casa—. ¿Tienes una cita?

—¡Por Dios, no! He quedado con mi hermano. Su equipo está en la ciudad porque juegan contra los Devils mañana, así que vamos a cenar con uno de sus compañeros.

Echa un vistazo al tazón que tengo en la mano.

—Anoche hice pasta. Puedes comerte lo que sobró.

Estoy sentada en la isla de la cocina con mi tazón de cereales, cuchara y todo.

—Estoy bien.

—Hallie, se te acabó la leche ayer y te vas a comer eso a palo seco. Por no mencionar que es la hora de cenar. Por favor, ¡cómete mi comida para que no tenga que ver cómo intentas tragarte esos cereales secorros!

Y eso es exactamente lo que hago, intento tragar algo que parece serrín.

—Tengo que ir a hacer la compra.

«Una vez haya pagado el arreglo del coche», me recuerdo.

Mete el móvil en el bolso.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una cabezona, Hallie Hart?

—Prefiero el término «resuelta».

He pasado por situaciones mucho peores en los últimos años, yo sola, así que esta mala racha económica no es nada en comparación.

Wren suelta una carcajada.

—Sí, seguro que prefieres el término «resuelta», pero esas sobras se van a echar a perder, así que, por favor, comételas. Eres mi amiga. Lo mío es tuyo.

Al pensar en pasta calentita y cremosa se me hace la boca agua,

algo necesario en realidad porque Wren tenía razón sobre lo secos que están estos cereales. Además, su ayuda me parece menos condescendiente que la limosna que me ofreció Rio anoche.

Apoya los codos en la isla, frente a mí.

—Me parece como si no te hubiera visto en semanas. ¿Qué tal estás? ¿Qué tal va el proyecto de la casa de Rio?

—Va tirando. Estoy trabajando en los conceptos generales del diseño y, una vez que se aprueben, empezarán las obras.

—¿Sabes que no me puedo creer que tengáis tanta historia en común juntos? Las madres y amas de casa de esta calle se volverían locas con esta información. A todas les encanta Rio.

Pongo los ojos en blanco y murmuro:

—Seguro, no lo dudo.

—Celosa —se burla.

—Ni lo más mínimo. Somos… amigos.

Se echa a reír.

—¿Crees que puedes ser amiga de ese hombre? Me despierto en medio de la noche para beber agua y lo pillo acercándote a casa. Veo cómo te mira. ¿Amigos? Y una mierda.

Vuelvo a centrarme en los cereales.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

Dice algo entre dientes con toda la intención.

—¿Y tú qué, Wilder? —pregunto cambiando de tema—. ¿Estás viendo a alguien?

—Qué va. —Agita la mano para negar—. No tiene mucho sentido, ya que me mudaré dentro de nada.

—¿Has llegado a tener alguna cita en Chicago?

—Alguna que otra. Tuve un rollete el año pasado, pero creo que nunca me he involucrado del todo emocionalmente porque siempre he sabido que me acabaría mudando.

—Y en casa, ¿hay alguien allí?

Empieza a esbozar una sonrisa, pero se lleva la botella de agua a los labios para ocultarlo.

—¡Sí que hay alguien! —afirmo.

—No, no es eso. Solo es que tengo ganas de volver a casa. Este año han traspasado a Cruz a nuestro equipo local de la NBA y

también a su mejor amigo de la infancia. Así que sí, tengo ganas de ir a casa.

No hace contacto visual cuando lo dice, pero veo una chispita en sus ojos cuando menciona al amigo de Cruz.

—Y ese nuevo compañero de equipo es… ¿el mismo compañero con el que vais a cenar esta noche?

Me echa una miradita.

—Si vas a seguir hablando del mejor amigo de mi hermano, te voy a seguir presionando sobre nuestro vecino.

—Eso es un sí. No me extraña que estés tan guapa. ¿Sabe Cruz que sientes algo por su amigo?

—No es eso. Hace mucho que no nos vemos porque él ha estado jugando en un equipo diferente al de Cruz y yo me he ido a la universidad. Casi no nos conocemos como adultos.

—Mmm… —murmuro—. Interesante.

—No hay nada de interés. Olvídate de lo que he dicho. Voy a llegar tarde.

Se mueve nerviosa, coge el bolso y las llaves del coche.

—Te veo después de la cena.

Ya ha salido por la puerta antes de que la pueda acosar con más preguntas.

A causa del ruido que hacen mis tripas, me apresuro a encontrar las sobras de pasta en la nevera y, después de calentarlas en el microondas, me pongo cómoda en el sofá con una manta sobre las piernas y la cena en el regazo.

El teléfono suena en cuanto doy el primer bocado.

El hambre voraz desaparece cuando se me revuelve el estómago al ver el nombre de mi padre aparecer en la pantalla del móvil.

Es ese típico ataque de ansiedad que me entra cuando veo que me llama. En un instante se me pasan por la cabeza las peores situaciones posibles. Estoy tan acostumbrada a recibir malas noticias cuando se trata de él que ahora forma parte de mi carácter ponerme en lo peor.

Seguro que a cualquier otra persona le parecería una exageración, pero para mí, la persona que se ha ocupado de él los últimos seis años, que lo ha acompañado en sus peores días, es la forma de

prepararme mentalmente. Me ha pillado desprevenida tantas veces que he aprendido a prepararme cada vez que él, Luke o los médicos me llaman.

—¿Qué ocurre? —Es lo primero que digo cuando respondo al teléfono.

—¿No puede un padre saludar a su hija favorita?

A medida que la ansiedad se desvanece, exhalo profundamente y dejo caer los hombros, que estaban rígidos a la altura de las orejas.

—Hola, papá. —Cierro los ojos aliviada y me vuelvo a centrar—. ¿Qué haces?

—Estoy cenando.

—Yo también. ¿Quieres que cenemos juntos?

—Me encantaría.

Retiro el móvil de la oreja y le hago una videollamada. En cuanto aparece su cara en la pantalla aprovecho para analizar su estado.

Tiene buen color. Por su cara diría que ha engordado algo en comparación con otras veces. En general parece… sano.

Me muestra una sonrisa tan radiante que no puedo evitar devolvérsela.

—¿Qué estás comiendo? —pregunto mientras apoyo el móvil en la mesita de centro, usando la botella de agua para sostenerlo.

Él está en su querida butaca de piel.

—Pollo a la plancha y judías verdes. —Se acerca el móvil a la cara y comprueba el táper que tengo en el regazo—. Pero preferiría lo que sea que estés comiendo.

—Tallarines con mantequilla y parmesano.

Suelta un quejido echando la cabeza hacia atrás.

Me río.

—¿Ha cocinado Sarah esta noche?

Mi padre echa un vistazo a la habitación y luego baja la voz.

—Sí, así es. Adoro a esa chica, pero te juro que, si sigue negándose a echarme sal, voy a tener que sobornar a mi nieto para que lo haga.

Sarah es la mujer de Luke. Es dulce, una madre fantástica para mi sobrino y una pareja maravillosa para mi hermano. También es uno de los grandes motivos por los que Luke se ofreció el año pasado a

volver a Minesota y cuidar de mi padre.

Unos años después del diagnóstico de mi padre, supliqué ayuda a Luke. En aquel momento se negó porque quería centrar su tiempo y dinero en su nueva familia.

Por muy sola que me hiciera sentir, lo entendí. Se acababa de casar, estaba esperando su primer hijo y había seguido con su vida. Cuando recibíamos malas noticias sobre mi padre, le afectaban de forma diferente. Tenía su propia familia y una red de apoyo emocional cuando la necesitaba.

Empezó a florecer la envidia y deseaba tener lo mismo. Casi había llegado al límite del resentimiento cuando Sarah me llamó hace un año y me contó que había convencido a Luke para que se mudaran de nuevo a Minesota para echar una mano. Quería que su hijo conociera a su abuelo y que yo tuviera la oportunidad de seguir mis sueños y vivir mi propia vida.

Y por eso, después de todo este tiempo, estoy en una ciudad en la que yo quiero vivir y haciendo la carrera profesional que yo he elegido. Mi hermano y su familia se mudaron a nuestro estado natal y compraron una casa con una habitación para mi padre. Yo no habría tenido la oportunidad de hacer lo que quiero hacer ahora mismo si no fuera por Sarah y Luke.

—¿Qué tal estás? —pregunto.

—Bien. Muy bien. No te preocupes por mí, cariño. Ya no es tu responsabilidad.

—Siempre va a ser mi responsabilidad, papá.

Esboza una dulce sonrisa, en la que detecto una disculpa.

—¿Y tú qué tal, pequeña Hallie?

Tan solo asiento. Porque decirle «Sobrevivo, pero no estoy para tirar cohetes» solo lo preocuparía.

—¿Qué tal en el estudio? ¿Ese diseñador tan elegante te paga suficiente?

Me río, sin contarle toda la verdad.

—Sí, papá. Paga bien.

Mi familia no sabe que tengo dos empleos. Creen que me he mudado con Wren porque hicimos buenas migas en verano y no porque también me ofreció un alquiler barato. No tienen ni idea de

lo justa que voy de dinero o de que mi coche no se puede ni utilizar en estos momentos. No me gusta mentirles, pero si supieran la verdad, preguntarían por qué tengo problemas económicos si Tyler Braden Interiors paga bien, y ni de broma les voy a contar nada sobre la deuda.

Mi padre y yo seguimos poniéndonos al día mientras comemos juntos por videollamada. Así es justo como quiero pasar mi noche de sábado libre. Sí, estoy agradecida por tener la oportunidad de vivir mi propia vida, pero eso no significa que no lo eche de menos. Estuve a su lado cada día de los últimos seis años.

Y por eso no me imagino mudándome más allá de Chicago. Aunque esté lejos de él, por lo menos está a una distancia asequible en coche.

Estoy a punto de dar un bocado cuando aparece un mensaje en la pantalla.

Rio: *¿Alguna posibilidad de que estés en casa y te pueda sobornar para que vengas?*

—¿Y esa cara? —pregunta mi padre.

Muevo la cabeza y cambio la expresión.

—Acabo de recibir un mensaje que me ha pillado por sorpresa.

—¿De alguien que conozca?

—Sí —continúo—. De Rio.

—¿Cómo van las cosas con él?

—No lo sé. Intentamos ser amigos.

—Me alegra oírlo. ¿Sabes?, nunca entendí por qué tuvisteis aquella pelea vosotros dos.

—Papá. —Mi tono no cambia porque él sabe tan bien como yo por qué tuvimos aquella «pelea»—. Tú más que nadie sabes lo duro que fueron aquellos años. Eligió no estar cerca.

—Hallie, él no sabía nada.

La verdad flota en el aire cuando no tengo ningún argumento para rebatirlo.

Nos quedamos en silencio un instante antes de que mi padre prosiga:

—Ya sé que desconozco los detalles de vuestra relación, ya que la mayor parte la mantuvisteis en secreto, pero en aquel entonces os

estaban sucediendo cosas graves. Cosas que no tendrías que haber vivido con diecinueve años. Y no me gustaría pensar que las decisiones de otras personas son el motivo por el que perdisteis el contacto.

—No fue solo por otras personas. También fue por nosotros dos.

—Bueno, puede que no quieras escuchar esto, pero siempre me ha gustado Rio y me alegro de que os hayáis reencontrado, incluso aunque sea solo como amigos.

Aparece otro texto en la pantalla, seguido de varios más.

Rio: *Trato de superarme y pensaba que esto era mejor que el «Ey» del otro día. Estoy abierto a cualquier sugerencia que me consiga una respuesta.*

Rio: *Igual trabajas esta noche. Si es así, ignórame.*

Rio: *En realidad, no. Estoy demasiado necesitado.*

Rio: *Si sueno desesperado porque me respondas es porque lo estoy.*

—Y ella está reprimiendo una sonrisa, señores —anuncia mi padre.

Pongo los ojos en blanco.

—Tengo que irme.

—Saluda a Rio de mi parte. Te quiero, pequeña Hallie.

—Yo también te quiero, papá.

Salgo de la llamada y abro los mensajes de texto.

Yo: *¿De qué tipo de soborno estamos hablando?*

Rio: *Ofrecer sobornos funciona para que una chica guapa me responda. Me lo apunto.*

Yo: *Deja de ligar y dime qué es lo que me ofreces, DeLuca.*

Rio: Latte *casero a domicilio toda la semana si vienes y me ayudas a hacer de niñero esta noche.*

Yo: *¿Tú, de niñero? ¿Como si fueras el adulto de la situación?*

Rio: *¡Ya te digo! Cuatro críos, Hal. Parece peligroso. Te necesito.*

Procuro no pensar mucho esa última frase ni acordarme de todos aquellos momentos íntimos en los que me había dicho eso mismo antes.

Rio: *Ven, por favor. Tienes muchísima más experiencia que yo como niñera.*

Aunque mi instinto grita que le diga que se las arregle solito, no

puedo.

No quiero.

Yo: *Que sea un mes de* lattes *a domicilio y trato hecho.*

Rio: *Hecho. La puerta delantera está abierta. Pasa sin llamar.*

Sí, sé que es una mala idea. Debería no querer tener nada que ver con él y, aun así, por algún motivo, me doy prisa en levantarme del sofá y salir pitando por la puerta antes de que pueda entrar en razón, antes de que pueda darle vueltas al hecho de que va a ser la primera vez que pasemos el rato juntos de verdad sin que sea por algo relacionado con el trabajo.

Pero, en cuanto salgo, me freno en seco, congelada en el porche delantero porque justo ahí en la calle hay un coche.

Mi coche.

No me he ocupado del coche hoy porque, para ser sincera, no sabía qué iba a hacer. Quería un día de relajación tras una semana de trabajo intenso y hacer como si no tuviera responsabilidades de las que ocuparme. Tenía pensado solucionarlo mañana.

¿Cómo narices han podido abrirlo? La única llave está en mi llavero.

Saco el llavero para confirmarlo y me encuentro la anilla sin la llave del coche. Y entonces me doy cuenta. Rio me la robó mientras dormía en su *pick-up* anoche, ¿verdad?

Mi primera reacción es de alivio, pero le sigue rápidamente la vergüenza porque esta situación solo es un recordatorio de que Rio tiene suficiente dinero como para solucionar cualquier problema que pueda surgir mientras que yo a duras penas tengo para hacer la compra.

No me malinterpretes, si fuera cualquier otra persona, sin toda nuestra historia en medio, aceptaría encantada su ayuda. Pero, con Rio, me parece triste. Como si al irse él, yo no hubiera sido capaz de arreglármelas por mi cuenta, así que ahora quiere ayudar porque se siente mal.

Cruzo el césped, ensayo lo que voy a decir exactamente, pero en cuanto abro su puerta me olvido de todo el discurso.

Me recibe el gemido de un llanto junto con el chirrido de una carcajada y el sonido inconfundible de algo pasando por la textura

de una pared. Adelante y atrás. Adelante y atrás.

—Vale, Navy —oigo a Rio decir en voz bajita—. No vamos a ver eso.

—¡Hala! Me gusta —oigo a un niño gritar con emoción—. ¿Puedo usar ese color?

Entro con cautela en el salón.

Rio acuna a una niña en brazos mientras ella llora sobre su hombro, pero en el sofá un niño que parece más o menos de la misma edad está dormido como un tronco. Miro hacia la esquina de la habitación y luego al suelo para descubrir a otros dos pequeños, una niña de pelo rizado y un niño con brillantes ojos azules, los dos entusiasmados y pintando toda la pared blanca con ceras de colores.

—¿Qué está pasando?

Rio se vuelve hacia mí y, en cuanto sus ojos se encuentran con los míos, se cierran de alivio.

—Gracias a Dios, estás aquí. Todo iba bien. Se estaban portando bien, pero entonces Max puso una peli y a Navy le daba demasiado miedo y por eso está llorando, y luego esos dos querían pintar, pero no tenía papel, así que me pareció que, si de todas formas estás a punto de pintar la pared, ¿verdad?, por qué no utilizarla como lienzo. Y, no sé cómo, Iverson ha logrado seguir durmiendo todo este rato. Qué bendito.

Asiento despacio.

—Seguro que a sus padres les va a encantar que hayan aprendido a pintar en las paredes en tu casa.

—Soy el tío divertido, Hal. Ya sabían en lo que se metían cuando me los dejaron aquí.

Me río entre dientes y la niña que está en brazos, Navy, creo que se llama, deja de llorar el tiempo suficiente como para preguntar:

—¿Quién es?

—Es mi amiga, Hallie —dice Rio.

Le sonrío.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

La otra chica con el pelo rizado y los ojos castaños interrumpe:

—Es Navy. Es mi prima.

—Ah. Vale. Encantada de conocerte, Navy. —Me centro en la otra

niña—. Y tú ¿cómo te llamas?

—Soy Taylor. El pequeño Iverson también es mi primo. Aunque Max no es mi primo. Es mi mejor amigo. Me gusta tu ropa. ¿También vives en esta casa?

Contengo la risa.

—Esta no es mi casa, pero vivo al lado.

—Taylor es la hija de Zee y Stevie —explica Rio—. Ha heredado el carácter extrovertido de su padre, por si no te habías dado cuenta. —Coloca a Navy en el sofá—. Hallie va a pasar esta noche con nosotros, ¿vale?

Los dos mayores, Taylor y Max, asienten, pero Navy simplemente se queda sentada en el sofá hasta que por fin me sonríe.

—¿Y si en lugar de pintar probamos otra vez con una peli? —sugiero—. ¿Os gustan las palomitas? Seguro que el tío Rio tiene palomitas.

—*¡Spider-Man!* —grita Max.

Navy se pone a llorar otra vez.

—¡Hala! —suspira Rio—. Navy, eres la digna hija de tu madre. Max, nada de *Spider-Man*. Ya la ha asustado una vez.

—¡Ariel! —suplica Taylor mientras ella y Max se unen a los otros dos del sofá.

—Ni hablar, Tay. —Rio frunce las cejas—. Te hago *spoiler*, pero regala su voz porque creía que un tío *random* estaba bueno. Aquí somos mujeres fuertes e independientes. Las únicas películas de princesas que vamos a ver son las de las que ya se han dado cuenta de que no necesitan a un hombre.

Esta vez no puedo contener la risa, lo que provoca que Rio se vuelva hacia mí con una sonrisa.

—¿*Vaiana*? —sugiere Max.

Las chicas no discrepan.

—Que sea *Vaiana*, entonces. —Rio se apresura a encontrar la peli en la tele, tapar a los niños con mantas y apagar las luces en cuanto empieza la primera escena—. Vamos a hacer palomitas. Por favor, por el amor de Dios, sed buenos.

Desliza su mano en la mía y me arrastra hasta la cocina. Ahora parece algo natural volver a sostener su mano, pero no debería

después de tanto tiempo, así que en cuanto entramos en la cocina quito la mía con suavidad.

Rio se mete en la despensa y sale con dos paquetes de palomitas. Me reúno con él frente al microondas.

—Mi coche está aparcado fuera.

—Ah ¿sí? —No me mira mientras abre el paquete.

—Rio, no puedes…

—No le he pagado, si es lo que vas a decir. Frank, mi mecánico, es un gran forofo del hockey. Le expliqué lo que ocurría y le regalé entradas para toda la familia para nuestro próximo partido en casa a cambio de que pusiera en marcha tu coche. Te dejó la llave en el buzón.

Eso hace que me interrumpa.

—Pero solo es una solución a corto plazo. Dijo que no cree que le queden muchos kilómetros más. Quizá te venga bien empezar a buscar algo pronto.

Ya sabía eso, así que la confirmación no me coge por sorpresa ni entro en pánico. Es una situación de mierda, pero es la que es. Ya sabía, cuando vendí mi coche hace unos años para conseguir algo de dinero rápido y empecé a conducir el viejo coche de mi padre, que solo era cuestión de tiempo que tuviera que reemplazarlo.

—Gracias —digo de corazón—. No sabía qué iba a hacer, así que gracias.

Levanta la mirada hacia mí, con la misma dulzura en la sonrisa que en los ojos.

—Cualquier cosa por ti, Hal.

Señalo a los niños con la cabeza.

—Y entonces ¿cómo has acabado cuidando a cuatro niños un sábado por la noche?

Me explica de quién es cada niño de su grupo de amigos y que sus madres son las mismas que conocí en su casa. Me cuenta lo de la reserva de esa noche y que su niñera habitual no había podido ir.

—¿No te invitaron a acompañarlos? —pregunto.

—Sí. Siempre lo hacen. Siempre me incluyen, pero hay ocasiones, sin importar cuánto me involucren en sus planes, que es obvio que soy el sujetavelas.

—¿Te lo hacen pasar mal por eso?

—No —responde con rapidez mientras niega con la cabeza—. No, por supuesto que no. Es una cosa mía. A veces simplemente me aburro de ser el amigo soltero. No hace falta que los acompañe en su noche romántica.

Se enciende una chispa de interés, aunque no debería importarme que acabe de admitir que está soltero.

—Así que… —Procuro que mi tono siga siendo desinteresado, indiferente, casual—. ¿No has tenido citas?

Y por lo visto soy masoquista, porque le estoy pidiendo que me haga daño hablándome de las mujeres que vinieron tras de mí.

Rio me observa por el rabillo del ojo mientras enciende el microondas, enarca una ceja y capta mi atención sin decir nada. O quizá solo esté preguntando si de verdad quiero saber la respuesta. Pero ahora no me puedo echar atrás sin parecer triste y patética, la chica que consiguió olvidarse de quien no ha sabido hacer lo mismo.

—Es una pregunta inocente. —Levanto las manos—. Ahora somos amigos, ¿verdad? Los amigos se preguntan ese tipo de cosas.

Se vuelve, se pone de cara a mí con los brazos cruzados en el pecho y es entonces cuando me percato de lo cerca que estamos el uno del otro. Su rodilla choca contra la mía cuando desplaza su peso y sus pies con calcetines se deslizan contra el arco de mi pie.

—He tenido citas, pero no estoy quedando con nadie en particular —explica—. En realidad, he tenido un montón de citas. Pero nada duradero. Nada serio desde…

«Lo nuestro».

Ninguno tiene que acabar la frase para saber lo que estaba a punto de decir.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros cuando nos damos cuenta.

—Hallie, no te voy a mentir. Me he pasado gran parte de los últimos seis años intentando demostrarme que existe. El amor o las almas gemelas o lo que sea que solía creer. Pero después de ser testigo de cómo todo se fue a pique entre mis padres y luego —me mira— lo que nos pasó a nosotros…

Sus ojos verdes buscan mi rostro, con la esperanza de hacerme

entenderlo.

Claro que puede que él haya intentado demostrarse a sí mismo todos estos años que el amor verdadero existe, pero yo he estado haciendo justo lo contrario. No he tenido citas. Ni siquiera las he buscado y, sí, en gran medida porque he estado ocupada cuidando de mi padre, pero también hay una parte de mí que sabía que no sería capaz de reproducir lo que tuvimos, así que ¿qué sentido tendría siquiera intentarlo?

—Lo siento. —Sacude la cabeza, trata de que salgamos de ese momento—. No pretendo que nos pongamos serios.

—Fue real —admito con rapidez—. Para mí al menos. Fue real. Así es como sé que existe.

Observo mientras las palabras calan en él.

—Sí —dice con un suspiro—. Para mí también fue real. Hal.

No rompemos el contacto visual y todo lo que nos decimos lo hacemos con la mirada.

Por fin se aclara la garganta:

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo han sido estos seis últimos años?

Bueno, ni de coña voy a admitir que no he tenido ni una sola cita en estos años. No después de su confesión.

—Ajetreados —digo sin más.

Ambos sabemos que no pregunta por eso, así que toma un camino más directo.

—¿Te estás viendo con alguien ahora? ¿Qué hay de ese tío del partido del otro día?

El microondas suena y me parece la escapatoria perfecta para esta conversación. Vacío la bolsa de palomitas en un cuenco grande.

—¿Hallie?

—¿Has oído? —pregunto—. Creo que los niños necesitan algo.

Estoy a punto de salir de la cocina cuando dice:

—Pensaba que eso es lo que hacían los amigos. Este tipo de preguntas.

No me detengo.

—¡Hallie Hart! —llama a mi espalda.

—Chsss. —Pongo el índice en los labios—. Están viendo una peli.

—Vas a hacer que me suba la tensión, mujer. ¿Cuánto tiempo me

vas a hacer mortificarme con esa pregunta antes de que por fin me respondas?

Me encojo de hombros, dejando que lo medite. Si Rio estuviera pensando con claridad, se daría cuenta de que no tengo tiempo en la agenda como para ver a alguien, pero me gusta lo nervioso que se pone con la posibilidad de que así fuera.

Me siento en el único hueco vacío del sofá, entre Navy y su hermano dormido, y le paso a Taylor el cuenco de palomitas. Lo sostiene en el regazo mientras los otros dos van metiendo distraídos la mano en el cuenco, los tres con la vista fija en el televisor.

Un instante después, Navy se estira y toma mi mano entre la suya.

Me río para mis adentros, acordándome de cómo Indy me ha abrazado en cuanto la he conocido. Rio tenía razón. Navy y su madre están cortadas por el mismo patrón.

Rio se une unos minutos después, con otro cuenco de palomitas para todos en una mano y una taza para mí en la otra.

—Este es el primero del mes de *lattes* que te debo. El lunes me marcho y estaré de viaje la mayor parte del mes, pero te lo compensaré en cuanto vuelva.

Bajo la mirada hacia la masa de espuma que hay en la parte superior y se me dibuja una sonrisa en los labios.

—Un diseño impresionante.

—Era la vista de perfil de un lobo ártico. Con proporciones perfectas. Luego le he dado un sorbo y lo he estropeado, pero antes de eso era perfecto. Créeme.

Le doy yo un sorbo, colocando los labios justo donde deduzco que ha puesto él los suyos. Es el mismo *latte* que me preparó ayer. Vainilla y leche de almendra.

—Gracias.

—Anoche, ya te dormiste encima de mí una vez. Ahora necesito mantenerte despierta para que me hagas compañía.

Coloca el cuenco de palomitas en mis piernas antes de coger a Iverson, que duerme junto a mí, y recolocarlo en su regazo para que él se pueda sentar en el sofá directamente a mi lado.

Hay espacio suficiente en el otro lado y se podría mover un poco, pero no lo hace. Se queda cerca.

Su muslo presiona el mío. Su hombro está alineado con el mío. O así es hasta que levanta el brazo y rodea con él el respaldo por donde yo me siento, básicamente rodeándome a mí con el brazo.

—Rio…

—Chsss —me manda callar con los ojos fijos en el televisor—. Estamos viendo una peli.

—Me vuelves loca, ¿lo sabías?

—Mmm —murmura—. Ya somos dos, amor.

Ese viejo término cariñoso me da que pensar, pero a él no lo afecta lo más mínimo. Tan solo coge un puñado de palomitas y se las lanza a la boca, con los ojos pegados a la pantalla.

Sienta bien. Cómodo y fácil, como siempre fue.

—Me alegro de que estés aquí —susurra un instante después—. Siento secuestrarte en la noche del sábado.

—No, no lo sientes.

Lo miro por el rabillo del ojo y su sonrisa se llena de orgullo.

—Tienes razón. No lo siento para nada.

—Gracias, Hallie —me susurra Indy cuando coge a Iverson, que duerme debajo del brazo de Rio—. Te agradecemos que lo hayas ayudado.

—No hay de qué —digo en voz baja para no despertar al jugador de hockey que está frito con la cabeza apoyada en parte sobre mi muslo.

Indy es la última en marcharse después de que todos hayan recogido a sus hijos dormidos, pero se para en la puerta y se vuelve hacia mí.

—Mañana, después del partido de Ryan y antes de que Rio y Zanders se vayan de viaje la mayor parte del mes, celebramos una cena familiar en mi casa. Deberías venir. Vamos a estar todos.

Con «todos» se refiere tanto a Zanders y las chicas que ya conocía como a su marido, Ryan, y los hermanos Rhodes, a quienes he conocido esta misma noche.

Bajo la mirada a mi regazo para asegurarme de que Rio sigue dormido y no escucha esta conversación.

—No estoy segura de que él quiera que vaya a algo así con sus amigos más cercanos, pero gracias por la invitación.

—No me importa lo que él quiera —replica Indy con un toque de insolencia—. Es mi casa. Invito a quien yo quiero invitar.

Me río.

—Gracias, pero de todas formas me toca trabajar en mi otro empleo. Trabajo por las noches en un bar del centro.

Indy se acomoda a su hijo dormido en el hombro.

—¡Ah! Algo he oído. ¿Sector servicios? —Suelta un suspiro—. Sé de lo que hablas. Eres una santa, Hallie. Pero buenas propinas, ¿verdad?

Su respuesta me pilla por sorpresa. Supongo que esperaba que los amigos de Rio, que son todos deportistas profesionales o están casados con uno, me juzgaran por ser camarera. Es un trabajo duro, tratar con la gente, trabajar hasta tarde y estar todo el rato de pie. Ni por asomo es tan glamuroso como decirle a la gente que trabajo para un lujoso estudio de diseño de interiores.

—Exacto. Eso es. Buenas propinas.

—La próxima vez que los padres tengamos una noche libre iremos a verte. Y, en cuanto a la cena en familia, cualquier domingo que libres, nos encantaría que te vinieras.

Asiento con una sonrisa.

—Lo tendré en cuenta.

—Gracias de nuevo. —Cierra la puerta tras ella.

Son solo poco más de las nueve de la noche y Rio duerme como un tronco. Intento no darle vueltas a los motivos. Estábamos apiñados en el sofá, así que sí, su cabeza ha terminado en parte sobre mi muslo, donde sigue ahora, pero ha sido solo por la falta de espacio.

Parece tan tranquilo, tan feliz, como si su cabeza hubiera dejado por fin de darle vueltas a las cosas y le permitiera disfrutar de un momento de paz. El pelo negro le cae sobre la frente y le cubre los ojos, así que, sin pensar, le retiro los rizos con la yema de los dedos.

Murmura.

Así dormido es el mismo chico que me encontraba dormido en el suelo de mi cuarto tantas noches. Y pasar el rato con él esta noche ha sido tal cual solía ser, sin rabia ni hostilidad entre los dos.

Ha sido bonito, pero los críos se han marchado, así que es hora de que me vaya yo también.

Me escabullo de él y utilizo la mano para sostenerle la cabeza y colocar un cojín en lugar de mi muslo.

Se mueve un instante y trata de alcanzarme, pero ya estoy lejos del sofá y al no encontrarme desliza la mano bajo el cojín y se vuelve a quedar dormido de inmediato. Lo cubro despacio con una manta antes de salir y cerrar la puerta con cuidado tras de mí.

Respiro hondo y dejo que el aire fresco invernal me llene los pulmones y me aclare la cabeza.

Lo he echado de menos.

Así de sencillo. He echado de menos a Rio DeLuca. Esta noche ha sido una prueba constante de ello. He echado de menos ir en su *pick-up*. He echado de menos escuchar música con él. He echado de menos todos esos momentos, en apariencia insignificantes, de los que, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de lo muy importantes que fueron para mí. Cómo me he sentido esta noche. Me ha gustado reírme de nuevo con él. Sonreír de nuevo con él.

Solo estoy a medio camino de cruzar el césped que separa las casas cuando oigo que se abre su puerta.

—Hallie —me llama.

Me vuelvo y veo a Rio trotando hacia mí. Nos encontramos en el punto medio entre nuestras viviendas, tal y como solíamos hacerlo.

—Ey —dice mientras se frota los ojos—. ¿Qué ha pasado?

—Ya han recogido a todos los niños y tú estabas dormido. No quería despertarte.

—¿Cuándo…? —Mira a su alrededor, claramente atontado—. ¿Cuándo me he quedado sopa?

—Hacia la mitad de la peli.

—¡Vaya! —Respira hondo y estira la espalda—. Lo siento.

—Tus amigos son majos.

—Sí. Son buena gente. Tuve suerte de conocerlos cuando me mudé aquí.

Le sonrío con afecto.

—Bueno, buenas noches. Que tengas buen viaje.

Me vuelvo en dirección a mi casa y solo he dado un paso cuando

me sujeta el bíceps con la mano y me hace girar en su dirección, tirando de mí hacia su pecho.

Rio me envuelve en un abrazo firme, reconfortante y desesperado. Sus brazos se cruzan alrededor de mi nuca y entierra la cara en mi pelo.

Es la primera vez que nos abrazamos desde que nos hemos vuelto a ver y con la nariz hundida en su pecho no puedo evitar inhalar profundo. Huele a él. Al antiguo él. Porque este hombre sigue siendo el chico del que estuve enamorada.

Cierro los ojos. Me dejo llevar, paso los brazos por su cintura y simplemente nos abrazamos.

En la calle, de pie entre nuestras casas, nos abrazamos más rato de lo que suelen hacerlo los amigos. Nos abrazamos más rato del que deberían dos personas que afirman que el otro le ha hecho daño.

Rio respira hondo.

—Te he echado de menos, Hallie —me susurra en el pelo.

Cierro los ojos con más fuerza y presiono aún más la cara en su pecho. Oír esas palabras me duele y me alivia a la vez. Porque yo siento exactamente lo mismo y así ha sido durante los últimos seis años.

Al final, sus brazos se descruzan y me pasa las palmas por las mejillas, al tiempo que retira mi cara de su pecho. Estira el cuello y apoya la frente en la mía y su respiración agitada se mezcla con la mía.

Tan cerca. Está tan cerca. Nuestros labios están tan cerca.

Nos miramos durante largo rato antes de que me humedezca los labios con la lengua. No he besado a este hombre en seis años, pero parece que eso podría cambiar en un instante si Rio decide dar un paso adelante y hacer lo que sé que quiere hacer.

Cuando pega su nariz a la mía, sus labios rozan a duras penas los míos, pero no me besa todavía. Me tienta. Me pide permiso en silencio.

—Hallie —me susurra en la boca. Suena dolido y urgente al mismo tiempo, como si quisiera decir más, pero no lo hace.

Como si estuviera rogando y disculpándose al mismo tiempo.

Sin embargo, no me besa todavía. En lugar de eso, me acaricia los pómulos con los pulgares como si esperara que yo decidiera si voy a cubrir la distancia que nos separa y buscar su boca con la mía o si voy a parar todo esto.

Pero me saltan las alarmas. Alarmas que me dicen que retroceda y cree distancia. Alarmas que me dicen que no seríamos capaces de recuperarnos de esto. Alarmas que me recuerdan que, aunque ahora nos llevemos bien, no estoy lista para perdonar ni olvidar el día que se marchó ni los dolorosos años siguientes. Y creo que él tampoco.

Este beso solo haría que mi trabajo fuera diez veces más complicado. Solo conseguiría que mi vida fuera diez veces más dura porque para mí no sería tan solo un beso. No con él.

Por mucho que el resto de mí quiera continuar, mi cerebro no me lo permite.

—Me alegro de que seamos capaces de ser amigos —le susurro en cambio.

La boca de Rio se transforma al instante en una sonrisa y su pecho tiembla contra el mío con una carcajada. Esos labios que estaban a punto de tocar los míos se desplazan a mi frente y es allí donde me besa.

—Buenas noches, Hallie. —Me coloca el pelo tras las orejas antes de dejarme marchar, vacilante—. Que duermas bien.

Me alejo despacio, convenciéndome de que pararlo todo ha sido lo correcto.

Miro atrás por encima del hombro y veo que no se ha movido.

Cruzo la puerta, pero no me parece bien dejar las cosas así, entonces salgo otra vez.

—¡Eh, Rio!

Con las manos en los bolsillos, se yergue.

—¿Sí?

—Yo también te he echado de menos.

15
Rio

(17 AÑOS)

—¿Desde cuándo pueden venir chicos a las fiestas de cumpleaños de mi hermana pequeña? —pregunta Luke, de pie en la entrada de la cocina, con la mirada clavada en el salón.

—Tiene dieciséis años. Claro que va a haber chicos. Nosotros estamos aquí.

—Nosotros no contamos. Yo soy su hermano y tú, como si lo fueras.

Eso me hace torcer el gesto. Te confesaré algo. Lo que tenemos Hallie y yo no es ni de lejos eso, aunque ninguna de nuestras familias sepa con certeza qué es lo que hay entre nosotros. Desde luego, mi madre sabe lo que yo siento, pero nada más.

No tienen ni idea de con cuánta frecuencia nos encontramos en el tejado, donde se acomoda en mi pecho y yo juego con su pelo mientras simplemente charlamos. O que duermo en su cuarto la mayoría de las noches (en el suelo, pero, vamos, lo mismo da). No tienen ni idea de que decir que me gusta no expresa, ni mucho menos, lo que siento por esta chica.

—No sé por qué te molesta —le digo a Luke—. A estas alturas, nuestros grupos de amigos están completamente mezclados. La mayoría de estas personas también son tus amigos.

Niega con la cabeza.

—Es mi hermanita.

—Tío, tenías dieciséis hace como año y medio.

—No lo entiendes, pero tienes suerte porque no necesitas preocuparte por saber si tus amigos son de verdad tus amigos o si salen contigo porque quieren estar con tu hermana.

Esa frase se queda sin respuesta porque oímos un fuerte estrépito procedente del pasillo.

—¿Qué coño pasa? —refunfuña—. No ha bebido nadie. ¿Por qué

están rompiendo cosas?

Sale disparado en esa dirección y me deja allí plantado, sintiéndome como una mierda.

Quiero decírselo.

He intentado decírselo. He empezado esa conversación tantas veces el último año, pero al final me acobardo cuando recalca que soy su mejor amigo y que sabe que nunca lo traicionaría saliendo con Hallie. Creo que a nuestros padres les parecería bien, pero a Luke… No creo que llegue el día en que Luke esté de acuerdo al saber que siento algo por su hermana.

Parece que a Hallie no le molesta demasiado, pero sí que ha hecho un par de comentarios sobre cuánto le gustaría poder ir de la mano cuando estamos en el instituto o apoyar la cabeza en mi hombro durante el almuerzo. Cosas que solo hacemos en la privacidad de mi *pick-up*, cuando la llevo a casa después de los partidos o cuando estamos solos en el tejado.

Pero, para ser sincero, no es como si hubiéramos ido mucho más allá que eso. Parte de mí desea esperar, intentar poner en pausa mis sentimientos. Luke se marchará a la universidad en poco más de un año y puede que entonces le importe mucho menos. Pero eso significa que yo también me habré ido, y no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado como mínimo en besarla.

Voy despacio, supongo. Y, aunque soy un año mayor que ella, soy igual de inexperto. A veces me pregunto si se acabará olvidando de esto. De mí. No es como si pudiera decirle a la gente que es mi novia.

Coño, ni siquiera sé si es mi novia. ¿Se va a cansar de esperar a que mueva ficha y decidirá que estaría mejor por ahí con otra persona?

Joder, he estado tan metido en mis pensamientos últimamente, pero la fiesta de su decimosexto cumpleaños no es el lugar para que me ponga a aclarar todo esto.

Está tan guapa esta noche, con su jersey de punto y su falda corta. Las uñas pintadas de diez colores diferentes. Pelo largo, ojos marrones brillantes y una sonrisa que me ilumina cada vez que la veo.

Hallie está abrazando a su amiga y agradeciéndole el regalo cuando me pilla observándola desde la otra punta de la habitación.

Me guiña un ojo a escondidas y, aunque sé que es todo lo que obtendré hoy de ella, lo acepto feliz.

A pesar de que siempre nos encontramos en el tejado el día de su cumpleaños, este año va a ser diferente. Estará ocupada siendo el centro de atención de su fiesta durante toda la noche y nos tendremos que ver en otro momento.

El salón está repleto de nuestros amigos, una mezcla de gente de su clase de segundo y de mi clase de tercero. Es fácil poder estar con ella en el instituto porque nuestro grupo de amigos es grande y siempre estamos juntos.

Luke regresa con una lámpara rota en la mano.

—Por lo menos era de mi habitación. —La tira a la basura y se une a mí para ver cómo Hallie abre los regalos.

Recibe mucho material artístico y algo de maquillaje. Algunos CD que sé que le han encantado porque cada vez son más difíciles de encontrar. Y entretanto se abre la puerta y entra un grupo de chicos del último curso.

Los reconozco al instante. La mayoría son jugadores de fútbol americano, hay uno del equipo de baloncesto y casi todos llevan una o dos cajas de cerveza cuando entran en la fiesta.

El último que cruza la puerta es con toda probabilidad el tío más popular del instituto: Grant Newcastle. Es el capitán del equipo de fútbol, delegado de cuarto curso y lo odio a muerte.

Hallie y él están en el consejo estudiantil y, desde que han organizado juntos el baile de invierno, siempre está encima de ella.

—¿Qué cojones hace ese aquí? —le pregunto a Luke en un tono cortante.

Me mira con recelo.

—¿Qué ha pasado con el «¿por qué te enfadas?» y con el «somos todos amigos»?

—No somos amigos de ese tío.

Aunque creo que Luke daría lo que fuera por serlo.

—Ayer le pidió a Hallie que fuera con él al baile de fin de curso y ella se sintió mal por rechazarlo, así que lo invitó a su fiesta de

cumpleaños, supongo.

Te juro que casi me explota la cabeza.

—Perdona, ¿qué?

—No tengo claro por qué me gritas o qué es lo que no entiendes.

Me vuelvo por completo hacia él, pero sigue atento a los recién llegados.

—¿Le ha pedido a tu hermana que vaya con él al baile de fin de curso?

—Sí.

—¿Y ella le ha dicho que no?

—Sip.

—¿Porque tú le habías pedido que dijera que no o porque no quería ir con él?

Luke se encoge de hombros con indiferencia y no tengo ni puta idea de por qué se lo toma tan a la ligera.

—Probablemente porque Hallie dio por sentado que no me parecería bien y dijo que no antes de que lo hiciera yo. No estoy seguro.

—Pero… ¿estás diciendo que te parecería bien?

—Supongo que sí.

«Pero ¿qué cojones pasa?».

—A ver, es Grant Newcastle —prosigue—. ¿Quién no querría ir al baile de fin de curso del último año con ese tío? Joder, incluso yo mismo diría que sí si me lo pidiera. Le dije a Hallie que le dijera que había cambiado de opinión, pero no quería.

Grant otea la habitación y, cuando ve a mi chica, va directo hacia ella, con una sonrisa arrogante en los labios. Le da un toquecito en el hombro y, al captar su atención, ella sonríe como solo ella sabe, pero desconozco si es la típica sonrisa de Hallie porque es amable con todo el mundo o si esta está reservada para él en concreto.

Luego la abraza durante más tiempo del necesario.

Me entran ganas de vomitar. El puto Grant Newcastle. ¿Cómo cojones voy a competir contra él? ¿Y por qué no lo iba a elegir ella? Este tío se va al Boston College el año que viene con una beca completa para jugar a fútbol. Tiene una nota media perfecta. Ella no tendría que ocultárselo a su hermano y él se va a quedar cerca de la

ciudad. Estoy jodido.

—¿Dónde está el alcohol fuerte? —pregunta uno de los de último año, el que lleva dos cajas de cerveza.

Nadie responde porque no hay.

—Hart. —Grant llama a Luke.

Este, que está apoyado en la pared que hay a mi lado, se pone tieso como un perrito al que por fin hacen caso.

—¿Tus padres tienen mueble bar?

—Oh, no estamos bebiendo —le dice Hallie.

Grant esboza una sonrisa pícara.

—Diviértete un poco, Hallie. A fin de cuentas, es tu cumpleaños. Tengo que llevarte pronto a alguna de nuestras fiestas de último año. Son un poco más… animadas que esto.

Hay una risa colectiva entre la multitud y la gente está pendiente de cada palabra que sale de la boca de este tío como si fuera un puto dios. Pero no lo es. Tan solo es un gilipollas con una genética maravillosa.

Hallie acaba por unirse y reírse también, pero suena falso y forzado y no sonríe. Siente vergüenza.

—No estamos bebiendo, Grant —digo con seguridad—. Lo estamos pasando bien sin alcohol.

—O quizá podríamos hacerlo —dice Luke a mi lado—. Sé dónde lo guardan mis padres.

—¡Di que sí, Hart! —lo anima Grant y, por algún motivo, su entusiasmo resuena en toda la estancia, y de pronto todo el mundo está de acuerdo con lo de empezar a beber.

Corro hacia Luke para pararle los pies.

—¿Qué estás haciendo?

—Pillar algo de alcohol. No es para tanto, Rio. Los amigos de Grant son lo más y quieren pasar el rato con nosotros. ¿Qué problema hay?

—El problema es que estás en el punto de mira de los reclutadores universitarios y yo acabo de firmar mi carta de intención para jugar por Michigan. Si nos pillan bebiendo siendo menores, a la mierda las becas.

Luke pone los ojos en blanco y saca dos botellas de licor del fondo

del armario.

—No nos van a pillar. Solo tenemos que evitar hacer ruido porque nuestros padres están ahí mismo, en tu casa.

Cuando lo acompaño otra vez hasta el comedor, están colocando vasos de usar y tirar en la mesa y los están llenando con cerveza.

—Hallie, tú estás en mi equipo —dice Grant.

—No, no, estoy bien. Yo no voy a beber.

—Yo me bebo tu parte —se ofrece Luke.

—Perfecto. Gracias, Hart. —Grant pasa un brazo sobre los hombros de Hallie—. Arreglado entonces. Estás en mi equipo, cumpleañera.

Sus ojos se posan en mí un instante, pero ocurre tan rápido que no estoy seguro de si quiere jugar y se está disculpando o de si busca una escapatoria. Y enseguida toda la fiesta se muda al comedor para ver el juego de beber que está a punto de empezar.

Alguien enciende un altavoz y la música suena a la vez que comienza el juego. Hallie y Grant no tienen que beber mucho porque, aunque me fastidie, hacen buen equipo. Pero cualquier vaso que en teoría tenga que beber su hermana, se lo bebe Luke.

Siguen jugando ronda tras ronda porque no pierden ni a tiros. Luke está cerca de Hallie, pero sobre todo porque Grant está cerca de ella y está claro que mi colega está obsesionado con ese tío.

Lo que me hace sentir fatal. A Luke le parecería bien que Hallie saliera con él y aquí estoy yo, acojonado por contarle mis sentimientos por miedo a que nuestra amistad termine.

Pero ella se lo está pasando bien de verdad, riendo y bailando con todos sus amigos y con el chico más popular del instituto prestándole toda su atención.

Me alegro de que se divierta. De verdad. Solo que me gustaría que el chico que está a su lado fuera yo.

La música sale a todo volumen por los cascos mientras estoy tumbado en la cama con los ojos cerrados, haciendo todo lo posible por dormirme. Los cascos no son para nada cómodos, pero tengo que ahogar la risa de los padres de Hallie y los míos que llega hasta mi habitación desde abajo, y la música de su casa.

Me centro con decisión en apagar mi cerebro porque es la única forma con la que consigo quedarme dormido. Eso o lo doy todo en el entrenamiento o en el gimnasio hasta que estoy demasiado cansado como para quedarme despierto. O la otra opción: voy a la habitación de Hallie.

Como esas dos últimas opciones están descartadas esta noche, me concentro en la primera. Pero es inútil, sabiendo que ella está aquí al lado con otra persona.

Empieza a sonar una canción conocida en mi iPod, que está apoyado en la mesita de noche, y espero que baste para ayudarme a dormir, pero entonces el ritmo se ve interrumpido por un «tap, tap, tap» que no reconozco. Es extraño y va a destiempo, y vuelve a sonar, esta vez en una parte diferente del estribillo.

«Tap, tap, tap».

«Tap, tap, tap».

Es entonces cuando me doy cuenta de que no es la música.

Abro los ojos y veo a Hallie al otro lado de la ventana de mi dormitorio, dando golpecitos en el cristal.

«¿Qué cojones?».

Me quito los cascos y las mantas con rapidez, me apresuro a la ventana y la abro un poco.

—¿Qué estás haciendo?

Su labio inferior tiembla de frío y tiene la nariz sonrosada.

—¿No vienes?

Abro la ventana por completo, estiro los brazos y la rodeo por la cintura para meterla en mi habitación. Está congelada. No llevo camiseta, solo un pantalón de chándal, así que puedo sentir en mi piel lo fría que está la suya.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera, Hal? —La pongo de pie y agarro una manta de la cama para envolverla en ella.

—Puede que veinte minutos. —Sus ojos castaños están la hostia de tristes—. ¿Se te había olvidado?

—Claro que no. —Le retiro el pelo de la cara—. Nunca se me olvidaría, pero estabas ocupada. ¿No deberías estar en tu fiesta de cumpleaños en estos momentos?

—Me he ido porque tú te has ido y quería verte. Pensaba que

habías ido al tejado. Es mi parte favorita del cumpleaños.

«Joder, soy lo puto peor».

Me he marchado porque, en lugar de disfrutar de su cumpleaños, estaba ocupado con mi propia fiesta de la autocompasión. La cojo, todavía envuelta en la manta, y la llevo a mi cama, la pongo en mi regazo mientras yo me siento en el colchón.

—También es mi parte favorita, Hallie. Lo siento. No pensaba que tuvieras planeado encontrarte conmigo ahí fuera esta noche con la gente todavía en la fiesta.

—Pero siempre quedamos. Es como nuestro acuerdo tácito.

Apoyo la frente en su hombro.

—Podríamos salir ahora, si quieres.

Niega con la cabeza y saca los brazos de la manta para tocar mi estómago desnudo. Sus dedos parecen témpanos, pero su cuerpo empieza a relajarse y los escalofríos disminuyen cuando mi calor corporal la hace entrar en calor.

Levanta la vista hacia mí, quedándose cerca. Su boca está justo ahí. Posa la mirada en mis labios, pero como soy un puto cobarde no me inclino para besarla.

Hallie suspira, pero trata de ocultarlo diciendo:

—Tengo una cosa para ti. —Coge el CD que está en su regazo—. Año dieciséis.

—Me encanta tener regalos en tu cumpleaños.

Se ríe entre dientes y me lo pasa.

Otro más para mi colección. Sobre la caja de plástico transparente, paso el pulgar por la «H», el corazón y el número dieciséis. Luego, con el índice, toco el trazo que siempre añade a los corazones que dibuja a mano.

Deja caer la cabeza en mi hombro mientras la abrazo.

—¿Lo vamos a escuchar juntos? —pregunto en voz baja.

—Por supuesto.

—Bien. —Le planto un beso tierno en la frente—. Feliz cumpleaños, Hal.

Nos quedamos ahí sentados un rato, ella entrando en calor y yo sosteniéndola en mi regazo. Juguetea con la vieja pulsera que llevo en la muñeca mientras me armo de valor para decir:

—No sabía que Grant te había invitado al baile de fin de curso del último año.

—Fue justo ayer, además, no había mucho que contar. Por supuesto le dije que no.

—¿No te apetecía ir?

Se echa a reír.

—Rio, soy tu novia. ¿Por qué iba a ir al baile con otra persona?

«Espera… ¿qué?».

Cuando ve que no digo nada, levanta la cabeza y me mira.

—¡Madre mía! —suelta al tiempo que salta de mi regazo y la manta cae al suelo—. ¡Madre mía! ¿No lo soy? Pensaba que era otra de esas cosas sobreentendidas.

Se cubre la boca con las manos, pero puedo ver claramente el pánico en sus ojos.

—Hallie —la calmo, y la sujeto de los antebrazos para retirarle las manos—, no estaba seguro de si querías serlo, pero sí. Claro que sí. Por favor. Quiero que seas mi novia. No sabes cuánto deseo que seas mi novia.

Cierra los ojos.

—¿Por qué he hecho esto? Debería haberte dejado que me lo pidieras en lugar de asumir que éramos una pareja.

Tiro de ella para que se sitúe entre mis piernas abiertas mientras me siento en la cama.

—Bueno, los dos sabemos que voy despacio y que a veces necesito un empujón, así que esto es algo bueno.

Se ríe entre dientes, un poco abatida mientras juguetea con mi pelo.

—Eres perfecto tal como eres. No me importa ir despacio contigo.

Quiero besarla. Dios, de verdad que quiero besarla. Nunca he deseado nada tanto, pero ¿y si no se me da bien? ¿Y si la jodo y le doy en los dientes o algo? ¿Y si fastidio su primer beso? Nunca podrá repetirlo.

Mientras vacilo y me pongo nervioso y le doy vueltas a la cabeza, Hallie se inclina y aprieta sus labios contra los míos.

Bueno, algo así. En cierto modo falla y apenas me da en la comisura de la boca, pero me basta para saber que ella también lo

desea.

Se endereza de nuevo y traga saliva.

—Por si necesitas también un empujoncito con esto. Eso de tener dieciséis y que nunca me hayan besado empieza a parecer un poco tópico.

Se me acelera el corazón. Me arde la piel. Pero, al mismo tiempo, no podría estar más aliviado.

Joder. Puedo hacerlo.

—Pon una canción —le digo señalando la mesilla, donde están mi radiocasete y mi iPod. Espero a que lo haga y paso las palmas de las manos por la parte posterior de sus muslos, manteniéndola de pie entre mis piernas.

Cuando no escucho las mezclas anuales de Hallie, lo más normal es que utilice el iPod y los cascos para escuchar música. Pero Hallie no los coge. En lugar de eso, rebusca entre mis viejos CD antes de elegir uno y pasar hasta la pista que quiere.

—¿Por qué tengo que elegir una canción? —pregunta.

Empieza a sonar por los altavoces del radiocasete y no puedo evitar echarme a reír por la falta de sutileza en su elección de canción.

—Porque voy a besarte y cuando escuchemos el CD de mezclas del año que viene quiero que incluya esta canción para que podamos escucharla todas las veces que queramos y recordemos esto.

Sonríe de oreja a oreja y me rodea la nuca con los brazos.

—Esperaba que dijeras eso.

Deslizo la mano por su pelo largo, tiro de ella hacia mí y presiono mis labios, que también dibujan una sonrisa, contra los suyos.

Es caótico y mal sincronizado y, sí, creo que en un momento dado la he golpeado en los dientes, pero también es la hostia de perfecto. Y con el tiempo, con un poco de práctica, lo mejoraremos juntos.

16
Rio

—Desde esta semana, Evan Zanders y tú sois oficialmente la pareja defensiva más veterana de la NHL —dice un reportero en la conferencia de prensa que damos tras el partido—. ¿Qué crees que ha contribuido al éxito de esta asociación?

Me inclino hacia delante y acerco la boca al micrófono. Me paso la mano por el pelo mojado, recién salido de la ducha.

—Eh…, somos amigos —digo con sencillez.

Resuenan unas risas entre los periodistas, pero es obvio que no les sirve como respuesta porque ninguno pasa a la siguiente pregunta.

No estoy del todo acostumbrado a que me llamen para hacer entrevistas. No llevo el distintivo de capitán y, al ser defensa, no soy el máximo goleador del equipo. Mi contribución apenas se nota en las estadísticas. Se nota en las jugadas defensivas, en los golpes y en la experiencia, así que apenas recurren a mí para presentarme ante los medios de comunicación tras los partidos.

Pero, como no podía ser de otra manera, el único partido que jugamos en casa, la única noche que estamos en casa en esta ronda de casi tres semanas jugando fuera, me llaman para la entrevista.

Mis respuestas breves no me van a sacar de aquí antes, así que lo vuelvo a intentar.

—Creo que funcionamos en el hielo porque hemos trabajado nuestra química fuera de la pista. Es uno de mis mejores amigos fuera del equipo. Hablamos casi cada día. Si a eso le añades muchos, muchísimos años compartiendo la línea azul, sabemos de forma casi automática lo que el otro va a hacer en una jugada.

Los periodistas levantan las manos, pero, por suerte, nuestro mánager de medios los interrumpe:

—Gracias a todos. Es todo el tiempo del que dispone Rio esta noche.

Me levanto del asiento, agarro la botella de agua y salgo pitando de la sala de medios. No me malinterpretes, por lo general no me

importa cuando los periodistas me eligen y quieren saber mi opinión sobre el partido, pero esta noche es la única noche que estoy en casa.

Esta noche es la única noche que tengo la esperanza de ver a Hallie.

Hace cinco días desde nuestro casi-beso y no he podido quitármela de la cabeza. En realidad, no he podido quitármela de la cabeza en unos quince años, pero en las últimas semanas ha sido algo obsesivo. Que viva en Chicago es como una droga dura: la razón me dice que debería alejarme de ella, pero necesito el subidón de verla. Cuanto más tiempo paso con ella, más tiempo necesito pasar.

De vuelta en el vestuario lo encuentro totalmente vacío. Como solo tenemos una noche en la ciudad, los chicos se han dado prisa en volver a casa con sus familias y amigos mientras yo acababa las entrevistas tras el partido.

En general, cuando jugamos en Chicago, salgo del estadio con ropa cómoda porque sé que voy directo a casa. Sin embargo, esta noche me vuelvo a poner el traje que llevaba antes del partido, agarro la cartera y las llaves de la taquilla y casi voy corriendo hasta la *pick-up*.

El bar queda a pocas manzanas de donde estoy y, para mi sorpresa, encuentro una plaza vacía en el aparcamiento. El cochambroso Nissan Altima de Hallie no se encuentra ahí, pero eso no significa por necesidad que no esté trabajando.

Nos hemos estado cruzando mensajes desde que me fui el lunes. Si ella contactaba conmigo, era por algo relacionado con la casa. Si yo me ponía en contacto primero, era porque le preguntaba por cómo iba el día o qué estaba haciendo.

El martes, cuando yo estaba en Tampa, cayó la primera nevada en Chicago y ella comentó con indiferencia que se fue en coche compartido a trabajar, por si el suyo le daba problemas de nuevo. Hoy podría haber hecho lo mismo y si no, si está en casa, iré allí.

Porque quiero verla.

Por mucho que no deba, por mucho que quiera ignorarla y aferrarme a viejos rencores, la realidad es que quiero verla. Y, ahora que nos he admitido a ambos cuánto la he echado de menos, no

tiene sentido hacer como que no.

El bar está hasta la bandera para ser jueves, pero no tan abarrotado como la última vez que estuve aquí. Hay un montón de camisetas de los Raptors, ya que los aficionados están tomando algo después del partido. De camino a la barra me paran más de lo que me habría gustado, así que firmo un par de autógrafos, sonrío para un par de fotos y todo al tiempo que intento echar un vistazo más allá de la multitud para ver quién trabaja esta noche.

Todavía no la diviso, así que me abro paso entre la gente y las mesas altas hasta llegar a un taburete vacío junto al extremo de la barra.

El muñeco Ken está anotando pedidos y otra chica prepara las bebidas. Pero ni rastro de Hallie.

Me levanto de mi sitio para ir a buscarla a casa cuando la puerta lateral se abre. Aparece Hallie con los brazos repletos de diferentes botellas de lo que debe ser el almacén.

Siento una opresión en el pecho, eso tan molesto que me pasaba de adolescente, y los nervios se apoderan de mí. Pero son nervios de emoción, no de incomodidad o miedo.

No es ningún secreto que no he sido precisamente hábil en mis intentos de encontrar a alguien con la esperanza de convencerme de que Hallie no era mi alma gemela. Se me da fatal hablar con la mayoría de las mujeres que estén fuera de la «zona de amigos».

Pero con Hallie siempre he sido yo mismo. Soso, torpe, no importaba. Eso es lo bonito de haber crecido juntos, supongo. Siempre hemos sabido exactamente quién era el otro. No había necesidad de intentar ser alguien que no éramos.

Hallie no me ve enseguida. Su mirada está fija en las etiquetas de las botellas y va colocando las nuevas detrás de las que ya están abiertas, en fila, para que se utilicen a continuación. Está concentrada en la última botella de whisky cuando alguien grita mi nombre tan alto como para que lo oiga todo el bar.

—¡Rio DeLuca! —vocea un tipo grande y borracho, que se acerca a zancadas y me rodea con el brazo—. ¡Soy superfan!

Hallie se da la vuelta, barre el bar con la mirada antes de que sus ojos por fin se posen en mí.

Luzco mi sonrisa más inocente cuando se acerca.

Tengo a este tío enorme colgado del cuello, contándome lo fan mío que es, pero toda mi atención está puesta en ella.

—¿Vienes mucho por aquí? —me pregunta el tipo.

Sigo mirándola directamente a ella.

—Me da la sensación de que a partir de ahora vendré bastante.

Hallie pone los ojos en blanco, niega con la cabeza y aparta la mirada, pero sé que está conteniendo una sonrisa.

—Tío —dice el grandullón—. Tenemos que sacarnos una foto. Mis colegas no se van a creer que te he visto. —Sostiene el móvil y nos saca una selfi antes de que pueda siquiera decir sí o no—. Vale. Te dejo en paz y me aseguro de que nadie más te moleste el resto de la noche.

Se mueve un par de metros, al tiempo que empuja a otro par de clientes, y me deja con mi propia esquina privada de barra.

Sigo concentrado en la espalda de Hallie mientras ella todavía organiza las botellas. Los vaqueros negros ajustados se amoldan a su culo antes de ensancharse a la altura de los muslos y acabar justo encima de los tobillos, donde luce una pulserita de oro. Lleva un jersey atrevido, de colores llamativos, y el pelo corto medio recogido en un moño.

—¿Me estás ignorando? —pregunto.

—Estoy trabajando.

Se pone de puntillas y desliza una botella nueva detrás de una que ya está abierta. El jersey se levanta y me ofrece una vista completa de su culo en forma de corazón hasta la altura de la cintura, donde llega el vaquero.

—Me parece bien. Hay unas vistas maravillosas desde aquí.

Echa un vistazo por encima del hombro y dejo que me pille pegándole un repaso.

Se vuelve, pone los pies en plano y estira el jersey sobre el estómago, pero lo que consigue es llamar mi atención al escote, donde asoma un *bralette* de encaje negro.

Sí, sé lo que es un *bralette* gracias a las noches de chicas de las que he formado parte durante años. He aprendido algunas cosas muy locas en esas reuniones.

Apoyo los codos en la barra y me inclino hacia delante, hacia ella.

—¡Qué sorpresa verte aquí!

Cruza los brazos en la barra, imitando mi postura.

—¿Qué quieres beber?

—Agua.

Levanta una ceja.

—No estoy aquí por el alcohol, precisamente. —Bajo la mirada a sus labios—. ¿A qué hora sales?

Intenta ocultarlo, pero la pillo mirándome la boca mientras hablo y me cuesta Dios y ayuda no preguntarle si ha cambiado de opinión respecto a aquel beso.

Sale de la barra al tiempo que desvía su atención de mi boca para echar un vistazo al bar.

—No lo sé todavía. Depende de cuándo empiece a tranquilizarse un poco el tema.

Hallie sirve hielo en una copa y la llena con agua del dispensador.

—Buen partido esta noche, treinta y ocho —dice mientras coloca el vaso en un posavasos frente a mí antes de señalar con la cabeza el televisor de la esquina, donde se emite nuestra cadena local de deportes—. Se te veía genial en la tele.

Me vuelve a ocurrir lo del pecho y de pronto me siento como un crío, sabiendo que ella ha visto el partido y con la esperanza de haberla impresionado.

—¿Y la camiseta? —pregunto señalando su jersey de colores.

—No hasta que no me digas por qué cambiaste de número. —Deja esa afirmación en el aire para ver si pico el anzuelo, pero no lo hago —. Además, aquí tienes a muchas otras personas que llevan tu camiseta.

Mantengo el contacto visual.

—Pero solo me importa una.

Se le escapa una risita.

—¿Cuándo has aprendido a ligar tan bien?

—¿Bien? Solo me pasa contigo. Lo de ligar así no me ha servido mucho en los últimos años.

Se encoge de hombros.

—Siempre funcionó conmigo.

Sus labios esbozan una sonrisa cómplice y, joder, solo quiero inclinarme sobre la barra y besarlos. Besarla.

—Vale. —Hallie pasa el trapo por la barra antes de colocarlo en el bolsillo trasero de sus vaqueros—. Tengo que volver al trabajo.

—Ok. Aquí estaré. —Me acomodo en la banqueta y me llevo la copa a la boca.

—Un momento. ¿Vas a estar ahí plantado mientras trabajo?

Asiento.

—¿Por qué? —Parece confundida de verdad con el ceño fruncido y la nariz arrugada.

Y ya somos dos, porque hace solo un par de meses pensaba que no la vería nunca más y ahora no quiero perderla de vista.

Me encojo de hombros, despreocupado, como si la respuesta fuera obvia.

—Ya te lo he dicho, Hal. Te he echado de menos.

17
Hallie

Es pasada la medianoche cuando me escapo por la puerta trasera del bar y me encuentro a Rio apoyado en su *pick-up*, con las manos en los bolsillos del traje, una pierna cruzada sobre la otra, esperándome.

Tenía un aspecto deliciosamente irresistible cuando lo he visto en el bar, con este traje granate oscuro y la camisa de vestir blanca, recién duchado y salido de la pista de hielo. Ahora está todavía más atractivo sin la chaqueta y con la camisa remangada, que muestra esos antebrazos tan definidos que tiene. También, al salir a la calle, se ha calado hasta las orejas un gorro de lana gris oscuro. Me ha estado esperando desde que le he dicho que me iba a por mi parte de las propinas y que luego me volvía a casa.

Me ha distraído bastante, allí sentado en la esquina de la barra, bebiendo un vaso de agua tras otro y observándome mientras trabajaba. Notaba sus ojos clavados en mí todo el rato. Me sentía brillar bajo su atención, con independencia de que, en teoría, se suponga que no la quiero.

Cuando el bar se ha vaciado lo suficiente como para que uno de nosotros pudiera irse a casa, me he ofrecido porque sabía que de todas formas estaba demasiado distraída como para ser de ayuda y que Rio no se iba a ir hasta que yo me fuera.

No le había dicho que esta noche trabajaba, no le había dicho que no había ido al centro en mi coche, pero parece bastante contento por haberlo deducido él solito, con esa sonrisa infantil en esos labios que he echado de menos y apoyado en su *pick-up*.

Me está poniendo muy difícil recordar por qué no lo besé la otra noche.

—¿Necesitas que te lleven a casa? —pregunta.

—Pues la verdad es que sí.

Su sonrisa se torna orgullosa.

Juntos rodeamos el capó de su coche. Rio me abre la puerta del

copiloto y allí mismo, en el asiento, hay una manta doblada y un cojín.

Me vuelvo hacia él y no creo que sea solo el aire frío de Chicago lo que hace que su piel de color oliva se sonroje.

—Por si querías dormir otra vez.

Una vez más, me he quedado sin palabras.

Se frota la nuca, el mismo tic nervioso de siempre.

—Puedo echarlo al maletero.

Intento con todas mis fuerzas recordar por qué no lo besé la otra noche. Algo sobre un corazón roto y trabajar juntos y la amistad. Cosas que ahora mismo no parecen tener ninguna importancia.

Me doy cuenta de que no he respondido cuando Rio hace ademán de despejar el asiento, pero reacciono rápido y le cubro la mano con la mía para pararlo.

—No, por favor. —Mi voz es dulce—. Gracias.

Es de un atento que resulta abrumador. Atento de una forma casi incómoda, porque hace tanto que nadie piensa en mí y en mis necesidades que he perdido la práctica cuando se trata de que alguien me cuide.

Tengo esta extraña necesidad de llorar porque me parece algo tan raro y al mismo tiempo tan sencillo que alguien cuide de ti. Que se preocupe por las cosas que puedas necesitar, como esos veinte minutos adicionales de sueño.

El resto de palabras se me atascan en la garganta y reina un silencio denso antes de que Rio me ofrezca una sonrisa apaciguadora y saque despacio su mano de debajo de la mía. Rodea la *pick-up* hasta su lado, pero veo cómo cierra los ojos un momento, como si quisiera tragarse un poco la vergüenza y al mismo tiempo desaparecer.

Rio tuvo que poner todo eso ahí antes de ir al partido, antes de saber que me llevaría a casa de vuelta. Eso es justo lo que habría hecho el chico del que estaba enamorada.

Pone en marcha la *pick-up* mientras yo me esfuerzo por digerir las emociones. Despliego la manta, me la echo sobre las piernas antes de meterla por debajo de los muslos, haciendo un poco el numerito para que él pueda ver lo agradecida que estoy porque haya pensado

en mí, ya que me está costando decirlo con palabras. Inclino ligeramente mi cuerpo hacia él, coloco el cojín bajo la cabeza en el lado del asiento más cercano al medio y me acomodo.

Esa sonrisa de satisfacción de nuevo en sus labios, con los hoyuelos hundiéndose en las mejillas… No creo que nunca haya visto algo tan bonito.

Sale del aparcamiento y yo no pierdo el tiempo, me estiro hasta la pantalla de la *pick-up* para buscar la aplicación de música. Porque por primera vez en Dios sabe cuántos años, este es un momento que quiero recordar. Quiero escuchar música y que me dé esperanza. Quiero relacionar una canción con un recuerdo.

—¿Qué quieres que ponga? —pregunto.

La sonrisa orgullosa se torna dulce, quizá incluso sentimental.

—Lo que quieras, Hal. Me parece bien todo.

Elijo algo al azar y durante los siguientes veinte minutos conducimos en silencio, tan solo escuchando música juntos.

Justo como solíamos hacer.

Demasiado pronto, nos acercamos a la salida de la autopista y Rio se incorpora al carril derecho, preparándose para tomarla.

Me armo de valor y le digo lo que llevo pensando todo el trayecto:

—Sé que es tu única noche en casa y que llevas esperándome horas, pero ¿sería posible que quisieras seguir conduciendo?

No me atrevo a mirarlo. Sé que lo que pido es egoísta, pero, por primera vez en mucho tiempo, las cosas van bien entre nosotros y quiero disfrutarlo un poco más. Está a punto de marcharse durante dos semanas. ¿Quién sabe si entrará en razón en ese tiempo? ¿Quién sabe si lo haré yo?

El coche se queda en silencio entre canciones y sin que Rio responda hasta que, por fin, después de lo que parece una eternidad, suena el intermitente.

Levanto la mirada para verlo apoyado en el reposacabezas, con una sonrisa dulce, e incorporándose de nuevo a la autopista.

Sí que presume de antebrazo con la camisa remangada y una mano en el volante mientras conduce más allá de los límites de la ciudad. Más allá de donde haya estado nunca. Solo conduce, sin un destino en particular.

—¿Te acuerdas de esta canción? —pregunta Rio cuando suena una antigua canción de TLC por el altavoz.

—Claro que me acuerdo. En concreto me acuerdo de cuando la escuchamos en mi dormitorio una noche mientras te contaba que era lo que sonaba la primera vez que un chico me dijo que le gustaba.

—Kevin Gross —murmura Rio entre dientes—. Odiaba a ese tío, por cierto.

—¿Por qué? —Y me echo a reír—. Era un buen chico, muy raro, pero bueno.

—Te dijo que le gustabas antes de que yo pudiera hacerlo. Esa canción me la deberías haber dedicado a mí.

Todavía me río por lo bajo porque esto es ridículo, una tontería y pasó hace casi trece años.

—Bueno, si te hace sentir mejor, el único recuerdo que tengo de esta canción en mi cinta de mezclas anual es por escucharla contigo.

Rio reprime una sonrisa.

—Supongo que algo hace.

Cuando acaba la canción, elijo a propósito la siguiente.

Se echa a reír en cuanto empieza a sonar.

—Todavía me acuerdo del alivio que sentí cuando pusiste esta canción justo antes de que te diera el primer beso.

Subo el volumen y dejo que *Kiss Me* de Sixpence None The Richer retumbe en los altavoces.

—Era un mensaje subliminal.

—No había nada de subliminal en la canción, Hallie. Fue la cosa menos sutil que hayas hecho nunca y, joder, ¡cómo te lo agradecí!

Seguimos conduciendo otro par de horas, nos reímos de recuerdos tontos de cuando éramos niños, ponemos canciones antiguas con las que estábamos obsesionados. Rio toma un par de carreteras secundarias y circula por carriles sin alumbrado hasta que al final entra en una gasolinera para llenar el depósito.

Son casi las tres de la mañana cuando vuelve a la *pick-up* y nos ponemos en marcha otra vez.

—Tendríamos que volver a casa, ¿no? —digo.

Se reincorpora a la carretera.

—Si estás lista, podemos volver.

—Son casi las tres de la mañana. ¿Qué vas a hacer? ¿Seguir paseándome hasta que te dé la hora de ir al aeropuerto?

—No me importaría.

Me río entre dientes.

—Debería dormir un poco. Tengo que ir a trabajar en un par de horas.

Esta vez, cuando Rio conduce por la autopista, sí que toma nuestra salida. Entra despacio en nuestro barrio, a unos ocho kilómetros por debajo del límite de velocidad, alargando el trayecto en coche lo máximo posible. Y, aunque sé que mañana voy a estar agotada, no quiero que esto acabe.

Aparca en su entrada y apaga el motor, pero tardamos un poco en movernos. Soy la primera en hacerlo. Doblo la manta y la coloco junto al cojín en el salpicadero.

—Gracias —le digo—. Esto…

—Ha sido justo como debería ser —acaba la frase.

No le pido que me explique si esa frase debería acabar con un «entre nosotros», porque es cierto que tenemos un pasado tan bueno cuando ignoramos lo malo, o si se refiere a en general. A que ha sido justo como debería ser con «tu persona favorita».

Además, hay una vocecilla en mi cabeza, la que solía estar enamorada de él, que se pregunta si hay alguna diferencia entre las dos.

—No me lo había pasado tan bien desde hacía mucho —añado, sin darle la razón o quitársela.

Supongo que será un poco incómodo cuando salgamos del coche y se vaya a su casa mientras yo cruzo el césped hasta la mía. Pero, contra todo pronóstico, Rio no se dirige a las escaleras del porche de su casa. En lugar de eso, rodea el capó de la *pick-up* y echa a andar hacia la mía.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, aún quieta junto a la *pick-up*.

—¿Qué crees que estoy haciendo, Hart? —Se vuelve hacia mí, caminando de espaldas—. Te acompaño hasta la puerta. ¿Vienes?

Todas aquellas razones a las que daba vueltas en la cabeza sobre

por qué no lo besé el fin de semana pasado, ahora mismo y en este lugar, brillan por su ausencia.

Lo alcanzo y subimos despacio las escaleras del porche delantero, pero, cuando llego a la puerta, me doy cuenta de que se ha parado en el segundo escalón desde arriba.

Ambos sabemos que quiere mantener una distancia de seguridad, pero aquí estoy yo con ganas de ser insensata.

—¿Y lo de acompañarme hasta la puerta? —lo vacilo con la llave en la cerradura—. ¿No vas a acabar el trabajo, DeLuca?

Se ríe por lo bajo antes de dar un par de pasos lentos y titubeantes por las escaleras y cruzar el porche para encontrarse conmigo en la puerta. Se apoya en el marco y señala la llave que no he girado.

—Deberías entrar, Hallie.

Es casi una prueba la forma en la que lo dice con esa voz ronca y apretando ligeramente la mandíbula. Tiene otra vez las manos en los bolsillos, como si fuera la manifestación física del control que intenta tener.

Bajo la mirada a la cerradura y luego la levanto hacia él, y parece la representación de la batalla que libro en mi interior. Podría entrar y dejar las cosas en el marco de la amistad y lo profesional porque todavía no he superado del todo que se marchara hace tantos años, cuando más lo necesitaba. Por no hablar de que él desconoce toda la historia. O podría ponerme de puntillas y apretar mi boca contra la suya porque es la única persona a la que he amado y aquí está frente a mí todos estos años después.

El clásico dilema entre cabeza y corazón.

Hoy, el ilógico corazón gana la batalla cuando cierro el puño en su pechera y lo atraigo hacia mí, al tiempo que me pongo de puntillas y le doy un beso rápido en la comisura de la boca. Ha sido un poco burdo y casi fallo. Mis labios apenas han rozado los suyos.

Recuerda a nuestro primer beso, supongo. Suficiente como para decirle que quiero hacer esto.

Retrocede y observo sus ojos oscuros, ávidos y con los párpados caídos.

Su atención se traslada a mi boca y una vez más me hace la pregunta:

—¿Estás soltera, Hal?

Por fin le doy la respuesta tan ansiada y asiento para decirle que sí.

—Bien. —Da un paso lento, como un depredador, hacia mí y con un tono cortante que no deja lugar a dudas dice—: Porque no somos amigos ni de coña.

Con esta afirmación, me agarra por un lado del cuello y pega su boca a la mía.

Para mi sorpresa, la única sensación es el calor. El calor de su boca en la mía. El calor por la sobrecogedora presencia de su cuerpo y la desesperación con la que me besa. Porque es desesperado. Se siente la necesidad y el deseo. Parece como si hubiera seis años de deseo atrapados en ese beso.

Me da un instante para asumir lo que está pasando, para que separe los labios y pida más. Y cuando lo hago, cuando cedo ante él, se convierte en algo voraz, con todos mis sentidos a flor de piel.

Huele increíble. Huele a él.

Sabe delicioso. Justo como recordaba.

Se le nota fuerte y que tiene el control, y ejerce una presión firme pero calculada en mi garganta.

No lo puedo ver con los ojos cerrados, pero, joder, puedo imaginarme lo bien que se ve, alzado sobre mí y tomando lo que desea.

Y cómo suena… Dios, solo los ruiditos suplicantes que salen de la garganta de este hombre ahora mismo podrían hacer que perdiera el control.

La otra mano de Rio por fin sale del bolsillo y todo ese dominio de sí mismo por evitar tocarme se lo lleva el viento. Sus palmas están a ambos lados de mi cara empujándome contra la puerta. Me mueve donde quiere, lleva la iniciativa y me pasa la lengua por los labios entreabiertos.

Las yemas de sus dedos me agarran del pelo, su fuerte muslo se desliza entre los míos, acercándonos aún más.

Un gemido involuntario se me escapa de la garganta cuando su lengua se desliza contra la mía, cuando muevo las caderas en su busca.

Responde con un jadeo, que vibra contra mi cuerpo, y, joder, qué

bien sienta. Sin torpeza, sin indecisión, porque llevo besando a este chico desde que tenía dieciséis años. Nos enseñamos el uno al otro a hacerlo. A estas alturas es algo innato.

Su boca es cálida y suave y, al mismo tiempo, firme. Firme en el sentido de que sabe lo que quiere. Un poco caótico. Un poco espontáneo. Un poco desenfrenado. Y con un montón de ansia por ambas partes.

Le rodeo los antebrazos, trazo las colinas y los valles de sus músculos, siguiendo las líneas de las venas bajo su piel.

Despacio, se aleja de mi boca y apoya la frente contra la mía.

—Joder. —Suspira contra mi boca—. Cómo he echado esto de menos, Hal.

Abre los ojos para ver cómo subo las manos por sus costillas hasta su pecho y su corazón acelerado, notando cada jadeo y respiración.

—Por favor, no pares —dice, pero casi parece un sollozo—. Joder, echaba de menos cómo me tocas.

Me tomo mi tiempo mientras lo acaricio, lo siento, en realidad lo exploro por primera vez desde que tiene este cuerpo nuevo. Las yemas de mis dedos juguetean con la tela de su camisa, apretándola contra la piel de su pecho y sus costillas. La tela blanca es tan delgada que casi puedo distinguir la tinta negra que hay debajo.

Enseguida, Rio me rodea los antebrazos, me mueve las manos para que suban por su pecho y su cuello, para que mis dedos se deslicen por los rizos que se asoman bajo el gorro, en la nuca. Cierra los ojos de nuevo cuando, por voluntad propia, muevo las manos a ambos lados de su cara y tiro de él para que su boca se vuelva a encontrar con la mía.

Suelta un murmullo de satisfacción y, joder, cómo me pone.

Rio mueve las manos, una se desliza por mi cuello y lo rodea por completo, y el pulgar acaricia ahí donde se nota el pulso. La otra se coloca entre la puerta y yo, me pone la palma en el culo para atraerme hacia él.

De todas las veces que nos hemos besado antes, nunca me había besado así. Como si fuera la primera vez que respira en años. Es algo apasionado. Rezuma anhelo. Pero él no tiene ni idea de cuánto he deseado yo esto. Cómo he pasado casi la mayor parte de los

últimos seis años queriendo exactamente esto.

Queriéndolo a él.

Queriendo que cambiara de opinión y viniera a buscarme para poder explicárselo todo con la esperanza de que lo entendiera. Con la esperanza de que me perdonara. Con la esperanza de que quisiera que volviéramos a estar juntos.

Y así, de golpe, me acuerdo de que estoy besando al hombre por el que todavía tengo el corazón roto.

Debe de notar un cambio en mí porque frena las cosas o quizá soy yo, no lo sé. El beso es cada vez más dulce y tierno, casi un poco arrepentido. Me pasa con suavidad la mano por el pelo, hasta el cuello y por las costillas, como si los estuviera memorizando. Luego esa misma mano se desliza detrás de mí antes de que note como mete algo en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Por favor, no digas nada ahora mismo —me susurra pegado a mí; por lo visto sabía que estaba a punto de parar todo esto—. Déjanos tener este momento.

De todas formas, no soy capaz de pronunciar una palabra, así que tan solo asiento.

Detrás de mí, abre la puerta de mi casa y es entonces cuando me doy cuenta de que ha usado la llave y luego me la ha guardado en el bolsillo.

Retrocede con los labios hinchados, los ojos cansados y las mejillas sonrojadas. Su expresión es dulce y anhelante mientras recorre cada centímetro de mi cuerpo.

—No le demos vueltas a esto —suplica, en apariencia dándose el mismo consejo. Me acaricia la mejilla con el pulgar y acaba con un último y dulce beso en los labios—. Te veo en un par de semanas.

Entonces me deja muda en la entrada de mi casa antes de cruzar el césped en dirección a la suya.

18

Hallie

—La nueva temporada del programa de reformas de Tyler se empieza a grabar en dos semanas a partir del lunes —dice Tina durante nuestra reunión semanal del estudio—. Así que si no estamos en la oficina es porque estamos en el plató. Pero, por supuesto, estaré disponible al teléfono en todo momento. —Consulta la carpeta sujetapapeles que lleva en la mano—. Y lo último que tenemos en la agenda para hoy es el control de los proyectos. Hallie, ¿cómo va el proyecto DeLuca?

Todo el mundo sentado a la mesa de reuniones se vuelve hacia mí.

—Va… progresando.

Está claro que no basta como respuesta, porque Tina me mira fijamente para que continúe.

Jugueteo con la nota amarilla que tengo en la mano.

—Acabaremos con las ideas preliminares esta semana y, una vez que el señor DeLuca les dé el visto bueno, el equipo puede empezar a derribar tabiques.

Me suena raro decir «señor DeLuca», pero llamarlo Rio enfrente de mis compañeros de trabajo también me parece demasiado informal.

Tyler se inclina hacia delante con su lujoso traje a medida y pone los codos en la mesa.

—Hallie, pásame el diseño final que apruebe el señor DeLuca antes de empezar a grabar. Quiero verlo en las próximas dos semanas, solo para que los revise otro par de ojos.

—Por supuesto. Te lo pasaré en cuanto pueda.

Es habitual que Tyler revise los diseños de los becarios. Es el mismo proceso por el que pasé cuando trabajé en casa de Wren y agradezco otro par de ojos. Sobre todo, sus ojos. Es experto en el sector y le sobra el talento. Tomo nota con gusto de las cosas que ajustaría y de por qué lo haría. Estoy encantada de aprender de él todo lo que pueda.

El resto de diseñadores repasan sus proyectos uno a uno. Solo

escucho a medias; estoy demasiado ocupada doblando y desdoblando la notita amarilla que tengo en las manos.

La desdoblo para leerla lo que parece la centésima vez desde que Rio la ha dejado en mi puerta esta mañana. Estaba pegada en la tapa del café para llevar junto con una llave de repuesto de su casa y de su coche.

Gracias por dejarme mantenerte despierta anoche. Deberías haber visto el diseño del café de hoy. El mejor hasta la fecha hasta que le he dado un sorbo. Por favor, utiliza mi *pick-up* mientras estoy fuera.

R

Contengo una sonrisa mientras recuerdo el momento en el que lo he encontrado todo esta mañana en la entrada, justo cuando Rio subía al coche de Zanders para ir al aeropuerto. Esa armadura que me pongo para protegerme de él es cada día más débil y esto, combinado con el beso de anoche, tampoco ayuda.

Nuestra reunión semanal termina y salgo en fila con mis compañeros para volver a mi cubículo. En el ordenador, abro los archivos del proyecto de Rio: un precioso collage con el que se me cae la baba, las paletas de color con las que he soñado y el modelo 3D de su casa, que me muero de ganas por ver hecho realidad una vez que lleve a cabo mis ideas.

Ayuda que alguien de nuestro equipo pasara por ahí para sacar buenas fotos y vídeos y para tomar medidas cuando Rio contrató al estudio, así que ahora cuento con toda la información que me hace falta para trabajar.

Solo he estado alrededor de una semana pensando en el diseño de su casa, pero me lo he pasado bien. Tanto que el domingo, mi día libre en este trabajo, saqué el ordenador para empezar. El tiempo que hemos pasado juntos últimamente me ha servido para recordar que sigue siendo la misma persona que conocí cuando era niña. El mismo hombre que conozco mejor que a cualquiera.

Esto hace que el proyecto sea más liberador, me da la capacidad de que la creatividad fluya en lugar de tener que estar adivinando el gusto del cliente con cada una de las decisiones. Lo que me encanta

en el diseño de interiores, a Rio también le gusta. Lo sé porque solía explicarle con todo detalle cómo me imaginaba nuestra futura casa y él estaba de acuerdo con todo.

En esencia, este proyecto es la oportunidad de diseñar la casa que siempre soñé que compartiríamos. Solo que ahora la casa que estoy diseñando no es la nuestra. Es suya. Lo que es un puto baño de realidad, si lo sabré yo.

Los plazos de Tyler me están rondando en la cabeza, recordándome que me ponga a trabajar, así que agarro el teléfono para mantener al tanto a Rio.

Yo: *Hola. Tengo que comentarte un par de cosas del trabajo. ¿Puedes hablar ahora?*

Rio: *A punto de aterrizar. Te llamo en cuanto pueda.*

Yo: *No pasa nada. Podemos hacerlo por WhatsApp.*

Rio: *Vale. ¿Qué tal va el día?*

Rio: *Y otra cosa: quiero volver a besarte.*

Ya ves, directo al grano. Me río para mis adentros y me apoyo en la silla con el teléfono en la mano.

Yo: *Me refería a whatsappear sobre trabajo.*

Rio: *Vale. Entonces, sobre ese beso…*

Me puedo imaginar esa sonrisita socarrona en su rostro mientras escribe, pero no dejo que me cambie de tema.

Yo: *Esta semana termino los diseños preliminares. Hay un par de cosas que quiero que elijas en las próximas dos semanas. La distribución, los colores de la pared, ese tipo de cosas.*

Rio: *Estaré fuera dos semanas.*

Yo: *No pasa nada. Te lo envío todo por e-mail. Diseños, muestras, etc. No debería llevar mucho tiempo. Solo quería avisarte para que estuvieras atento a tu bandeja de entrada.*

Rio: *Va a ser que no. Quiero que todas las decisiones se hagan en persona.*

Rio: *Contigo.*

Esto no es… no es lo que esperaba que dijera. De hecho, cuando empecé el proyecto, creía que Rio se iba a asegurar de que la mayor parte de nuestra comunicación fuera por e-mail para evitar estar en la misma habitación que yo.

Tengo los pulgares paralizados en el teclado, sin saber qué responder.

Yo: *Rio.*

Rio: *Hallie.*

Yo: *No seas tan exigente. Tengo que hacer mi trabajo.*

Rio: *Exigente es justo mi rasgo de personalidad más destacado.*

Yo: *Bueno, en persona no va a poder ser. Tengo que pasarle los diseños a mi jefe antes de que vuelvas. Es un plazo estricto.*

Rio: *No hay trato, Hart.*

Tomo aire para centrarme porque este hombre va a conseguir que se me vaya la olla.

Yo: *No te hace falta que esté allí para decirme lo que te gusta.*

Rio: *Es probable que tengas razón. Si no recuerdo mal, siempre sabías exactamente lo que me gustaba.*

Su falta de sutileza me deja con la boca abierta porque ambos sabemos que no se refiere al diseño de interiores. Pero, una vez más, no dejo que me desvíe. Ahora somos amigos, aunque él cometiera la estupidez de besarme y ahora yo sea la única que siga intentando mantener el tono profesional de nuestro acuerdo laboral.

Yo: *¿Te acuerdas de que me dejaste asumir este proyecto para que, con un poco de suerte, consiguiera un contrato fijo en el estudio? Si no me ciño a los plazos, voy a quedar fatal.*

Rio: *No he dicho en ningún momento que no cumplas con el plazo. Pilla un avión y ven a verme.*

Yo: *Has perdido el juicio.*

Rio: *Confía en mí, Hallie. Por primera vez en seis años, pienso con toda claridad.*

Ha perdido la cabeza. Está fatal si piensa que tengo dinero o tiempo como para subir a un avión para mantener una conversación que sería igual de productiva que un e-mail.

Pero puede que, si se lo explico a Tyler, lo entienda. Él mismo lo dijo. La agenda de Rio es complicada por su carrera. Solo necesito un par de días extra para entregar el visto bueno definitivo una vez que el equipo de hockey vuelva a la ciudad.

Se acerca el fin de mi jornada laboral, así que dejo el teléfono en el escritorio y voy directa al despacho de Tyler, con la esperanza de

que siga ahí. Por suerte, ahí está, de pie en la esquina más alejada de su despacho, que ofrece unas vistas espléndidas al río que hay detrás, mirando diferentes muestras de papel pintado clavadas en un tablón de corcho.

No mira hacia mí cuando me detengo en la puerta, pero, de algún modo, sabe que soy yo.

—Hallie, tocador. Rollo ecléctico y dramático. ¿Cuál eliges?

—¿Quién es el cliente?

—Yo.

—El de la izquierda, obvio. —Entro en su despacho mientras respondo.

Sonríe, tomando la muestra del corcho, y la coloca en su escritorio.

—Sabía que acertaba contigo.

—Bueno, puede que no pienses lo mismo después de lo que te voy a decir. Necesito que me amplíes la fecha de entrega para el proyecto de DeLuca.

Tyler toma asiento tras su escritorio.

—Imposible. La grabación empieza dentro de poco y estaré demasiado ocupado como para aprobar ningún proyecto.

—Bueno, la cuestión es que mi cliente quiere tomar todas las decisiones en persona y estará fuera por trabajo durante dos semanas. Así que no podrá hacerlo hasta que…

—Reúnete con él —dice Tyler con naturalidad.

—¿Disculpa?

—Que vayas a reunirte con él. Somos una marca de lujo, Hallie, lo que significa que ofrecemos una atención al cliente de lujo. Si quiere tomar decisiones en persona, vete a verlo en persona. Tina te reservará un vuelo y el hotel. Dile dónde tienes que ir, dónde te quieres alojar y qué día.

Espero a que me diga que bromea, que eso sería una pérdida de tiempo y recursos y que es algo que se puede lograr por e-mail, pero no lo hace.

—No me haría falta un hotel —digo al final, cuando me doy cuenta de que va en serio—. Podría ir y volver el mismo día. La reunión no me llevará más de unos minutos.

Tyler niega con la cabeza.

—No quiero que tenga la sensación de que le metemos prisa. Esta es su casa. Se trata de elecciones personales.

Bueno, puede que no sea la casa de Rio si acaba vendiéndola, pero entiendo lo que Tyler quiere decir.

—Si alguna noche no juega —continúa Tyler—, puedes invitarlo a cenar. Compartid una buena botella de vino mientras decide sobre el diseño. Lo paga el estudio. Tina te dará una tarjeta de empresa.

Está claro que no lo he pensado bien. Si hubiera creído que reservar un billete de avión era una opción posible, no se me habría ocurrido nunca sacar el tema ante Tyler, porque ahora tengo que explicarle por qué no puedo ir.

—Tyler, yo… —dudo, apartando la mirada—. No puedo hacerlo. Tengo otro trabajo. Por las noches trabajo de camarera y no me puedo permitir perder un turno.

Vuelvo a mirarlo, con cautela, pero no distingo ninguna reacción en su rostro.

—¿No te puedes permitir perder un turno porque te meterías en problemas con tu jefe o no puedes perderlo por un tema económico?

—Económico.

Asiente en silencio, seguramente habrá llegado a la conclusión de que, aunque puede que encaje en este estudio por mi ojo para el diseño, más bien no cumplo con la estética de la marca Tyler Braden en mi vida personal.

Y ya verás cuando descubra que me saqué la licenciatura en Diseño de Interiores asistiendo a clases nocturnas online.

Con las manos entrelazadas, Tyler coloca los dedos bajo la barbilla.

—Te pagaré horas extras por cada hora que estés fuera.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendida.

—Espera. ¿En serio? ¿Incluso cuando esté durmiendo?

Suelta una risita.

—Sí. Incluso cuando estés durmiendo.

Lo miro con recelo.

—¿Sigues intentando compensarme por haberme concertado una cita con un hombre casado?

—Sí —dice secamente—. ¿Funciona?

—A las mil maravillas. Sigue así.

—Decide las fechas y díselo a Tina.

—Ok. Vaya. Gracias, Tyler. Te lo agradezco.

—Hallie —dice deteniéndome antes de que llegue a la puerta—. Cuando empecé a abrirme paso en este sector, solo tenía diez dólares a mi nombre. Pasaba las noches repartiendo pizza para pagar el alquiler porque deseaba realmente todo esto. —Abre los brazos, como refiriéndose a este despacho, estas vistas, esta marca —. No debería darte vergüenza que la gente sepa lo mucho que estás dispuesta a trabajar para conseguir lo que quieres.

Tiene razón. Estoy dispuesta a trabajar sin descanso. He estado dispuesta a hacerlo desde que decidí sacrificarme para ayudar a mi padre. Desde que tuve que dejar la universidad y buscar la forma de conseguir una educación desde casa.

Le muestro una sonrisa de comprensión.

—Gracias, Tyler.

Camino con gran vitalidad y, cuando vuelvo a estar frente a mi escritorio, agarro el teléfono.

Yo: *De acuerdo. Tú ganas. Dime dónde y cuándo nos encontramos.*

Noto en la mano cómo el teléfono vibra al momento y aparece el nombre de Rio en la parte superior de la pantalla.

—¿Vas en serio? —pregunta.

—¿Tú no?

—¡No! Quiero decir, sí, claro que iba en serio. Por supuesto que quiero que vengas a verme, pero solo estaba siendo un gilipollas exigente.

—La verdad es que te estabas comportando como un gilipollas exigente, pero le he dicho a mi jefe que querías que nos viéramos en persona y ha aceptado cubrir los gastos del viaje.

Duda.

—¿Y te va bien? ¿Con tu calendario de trabajo? Por favor, no pierdas turnos por mi culpa.

—Tyler me va a pagar horas extras para que esté contigo, lo que, por cierto, es el único motivo por el que estoy dispuesta a hacerlo.

—La hostia. Vaya cura de humildad, Hal. En realidad, iba a ceder sobre lo de la reunión en persona, pero me alegro de no haberlo

hecho.

—¡Hola, Hallie! —grita alguien al teléfono.

—Perdona, era Zee —dice Rio.

—¿Cómo? ¿Sigues en el avión?

—Sí. Acabamos de aterrizar. Estamos en la pista esperando a aparcar.

—Ah, vale, te dejo.

—No tienes por qué —dice en voz baja.

Eso me acelera el corazón de una forma que en absoluto debería. Pero también me siento un poco rara hablando con él por teléfono mientras está con sus compañeros de equipo. Los mismos a los que sirvo cuando vienen al bar. A pesar de lo que ha dicho Tyler, esa parte sigue dándome un poco de vergüenza.

—Tengo que volver al trabajo. Escríbeme cuando decidas qué día tengo que ir y dónde nos vemos. Y, Rio, solo te aviso, me voy a enfadar tanto contigo si todo esto acaba siendo el ejemplo perfecto de la frase «podría haber sido un e-mail».

—De acuerdo, entonces. —Su voz se vuelve más ronca—. Me aseguraré de que merezca la pena.

19
Rio

Soy el primero del equipo en subir al autobús después de nuestro partido vespertino contra Nueva York. Aunque nuestro hotel está a solo diez manzanas y es posible que tardáramos menos caminando, es política del equipo volver en autobús.

No dejo de mover las piernas por los nervios mientras espero a que el resto de los compañeros acabe de ducharse y con las entrevistas pospartido, porque todo lo que quiero es volver al hotel.

Esta noche es la noche en la que viene Hallie. Ha pasado una semana y media desde que nos besamos y llevo esperando con impaciencia poder verla desde entonces. Preguntándome si se arrepiente de aquella noche o si, como yo, no ha pensado en otra cosa.

No sé qué cojones pasó o cuándo cambió todo de forma drástica. Quizá fue cuando estuvo en mi casa por primera vez o cuando me ayudó a cuidar de los hijos de mis amigos. Tal vez es todo el tiempo que hemos pasado juntos lo que me ha recordado cuánto la echaba de menos. A nosotros. Pero las cosas por las que estaba tan enfadado hace tan solo uno o dos meses ahora parecen intrascendentes y sin importancia.

Solo sé que quiero verla, estar con ella.

Estuve a punto de decirle que el mejor día para la reunión era al día siguiente de irme porque así de impulsivo me siento con ella, pero no quería que Hallie se perdiera un turno de viernes o sábado por la noche en el bar, porque me imagino que son las noches que más gana en propinas.

Además, haber elegido hoy implica que tenemos la noche libre y, como hay varios equipos que juegan a poca distancia en coche, nos quedamos en Nueva York toda la semana en lugar de tan solo una o dos noches como hacemos siempre que viajamos a cualquier otro sitio.

Solo tengo que ser paciente, que no siempre es mi punto fuerte.

Mientras espero a los otros compañeros, suena el teléfono. Esperaba ver el nombre de Hallie en la pantalla, quizá para decirme que ya se ha registrado en el hotel, pero no es ella. Es mi madre.

Tengo que admitirlo, no he contestado sus llamadas con tanta frecuencia como suelo hacerlo y es todo porque no sabe que Hallie se ha mudado a Chicago. No quiero decírselo, aunque se me da fatal mentirle.

De ahí que la haya estado evitando, pero es domingo y no hay domingo que pase sin que hable con ella.

Así que respondo al teléfono.

—Hola, mamá.

—¿Hola, mamá? —pregunta enfadada—. ¿Hola, mamá? Evitas mis llamadas durante toda la semana y cuando por fin respondes es con un «¿hola, mamá?».

Me río.

—Tienes más acento cuando estás cabreada.

—Ay, granuja. Me vas a matar a disgustos. ¿Lo sabías?

—Lo siento. He tenido mucho lío esta semana.

—Buen partido hoy, *tesoruccio*. He visto la asistencia, pero sigo enfadada contigo porque no has querido que vaya a Nueva York. Está a poca distancia en avión.

—Los aeropuertos están fatal en estas fechas.

—Podría haber ido en coche. O en tren.

—Demasiadas horas sentada. Mi próximo viaje es a Boston. Tú y todos los vecinos vendréis al partido, ¿no?

—Por supuesto que sí. Me muero de ganas. He encargado unas camisetas con tu cara y vamos a hacer tanto ruido que nos oirás desde la pista.

—No me cabe la menor duda. ¿Ves? No hacía falta que vinieras hoy. Me verás jugar dentro de poco.

Suspira.

—Por lo menos el año que viene vivirás aquí otra vez y podré ir a todos los partidos que juegues en casa.

Procuro hablar en voz baja porque mis compañeros están empezando a entrar en el autobús.

—Mamá, todavía no he firmado con Boston. No está cerrado.

—Ay, Rio. Venga. Los dos sabemos que va a pasar. ¡Es tu sueño de cuando eras niño! No dudes de ti.

No es de mi talento de lo que dudo.

Cambio rápidamente de tema.

—¿Qué has preparado para cenar?

—Lasaña y pollo asado.

Solo menciona dos platos, pero sé que lo más seguro es que haya improvisado unos cinco.

—El tío Mikey ha venido a echarme una mano —añade.

—¿Has dejado entrar al tío Mikey en tu cocina?

—Claro que no. Pero ha sacado la basura, ha estado bien. También ha cambiado un par de bombillas a las que no llegaba y ha ajustado la barandilla de la escalera, que estaba suelta.

—Mamá, ya te dije que haría todo eso cuando fuera a Boston.

—Lo sé, pero se ofreció, y creí que así no te tendría haciendo tareas en tu único día en casa.

Tomo nota mental para darle las gracias al hermano de mi padre la próxima vez que lo vea. Como mi madre vive sola, me preocupa que tenga que mantener esa vieja casa por su cuenta y procuro hacer todas las chapuzas que puedo cuando vuelvo de visita.

Cumplir mi sueño de la infancia no es lo que me ha llevado a valorar fichar como agente libre para Boston. En realidad, es el hecho de que mi madre esté sola en aquella casa y no tenga a nadie que la ayude cuando vaya haciéndose mayor.

Zee se sienta en la fila detrás de mí, se inclina hacia delante y rodea con los brazos el respaldo de mi asiento.

—Oh, ¿es…?

Le tapo la boca con la mano antes de que pueda pronunciar el nombre de Hallie, intentando transmitirle en silencio que no diga tonterías sobre ella.

—Es mi madre.

—Ah —continúa, dándose cuenta—. ¡Hola, señora D!

—¡Hola, Zee! —Me aparto el móvil de la oreja y pongo el altavoz—. ¿Vas a venir a verme cuando estéis en Boston?

—Por supuesto. Aunque a Stevie le da pena perdérselo.

—La echo de menos. Os echo de menos a todos. Tengo que ir a

Chicago de visita pronto.

—Nos encantaría.

Aparece un mensaje en la pantalla y los dos bajamos la mirada para ver el nombre de Hallie.

H ponericorazón217**:** *Acabo de registrarme en el hotel.*

Vuelvo a echarle esa miradita a Zanders, rogándole en silencio que no diga nada mientras mi madre esté al teléfono.

—Rio, corazón, te tengo que dejar —dice mi madre—. Empiezan a llegar los vecinos para cenar.

—Vale, mamá. Pásalo bien. Te quiero.

—Sí, de acuerdo. Yo también te quiero. —Me mete prisa antes de que su penetrante voz italiana grite con entusiasmo el nombre de alguien, quienquiera que haya entrado por la puerta, y me cuelgue el teléfono.

—¿Estás seguro de que tu madre te quiere? —me pregunta Zee por encima del hombro.

—Que te den. Por supuesto, solo que quiere a las vecinas un poquito más que a su único hijo.

El autobús por fin comienza a moverse y busco el mensaje de Hallie.

Yo: *De camino. Ahora nos vemos. La reserva para cenar es a las ocho.*

—¿Ya has puesto el corazoncito rojo en su contacto? —dice Zee con un silbido—. Estás pillado, colega.

—Es por su apellido, Hart, que suena como «corazón» en inglés. Una tontería de cuando éramos críos.

Está claro que no pensé que mis amigos iban a mirar por encima de mi hombro y leer mis mensajes cuando actualicé su contacto para que coincidiera con la forma en la que solía firmar sus cintas de música.

—¿No le has contado a tu madre que Hallie se ha mudado a Chicago? —pregunta Zanders.

Niego con la cabeza.

—¿No le parecería bien que volvierais a pasar tiempo juntos?

Suelto un largo suspiro.

—Ni lo más mínimo.

Se queda en silencio un instante hasta que me da un golpecito de ánimo en el hombro.

—Sé que la relación con tu madre no podría ser más diferente de la inexistente que tengo yo con la mía y podría parecer que no soy la persona más indicada para dar este consejo. Pero si alguien me dijera que no estuviera con Stevie, reevaluaría con rapidez la importancia de esa persona en mi vida. Sé que quieres a tu madre, todos queremos a tu madre, pero ya eres un hombre hecho y derecho, Rio. Llega un momento en el que las opiniones de nuestros padres no pueden ser más importantes que las de uno mismo.

—¡Rio! —me llama un compañero desde la parte de atrás del autobús—. Pon algo de música.

Agarro mi radiocasete, el mismo que llevo a casi todas partes, y lo coloco en el asiento vacío que hay a mi lado. Lo enciendo y dejo que suene lo que está puesto mientras procuro no pensar en mi madre, Boston o Hallie durante el resto del trayecto hasta el hotel.

No dejo de darle vueltas a la cabeza desde ese trayecto en autobús.

No son solo las opiniones de mis padres las que pesan demasiado, también sus errores.

Las dos personas que modelaron todo mi sistema de creencias, que conformaron la forma en la que veo el amor, en quienes veía reflejada mi propia relación, se divorciaron hace seis años y no se han hablado desde entonces.

Novios desde la infancia. Dios, me da hasta la risa.

He pasado gran parte de los últimos seis años con esta puta necesidad de demostrar que el amor existe de verdad y lo he dado todo para encontrarlo. Culpaba de esa necesidad a Hallie cuando la misma culpa, si no más, se les podía atribuir a mis padres.

He estado completamente distraído durante la ducha y mientras me vestía para la cena, moviéndome en piloto automático. Lo mismo podría decir del recorrido en ascensor hasta el vestíbulo. Sé que si estoy tan preocupado por contarle a mi madre que Hallie ha vuelto a mi vida es porque no quiero escuchar lo que va a decir.

Me he pasado tanto tiempo enfadado porque ella estaba enfadada.

Sentía que así la protegía, pero no quiero seguir basando mis decisiones en sus sentimientos. Quiero seguir adelante.

Dios, todo me parece complicado de cojones. He intentado seguir con mi vida, convencido de que Hallie era el enemigo, pero, de pronto, ya no estoy tan seguro de ello. Solo sé que en las últimas semanas, al volver a verla, me he sentido más yo mismo que nunca. Incluso cuando nos peleamos, incluso cuando pienso en todas las cosas de mierda del pasado, estar con ella es como… estar en casa.

Hay una parte de mí que se pregunta constantemente si la añoranza que he sentido estos años ha sido por Boston o si en realidad es por ella.

Mi cabeza aún da vueltas, intentando poner en orden los pensamientos, cuando se abre el ascensor y sale ella. No me ve, el vestíbulo está bastante concurrido, pero yo sí a ella.

Y toda esa confusión, todas esas dudas desaparecen porque sé lo que estoy haciendo. Solo he amado a una persona en toda mi vida y aquí está y, joder, no me importa el resto. Quiero descubrir si podría llegar a ser algo. Si alguna vez seremos capaces de perdonarnos. Si podríamos intentarlo de nuevo.

Como siempre, esta noche está preciosa. Lleva el pelo liso como una tabla y cortado a ras de la mandíbula. Viste elegante con una falda negra de satén y un chaquetón de estilo marinero de color verde oscuro, pero las botas militares de cordones y la camiseta estampada añaden un toque informal. Luego suma todas esas alhajas de diferentes metales que le gusta llevar y su aspecto es… justo el de la chica con la que he soñado gran parte de mi vida.

Me levanto del asiento, me estiro el traje y es entonces cuando por fin me ve.

—Hola —dice con esa sonrisa suya tan Hallie, recolocándose el bolso en el hombro.

—Estás… —Solo puedo asentir.

—Tú también. —Me mira de arriba abajo—. ¿Te has puesto traje para la cena? ¿O es del partido?

Siento cómo me sonrojo mientras me froto la nuca.

—No es el traje de los partidos. Es otro. El traje formal, se podría decir.

—¿Vamos a un sitio elegante? ¿Debería cambiarme? —Señala con el pulgar el ascensor, situado a su espalda—. No he traído muchas más opciones.

—No, no, Hal. Estás perfecta.

No creo que eso la haya tranquilizado mucho respecto a lo elegante que puede llegar a ser el restaurante y yo tampoco puedo saberlo porque nunca he estado allí. Le dije a Miller que tenía una reunión de trabajo con Hallie esta noche y que necesitaba una reserva de último minuto. Me preguntó cómo de profesional quería que fuera el encuentro y, en cuanto le dije que no quería que pareciera algo profesional en absoluto, llamó a un chef que conoce y nos consiguió una mesa.

Por mucho que Hallie quiera llamar a esto una reunión de trabajo, yo lo llamo por su nombre: una cita. Una oportunidad para ver si esto podría funcionar de nuevo.

Hallie se coloca el gran bolso que lleva al hombro y, cuando lo hace, diviso los catálogos de muestras, cuadernos y el portátil que lleva dentro.

Se lo deslizo por el hombro para llevarlo yo mismo.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Me inventé una excusa de mierda sobre tomar decisiones en persona para poder llevarte a cenar sin tener que esperar dos semanas para verte. Lo mínimo que puedo hacer es cargar con todo lo que te he hecho traer.

—Lo sabía. —Niega con la cabeza y reprime una sonrisa—. Esto no es una cita y lo sabes.

—Por Dios, claro que no. Es una reunión de trabajo, Hallie. Céntrate, por favor.

Nos dirigimos juntos hacia la salida, pero me paro en seco en la puerta.

Un restaurante bonito sería justo lo que habría planeado si fuera una primera cita con cualquier otra persona. Pero esto no es nuestra primera cita y si quiero que parezca un poquito una cita, debería replicar las que solíamos tener. Cuando ninguno de los dos tenía dinero y el único sitio en el que podíamos pasar el rato juntos y solos era en el dormitorio del otro.

Le tomo la mano para detenerla y que no dé un paso más.

—¿Qué dirías si pasáramos de la reserva? Podríamos ponernos el chándal y pedir la cena al servicio de habitaciones mientras echamos un vistazo a tus planes de diseño.

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Eso ya es un poquito más de nuestro rollo.

Me da un vuelco al corazón cuando oigo ese «nuestro».

—Solo vas a estar en Nueva York esta noche —le recuerdo—. ¿Seguro que te parece bien quedarte en la habitación?

—Bueno, tú eres el cliente. Tú mandas. Yo estoy aquí para ofrecer un servicio al cliente excelente.

Levanto una ceja con interés.

—No ese tipo de servicio. Tienes la mente sucia, DeLuca.

—Culpa tuya. —Sigo con su mano en la mía y caminamos hacia el ascensor. No se la suelto ni cuando presiono el botón y esperamos—. Procura acordarte de que esto es una reunión de trabajo, Hart. No quiero que me eches miraditas lujuriosas cuando esté en chándal como las que me estás echando con este traje.

Se abre la puerta del ascensor y salen algunos de mis compañeros de equipo.

Hallie retira de inmediato su mano y da un paso atrás, escondiéndose en parte tras de mí.

—Hola, Rio —dice uno de ellos—. ¿Vienes con nosotros hoy?

—Esta noche no. He quedado con…

Me aparto para decir el nombre de Hallie cuando el novato me interrumpe:

—¡Eh! ¡Es la camarera!

«¿Ein?».

—¿Qué haces aquí? —continúa.

Hallie no se ha puesto tan roja en su vida. Muestra una sonrisa tímida y baja la mirada con vergüenza.

Me parece increíble que estos tíos con los que estoy todos los días solo conozcan a esta mujer, la misma que ha ocupado todos mis pensamientos durante gran parte de mi vida, como la camarera que les sirve las bebidas.

De pronto surge un abrumador arranque de protección.

—Sabes que tiene nombre, ¿no?

Zanders aparece de la nada y le da una colleja de mi parte.

—¿Y si la gente solo se refiriera a ti por el puesto que ocupas? Muestra un poquito de respeto, novato.

Se frota la cabeza.

—Vosotros lo hacéis conmigo.

—Bueno, pues igual deberíamos ser un poco más precisos y empezar a llamarte «el extremo que no gana un saque neutral ni aunque le paguen».

Paso el brazo por la cintura de Hallie y apoyo la mano en su cadera, acercándola hacia mí para impedirle que se esconda.

—Esta es Hallie. Crecimos juntos en Boston. Está reformando la casa en la que os pasáis media vida, así que se lo podéis agradecer. Y sí, resulta que también es camarera.

—Hola, Hallie —dice Zanders. Se adelanta y la abraza—. ¿Salís a cenar?

Hallie le devuelve el abrazo.

—Nos quedamos aquí, en realidad.

—Un momento. —El novato vuelve a interrumpir—. ¿Eres la que está reformando su casa? ¿Puedo pedir algo?

Pongo los ojos en blanco.

—No…

—Porque sería fantástico que pudiéramos tener alguna tele más en el salón. ¡Imagínate toda una pared de pantallas! Tendríamos el mejor *setup* de Xbox. Seguro que acabaríamos mudándonos allí porque no querríamos marcharnos nunca.

—Y por eso justamente no va a hacerlo. Ya os podéis ir olvidando de la casa de la fraternidad del hockey porque está a punto de desaparecer. Puede que tu casa sea el próximo lugar para quedar, novato.

Abre los ojos, brillantes, de par en par.

Presiono la mano en la cintura de Hallie cuando se vuelve a abrir y vaciar el ascensor.

—Nos vamos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Hallie al novato cuando entra conmigo en el ascensor.

—Mason.

—Encantada de conocerte oficialmente, Mason.

Mason le sonríe y le salen putos corazoncitos de los ojos.

—Adiós, Hallie. Nos vemos pronto en tu trabajo, ¿vale?

Niego con la cabeza mientras se cierra la puerta. Hallie presiona el botón de su planta y me doy cuenta de que es la misma que la mía.

—¿Ves? No hay motivo para tener vergüenza con mis compañeros de equipo. Son gente normal. Bueno…, más o menos. En todo caso, el novato debería ser el que se avergonzara, teniendo en cuenta que no tiene ninguna posibilidad contigo.

Hallie mira al frente, con la barbilla levantada.

—¿Y quién dice que no la tiene?

Vuelvo la cabeza en su dirección.

—Hallie, no tiene gracia.

Se encoge de hombros y puedo ver la sonrisa que intenta contener por el reflejo del ascensor.

Todavía tengo la boca abierta como un tonto cuando nos bajamos en nuestra planta.

La sigo a su habitación y me apoyo en la pared mientras abre la puerta con la tarjeta de acceso para poder entrar y ponerse algo más cómodo.

—¿Tengo que recordarte lo del beso de la última vez que nos vimos?

Se ríe.

—Ya no tengo dieciséis años, Rio. Que nos besáramos no significa que sea tuya.

Levanto una ceja.

—¿Es un reto?

—Tómatelo como quieras. —Tiene esa sonrisa provocadora en los labios cuando se desliza a su habitación, cierra la puerta y me deja solo en el pasillo.

20
Rio

—¿De verdad que todavía funciona? —Hallie pasa la mano por el radiocasete, que está en la cómoda de mi habitación del hotel.

—A las mil maravillas.

—¿Cuántos años tiene?

No digo nada, espero a que Hallie ate cabos.

—¡Imposible! —Vuelve la cabeza hacia mí—. No me digas que es el mismo de cuando tenías quince años.

—El único e incomparable.

—¡Hala! —Se sienta conmigo en el sofá—. ¿Y no has pensado nunca en comprar uno más moderno?

«Los nuevos ya no reproducen cintas de casete, ni siquiera CD».

Pero eso no se lo digo a ella.

—¿Por qué arreglar lo que no está roto? —digo en su lugar.

Hallie se relaja y se apoya en el respaldo del sofá, cruza las piernas y abre su portátil.

—Bueno, estos son los dos planos con los que he estado trabajando. Podemos descartarlos del todo, combinarlos o lo que quieras.

Me inclino hacia ella para ver mejor el ordenador, con las piernas apoyadas en la mesita de centro que hay frente a nosotros. La misma mesita en la que están los platos de la cena, ya vacíos.

Nos hemos cambiado de ropa los dos —yo me he puesto un chándal y una camiseta, y ella, unos *leggings* y la sudadera con capucha de mi equipo, la que me robó— antes de pedir toda la carta del servicio de habitaciones. Principalmente porque Hallie no sabía qué quería comer y yo porque quería que lo pasara bien conmigo, así que he pedido toda la carta sin pensarlo.

Qué más da. Estaba buenísimo.

Hallie abre el primer diseño tridimensional en el ordenador y noto cómo me cambia la cara en cuanto lo veo.

—¿Esa es mi casa? —pregunto incrédulo.

—Podría serlo. Si te gusta.

Me inclino más hacia el ordenador y, por lógica, más hacia ella.

—¿Gustarme? ¡Me encanta! ¿Cómo coño es posible que sea la misma casa en la que vivo ahora?

Utiliza el ratón para darme una vuelta por la casa, entrando en cada habitación.

—No tienen por qué ser los colores definitivos ni nada. Es solo una idea de lo que he creído que combinaba bien. En esta opción he añadido algunas paredes, mientras que la otra es un concepto de diseño más diáfano. Pero añadir paredes también supone un aumento del coste, lo que, si vas a vender, podría no ser la mejor opción.

Yo ya sabía que era buena en su trabajo, por supuesto. Vi la casa de Wren, pero ¿comprobarlo de primera mano, contemplar cómo Hallie convertía apenas nada en todo esto? Tiene tanto talento. Estoy tan impresionado, no podría estar más orgulloso de ella. De verla pintar su dormitorio de cría un millón de veces a ¿esto? ¿Cómo es que no se pasa media vida hablando del enorme talento creativo que tiene?

—Hallie —digo con un suspiro mientras examino las imágenes del ordenador—, ¡qué puto cerebro tan increíble tienes! ¿Cómo se te ha ocurrido esto?

Observo mientras intenta contener una sonrisa de orgullo antes de abrir el segundo diseño que ha creado.

No puedo decir con claridad por qué este es diferente, solo sé que lo es. Al igual que en la primera opción, hay color en cada metro cuadrado, las decisiones tienen una intención y no me imagino a nadie que entre y no se sienta a gusto. Y eso es lo que buscaba básicamente para esta casa, tanto si me la quedo como si la vendo.

—¿Prefieres alguno? —pregunta—. Entre los dos.

Me mira y es entonces cuando me doy cuenta de lo cerca que estamos. Nos apoyamos el uno en el otro, con los hombros superpuestos, los suyos descansando en los míos. Y nuestros labios, nuestros labios están a un suspiro de tocarse cuando ella se da la vuelta para mirarme.

Cuando se da cuenta, Hallie no se mueve, lo que me parece una

victoria.

Joder. Quiero besarla otra vez.

—¿Cuál elegirías? —pregunto y, maldita sea, mi voz suena ronquísima.

—Bueno, es cosa tuya. Si el coste no es un problema, la mayor diferencia es el diseño diáfano o las habitaciones. Ninguno es necesariamente mejor que el otro. Es cuestión de preferencia.

—Y si fuera tu casa, ¿qué elegirías?

Pasa los ojos por mis labios antes de recolocarse y sentarse para crear cierta distancia entre los dos.

—Esta no es mi casa.

Su voz tiene un tono que es final y definitivo.

No le hago caso.

Deslizo la mano sobre su muslo porque ya echo de menos tenerla cerca.

—Haz como si lo fuera. Necesito tu opinión.

Suelta un suspiro y suena seria, cansada y precavida al imaginar que mi casa sea suya.

—Me gusta la idea de añadir algunas paredes. Los espacios diáfanos están de moda ahora mismo, pero no creo que sean la mejor opción para todo el mundo.

—¿Y por qué no sería una opción adecuada para ti?

—¿Además de por intentar mantener ordenada una casa diáfana? Porque añadir paredes supone que cada habitación tendría su propósito y su propia historia. En una casa de concepto abierto hace falta que todo fluya a la perfección de un espacio al siguiente porque puedes verlo todo a la vez. Si cambias de gustos con frecuencia, como me ocurre a mí, en lugar de cambiar una habitación tendrás que hacerlo con toda la casa.

Suelto una carcajada, recordando todas las veces que vi a Hallie cambiar su habitación cuando éramos críos.

—Que sea con paredes, entonces —digo con decisión.

—Debería dejar claro que añadir paredes no solo aumentará el coste, sino que también extenderá los tiempos del proyecto.

—Genial. Añade las paredes.

Me mira con recelo, con los ojos entrecerrados.

—¿Todas? Porque podemos quitar algunas si no te gustan.

—Todas.

—De acuerdo —dice—. ¿Por qué lo estás poniendo tan fácil?

Este proyecto debería ser fácil. Seguro que no se acuerda, pero una vez me contó todo lo que imaginaba para nuestra futura casa y a mí me encantaron todas y cada una de sus ideas.

—¿Hay algo más que tengamos que revisar? —pregunto mientras paso el pulgar por la tela de sus *leggings*, con la yema de los dedos enganchada en la cara interna de su muslo.

—Sí. —Hallie cambia el portátil por un catálogo de muestras que lleva en el bolso—. Esto no tiene por qué ser una decisión definitiva, pero tengo que presentarle a mi jefe un concepto de diseño general.

Aparto los platos de la mesita para que tenga espacio para colocar y abrir el catálogo. Está repleto de los *collages* de diferentes estilos que ha creado. Hay fotos de muebles, paletas de color y diferentes estampados. Papel pintado, quizá.

Una vez más, no sé muy bien lo que estoy mirando, pero, sea lo que sea, me gusta.

—¿Hay algún estilo en particular que te llame la atención? —pregunta. Los dos estamos sentados al borde del sofá.

—Todos.

Se ríe por lo bajo.

—Eso es bueno. También podemos elegir solo algunas cosas. Podemos combinar lo que te guste de cada estilo para hacerlo tuyo.

Mi mirada se desvía lentamente hacia ella.

—¿Cuál elegirías tú?

Levanta una ceja, diciéndome en silencio que también se trata de lo que me guste a mí, antes de que su atención recaiga sobre mi boca, que está tremendamente cerca de la suya.

—Si fuera tu casa, quiero decir.

Veo cómo aparece ese cansancio de nuevo, pero no duda y señala su favorito. Es una mezcla de tonos verde oscuro, crema y madera natural con mobiliario que parece cómodo a la par que moderno. El tipo de muebles que utilizarías y no esas piezas elegantes de diseño que parece que deberían estar en un museo.

—Que sea ese —decido.

—Rio…

—Hal, en realidad no sé qué cojones estoy mirando, pero tú sí. Y siempre me ha encantado tu estilo, así que no es una decisión tan difícil. Si te gusta ese, entonces a mí también.

—Rio —suspira.

Me preparo para que me diga algo tipo: «Deja de diseñar tu casa pensando en mí» o «deja de remover viejos recuerdos».

Pero, en cambio, lo que dice es:

—Esto podría haber sido un e-mail.

Se nota que estamos cómodos, es algo divertido y sencillo, como solía ser. Lo he echado de menos. Esta comodidad y compatibilidad. He echado de menos que usara mi ropa. He echado de menos estar juntos sin hacer absolutamente nada. Nadie me ha conocido como ella y está quedando claro que aún es así.

—¿Puedo preguntarte algo? —Se sienta hacia atrás, con las piernas cruzadas por debajo y encarada hacia mí en el sofá.

—Por supuesto.

—¿Por qué has querido que venga? Que nos encontráramos mientras estabas de viaje.

—¿La verdad?

Asiente con el labio inferior entre los dientes.

Pienso en darle la respuesta completa, pero, en su lugar, le doy una parcial pero verdadera.

—Porque quería verte. Eso es todo.

—De acuerdo.

Encuentra mi mano en el sofá, entre los dos, y la apoya de nuevo en su pierna. Juguetea con los nudillos. Delinea el mapa que forman las venas en el dorso antes de que por fin ella halle un poco de valor para deslizar sus dedos entre los míos.

Hallie mira fijamente nuestras manos entrelazadas durante un rato como si quisiera un recordatorio de cómo era todo y es entonces cuando las veo.

Sus uñas.

No sé cómo no me he dado cuenta antes, cuando tecleaba en el ordenador o dábamos buena cuenta del servicio de habitaciones.

Le tomo la mano orientando las uñas en mi dirección.

—Hallie Hart. ¿Diez colores diferentes? —Sonrío de oreja a oreja como un bobalicón—. Hablando de volver al pasado.

—Para —dice riendo mientras retira la mano.

—¿Cuándo te lo has hecho?

—Ayer.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque solía hacerlo, supongo, y últimamente me siento yo misma otra vez. —Levanta la mirada hacia mí—. Por primera vez en mucho tiempo.

Vuelvo a deslizar mi mano en la suya dejando que nuestros dedos se entrelacen.

—Sí, entiendo perfectamente lo que quieres decir.

21
Hallie

La hora que me devuelve el despertador de la mesilla me dice que es la 1:48 de la madrugada.

No tengo ni un solo motivo para estar despierta. No tuve turno de noche en el trabajo, no hubo ningún problema en el viaje y la cama de este hotel es una de las más cómodas que he probado.

El único motivo por el que supongo que sigo despierta es el hombre que hay al final del pasillo y en el que no puedo dejar de pensar.

¿Estará dormido? Puede. ¿Me ha contagiado su incapacidad para dormir? Tal vez.

Quiero llamarlo. A fin de cuentas, es mi momento, la hora de hacer lo que yo quiero hacer. Pero también me parece insensato, cuando lo que debería hacer es protegerme.

A la mierda. Ninguno parecía con ganas de despedirse antes cuando me he ido de su habitación, así que agarro el teléfono fijo de la mesilla y marco su número. Bueno, el número de su habitación.

Responde al segundo tono.

—¿Sí?

—¿Estás dormido?

—Bueno, de estarlo, me habría despertado en cuanto este teléfono se ha puesto a sonar al lado de la cama.

Me río entre dientes.

—Lo siento.

—No te preocupes. ¿Y tú, por qué estás despierta?

—No lo sé.

No dice nada, espera a que me explique.

—¿Te importaría…? —mascullo—. ¿Igual te apetecería venir a mi habitación y dormir aquí?

—Sí —responde con rapidez—. Me gustaría. Enseguida estoy ahí.

Hay un instante, justo después de retirar el edredón, en el que me entra un poco de pánico. Tengo la habitación hecha un desastre.

Hay ropa por todas partes. Metí a propósito en la maleta mi pijama menos sexy para evitar hacer lo que acabo de hacer, así que de ninguna manera estoy preparada para que duerma un hombre en mi cama.

Una parte de mí quiere ordenar la habitación, meterlo todo hecho una bola en la maleta, darme una ducha rápida y ver si puedo encontrar algo más mono para dormir, pero entonces recuerdo que es Rio quien viene y se me empiezan a relajar todos los músculos.

No hace ruido al llamar, solo un golpeteo con los nudillos. Abro la puerta y la luz del pasillo ilumina la habitación lo justo para que vea adónde va antes de cerrar la puerta tras él y sumirnos a los dos de nuevo en la oscuridad.

Está de pie cerca, puedo sentirlo, y cuando mis ojos se vuelven a acostumbrar a la falta de luz, veo cómo estira el brazo y sus dedos juguetean con el dobladillo del pantalón corto de mi pijama. Cuando me encuentra, recorre con la mano mi costado, sube por las costillas hasta que me rodea los hombros con un brazo y me atrae hacia su pecho para abrazarme.

—Hola, Hal —susurra con dulzura antes de besarme en la parte superior de la cabeza y dejar que sus labios se queden ahí—. Gracias por dejarme dormir algo.

Lo dice como si yo estuviera frita y me hubiera despertado lo justo como para darme cuenta de que él probablemente seguía despierto. Como si me hubiera apiadado de él y le permitiera venir a descansar cuando, en realidad, no hacía más que dar vueltas en la cama pensando en él.

—¿Me pongo en el suelo? —Lo dice con un tono de humor, pero conociéndolo, si le dijera que sí, improvisaría encantado una cama allí.

—Estoy bastante segura de que dejaste de hacerlo cuando tenías unos diecisiete años.

Se ríe con suavidad y el sonido resuena en cada centímetro de mi cuerpo. Cálido, reconfortante y familiar.

Me suelta y se acerca al lado de la cama que está sin abrir y, todavía con la sudadera suya que llevaba antes, vuelvo con él bajo el edredón.

Mi rodilla choca contra la suya y su pie roza el mío mientras intentamos ponernos cómodos. Me muevo hacia atrás para crear un poco de distancia y me quedo totalmente en mi lado de la cama. Tumbada de espaldas, cruzo las manos sobre el estómago y no dejo que ninguna parte de mí toque ninguna parte de él.

Tampoco debería permitir que ninguna parte de mí quisiera que él esté aquí y, sin embargo, lo hago.

Eso es lo que hago.

—¿Desde cuándo duermes así?

Me vuelvo para mirarlo y me lo encuentro tumbado de lado, de cara a mí, con esa estúpida sonrisa de suficiencia en los labios.

—¿Desde cuándo duermes con camiseta? —le respondo.

—Bueno, realmente no creía que íbamos a tener ese tipo de fiesta de pijamas.

—Y no vamos a tenerla.

—Y por eso sigo vestido, amor. No existe un universo en el que me meta en la cama contigo, incluso parcialmente vestido, y lo único que hagamos sea dormir.

Trago saliva.

—Quizá por eso duermo así. Mantengo la distancia de seguridad.

—No voy a morderte, Hal. Bueno, a menos que me lo pidas.

Me estiro para golpearle el estómago con el dorso de la mano, pero me agarra la muñeca antes de que pueda darle.

—Ven aquí —susurra tirando de mí hacia él.

Me veo acercándome de forma voluntaria, giro hacia el centro de la cama para ponerme de cara a él.

—Quiero besarte otra vez —dice en voz baja.

Niego un poco con la cabeza, pero sin mucha autoridad.

Se humedece los labios.

—¿Te arrepientes?

—No —respondo con rapidez—. Pero no puedes besarme, porque quiero que lo hagas y me parece peligroso.

Con las manos me recorre las costillas y sus yemas dibujan círculos en el hueso de mi cadera.

—¿Querer esto otra vez te parece peligroso?

Asiento.

—Lo que principalmente me ha ayudado a superar los últimos seis años ha sido creer que eras despreciable, que estaba mejor sin ti. Ha sido bastante aterrador darme cuenta… bueno, recordar, que no eres para nada despreciable.

Me coloca el pelo detrás de la oreja y su mano en la mejilla mientras desliza la yema del pulgar por el hueso del pómulo.

—Hallie, yo…

—Te marchaste y te olvidaste de mí, Rio. Sí, esto sienta bien otra vez. Sienta bien de una forma frustrante. Está claro que todavía hay algo, pero no puedo pasar por alto el hecho de que te olvidaras incluso de mi existencia.

Siento una punzada de culpabilidad en cuanto salen las palabras por mi boca, porque él ha venido a dormir un poco, no a discutir conmigo.

Se ríe, pero está dolido, como si intentara encontrar oxígeno para respirar después de ese golpe.

—Dios, Hallie. —Sus dedos se tensan en mi pelo—. No tienes ni idea de hasta qué punto eso no es cierto. Quería hacerlo. Joder, intenté con todas mis fuerzas olvidarte, pero no pude. Ya sé que el hecho de que yo lo diga no significa una mierda en este momento, pero creo que, más pronto que tarde, te darás cuenta de cuánto me he aferrado a ti todos estos años, incluso cuando intentaba olvidarte.

—¿Y cómo se supone que voy a creerme eso?

Sus ojos se clavan en mi mirada, rogándome que lo crea.

—Dame tiempo para orientarme aquí y te lo mostraré.

Reina el silencio durante un buen rato, pero siento cómo mi cuerpo se mueve hacia él, al tiempo que él hace lo mismo, moviéndose con lentitud hacia mí. Vuelve a colocar la mano en mi cadera antes de deslizarla hacia abajo, pasa por alto el culo y me sube el muslo hasta su cintura, acercándonos aún más. Sus yemas callosas siguen recorriéndome la piel y me acaricia ligeramente el muslo.

Con indecisión, me estiro, juego con su camisa antes de reunir el valor suficiente para deslizar la mano por su nuca y pasarle los dedos por el pelo.

A estas alturas ya debemos de estar compartiendo una sola almohada, las narices se tocan y tenemos los labios peligrosamente

cerca.

—Lo siento —susurro en el hueco que hay entre los dos—. No has venido hasta aquí para hablar de esto conmigo. Solo querías dormir un poco.

—Me quedaría encantado despierto toda la noche, hablándolo contigo, Hallie. Y los dos sabemos que debíamos tener esta conversación. Quiero que avancemos.

—¿Y qué significa eso para ti? Avanzar.

Dejo caer la mano por su cuello y con la palma noto cómo traga saliva.

—¿Te acuerdas cuando antes me has preguntado por qué quería que vinieras?

Asiento.

—Antes no te he dado una respuesta completa. Pero si tuviera que decirte toda la verdad, te diría que, aunque me haya pasado seis años sin verte, la sola idea de no verte en dos semanas ahora me parece imposible. Y no, no sé por qué ocurre eso, pero quiero tener la oportunidad de averiguarlo.

Las palabras se me ahogan en la garganta, así que continúa:

—¿Sabías que, en algún momento de su relación, todos mis amigos han estado con su alma gemela cuando estamos de viaje? Stevie volaba con nuestro equipo como azafata. Así se conocieron ella y Zee. Indy y Ryan se conocieron cuando el plan de viaje de sus equipos coincidió. Miller se pasó todo un verano viajando con Kai y Max. En cuanto a Kennedy, bueno, es la médica del equipo de Isaiah, así que siempre están juntos. Después de todos estos años, quería que me tocara a mí.

—Pero no soy tu alma gemela. —La garganta me quema al decir eso y las palabras saben a mentira en cuanto salen de mi boca.

—Ya —dice sin ganas—. Yo también me he pasado los últimos seis años intentando convencerme de eso. Pero estoy cansado de mentir, Hallie. ¿Y tú?

—No quiero quererte.

—Lo sé, cariño. —Acerca su nariz a la mía—. Ya somos dos.

No espera más. Se inclina y presiona sus labios contra los míos, impidiendo cualquier réplica que pudiera tener.

Rio ajusta mi pierna sobre su cadera antes de deslizar la palma por mi muslo y subirla hasta el culo otra vez. Lo aprieta al tiempo que suelta un gruñidito de satisfacción contra mis labios. Luego continúa, desliza la mano bajo la sudadera que llevo, la suya, y me acaricia la columna.

Enseguida se percata de que no llevo nada debajo de la sudadera y retira su boca de la mía.

—Jodeeer —dice arrastrando las letras, con la cabeza hacia atrás y la nuez a la vista—. Maldita sea, Hallie.

Me río entre dientes, empujo las caderas contra las suyas haciendo que se muevan una vez, pero en esta ocasión, soy yo la que suelta un gemido pidiendo más.

Pasa la mano al pelo y me enmarca la cara antes de dejar caer la frente en la mía.

—Hal —suspira, ya sin aliento—. Quiero esto. Quiero darle otra oportunidad. Tú y yo.

No respondo porque es demasiado pronto. Todo está pasando demasiado rápido, pese a todos nuestros años de historia compartida. Hay tanto que él desconoce todavía, tanto en mi corazón que sigue roto, que ni siquiera puedo pensar en volverme a poner en esa situación otra vez.

Pero esto, su cuerpo rozándose contra el mío, esto sí lo quiero. Esto lo puedo gestionar.

Lo beso de nuevo, con más fuerza y urgencia, lamiendo el labio inferior hasta que abre la boca y encuentro su lengua con la mía.

Rio lanza un gruñido rotundo, salvaje y hambriento antes de agarrarme el culo con la mano y darnos la vuelta, girándome hacia la espalda. Abro las piernas por instinto y él encaja sus caderas en las mías. Desliza los dedos entre los míos y me empuja la mano hacia el colchón mientras sostiene la mayor parte de su peso con la otra mano.

Es tan grande, tan arrollador. Con un cuerpo tan atractivo, tiene los músculos mucho más desarrollados que la última vez que lo tuve encima. Elevo las caderas al tiempo que él las restriega hacia abajo y así nuestras bocas se separan por un momento, una sensación abrumadora de lo bien que sienta.

Echo la cabeza hacia atrás mientras Rio deja caer la suya sobre mi pecho y vuelve a rozarse contra mí. El chándal resbala contra la costura de mis pantalones y la fricción contra el clítoris me vuelve loca. Es exasperante porque no es suficiente, pero sí mucho más de lo que he tenido en mucho tiempo.

—Sí —susurro—. Más. Por favor.

El sonido desesperado y demandante que sube por mi garganta se refleja en los propios sonidos de Rio. Y está empalmado. Joder, ahora mismo la tiene tan dura. Puedo sentir cada centímetro.

Ha pasado tanto tiempo que casi debería parecer extraño, pero mi cuerpo se mueve y se acuerda exactamente de lo que tiene que hacer.

Engancho mi pierna en la suya y lo animo a hacerlo de nuevo.

Rio me empuja la rodilla al colchón, frotándose contra mí, mientras nuestra respiración se entremezcla en la habitación, por lo demás, silenciosa. Se desliza de mi boca al cuello mientras me va besando.

Le paso las manos por el pelo y me aferro a él mientras me besa y me muerde.

—Te he echado de menos —le admito entre jadeos al oído.

Deja caer la cabeza en mi pecho, se detiene antes de agarrarme la cara con ambas manos, inclinarse hacia mí y besarme de nuevo. Despacio. Profundo. Desesperado.

—Dilo otra vez —ruega.

Mis labios esbozan una sonrisa contra los suyos.

—Te he echado de menos.

Emite un murmullo de placer tras mi confesión mientras busco el dobladillo de su camiseta y deslizo una mano por debajo. La palma se pega a su estómago duro como una piedra y los dedos acarician el pelo del pecho mientras se la quito. Porque quiero quitársela. Quiero quitárselo todo.

—Espera —dice jadeando. Su pecho se mueve con rapidez contra el mío mientras me agarra la muñeca para pararme—. Espera, cariño.

Me mira con una expresión de súplica, desesperada.

—¿Crees que…, o sea, crees que alguna vez serás capaz de darnos otra oportunidad? —pregunta—. Sin que tengamos que ocultarnos

de tu hermano y sin nuestras respectivas familias en medio. ¿Querrías volver a intentarlo conmigo?

Noto cómo mi corazón se rompe con estas palabras tan dulces, con la ternura con la que las dice.

Porque sé que no tengo la respuesta que le gustaría.

—No sé cómo responder a eso —le digo con sinceridad.

—Inténtalo, Hal. Por favor. Solo dime que te lo pensarás.

Trago saliva y le paso la mano por el pelo.

—Los dos hemos cometido errores. Ya lo sé, pero te marchaste cuando me hacía falta que te quedaras.

Veo cómo cualquier atisbo de esperanza desaparece de su rostro.

—Me rompiste el corazón, Rio, y sé que yo te lo rompí a ti.

—Era joven, Hallie. Éramos jóvenes. Éramos unos putos críos que cometieron errores. Tenía veintiún años y acababa de ver cómo mi vida se rompía en pedazos y… —Cierra los ojos, intentando no perder la compostura—. Lo pagué contigo.

—Lo sé —lo tranquilizo, pasándole la mano por la cara—. Lo sé. Solo intento ser honesta contigo. Todavía hay tanto que no sabes y…

—Entonces, cuéntamelo.

Esbozo una débil sonrisa. Todavía no estoy preparada para confiarle esa parte de mi vida, y no sé si llegaré a estarlo.

Exhala un suspiro de derrota antes de tomarme la muñeca con suavidad y plantarme ahí mismo un cariñoso beso, una forma silenciosa de aceptar la situación.

Me doy cuenta de que no se libera de mis piernas, de que no se gira hasta su parte de la cama, así que elevo las caderas con la esperanza de seguir aquello que él ha detenido.

—Rio —susurro—. Puede que no esté preparada para eso, pero podríamos tener esto.

Suelta una risa sardónica entre dientes y cierra los ojos como si le causara dolor físico lo que está a punto de decir.

—¿Sabes? Yo no funciono así. No puedo tener lo uno sin lo otro.

Y con ello quiere decir que no puede echar un polvo si no hay compromiso.

—¿Todavía? —Y sí, mi voz muestra una sorpresa absoluta porque este hombre ha estado años en la NHL y daba por hecho que en

algún momento habría empezado a tener relaciones ocasionales.

Y lo más seguro es que así sea. Pero yo no cumplo con los requisitos porque lo nuestro nunca ha sido algo informal.

Sonríe al notar mi sorpresa.

—Sí, Hal. Todavía.

Se inclina y me besa una vez más. Despacio. Con ternura. Todo mientras con cuidado se quita de encima de mí para tumbarse a mi lado.

Me retira el pelo de la cara.

—Gracias por venir a verme.

Quiero quejarme, gimotear porque haya parado el tema, pero no puedo. No cuando me ha puesto sus límites al tiempo que me ha pedido que lo quiera de nuevo. No es que no lo quiera. Es que no quiero que me hagan daño.

—Buenas noches, Rio. —Me acerco y beso sus labios por última vez antes de darme la vuelta y volver a mi sitio.

Enseguida, un brazo fuerte me rodea la cintura y me arrastra hacia él hasta que mi espalda choca con su pecho.

—¿Estás loca? Que necesite que seas mía antes de follar no significa que no quiera arrumacos. —Mete un brazo por debajo de mí y me deja usar su bíceps como almohada, mientras que el otro brazo me rodea la cintura. Coloca la mano debajo de la sudadera y la palma contra mi piel—. Pero la próxima vez me pido que me abraces tú.

Suelto una risita y me acurruco en él.

Hay una gran sonrisa en mi rostro cuando cierro los ojos e intento dormir. Pero estoy demasiado concentrada en su pulgar, que dibuja lánguidos círculos en mi tripa, y en su respiración, que parece uniforme y calmada detrás de mí.

—Entiendo por qué estás indecisa o indiferente —susurra—. No te voy a presionar para que me quieras. Pero voy a estar aquí, esperando, por si alguna vez decides que quieres intentarlo de nuevo. Esta vez no me voy a ninguna parte.

22
Hallie

(17 AÑOS)

—Feliz cumpleaños, Hal —dice Rio mientras me besa el cuello.

Sonrío y le paso los dedos por el pelo.

—Gracias.

Desde arriba, sigue con su ruta de besos hacia el pecho y el estómago, por encima de la camiseta. Su camiseta hace rato que yace tirada en alguna parte del suelo.

Estamos en mi habitación, en mi cama. Rio se ha colado aquí después de la cena de cumpleaños con nuestras dos familias. Quiero a mis padres, a mi hermano y a la familia DeLuca, pero esto es todo lo que quiero hacer hoy. Estar con él.

Le recorro la espalda con las manos y le rodeo la cintura.

La respiración de Rio es agitada y sus ojos se concentran en mis dedos, que exploran, palpan la suave piel de su estómago, juegan con la cinturilla de sus pantalones.

—Rio, por favor.

Duda, durante más tiempo que nunca. Normalmente corta esta conversación bastante rápido. Llevamos cerca de un año tonteando, pero no nos hemos acostado.

Y es al cien por cien debido a lo culpable que se siente por esconder nuestra relación a mi hermano.

Sus ojos van y vienen entre los míos, dándole vueltas.

—Yo quiero, Hallie. Joder, tengo tantas ganas…

La manilla de la puerta se menea, cortando su respuesta.

Ambos miramos en esa dirección con los ojos abiertos de par en par. Ninguno dice una sola palabra y aguantamos la respiración mientras vemos la sombra de dos pies por el hueco de la puerta de mi dormitorio.

—Hallie —dice Luke llamando con los nudillos—. ¿Ya estás durmiendo?

Rio vuelve a mirarme fijamente y con cara de pánico. Se separa de mí con rapidez. Atacado, agarra su camiseta del suelo y se la pone por la cabeza.

Me esfuerzo por no reírme mientras intenta calzarse, tropieza y casi se cae.

Luke vuelve a llamar y Rio sale corriendo por la ventana.

Vale, ahora no puedo evitarlo. Suelto una carcajada y me tapo la boca con la mano para intentar no hacer ruido.

—No te rías de mí, Hart —exclama en voz baja mientras sale por la ventana, pero veo cómo esboza una sonrisa traviesa y también intenta evitar reírse—. Reúnete conmigo aquí fuera cuando puedas.

Quiero contarle a Luke lo nuestro. Se lo quiero contar a todo el mundo. Pero incluso aunque Luke me llegara a perdonar por haberle ocultado nuestra relación, no sería tan fácil con respecto a su amistad con Rio.

Es casi el final de su último año, y ni Rio ni yo queremos fastidiar estos últimos meses a ninguno de los dos.

Aunque, con el tiempo, se lo contaremos.

Dejo la luz apagada y abro la puerta.

—Hola, ¿qué pasa?

—¿Ya te vas a la cama? —pregunta Luke.

—Eso pensaba. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, solo quería pasar un rato contigo. No estaré aquí por tu cumpleaños el año que viene, así que me da la sensación de que este es el último que voy a celebrar contigo.

Ladeo la cabeza.

—Aaah, Luke, te estás poniendo sentimental conmigo.

—Calla. Te voy a echar de menos, eso es todo.

—Yo también te voy a echar de menos, pero todavía quedan cinco meses hasta que te marches a la universidad.

—Ya lo sé, pero ¿te apetece quedar mañana? Podríamos ir a ver una peli, solos los dos. Bueno, invitaríamos a Rio, obvio.

—Vale. Sí, suena genial. Pero ¿y si vamos solo nosotros? En plan hermanos. Podríamos pillar algo de cena antes.

—Perfecto. Suena divertido. Te dejo dormir. —Recorre el pasillo hasta su habitación, y cuando está frente a su puerta me dice—:

Feliz cumpleaños, hermanita.

Cierro la puerta, la bloqueo de nuevo antes de coger el CD de mezclas de este año de mi escritorio y salir por la ventana.

Hay una manta gruesa echada en medio del tejado, donde me espera Rio tumbado con la cabeza apoyada en las manos.

—Esta noche se está genial aquí fuera, Hal. Mira lo grande y brillante que está la luna.

Tiene razón. Es perfecto. El tiempo que hace. Las vistas. Él.

Las palabras de mi hermano me resuenan en la cabeza.

—Una noche perfecta para nuestro último cumpleaños juntos.

Se incorpora para mirarme.

—¿De qué estás hablando?

Camino despacio hasta la línea divisoria del tejado y me tumbo en la manta junto a él.

—El año que viene por mi cumpleaños estarás en la universidad. No podremos quedar en el tejado.

—Bueno, pero tendremos todos los cumpleaños después de la uni. Todos los ocho de marzo. No es el último. —Me observa con cautela —. ¿Va todo bien?

Asiento, pero no digo nada.

—Ven aquí. —Levanta el brazo, me anima a que me tumbe en su pecho—. ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Las cosas van a cambiar.

—Así es.

—¿No te da miedo?

Me pasa los dedos por todo el largo de mi pelo.

—Un poco, pero no me da miedo lo nuestro. Me da miedo lo mucho que te voy a echar de menos y me da miedo intentar centrarme en el hockey cuando sé que voy a estar pensando en casa. Pero ¿tú y yo, Hal? No hay nada que temer cuando se trata de nosotros.

Quiero creerlo y claro que creo que es como se siente ahora mismo.

Pero eso no significa que no me sienta insegura al pensar que se va a mudar y a olvidar de mí. Va a jugar a hockey en la máxima categoría de la liga universitaria, a unos mil doscientos kilómetros.

Ha conseguido una beca completa, lo que me hace sentir muy orgullosa, pero va a recibir un montón de atención. Ya lo hace, pero ni siquiera se da cuenta de cuántas chicas del instituto tienen los ojos puestos en él. Todo porque no saben que es mío.

No es que me preocupe que sea infiel. Rio no tiene ni un pelo de infiel. Pero soy humana, así que sí, hay una parte de mí a la que le aterroriza que él pruebe la vida fuera de nuestro pequeño barrio de Boston y se dé cuenta de que quiere más.

—¿No crees que te olvidarás de mí?

Estalla en carcajadas.

—De verdad no tienes ni idea de lo profundo que te llevo aquí dentro, ¿verdad? —Se da un golpe en el pecho—. Básicamente vives aquí sin pagar alquiler, Hallie Hart.

Me acurruco más contra él.

—Me gustaría que me vieras la cabeza por dentro, Hal. Verías la imagen que he creado de nuestro futuro y que cada parte gira en torno a ti, ¿vale? —Me levanta la barbilla con el nudillo para que lo mire—. Somos tú y yo. Te lo prometo.

Le sonrío.

—Vale.

Se inclina y me besa.

—Vale.

Coloco el CD de mezclas en su estómago y sonríe aún más.

—Estaba esperándolo.

Puede que me avergüence un poco cuando lo escuchemos juntos más tarde y se dé cuenta de que todas las canciones se refieren a un momento vivido con él, pero da igual. Ha formado parte de mis mejores recuerdos de este año, como la mayoría de los años. Todos los recuerdos que me gustaría poder rebobinar y revivir son los que hemos vivido a lo largo de los años, creciendo juntos. Aprendiendo el uno del otro. Enamorándonos.

Me abraza con más fuerza para acercarme a él, mientras que con la otra mano recorre el número diecisiete y la letra «H» escrita con un *rotu* permanente en el CD. Este año se queda un rato siguiendo las líneas del corazón que dibujo para representar mi apellido. Luego, como siempre, cubre el rabillo adicional del corazón con el índice.

No le retiro la mano. No le echo la bronca por burlarse de mí y de mis corazones desiguales. Solo observo sus dedos, intentando grabarme la imagen en la memoria porque sé que este día del año que viene no estaremos juntos en el tejado.

Me entran ganas de llorar al pensar en ello. Pensar en todo lo que va a cambiar en nuestra vida.

—Hallie, ¿sabes por qué no tengo miedo? —Sostiene el CD de mezclas—. Porque sé que me queda toda una vida para que me regales más de estos. Tenemos toda una vida de mejores momentos ante nosotros.

23
Rio

Durante el partido de hoy me he dado un tremendo golpe que me ha jodido la espalda, así que trato de aliviar la tensión de la zona con uno de los chorros.

Sin lugar a dudas, este jacuzzi ha sido la mejor compra que he hecho para la casa. No hay nada como el agua a cuarenta grados cuando el invierno aprieta en Chicago. Por no mencionar que tiene unas vistas privilegiadas a la ventana del dormitorio de Hallie, a quien he pillado un par de veces observándome desde ahí arriba.

Hace un par de semanas que volvimos de Nueva York. También hace un par de semanas que no duermo como Dios manda. Dos semanas es el tiempo que ha pasado desde que nos besamos, pero he hecho justo lo que prometí aquella noche. No presionarla para llegar a más ni para que nos dé otra oportunidad como pareja. Ahora, tampoco se puede decir que haya desaparecido de su vida.

Cuando trabaja en el bar, me paso. A veces con mis compañeros. Otras yo solo.

Siempre la llevo a casa.

Y la mayoría de las veces esos trayectos acaban alargándose, bien porque nos divertimos otra vez escuchando música juntos, bien porque se queda dormida y yo no estoy dispuesto a despertarla.

Cada mañana le dejo un *latte* con leche de almendras y vainilla en la puerta de su casa decorado con la más cutre de las creaciones artísticas en espuma junto con una nota en la que le especifico cuál era el diseño antes de que yo le diera el sorbo habitual.

Me paso por el estudio para saludarla si estoy por el centro después de entrenar o antes de algún partido porque, sí, me apetece verla. Solo quiero tenerla cerca. Cuando estoy con ella, todo se calma. Estas últimas semanas nos han hecho recordar que seguimos estando muy bien juntos. Que somos las mismas dos personas que hace tiempo estuvieron enamoradas.

Pero no, no la he presionado ni le he pedido que volvamos a

intentarlo. Tan solo he sido yo mismo, para permitirle que me recuerde.

Miro la hora en el móvil, consciente de que debería ir subiendo a preparar el equipaje para nuestro vuelo de esta noche, con la esperanza de que me sobre algo de tiempo para pasarme a ver si Hallie está en casa y despedirme de ella. El avión del equipo sale en un par de horas hacia Filadelfia para un partido y luego nos dirigiremos a Boston, así que estaré fuera casi una semana.

Estoy impaciente. Me hace mucha ilusión volver a casa, aunque sea para una noche, y jugar delante de mi familia y mis amigos. También va a ser una ocasión importante porque dentro de unos meses tendré total libertad de acción. Una cosa es que tus estadísticas sean buenas y hayas cosechado bastantes logros, y otra muy diferente es jugar al hockey sesenta minutos frente a un equipo que esperas que no tarde en ofrecerte un buen sueldo.

Con todo eso dándome vueltas en la cabeza, salgo del jacuzzi, apago los chorros y vuelvo a colocar la tapa. Cojo la toalla, me la paso por el pelo y vuelvo corriendo a casa para resguardarme del frío.

Pero, antes de llegar a la puerta trasera, levanto la vista y me paro en seco. Porque justo ahí, en mi cocina, Hallie me observa desde detrás de la isla.

Y no lo hace como preguntándose qué hago aquí fuera, sino como si estuviera catalogando todos y cada uno de los nuevos músculos que he desarrollado desde la última vez que me vio desnudo. Ni siquiera intenta ser sutil y, joder, me encanta.

A Hallie ya le gustaba cuando no era más que un adolescente escuálido con una complexión muy alejada del ideal atlético. Siempre intentó reforzar mi confianza y nunca dejó que me preocupara de si era o no suficiente para ella. Así que no me pregunto si me encuentra atractivo. Eso sí, ahora me siento capaz de fardar un poco.

Me tomo mi tiempo para secarme con la toalla, pero me aseguro de ponerme la camiseta antes de acercarme demasiado a la puerta. Sí, llevo un par de semanas pensando que probablemente haya llegado el momento de empezar a hacerle saber a Hallie lo

poquísimo que me he olvidado de ella durante todos estos años, pero es algo que hay que hacer despacio, pasito a pasito.

—Lo siento —me dice en cuanto abro la puerta.

Intento reprimir una sonrisa.

—¿Qué parte? ¿Colarte en mi casa o follarme con la mirada?

—Sobre todo lo de colarme aquí. Aunque tengo llave y he usado la puerta principal, así que no sé si podríamos llamarlo así. Y en cuanto a lo de follarte con la mirada… —Mueve la cabeza hacia los lados, pensativa—. Fui la primera chica en verte desnudo. He supuesto que eso me daba carta blanca para examinar con qué te manejas ahora.

Riéndome entre dientes, rodeo la isla de la cocina para llegar hasta ella y me encuentro con todo un despliegue de muestras de azulejos y herrajes para armarios extendido sobre la encimera.

—¿Qué es todo esto? —pregunto colocándole la mano instintivamente en la parte baja de la espalda.

—Unas cuantas muestras que quería ver *in situ* ahora que ya hemos acabado la demolición de la primera planta.

Un equipo de constructores lleva toda la semana por aquí, arrancando la moqueta, sacando los zócalos y taladrando azulejos. Ha sido escandaloso y caótico, y no veo el momento de terminar esta reforma.

Pero hay una parte de mí que no piensa lo mismo. Porque si Hallie decide que no se ve dándonos otra oportunidad, no sé cuánto voy a poder verla una vez que la renovación esté acabada. Sobre todo, cuando se vaya de la casa de Wren. Sobre todo, si yo acabo en Boston.

—Pensaba que ya te habrías ido al aeropuerto —señala.

Le dibujo unos lánguidos círculos con el pulgar al final de la espalda.

—El vuelo sale en un par de horas. Normalmente nos vamos justo después del partido, pero esta noche no ha sido así.

—¿Te hace ilusión volver al hogar?

La pregunta me hace reflexionar porque durante un momento mi primer pensamiento es que ya estoy en mi hogar. Pero luego me doy cuenta de que no se refiere a esa versión de un hogar, con ella en mi casa.

—Sí. Me encanta esa ciudad y podré ver a mi madre.

Hallie sonríe levemente y sé que está haciendo lo posible por alegrarse de mi vuelta a casa. Pero también sé que mencionar a mi madre puede hundir los ánimos, así que me apresuro a cambiar de tema:

—Tengo que acabar de preparar el equipaje, pero tú, a lo tuyo. Si quieres, sube al piso de arriba cuando termines y pasamos un rato juntos.

Sacude la cabeza.

—He venido a trabajar.

—Vale. —Le meto el pelo detrás de la oreja porque soy incapaz de quitarle las manos de encima y, pese a que Hallie dice que ha venido a trabajar, ese contacto la hace inclinarse hacia mí—. No te vayas sin decir adiós.

La dejo en la cocina, me dirijo hacia las escaleras y me detengo a medio camino.

Porque hay música sonando por toda mi casa.

Música que ha puesto Hallie.

Siento que se me empieza a dibujar una sonrisa en los labios porque, el primer día que Hallie vino a trabajar a mi casa, dijo que ya no seguía haciéndolo. Pero está claro que las cosas han cambiado desde entonces.

24
Hallie

Sé que no debería querer pasar tiempo con él. Quiero ser arisca. Guardarle rencor con la misma facilidad que durante los últimos seis años. Pero cuanto más tiempo estoy con él, más se resquebraja la armadura.

Últimamente, lo más reseñable de mis días gira en torno a este chico. Cuando pasa por mi trabajo para verme o cuando me deja un café en la puerta de casa. Son todos esos pequeños momentos que me indican que está pensando en mí.

Pero saber que piensa en mí, ahora que vivo justo al lado, no es lo que me hace recelar a la hora de lanzarme de nuevo a sus brazos. Más bien es lo fácil que le resultó olvidarse de mí durante los años que estuvimos separados. Lo poco memorable que, al parecer, fui para él.

Sobre todo, porque él nunca salió de mi mente.

Pero debería preguntarle qué opina de estas opciones para la zona antisalpicaduras. Al fin y al cabo, es su casa y, vale que aún faltan semanas hasta que necesitemos tomar este tipo de decisiones, pero ¿por qué no adelantarnos al calendario? Podemos hablarlo mientras prepara el equipaje. Y si se decide enseguida y acabo pasando más rato con él del esperado, bueno, pues las cosas son como son.

Me llevo dos opciones conmigo y pongo rumbo hacia las escaleras.

Ha dejado abierta la puerta de su habitación, así que entro discretamente. Veo la maleta a medio hacer sobre la cama. Sin embargo, él no está. Tiene ambos armarios abiertos, incluso el que no quería que viera la última vez que estuve aquí.

Es como una luz que me llama, así que doy un paso en esa dirección, pero me detengo antes de poder echarle otro vistazo.

Por mucho que quiera, no puedo hacerlo.

Entonces me distrae por completo un lejano y susurrante «joder» que resuena desde su baño privado y capta de inmediato toda mi atención. Me vuelvo de golpe hacia allí, deseando oírlo otra vez y

preguntándome si ha sido real.

No respiro. No me muevo. No hago ningún ruido mientras me concentro en escuchar, trato de convencerme de que los oídos me han engañado.

No ha sido así. Me lo confirma el sonido del agua de la ducha cayendo, que amortigua un gemido.

Mientras me tapo la boca con la mano para evitar que se me escape ningún sonido, los ojos se me abren como platos.

«¿Está…?».

—Sí… —murmura—. Joder…

«Madre de Dios, sí».

Deposito con cuidado las muestras sobre la cama intentando no hacer ruido y luego cruzo despacio la moqueta, con paso liviano, para pegar la oreja contra la puerta del baño.

La ha dejado entreabierta, pero no me atrevo a mirar dentro. Me quedo escondida, escuchando atentamente el distintivo sonido de la piel deslizándose sobre la piel.

Rio gime y ese sonido provoca algo en mí al instante. Me enciende. Me vuelve insensata.

No debería estar aquí. No debería estar escuchando. Pero ya llevo un tiempo haciendo cosas que no debería, así que, ¿qué importa una más?

Las paredes de la ducha hacen de amplificador cuando dice:

—Mierda, Hallie, sí…

Me quedo inmóvil. Pegada al puto suelo en la puerta de su baño, oyéndolo aliviarse mientras dice mi nombre.

Quiero verlo. Quiero contemplar los movimientos de su puño sobre sí mismo. Quiero tener un asiento de primera fila para ver cómo se deshace.

A la mierda. Si está diciendo mi nombre, ya es como si estuviera allí con él.

Solo un rápido vistazo.

Me inclino hacia delante y lo espío a través de la rendija de la puerta. Gracias a Dios, su ducha tiene una mampara de vidrio y el vapor no ha obstruido la vista.

Y vaya vista.

Con una palma apoyada sobre los azulejos, Rio usa la otra mano para acariciarse. El agua lo golpea en la espalda y salpica su cuerpo mientras se trabaja la polla con el puño, adelante y atrás.

Gimiendo.

Dios, podría correrme solo con la banda sonora de sus gemidos. Suena tan desesperado, tan excitado… y lo acompaña el sonido deslizante de los rápidos bombeos a los que somete su miembro.

Todo su perfil queda a la vista. Espalda larga y esculpida, cintura estrecha, un culo de la hostia y unos muslos marcados a la perfección. Ahora es realmente grande con todos esos músculos añadidos, pero mis preferidos son los de los antebrazos, que se tensan y se mueven al ritmo de sus sacudidas.

Está duro… por todas partes.

Pero, claro, eso ya lo sabía.

Se le contrae el vientre. Su pecho está agitado. Mueve la mano arriba y abajo, centrándose en la punta, y sé que está cerca. Y por mucho que quiera verlo, recordar su expresión cuando se corre, sé que no debería estar ahí.

Me retiro y vuelvo a esconderme tras la puerta.

—Hallie —repite casi sin aliento.

Oírlo decir mi nombre así de nuevo me hace cerrar los ojos y cruzar las piernas. Como si rezara una plegaria momentos antes de escucharlo terminar.

—Hallie. —Su voz queda amortiguada por la caída de agua, pero la proyecta para que yo la oiga—. Para quedarte ahí afuera escuchando, más te valdría entrar a mirar. No es nada que no hayas visto antes.

«Ay, mierda».

«¿Cómo ha…?».

Me entra el pánico y la vergüenza se apodera de mí, pero el que se ha excitado pensando en mí mientras estoy en su casa ha sido él, así que no soy yo la que debería sentirse avergonzada.

Trago saliva, todavía escondida en su dormitorio, con la espalda contra la pared.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Se ríe, y oigo que su mano no ha bajado el ritmo ni un ápice.

Finjo que mantengo la compostura.

—Me dijiste que subiera a tu habitación si quería pasar un rato contigo.

—Exacto. Ven y pasa un rato conmigo.

—Rio.

—Ven, Hal.

Sé que no debería hacer lo que dice, pero, a la mierda, es lo que quiero.

Respiro hondo para tranquilizarme, me vuelvo y comienzo a abrir lentamente la puerta. Me lo encuentro en la misma posición, solo que esta vez me muestra su perfil derecho. Por suerte, esa es la mano que usa para tocarse, así que vuelvo a tener una vista privilegiada.

Recorro su cuerpo poco a poco con la mirada, tomándome mi tiempo y dejando de lado la timidez. Cuando llego a su cara, veo que tiene los ojos clavados en mí.

El pelo, oscuro y mojado, se le pega a la frente. Me mira entornando unos ardientes ojos verdes. Con la boca entreabierta y jadeante, se muerde el labio inferior mientras me observa.

Yo estoy completamente hipnotizada por sus movimientos y soy incapaz de retirar la mirada. Su mano nunca deja de moverse y yo me centro en la punta, roja e hinchada, que comienza a gotear líquido preseminal en el suelo de la ducha.

Me cuesta tragar saliva.

—Pensaba que el sexo había quedado descartado.

—Y así es. No estoy follando contigo. Solo me follo a mi puño mientras pienso en ti.

«Joder».

No, no solemos ser tímidos entre nosotros, pero oírlo hablar así, con tanta confianza, con tanta decisión… me pone a cien.

—Joder, Hallie, sigue mirándome así.

Entro del todo en el baño, dejando atrás el quicio de la puerta.

—Así, ¿cómo?

La nuez se le desplaza en la garganta.

—Como si desearas que fuera tu boca la que estuviera a punto de hacer que me corriera en lugar de mi mano.

Asiento rápidamente, haciéndole saber que eso es justo lo que quiero.

Ese gesto le enciende todos los músculos del cuerpo y no puede evitar echar la cabeza hacia atrás.

—Voy a correrme solo de pensarlo.

Vuelve a centrarse en mí y el calor de su mirada me contrae el vientre y me tensa las piernas.

Imitando su confianza, avanzo un paso hacia él.

—¿Eso te gusta?

Se ríe con incredulidad.

—No tienes ni idea. Joder, y no dejes de hablar. Con tu voz vas a hacer que me corra.

Vale. La idea de hablarle hasta que eso ocurra me pone muchísimo.

Doy otro paso.

—¿Con qué frecuencia dices mi nombre mientras te tocas?

—Una cantidad alarmante de veces.

Un paso más.

—¿Y en qué piensas exactamente?

Aprieta la mandíbula, se le contrae el vientre.

—En todo. En lo increíble que era estar dentro de ti. En lo bien que me la chupabas. En lo guapa que estabas de rodillas con mi polla hasta la garganta.

Recuerdo la primera vez. Yo no sabía lo que hacía, pero él me enseñó lo que le gustaba tras descubrirlo él mismo. Estaba nerviosa, aunque se lo tomó con calma a pesar de que podría haberse corrido en cuanto lo envolví con mi boca. Fue divertido aprender juntos. Enseñarnos el uno al otro.

El recuerdo me hace morderme el labio inferior.

—Madre de Dios —jadea—. Por cómo te has mordido el labio, tú también lo estás pensando.

Digo que sí con la cabeza.

—Veo que vas a correrte enseguida. Me acuerdo exactamente de tu cara cuando estabas a punto.

—Joder, estoy a punto. Sigue hablando, cariño. No dejes de mirarme, por favor.

Me acerco aún más a la mampara de vidrio.

—Quiero ver cómo te corres.

—¿Sí?

Dios, solo con esa palabra, entrecortada y jadeante, me he puesto a mil. Todo mi cuerpo se incendia y no sé si alguna vez he estado más excitada. Confirmo que así es cuando me apoyo sobre el otro pie y noto lo resbaladiza que estoy entre los muslos.

—¿Sigues pensando en mí?

—Siempre pienso en ti, Hallie.

Oírlo admitir eso hace que se me escape un gemido imprevisto.

—Hostia puta. Esos ruiditos…

Entonces lanza el gemido más sexy que he oído en la vida y da una larga sacudida final. Su vientre se encoge y se le marcan todos y cada uno de los abdominales. Echa la cabeza hacia atrás, pero mantiene los ojos clavados en mí hasta que el orgasmo lo obliga a cerrarlos.

Al correrse pinta la pared de la ducha que tiene delante mientras tiembla y se estremece. El rugido de su garganta me palpita por todo el cuerpo, y veo que va ralentizando la mano, sacando hasta la última gota al tiempo que mueve las caderas, persiguiendo el clímax hasta que se extingue.

Estoy hipnotizada. Miro fijamente cómo el agua cae sobre él y limpia la pared, llevándoselo todo por el desagüe.

También estoy muy excitada.

Me gusta saber que, después de tantos años, sigo teniendo ese efecto sobre él. Todavía puedo hacer que se corra, y ni siquiera lo he tocado.

Con los brazos cruzados sobre la pared, Rio apoya la frente sobre ellos y toma aliento antes de echarse a reír.

—Joder, Hal. Ha sido increíble.

Trago saliva para humedecerme la boca, que se me ha quedado reseca.

—Me debes una.

—Mmm… —Amplía la sonrisa y su perversa inclinación me vuelve a hacer palpitar—. Lo tendré en cuenta.

De pie bajo el chorro de la ducha, Rio deja que el agua lo limpie. Se ha convertido en todo un hombre. Pelo en el pecho, en las

piernas y afeitado alrededor de la polla. Una polla que sigue dura y se alza orgullosa mientras él se ducha.

Se enjabona como si yo no estuviera allí mirándolo con la boca abierta y no lo hubiera ayudado a tener un orgasmo.

—Aquí dentro eres bienvenida —bromea—. Pero ya conoces las reglas. Las manitas quietas.

Pongo los ojos en blanco.

—No eres tan divertido como crees.

—No sé. —Me lanza esa sonrisa suya—. Yo me lo acabo de pasar genial.

Debería irme antes de hacer algo estúpido como meterme en esa ducha completamente vestida y suplicarle que me provoque un orgasmo.

Sin volver a mirarlo, salgo disparada del baño, bajo las escaleras y voy hasta la cocina. Y, cuando tengo delante las muestras de la isla otra vez, sigo trabajando como si no hubiera pasado nada fuera de lo común.

Juego con diferentes combinaciones. Un azulejo de cerámica con una forma tradicional frente a una opción de arcilla hecha a mano con perfectas imperfecciones. Herrajes de latón envejecido frente a los clásicos de color negro. Encimeras con grandes vetas u opciones más minimalistas.

Y nada de eso logra apartar mi mente de lo que acaba de suceder.

¿Siempre piensa en mí mientras se masturba? ¿Sus ruiditos han sonado siempre así? Porque juro por Dios que esa combinación de gemido y rugido va a reproducirse una y otra vez en mi cabeza en cuanto vuelva a casa, me tumbe en la cama y deslice la mano entre mis piernas.

Ahora mismo no podría importarme menos qué acabados elegir para su cocina, algo que queda patente veinte minutos después, cuando Rio baja con un traje perfectamente entallado y una maleta, y yo todavía no he tomado ninguna decisión.

Deposita dos azulejos sobre la encimera, junto a los otros. Son los que me he dejado arriba, en su cama.

—Bueno, yo me siento mejor, ¿tú?

—Hay que joderse…

Se ríe entre dientes, deslizándome una mano por la parte baja de la espalda antes de ocultar la cara en el pliegue de mi cuello y plantarme un beso ahí.

—Es lo que acabo de hacer. Gracias por la ayuda.

Lo empujo con aire juguetón.

—Eres malo.

—¿Por qué? —Me agarra por la cintura y acerca el rubor que me sube por el pecho al suyo—. ¿Te has excitado mirándome?

—Sabes que sí.

Se le vuelve a poner sonrisa de pillo.

—Como bien has dicho, te debo una. Llámame luego si necesitas que te eche un cable.

—Tus reglas son absurdas. Entonces ¿el sexo telefónico sí que estaría permitido?

—Uy, todo está permitido, Hart. Lo único que tienes que hacer es darme una oportunidad.

Mi cuerpo, que hasta hace un momento se derretía entre sus brazos, ahora se pone rígido.

Al darse cuenta, deja a un lado el tono juguetón.

—Estoy de broma.

—Ya lo sé.

Observa mi expresión.

—Tómate tu tiempo, Hal. Solo estaba haciendo el tonto.

—Lo sé.

Me dejo caer sobre su pecho y permito que me dé un abrazo de despedida.

Él me envuelve con fuerza entre sus brazos y apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Puedes usar la *pickup*. Está aparcada en el garaje. Zee va a venir a recogerme.

—Te lo agradezco.

—También puedes usar la máquina de café, por si quieres hacerte un *latte*.

—Pero nunca haré unos diseños tan artísticos como los tuyos.

—Bueno, al menos eres consciente de eso.

Me río contra su pecho.

—Y el resto de la casa también queda a tu disposición durante mi ausencia —añade—. Para trabajar o para… explorarla.

Me echo hacia atrás y lo miro. No hace falta que me lo explique. Ambos sabemos a qué se refiere.

—¿Nos vemos cuando vuelva a casa?

Asiento con la cabeza.

—Hasta entonces.

Recorre mi cara con los ojos y me roza el pómulo con el pulgar, como si estuviera a punto de besarme. Veo que se lo piensa, que lucha por evitarlo, y al final decide no hacerlo.

Me deja sola en la cocina y se lleva la maleta.

Cuando ya se ha ido, intento volver al trabajo, pero es inútil: solo puedo pensar en el armario del piso de arriba. Trato de reunir un poco de paciencia, pero no sirve de nada. Lo único que necesitaba era su permiso y, ahora que ya lo tengo, no soy capaz de seguir esperando.

Dejo las muestras en la isla de la cocina y subo las escaleras, rumbo a su dormitorio. La puerta del armario está abierta de par en par; es evidente que la ha dejado así a propósito para invitarme a mirar. Pero cuando me dispongo a ir en esa dirección, los nervios me frenan.

No tengo ni idea de qué voy a encontrarme.

¿Qué podía ser tan malo como para no dejarme verlo hace unas semanas y que ahora le parezca bien que descubra?

No se me ocurre qué puede ser, así que, mientras me preparo para lo peor, voy entrando.

Me doy cuenta enseguida de que no se trata de su armario principal. Está lleno de equipación de hockey de reserva, maletas adicionales y algunas camisetas viejas que ha guardado a lo largo de los años. Sé que son viejas porque tienen el número ochenta y tres en la espalda, y ese número no lo lleva desde la universidad.

No parece que haya nada fuera de lo normal y, de nuevo, no sé qué estoy buscando. Pero cuando aparto sus viejas camisetas del estante superior, encuentro una caja negra en la balda de abajo.

Mi intuición me grita que lo he encontrado. Lo que sea que me quiera enseñar está aquí dentro.

En la tapa no hay ni una sola mota de polvo, pero los bordes están desgastados, como si hubiera abierto y cerrado la caja cientos de veces a lo largo de los años. No pesa casi nada, y mientras la cojo y la llevo hasta la cama se oye un ligero traqueteo.

Me siento sobre el colchón y la abro.

Cuando miro en su interior, el estómago me da un vuelco como nunca. Los labios se me separan y me quedo sin respiración. No me hace falta revolver demasiado el contenido para saber exactamente qué es. Qué son.

Yo tiré mis copias años atrás. Un poco por rabia y otro poco porque ya no reconocía a esa chica optimista que siempre le veía la parte positiva a todo. Que siempre tenía unos recuerdos tan buenos que necesitaba una forma de conservarlos.

La caja contiene todas las cintas y los CD de mezclas que le hice a lo largo de los años y que le entregaba por mi cumpleaños.

Están todos, de los once a los diecinueve años, incluidas las dos cintas que le di antes de que empezáramos a encontrarnos en el tejado, no falta ni uno. Y es evidente que los ha escuchado sin parar todo este tiempo. Cada uno está en su propia caja, resquebrajada en un punto o en otro. Algunas de las bisagras están rotas de tanto usarlas, de abrirlas y cerrarlas demasiadas veces.

De repente me parece imposible respirar.

No puedo creerme que los haya conservado.

A juzgar por el sentimiento de traición que me transmitía su mirada la última vez que lo vi, supuse que lo primero que hizo fue deshacerse de esto. Quemarlo. Destrozarlo. Algo dramático que reflejara el dolor que sentía.

Pero lo guardó.

La única otra cosa que hay en la caja es un viejo trozo de hilo de bordar, algo a lo que no encuentro el sentido. Lo saco para verlo más de cerca. Está casi irreconocible, hecho jirones, descolorido y desgastado. Tardo unos segundos en reaccionar, en darme cuenta de qué es lo que tengo entre los dedos.

Es la pulsera de la amistad que le hice por mi decimotercer cumpleaños. La que llevó en la muñeca y no se quitó nunca hasta que se deterioró y se cayó sola poco después de irse a la

universidad. Se le rompió sin que se diera cuenta. Pensaba que habría desaparecido hace tiempo.

Algo tan pequeño. Tan insignificante aparentemente. Pero no lo era. Nada lo era.

Incrédula, sigo examinando los objetos, cambiando la pulsera por un casete, pasando el pulgar sobre la firma que estampé ahí años atrás. Me recreo en el trazo del corazón, tal como él solía hacer. No es más que una firmita absurda que me inventé cuando era niña, pero nunca la cambié porque me encantaba ver cómo él la recorría cada año.

Mis mejores recuerdos. Los ha conservado.

Aún los escucha.

Durante mucho tiempo, me aferré a todos los pequeños detalles de nuestra relación, reproduciéndolos en bucle en mi cabeza. Atesoraba cada momento que habíamos pasado juntos. Hasta en mis momentos más bajos, agradecía haber sido amada de esa forma al menos una vez en mi vida.

Nunca me olvidé de él. Nunca me olvidé de nosotros.

Y, por lo visto, él tampoco.

25
Rio

Retiro el edredón y me doy por vencido: no puedo dormir.

Son más de las dos de la mañana y, como de costumbre, me resulta imposible conciliar el puto sueño.

Ya he salido de la cama para bajar el termostato de la habitación del hotel. Ya he mirado el móvil. Ya he puesto la tele. He intentado leer.

Mi cerebro no quiere apagarse. Está demasiado ocupado pensando en el partido de mañana por la noche contra Filadelfia. Tratando de recordar si saqué los cubos de basura a la calle antes de irme. Preguntándose si la leche de almendras de la nevera seguirá estando buena mientras yo esté de viaje y, en caso de que caduque, intentando encontrar la manera de enviar alguna a casa para que Hallie pueda usarla.

Hallie.

Siempre Hallie. Ahí es donde vuelve mi mente cada vez que estoy solo y hay silencio suficiente para pensar.

Cuando cierro los ojos, aún puedo visualizar lo pecaminosamente perfecta que estaba hace unas horas frente a mi ducha mientras yo me masturbaba. Lo sexy que era verla morderse el labio con los dientes. Lo áspera que sonaba su voz cuando me dijo que quería que me corriera.

«¿Sigues pensando en mí?».

Si ella supiera.

Cuando pienso en sexo, pienso en Hallie. Su nombre es el único que se me viene a la mente. Su rostro, su cuerpo y su voz son los únicos que me imagino. Fue la primera. Me enseñó a hacerlo. Aprendimos juntos descubriéndonos el uno al otro. Seis años después, creo que no me equivoco al afirmar que no va a haber un día en el que no piense en Hallie Hart cuando pienso en sexo.

Dios, la echo de menos.

Quiero recuperarla, y ya me he cansado de mentir al respecto. De

mentirle a ella. De mentirme a mí mismo.

Me incorporo en la cama y apoyo la espalda contra el cabecero antes de coger el teléfono de la mesita de noche. Le envío un mensaje, aunque lo más probable es que no me responda hasta después de levantarse.

Yo: *No puedo dormir. Estoy pensando en ti.*

Para mi sorpresa, tres puntos bailan inmediatamente en la pantalla mientras contesta.

H 🤍: *¿Pensando en mí o en esa ducha?*

Una carcajada me calienta el pecho.

Yo: *En ambas.*

Más sorprendente incluso que encontrarla despierta es notar que mi teléfono vibra con una llamada suya. Contesto al instante.

—Ey.

Tiene voz de cansada.

—Hola.

—¿Todo bien?

—Yo tampoco puedo dormir.

Casi le pregunto si ha ido a mi armario. Si ha encontrado todas esas cintas y CD que no he dejado de escuchar desde que me las dio.

Nunca me he olvidado de esta chica, ni por un segundo, y ya va siendo hora de que ella lo sepa.

Con la luz apagada, me acomodo de nuevo sobre la espalda, con el móvil pegado a la oreja.

—¿Por qué no puedes dormir?

—Tengo muchas cosas en la cabeza. Sobre todo, a ti. A nosotros.

Joder. Eso me gusta.

—¿Quieres que te ayude con eso?

—No —susurra al otro lado de la línea—. Quiero que me ayudes con otra cosa.

«Hostia. Puta».

Parece que está muy excitada. Hace unas horas, Hallie me ha dicho que sabía cuándo me iba a correr. Bueno, pues ya somos dos. Recuerdo exactamente cómo suena su voz cuando se pone a mil y

eso es justo lo que estoy oyendo ahora.

—Sigo a tope después de verte hace un rato —dice.

—Mmm. Bueno, tendremos que encargarnos de eso, ¿no crees?

—¿Harías eso por mí, Rio?

Hay algo irreflexivo en su forma de preguntar. Vale, solo es sexo telefónico, pero a un nivel más global, significa que ahora mismo Hallie no lleva puesta la armadura. Vuelve a confiar en mí lo suficiente como para mostrarse vulnerable en este terreno.

—Haría lo que fuera por ti, cariño. Dime qué llevas puesto.

Oír ese apelativo la hace gemir.

—Una camiseta.

—¿Sí? ¿Qué más?

Hace una pausa al otro lado del teléfono.

—Nada más.

Cierro con fuerza los ojos.

—Hallie, ponme en videollamada.

—Esta vez no. Me toca a mí, Rio, y solo quiero oír tu voz en mi oído mientras me ayudas con esto. Me debes una, ¿recuerdas?

Suelto una carcajada de humildad casi dolorosa.

—Claro, Hal. ¿Cómo iba a olvidar algo así? Estaba deseando devolverte el favor. ¿Dónde estás ahora mismo?

—En mi cama.

—¿Con la luz apagada?

—Sí.

—¿Y la puerta cerrada?

—Mm-mm. —La oigo tragar saliva al otro lado de la línea—. Pero ojalá estuvieras aquí conmigo.

Algo ha cambiado. Está siendo abierta y sincera. Quiero presionarla sobre eso, preguntarle si se siente diferente con respecto a nosotros, pero también quiero asegurarme de hacer que se sienta bien.

—¿Dedos o un juguete? —pregunto.

—¿Qué quieres que use?

Me pongo de lado, sin despegarme el teléfono de la oreja.

—Dedos. Haz como si fueran los míos.

Su garganta emite un ruido sordo.

—Desliza la mano hacia abajo, Hallie, cariño. Abre las piernas y

pon los dedos en medio.

Espero a que me diga que está haciendo lo que le indico, aunque es una tortura. La mejor de todas, pero eso no quita que me muera por verla. Quiero tocarla, pero no puedo. Así que llevo la mano hacia abajo y me toco a mí mismo. Por encima del chándal, me recorro la polla con la palma de la mano.

La tengo dura como una piedra.

Ella ahoga un gemido, sé que está haciendo lo mismo.

—¿Estás muy mojada?

Hallie gimotea.

—Mucho.

Me acaricio por encima del pantalón.

—Bien. Frótate el clítoris haciendo círculos con los dedos. Date placer como haría yo si estuviera ahí contigo.

Gime suavemente.

—Buena chica, Hal. No pares.

—¿Tú te estás tocando?

Al mirar hacia abajo, veo la evidente erección que abulta bajo la tela del chándal.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí —suspira—. Tócate conmigo, por favor.

Me río entre dientes mientras me deslizo el pantalón sobre las caderas y el culo, liberando mi erecto miembro.

—Créeme, Hal. No hace falta que cuides tus modales para pedirme que me ponga a tono contigo.

Del otro lado del teléfono oigo su preciosa risita.

Deslizo la mano sobre mi polla en una larga y pausada caricia. La punta ya está hinchada. Se me marcan las venas.

—Joder, ojalá estuviera allí ahora mismo.

—¿Y qué harías si así fuera?

En mi boca se eleva una ligera sonrisa.

—¿De verdad vamos a hacer esto?

—Sí. Estuvimos lejos dos años y te volviste increíblemente bueno haciendo que me corriera por teléfono. ¿Aún te acuerdas de cómo se hace?

«¿Que si aún me acuerdo de cómo se hace?».

Hay un matiz de tanteo en su voz, pero sabe que no me echaré atrás. Me la imagino sonriendo satisfecha tumbada en su cama al tener claro que estoy a punto de describirle todas las guarradas que ahora mismo se me pasan por la cabeza.

Empiezo con las sacudidas.

—¿Aún te estás tocando?

—Sí.

—Bien. ¿Quieres saber qué haría si estuviera ahí contigo ahora mismo?

—Dímelo, Rio, por favor.

—Si estuviera ahí, me arrodillaría detrás de ti, te pasaría un brazo por la cintura y acercaría tu espalda a mi pecho. Te dejaría sentir lo dura que se me pone cuando te la deslizo contra el culo. Luego sustituiría tus dedos por los míos y haría que miraras entre tus piernas para que vieras que todavía conozco muy bien tu cuerpo.

Gimotea al teléfono.

—Trazaría pequeños círculos sobre tu clítoris. ¿Estás haciendo eso, Hallie?

—Sí.

—Jugaría contigo como hacía siempre hasta que te corrías, y luego te daría la vuelta y enterraría la cara entre tus piernas, y así por fin volvería a saborearte.

Se le acelera la respiración.

—Eso siempre te ha gustado.

«Joder, decir eso es quedarse cortísimo».

—No seas tímida, Hallie. Di las cosas como son. Me encantaba comerte el coño, cariño, y los dos lo sabemos.

Lanza un gemido.

—Más.

Los músculos se me empiezan a tensar, el calor me perfora la piel. Acelero el ritmo de las sacudidas.

—Te chuparía el clítoris hasta que ya no pudieras más, hasta que me pidieras que parara. Luego te sujetaría las piernas contra el colchón y haría que te volvieras a correr en mi boca. Y mientras tu coño convulsiona con el orgasmo, te metería los dedos para sentir lo increíblemente prieta que vas a estar cuando te dé mi polla.

—Rio, quiero que vuelvas a entrar en mí.

—¿Sí?

Lanza un gemido.

—Ojalá estuvieras aquí follándome.

«Yo deseo lo mismo».

Me deslizo la mano sobre la polla y me la agarro con la misma fuerza con la que me apretaba su coño.

—No pares de frotarte con los dedos, Hallie. Como si fueran los míos.

—Ojalá lo fueran.

Muevo las caderas al ritmo de mi puño.

—Te abriría las piernas aún más y lentamente me pondría sobre ti.

—Sí…

—Como en el hotel, Hal. ¿Te acuerdas de lo mucho que te gustó volver a tenerme encima? Envolviéndome con las piernas… Te sentías en el cielo…

Hallie respira de forma presurosa y agitada.

—Me encantó sentirte. Te quería dentro de mí. Hace mucho que no estás dentro de mí.

—Lo sé. Joder. —Me masturbo aún más rápido—. No dejo de pensar en ti. Lo increíble que era sentirte. Lo bien que me follabas.

—Ahora quiero que me folles tú.

—Me muero de ganas. Ni te lo imaginas.

—Pues hazlo.

Cierro los ojos y lo visualizo. Ella está tumbada, abierta de piernas, con el coño hinchado y listo para mí.

—Te chuparía el cuello. Te metería la lengua en la boca para que vieras lo bien que sabes y por qué tengo esa adicción. Quizás entonces entenderías que lleve seis años con hambre de ti.

—Rio, estoy a punto.

Mierda. Yo también.

—Te deslizaría la polla sobre el clítoris un par de veces. Me aseguraría de empaparla en ti y, mientras te retuerces bajo mi cuerpo, ávida de deseo, la apartaría. Te torturaría. Aún no te la daría. Hasta que me lo suplicaras.

—La quiero —solloza—. Te quiero en mí.

—Y entonces, cuando estuvieras tan desesperada que casi podrías volver a correrte solo con mis juegos, te metería la punta de la polla y la empujaría dentro de tu cuerpo perfecto.

—Sí. Sí. Por favor. Dámela.

Muevo la mano en rápidas y cortas sacudidas.

—Y tú estarías caliente y húmeda y la hostia de perfecta, como has estado siempre. Siempre me has recibido muy bien, cariño. ¿Te acuerdas?

—Mm-mm.

—Entonces te follaría. Te follaría sobre el colchón mientras te cojo la mano. Porque siempre ha sido algo más que follar, ¿verdad?

—Sí, Rio.

—¿Vas a correrte para mí, Hal?

Deja ir un gemido y su respiración se vuelve breve y desesperada, incapaz de llenarle los pulmones de aire. Y eso, unido a sus ruiditos, mezclado con el sonido de sus movimientos rítmicos sobre el colchón, significa que está a punto.

—Hallie, cariño, sé buena y córrete para mí. Por favor. Lo necesito. Necesito oír los increíbles gemidos que haces al correrte. Joder, me acuerdo de lo guapa que te pones cuando llegas. Lo estás haciendo muy bien. Por favor. Si te corres, harás que me corra yo también.

—Quiero que te corras dentro de mí. Por favor, Rio.

—Joder.

Mi nombre sale de sus labios como un lamento precioso y suplicante. Sé que Hallie se está corriendo al otro lado del teléfono por los gemidos que llegan a mis oídos. Sus sonidos provocan mi propia liberación, y me uno a ella.

El clímax es una bendición cegadora, pese a que hoy es la segunda vez que me corro. La imagen que me he hecho de ella se reproduce como una película en mi cabeza mientras me corro en su interior. Mientras me atrae hacia ella. Mientras me dice que es mía y yo soy suyo. La saco y veo cómo mi semen se escurre por su pierna antes de usar dos dedos para volver a introducírselo.

Al abrir los ojos, me encuentro con que mi abdomen está cubierto de mi propia corrida.

En mi oído, Hallie inspira profundamente tratando de recuperar el

aliento, y yo hago lo mismo.

—Hostia, Hal.

Al exhalar, suelta una risita, que llena todas las grietas que encuentra. Se cobija en mi pecho, convirtiendo en hogar el sitio donde ella siempre ha estado.

—Ha sido divertido —dice.

—Estoy pringoso.

Se ríe otra vez antes de suspirar con dulzura.

—Te he echado de menos, Rio.

Vuelvo a cerrar los ojos y también trato de asimilar eso. Dejo que sus palabras se repitan en bucle.

—Yo siento que todavía te echo de menos, Hal.

Quiero recuperarla. Quiero que esté abierta a la idea de darnos otra oportunidad.

—A lo mejor no tienes que sentirte así durante mucho tiempo.

Hago lo posible por no reaccionar a eso, por no arruinar lo que ha dicho ni presionarla para que me lo explique. Bien podría tratarse de su aturdimiento poscoital hablando por ella. Pero al final decido dar por sentado que esas palabras significan lo que yo quiero que signifiquen, con la esperanza de que eso me ayude a conciliar el sueño esta noche.

Me levanto de la cama, voy hasta el lavamanos y mojo una toalla para limpiarme, con el móvil aún pegado a la oreja.

—¿Ya te encuentras mejor? —pregunto.

Sus palabras reflejan una sonrisa.

—De forma exponencial. Tal vez ahora pueda dormir.

Riéndome, me vuelvo a enfundar los pantalones y me dejo caer sobre el colchón. Quiero hablar con ella toda la noche. Quiero seguir con la llamada y dejar el teléfono junto a la cama para ver si eso ayuda en algo, pero también estoy en un momento en el que lo único que quiero es darle a esta chica lo que sea que necesite de mí.

—Gracias. —Sus palabras son un susurro.

—Encantado de ayudar. De verdad, cuando quieras. —Trago saliva con dificultad—. Te dejo dormir un poco.

—Espera —se apresura a decir—. ¿Te apetecería…? No sé. ¿Quieres que sigamos al teléfono un rato más? A menos que estés cansado.

El pecho se me contrae como lleva haciendo de nuevo desde que se mudó a la casa de al lado. Puede que sea un iluso por permitírmelo, pero esta noche noto algo en ella que me da esperanzas. Nos da esperanzas.

—Claro. Me encantaría hablar contigo, Hal.

Vuelvo a echarme el edredón por encima, pongo el teléfono en manos libres y lo dejo sobre la almohada que hay junto a la mía.

Y no puedo sonreír con mayor satisfacción cuando dice:

—Cuéntame cómo te ha ido el día.

26
Rio

El coche compartido que hemos cogido Zanders y yo nos deja a ambos frente a mi casa familiar.

La casa de mi madre.

La casa en la que crecí. Joder, ya no sé ni cómo llamarla.

Sin embargo, en cuanto el coche se aleja, mi atención se desvía inmediatamente hacia la casa de al lado. Hacia la casa de Hallie. Hacia la ventana del cuarto de Hallie. Hacia el tejado en el que, año tras año, nos fuimos enamorando el uno del otro.

Zee se abrocha el abrigo y se dispone a recorrer el corto trayecto hasta la entrada.

—¿Ahí es donde vivía Hallie? —Gesticula con la cabeza señalando la casa de al lado.

—Sí, se mudó cuando ella tenía once años y yo, doce.

—¿Su familia sigue ahí?

—No, se mudaron a otro sitio durante mi año de novato en la liga.

Zee se queda un rato callado y se detiene antes de que lleguemos a la puerta principal, consciente de que tendremos que aparcar la charla sobre Hallie en cuanto entremos.

—¿Por qué no nos hablaste de ella? Somos amigos hace mucho y todo este tiempo hemos pensado que nunca habías tenido una relación.

Suelto un gruñido.

—Es complicado, y algo confuso. Y, bueno, llevo intentando olvidar a Hallie desde antes de conocerte; eso también ha influido.

Se le dibuja una sonrisa burlona.

—Siempre me he preguntado cómo serías en una relación. Pensé que eras un puto negado que no sabía por dónde le soplaba el viento. Algo así como un cachorrito demasiado excitable. Pero pareces… un tío con los pies en la tierra.

Me río de la analogía.

—Bueno, a mi cabeza no le gusta estar parada mucho tiempo, así

que es verdad. Tengo mucha energía, pero yo qué sé, con Hal siempre he estado tranquilo. Además, por aclarar las cosas, no estamos juntos. A ella no le interesa eso ahora mismo.

Hace un gesto en el aire con la mano.

—Dale tiempo.

—Bueno, las cosas son algo más complejas.

La puerta principal se abre y damos por concluida la conversación.

—¡Ahí está mi chico! —vocifera mi madre con los brazos abiertos y abalanzándose sobre… Zanders.

Me quedo de piedra al ver que dirige toda su atención hacia mi compañero de equipo en lugar de hacia su único hijo.

—Guau. Vale.

—Te estoy tomando el pelo. —Lo suelta y me abraza a mí—. Me alegro de que estés en casa.

—Yo también, mamá. —La envuelvo entre mis brazos—. Te he echado de menos.

Es una mujer pequeña, pero nadie lo diría atendiendo a su gran personalidad y a su escandalosa voz. También es fuerte y resistente, y, aunque parece frágil cuando la abrazo, en realidad no lo es. Por ese motivo, la única vez en toda mi vida que la vi frágil y rota se me ha quedado grabada en la memoria como un mal sueño. Y haría lo que fuera para evitar que vuelva a sentirse así.

—Venga, chicos. —Nos hace un gesto para que entremos en casa —. He preparado una comida temprana.

El teléfono me vibra en el bolsillo del abrigo y me quedo rezagado en las escaleras de la entrada para sacarlo mientras Zee sigue a mi madre hacia el interior de la casa.

Lo miro discretamente y veo el nombre de mi padre desplazándose por la parte superior de la pantalla. Es la segunda vez que llama hoy, y la cuarta de la semana. No he contestado ninguna vez, y el plan era ignorar sus llamadas para siempre.

Llevo mucho tiempo enfadado con él, pero hasta hace poco no había advertido cuánto. En concreto, hasta que me di cuenta de todo a lo que había tenido que renunciar por culpa de sus decisiones de mierda.

No quiero hablar con él, pero tampoco quiero que siga llamando

mientras estoy con mi madre.

—Voy enseguida —les digo—. Tengo que coger esta llamada un segundo.

Mi madre me lanza una mirada por encima del hombro, pero no insiste.

—Vale. La comida está caliente, así que intenta hacerlo rápido.

—Eso haré.

Espero a que la puerta esté cerrada antes de contestar el teléfono.

—¿Sí?

—Ey, hijo. ¿Cómo estás?

Me alejo de casa para poner un poco de distancia por medio y que nadie me oiga.

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

Se ríe entre dientes.

—Yo también estoy bien. Gracias por preguntar.

Pongo los ojos en blanco.

—Llevo intentando hablar contigo toda la semana. Esperaba poder verte mientras estás en la ciudad.

Ni de coña.

Mi padre sigue viviendo en Boston, aunque no en esta casa. Pero su lado de la familia ha vivido en esta zona durante generaciones. Conoció a mi madre a los doce años porque iban a la misma clase, y no soporto la idea de que ella pueda encontrárselo de casualidad por la ciudad en cualquier momento.

—No puedo —respondo con rotundidad—. Solo estaré aquí hoy y he venido a visitar a mi madre.

—Vale. No pasa nada. Voy al partido de esta noche, así que espero verte después.

«Espera… ¿qué?».

—No me toques los huevos, papá. Mi madre va a ir al partido de esta noche.

—Rio, el pabellón es lo bastante grande para los dos. Llevo casi un año sin verte. Este verano no me visitaste ni una sola vez cuando estuviste en casa. Tengo derecho a ver el partido de mi hijo.

—¿Derecho? —pregunto incrédulo, cada vez más enfadado—. Tú no tienes derecho a nada que tenga que ver conmigo.

—Soy tu padre. Eso significa algo, ¿sabes? ¿Cuándo vas a superarlo? Lo único que quiero es que volvamos a estar como antes.

«¿Cómo se atreve?».

—¿Que cuándo voy a superarlo? —repito, casi gritándole al teléfono.

—Eso he dicho.

—¡Le pusiste los cuernos a mi madre! No voy a «superarlo», papá.

La línea se queda en silencio durante unos segundos. Mi pecho se agita de rabia y ahora mismo podría colgar con gusto el teléfono y dar por terminada esta conversación. Pero estoy cabreado, y quiero desquitarme con él.

—Rio…

—Destrozaste a nuestra familia y ahora ella está sola.

—Lo sé. Sé que cometí un error. Pero ya han pasado muchos años.

—¿Un error? Tomaste una decisión consciente. Y ahora, por culpa de tus decisiones, puede que tenga que dejar a todos mis amigos, a mis compañeros de equipo y mi hogar para poder mudarme a Boston porque ella está sola. Eso era responsabilidad tuya, y no la asumiste. Así que perdona si no soy capaz de superarlo.

Vuelve a quedarse callado. Nunca le había dicho nada de todo esto. Simplemente le había hecho el vacío durante años, pero, ahora que sus decisiones han comenzado a afectar a mi vida, estoy listo para hacérselo saber.

Los ojos se me van hacia la antigua casa de Hallie, hasta la ventana de su cuarto, y me doy cuenta de que las decisiones que tomó mi padre llevan afectándome mucho más tiempo del que en un principio quise reconocer.

Sacudo la cabeza.

—Que te den.

—Rio DeLuca.

—No, que te den, papá. No tienes ni idea de cuánto me han jodido tus decisiones.

—Lo entiendo, pero…

—¡No, no lo entiendes! —Ya estoy gritando otra vez—. Porque hasta hace poco no lo entendía ni yo. Me pasé veintiún años de mi vida persiguiendo lo que tú y mamá teníais, porque pensaba que eso

era el amor, o las almas gemelas o lo que coño pensara yo que había entre vosotros. Pero, al descubrir que eras un mentiroso, busqué otra cosa, y eso llevo haciendo los últimos seis años. Buscar a cualquiera que pueda demostrarme que el amor existe, porque tú, sin ayuda de nadie, me hiciste creer lo contrario.

Estoy harto. Harto de él. De dejar que sus decisiones dicten las mías. Yo tenía veintiún años cuando él derrumbó mi mundo, luego yo demolí el resto. Hui de todo aquello y traté de fingir que no había pasado. Lo barrí bajo la alfombra y lo escondí, volviendo a mis problemas solo al regresar a este vecindario. Chicago era mi *tabula rasa*.

—¿Cómo pudiste hacerle eso?

Mis palabras son calmadas y, aunque la pregunta va dirigida a él, parece como si también me la hiciera a mí mismo.

¿Cómo pude dejar atrás a Hallie de esa manera? Ella no tuvo la culpa de que mi padre hiciera saltar por los aires a mi familia. No tuvo la culpa de que las decisiones de este hombre me hicieran cuestionármelo todo. ¿En qué cojones estaba pensando?

—Rio, está bien. Está bien oírte decir estas cosas. Nunca me habías contado cómo te sentías. Está bien saberlo para poder pasar página.

Resoplo, cansado ya hasta de hablar con él.

—Eres la última persona con la que quiero pasar página. No te estoy diciendo todo esto por tu bien. Intento desahogarme para hacerme bien a mí mismo.

—Hijo mío, si pudiera retroceder en el tiempo, lo haría.

—Bueno, pues no puedes. —Trago saliva con fuerza—. Ni yo tampoco. Se suponía que tú debías enseñarme a ser un hombre, papá, y he acabado odiando de veras todo lo que aprendí de ti.

Pero, antes de que pueda responder, cuelgo el teléfono.

A la mierda. Que lo jodan.

Que me jodan a mí por estar tan exhausto emocionalmente durante esa época como para no ver lo que tenía delante. Como para no ver de quién era la culpa en realidad.

La puerta principal de la antigua casa de Hallie se abre y juro que podría vomitar, así de mal me siento. No conozco a la pareja que se mudó a la casa de al lado de la de mi madre, pero, aun así, me

dedican un amable saludo con la mano mientras salen a pasear, abrigados con ropa de invierno.

Se me hace extrañísimo pensar que seguramente no tengan ni idea de quién era la chica que creció en esa casa. De que me colé por su ventana del piso de arriba más veces de las que puedo contar o de que es posible que el tejado aún esté abollado por todas las veces que nos tumbamos allí juntos.

Y yo lo mandé todo a la mierda porque no fui capaz de ver más allá de mi propio dolor. Más allá del dolor de mi madre.

Tengo que hablar con Hallie. No me he disculpado lo suficiente con ella, y volver aquí no hace más que recordarme que fui yo quien la cagó todos esos años atrás.

Debía de estar muy asustada y yo pagué mi dolor con ella.

Busco su número en el móvil y la llamo. Suena durante tanto rato que al final salta el buzón de voz. Sé que probablemente esté en el estudio de diseño, pero es que necesito hablar con ella.

Le envío un mensaje para decirle que me llame cuando pueda y después me recompongo y entro en la casa.

Zee y mi madre están sentados a la mesa del comedor, riéndose de algo, cuando cierro la puerta principal detrás de mí.

Sonriendo, me mira con atención.

—¿Estás bien, corazón?

—Sí. —Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de mis pensamientos—. Sí, claro. ¿Qué hay de comer?

—Deja que te prepare un plato.

Se levanta y se pone en marcha antes de que pueda decirle que se quede donde está.

Pero así es como expresa ella su amor. Alimentando a la gente que quiere. Invitándola a casa.

La sigo hasta la cocina, le paso un brazo por los hombros y la atraigo hacia mí para darle un abrazo.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Suelta una risita y me da unas palmadas en la espalda.

—Yo también te quiero, *tesoruccio*. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien.

Cuando me siento a la mesa, noto que Zee me está observando,

pero no miro hacia él. Está claro que sabe que algo va mal, pero no voy a entrar en eso ni a hablar sobre mi padre con mi madre alrededor.

Consulto el teléfono y veo que Hallie no me ha respondido justo antes de que mi madre plante un plato a rebosar delante de mí y luego otro ante Zanders.

—Gracias, mamá. Tiene una pinta deliciosa.

En cuanto ella se sienta, los tres empezamos a comer. Me pone al día de las novedades del vecindario, Zee le cuenta todas las cosas nuevas que está aprendiendo su hija, y yo los escucho a los dos mientras consulto el móvil cada pocos minutos.

—Una noche importante —apunta mi madre—. ¿Estás emocionado?

Asiento con la cabeza.

—Ajá.

—Estará todo el mundo. Tu tío Mikey se pasará por casa pronto. Él también viene al partido. Todo el vecindario lleva semanas hablando de esto. Imagínate cómo será cuando juegues aquí. Eres un chico de la ciudad…

—Mamá —la interrumpo con tono cortante.

Su atención oscila entre Zee y yo hasta que se da cuenta.

—Ah.

La casa se queda en silencio; nadie sabe cómo cambiar de tema con un elefante tan colosal sentado en mitad de la habitación.

—Ya me lo imaginaba —acaba admitiendo Zee—. No has firmado la ampliación anticipada, y el único motivo que puede haber es que estés pensando en irte.

Me ofrece una sonrisa tranquilizadora antes de volver a concentrarse en comerse lo que tiene delante. Pero es evidente que se ha quedado abatido al confirmar que sus sospechas eran ciertas. Nuestro capitán anterior, Maddison, es uno de los mejores amigos de Zee, y se retiró la temporada pasada. Y, aunque siguen estando muy unidos, ya no lo tiene cada día con él en el hielo como antes. Y ahora puede que me vaya yo también. Hemos jugado juntos prácticamente todos los turnos desde que estoy en la NHL. Cuando llegué a la liga, él fue como un hermano mayor para mí, y ahora se ha convertido en uno de mis mejores amigos.

—Oye, hum… —Me froto el cuello—. ¿Lo saben todos?

—¿El equipo o los amigos?

—Los amigos.

Asiente mientras mueve la comida por el plato.

—Todo el mundo ató cabos cuando no firmaste la última temporada. Indy está de los nervios, sinceramente, pero intenta no preguntarte nada al respecto. Y no me malinterpretes, todos lo entendemos. Es tu sueño de infancia. ¿Quién no querría jugar para el equipo de su ciudad natal? Estaremos muy contentos por ti cuando suceda, así que no te preocupes.

—Rio, lo siento —interviene mi madre—. Pensé que ya se lo habrías dicho a tus amigos.

—No pasa nada. —Vuelvo a consultar el teléfono—. Lo siento. Ahora vuelvo. Tengo que hacer una llamada rápida.

Antes incluso de salir de la cocina, me pongo a llamar a Hallie.

No contesta, pero esta vez, cuando salta el buzón de voz, no cuelgo.

—Ey —digo al teléfono en voz baja para que nadie me oiga—. Solo quería saber de ti. —Hago una pausa y cierro los ojos—. Bueno, eso no es del todo cierto. Yo…, eh…, he hablado con mi padre y quería comentártelo. Sé que no te he contado nada sobre mi familia, pero me gustaría hacerlo. Y, la verdad, tengo la cabeza hecha un lío y a ti siempre se te ha dado mejor que a nadie calmarla. —Estoy a punto de finalizar la llamada, pero no lo hago y le digo lo que le habría dicho si hubiera contestado—: Me he dado cuenta de algunas cosas y no te culpo, Hal. No te culpo por no querer volver a las andadas conmigo ahora mismo, ni por no decirme la verdad hace años. Y siento haberte culpado durante tanto tiempo. Se me hace raro volver aquí sin ti y me encantaría que lo habláramos, así que llámame cuando puedas, ¿vale?

Corto la llamada y vuelvo a nuestro chat de texto, donde compruebo que todavía no ha respondido mi mensaje anterior.

Decido escribirle a Wren.

Yo: *Oye, ¿sabes algo de Hallie? He estado intentando contactar con ella y sé que está en el estudio, pero me extraña que aún no haya respondido. Si hablas con ella, ¿puedes decirle que me llame?*

No espero a que Wren me conteste y me reúno de nuevo con mi madre y con Zee, esta vez dejando el móvil sobre la mesa.

—Rio, lo siento —vuelve a decir mi madre.

—No lo sientas. Debería habérselo contado a todos hace tiempo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro. El partido de esta noche es importante. Estoy un poco nervioso, nada más.

Me acaricia el brazo con la mano para tranquilizarme.

—Lo harás genial. No te preocupes.

Sigo comiendo, pero vuelvo a echarle un vistazo al teléfono y veo que ni Hallie ni Wren han contestado.

Mi madre lo señala con el tenedor.

—¿De quién esperas noticias?

«De nadie» es la respuesta que tengo en la punta de la lengua. Estoy a punto de decirlo cuando me detengo y decido que ya no quiero seguir mintiendo.

Me vuelvo en la silla y miro de frente a mi madre.

—Hallie.

Su sonrisa se deshace lentamente.

—¿Qué Hallie?

—Ya sabes qué Hallie, mamá.

Su cuerpo se pone tenso y veo que toda ella entra en modo de alerta máxima.

—¿Cómo es que estás hablando con ella?

Zanders se levanta de la mesa.

—Voy a daros algo de privacidad —dice antes de dejarnos solos.

—Rio —insiste.

—Porque ahora Hallie vive en Chicago.

Los ojos se le abren como platos.

—Se mudó a la puerta de al lado y la contraté para que trabajara en mi casa. Está al cargo de la reforma.

—Rio, por favor, dime que es una broma.

—No lo es.

Eleva el tono de voz.

—¿Cómo has podido hacerme eso?

—No te estoy haciendo nada. —Mantengo la firmeza—. Y Hallie

tampoco te ha hecho nada.

—¡No me lo dijo! Era casi como una hija, sabía que tu padre estaba teniendo una aventura, y no me lo dijo. ¿Cómo puedes siquiera mirarla?

—Ella tenía diecinueve años y seguramente estaba muerta de miedo. Tampoco es que lo sepa seguro porque nunca le di la oportunidad de explicarse. Sabía algo que iba a romper nuestra familia. Que iba a romper tu corazón y que iba a romper el mío. No fue ella la que destruyó nuestra familia. Eso lo hizo papá, él solito.

Mi madre mueve la cabeza de un lado a otro muy deprisa, como si intentara borrar toda esta conversación.

—Ella también puso de su parte.

—Mamá —añado con dulzura—. Es Hallie.

Veo la reacción de lucha o huida en su mirada. El pánico y el trauma. Sí, Hallie formó parte del día más traumático de la vida de mi madre. Probablemente también el más traumático de la mía. Pero, por primera vez en seis años, estoy pensando con claridad. No estoy cegado por la rabia ni por el miedo hacia mi madre. Esta vez sus sentimientos no guían mis decisiones.

Me mira durante un buen rato, estudiándome, y en su cara veo reflejado el momento en el que se da cuenta de todo.

—Aún sientes algo por ella, ¿no?

Exhalo un largo suspiro.

—Nunca he dejado de sentirlo.

—Rio, no es buena idea. Acabarás sufriendo. Erais solo unos críos. Los amores de la infancia no funcionan como uno quiere. Son una fantasía idealizada. Cuando conoces a alguien tan joven, al crecer te distancias de esa persona. Mira tu padre y yo.

—¡Pero no somos vosotros!

Se queda ojiplática y los labios se le comprimen en una línea recta porque nunca, ni una sola vez, le había levantado la voz a mi madre de la forma en que acabo de hacerlo.

—No somos vosotros, mamá —digo en un tono más uniforme—. Y nuestra relación no es como la que tuviste con mi padre. Yo pensaba que sí. Quería que así fuera. Traté de adaptarlo todo a lo que ambos me habíais enseñado y, cuando lo vuestro se vino abajo, yo fui

detrás. Y eso me hizo cometer un tremendo error. Tú estabas dolida, yo estaba asustado y la tomé con Hallie. Pero eso no volverá a pasar. Por mucho que tú quieras, no voy a seguir culpándola.

Mi móvil suena sobre la mesa y, cuando bajo la vista para mirarlo, veo que es Wren quien me llama. Es extraño, porque lo normal en ella habría sido que me contestara con un simple mensaje de texto. De hecho, creo que nunca hemos hablado por teléfono.

—¿Wren? —pregunto en cuanto descuelgo.

—Ey, perdona. Acabo de ver tu mensaje.

Todos mis sentidos están en alerta máxima. Si no tuviera algo que decirme, simplemente me habría escrito.

—¿Qué pasa?

Wren titubea.

—Hallie no quería que te lo contara porque tienes partido, pero sé que tú prefieres saberlo. Han llevado a su padre al hospital en Minesota. No sé los detalles, aunque parecía asustada. Va de camino. Empezó a conducir hace más o menos una hora. He pensado que debías saberlo.

27
Hallie

La adrenalina que corre por mis venas me hace rebotar la rodilla. Estoy sentada, mirándola, y, aun así, soy incapaz de detener el movimiento.

Supongo que no es una mala distracción observar el traqueteo de mis nervios, sabiendo que no puedo controlarlos.

Ahora mismo parece que no puedo controlar nada.

Luke me ha llamado esta mañana para decirme que ha llevado a nuestro padre a urgencias tras dos días con fiebre. Lo han ingresado de inmediato en el hospital para hacerle unas pruebas.

Porque eso es lo que ocurre cuando estás en tu segunda remisión de cáncer de sangre. Algo tan simple como una fiebre inexplicable o fatiga activa todas las alarmas de una posible recaída.

Tengo un vívido recuerdo del día en que nos enteramos de que volvía a tener cáncer, hace ya algunos años. Se había esforzado mucho para luchar contra él la primera vez y, de golpe y porrazo, nos dijeron que debía pasar por todo aquello de nuevo.

La esperanza es una cosa peligrosa, y yo hace tiempo que aprendí a no albergarla. Por desgracia, acabé bajando la guardia, y llevo ya unas semanas dejando que la esperanza se abra camino en mí y me haga creer, no solo que por fin voy a empezar a vivir mi propia vida, sino también que cabría la posibilidad de tener a Rio conmigo mientras lo hago.

Qué gilipollas he sido acomodándome tanto.

Bueno, ahora sí que no me voy a permitir tener ningún tipo de esperanza. Cuento con que nos confirmen que mi padre vuelve a tener cáncer y ya he empezado a prepararme emocionalmente para ello. Lidiaré con la situación, como hice la primera y la segunda vez que nos lo dijeron.

De algún modo, cada vez es más fácil recibir las mismas malas noticias. El miedo a lo desconocido no me atenaza. No hay millones de preguntas agitándose en mi cerebro. Ya sé qué pasos seguir.

Conozco el peaje emocional que tendré que pagar, pero también sé cómo controlarme para no venirme abajo ni mostrar mi miedo. Elaboraré un plan. Volveremos a ponerlo en tratamiento. Yo me encargaré.

Solo tenía diecinueve años la primera vez que supimos que mi padre estaba enfermo, y la única persona que quería que me consolara era él porque así es como funcionan las cosas. Los padres cuidan de sus hijos. Luego, de repente, era yo la que me ocupaba de él. Quería llorar y decirle lo aterrada que estaba. Quería admitir todo lo que me preocupaba para que él me dijera que no tenía de qué preocuparme. Pero él también estaba asustado, así que yo fingía no estarlo, y desde entonces no he parado de fingir.

La sala de espera está espeluznantemente silenciosa; solo estamos nosotros tres. Mi hermano, su mujer y yo. A mi padre llevan todo el día haciéndole pruebas, de modo que Sarah ha contratado a una niñera para que cuide de su hijo y así poder estar aquí con mi hermano mientras esperamos los resultados.

Me alegro de que se tengan el uno al otro, y agradezco que mi hermano pudiera venir hasta aquí y mantenerme informada mientras yo hacía el trayecto de seis horas en coche desde Chicago.

Aunque Luke ha tenido un padre enfermo el mismo tiempo que yo, nuestras experiencias han sido muy distintas. En cierto modo, él pudo tomar distancia, puesto que vivía en otro estado y no tuvo que ver el declive diario de primera mano, como me ocurrió a mí.

No era Luke quien lo acompañaba mientras sufría las consecuencias de la quimioterapia ni quien le suplicaba que comiera cuando no quería hacerlo, así que estoy segura de que todo esto es bastante turbador para él. Al final también se acostumbrará a gestionar sus expectativas. A estar siempre preparado para lo que pueda pasar.

Él y Sarah están sentados al otro lado de mi misma fila. Con la mano en su muslo, se aferra a su mujer como a un salvavidas mientras ella le frota la espalda para tranquilizarlo. Luke está visiblemente estresado y Sarah es la viva imagen de la fuerza y la determinación. Y yo… siento envidia.

Envidia de que Luke tenga una compañera en quien apoyarse.

Alguien a quien poder contar lo asustado que está. Alguien con quien poder venirse abajo. Me alegro por él, pero también lo envidio. Envidio que, durante los años que pasé cuidando de mi padre, él tuviera la oportunidad de hacer su vida y crear una familia.

Hoy mi única compañía es la telenovela que están poniendo en el televisor que tengo delante en la sala de espera. No me está sirviendo de mucho. Es demasiado dramática y yo necesito justo lo contrario. Demasiado emotiva, cuando yo no puedo permitírmelo. Así que, como no hay nadie más en la sala, cojo el mando y cambio de canal.

No sé qué busco. O al menos eso creo hasta que llego a un canal deportivo cualquiera y veo a unos comentaristas hablar sobre el partido de esta noche entre los Chicago Raptors y los Boston Bobcats.

Rio aparece al instante en la primera línea de mi mente, lo que supone una agradable distracción del estrés.

Todavía no he escuchado el mensaje que me ha dejado en el buzón de voz. No le he devuelto ninguno de sus mensajes de texto porque estaba ocupada conduciendo. Pero es que hay una parte de mí que no quiere responderle porque no me apetece mentirle.

Tendré que contárselo todo, especialmente si las pruebas confirman lo que creo que confirmarán. Llevo todo este tiempo evitando el tema, pero ahora ya no veo cómo seguir haciéndolo.

Esto es lo que me ha estado frenando a la hora de darnos otra oportunidad. No es que no quiera abrirme a él sobre cómo han sido para mí los últimos seis años, pero me aterra que, cuando Rio se dé cuenta de la cronología, no sea capaz de perdonarse a sí mismo.

No quiero hacerle daño, y es lo que va a pasar.

—Voy a por unos cafés mientras esperamos. —Sarah se levanta de su asiento—. Hallie, ¿quieres uno?

Le dedico una sonrisa forzada.

—Me encantaría. Gracias.

Se va de la sala de espera tras darme un apretón en el hombro.

Solo quedamos mi hermano y yo. Él se levanta y se sienta a mi lado, ambos atentos a la pantalla.

La señala con la cabeza.

—Con el tiempo que ha pasado, ¿aún ves sus partidos?

—Patético, ¿eh?

—A más no poder. —Le doy un manotazo en el hombro, pero él simplemente se ríe—. Estoy de broma.

Nos quedamos callados, escuchando a los comentaristas debatir el encuentro entre Boston y Chicago hasta que, al final, Luke se decide a hablar:

—No hacía falta que vinieras, ¿sabes? Podría haberte llamado cuando nos dieran los resultados.

Niego con la cabeza.

—No podría haberme quedado de brazos cruzados. Tenía que hacer algo.

—Sí, lo entiendo. —Parece exhausto—. Sinceramente, no tengo ni idea de cómo has podido hacer esto tanto tiempo tú sola.

«Bueno, la verdad es que no tuve elección».

Estoy a punto de decírselo, pero no puedo. Hoy no es día para hacer que se sienta aún peor.

Y, en cuanto a los Raptors —dice uno de los comentaristas de la tele, captando nuestra atención—, han incluido al delantero Victor Thompson a la lista de reservas y esta noche el defensa Rio DeLuca es baja por lesión, lo que me sorprende, porque Boston es la ciudad natal de DeLuca y sé que aquí tiene un nutrido club de fans que iba a venir a verlo.

«¿Qué narices…?».

Cojo el teléfono para escribirle, pero entonces la doctora de mi padre sale de una puerta lateral y se dirige hacia nosotros. Mi hermano y yo nos levantamos mientras se acerca, listos para obtener algunas respuestas de la oncóloga que ha ayudado a mi padre desde que nos mudamos aquí para que siguiera su tratamiento.

Sarah vuelve a la sala para reunirse con nosotros, deja los cafés en una mesita cercana y desliza su mano en la de mi hermano.

—Ey, chicos —saluda la doctora Young—. Un día largo, ¿eh?

Ni Luke ni yo contestamos.

—Iré directa al grano.

En ese medio segundo, me preparo para el impacto, dándome a mí

misma las malas noticias antes de que pueda hacerlo ella.

—Los resultados de las pruebas pintan bien —dice la doctora—. Le hemos hecho las habituales y no hay signos de recaída.

—Ay, gracias a Dios —exhala mi hermano con las manos entrelazadas detrás de la cabeza—. ¿Él está bien?

La doctora Young sonríe.

—Está bien. Su temperatura vuelve a encontrarse dentro de los parámetros normales y no ha tenido fiebre desde que llegó. Pero está bastante deshidratado, así que quiero que pase la noche aquí para darle algunos líquidos y tenerlo vigilado.

—Claro. Claro, por supuesto.

Luke se vuelve inmediatamente hacia Sarah y la abraza, apretándola con todas sus fuerzas, pero yo no me permito dejarme llevar por el alivio emocional que él experimenta.

Mantengo la compostura y hago todas las preguntas de control hasta que me convenzo de que va a estar bien. Incluso entonces, el único cambio en mi expresión es una simple sonrisa, que esbozo al decir:

—Gracias, doctora Young.

—Para eso estamos, Hallie. Voy a poner al corriente de todo a tu padre, pero quería daros un poco de paz mental. Dentro de un rato podréis ir a visitarlo.

—Vale. Gracias.

Luke y Sarah se abrazan de nuevo, compartiendo la euforia del alivio, y yo me quedo parada, sin saber qué hacer con las manos. Me vuelvo a concentrar en la tele, porque si no me concentro en nada me siento rara e incómoda, mientras mi hermano y su mujer viven juntos este momento tan emotivo.

Pero entonces toda mi atención se traslada hacia las ventanas de cristal que cubren la pared de la sala de espera: un hombre con un gorro avanza a toda prisa por el pasillo hacia donde nos encontramos. Abre la puerta para inspeccionar la sala y sus ojos se posan en mí al instante.

Mis miedos, mi estrés y mi extenuación comienzan a aflorar hacia la superficie de una forma que nunca había permitido. Y todo por ver a Rio en la puerta de la sala de espera del hospital. Está

preocupado, lo lleva escrito en la cara, pero también hay una mezcla de alivio y cierto sentido protector.

«¿Qué hace aquí? Pero, también, ¿puede acercarse a mí un poco más rápido?».

Debo de estar en *shock*, porque les estoy diciendo a mis pies que se muevan, que se encuentren con él a medio camino, aunque no consigo ir a ningún sitio. Me he quedado helada. Pero mi incredulidad no parece afectar a su rapidez, porque en tres veloces zancadas ya me tiene fuertemente envuelta entre sus brazos mientras me aprieta contra él.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, con los labios cerca de mi oído.

Al parecer, el *shock* también se ha traducido en una incapacidad para hablar.

—¿Qué necesitas? —añade enterrando la cara en mi nuca.

«Esto».

Necesito esto. Mi cuerpo lo sabe y se diluye en él, dejando ir toda la tensión y el estrés que he acumulado. Porque lo que siempre he necesitado ha sido esto.

Respiro profundamente e inhalo su aroma, vuelvo por fin en mí cuando le paso los brazos alrededor de la cintura y me aferro a él. Aprieto su camisa de franela entre los puños, entierro la cara en su pecho y cierro los ojos.

—Hallie, cariño —susurra—. Aquí me tienes.

No tiene ni idea de lo que ocurre, pero, aun así, me estrecha contra él, deslizándome una mano por el pelo y sujetándome la cabeza con la palma mientras me esconde en su pecho, como si fuera una especie de escudo capaz de protegerme.

Tal vez así sea.

Tengo muchas preguntas, y estoy segura de que él también. Me echo un poco hacia atrás para mirarlo y él clava sus verdes ojos en los míos. No creo haberlo visto nunca tan preocupado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto por fin, tragándome la emoción garganta abajo.

—Wren me ha llamado.

Wren, mi compañera de piso, que también me pidió que

compartiera mi ubicación con ella antes de empezar a conducir.

—Pero tu partido…

—Mi trabajo, más bien. Me he cogido el día libre. Les he dicho que tenía una urgencia familiar. Mi agente me reservó el primer vuelo desde Boston.

«Urgencia familiar».

—Este partido es demasiado importante como para perdértelo.

—Hallie, ahora mismo ese partido no podría importarme menos. Es uno más de los ochenta y dos que tengo.

Eso es verdad, pero este parecía más importante.

Me desliza la yema del pulgar sobre el pómulo, con los dedos todavía anudados a mi pelo y buscando mis ojos con los suyos.

—¿Estás bien?

Cuando me hace esa pregunta, me entran ganas de llorar, porque no me presiona para que le dé respuestas sobre qué está pasando. No está molesto porque no le haya dicho que estaba aquí ni ha dudado en faltar al partido.

—¿Se me permite decir que no?

Sus labios esbozan una leve sonrisa.

—Claro, Hal. Puedes decir que no.

Oigo que alguien se mueve detrás de mí, lo que me hace recordar que mi hermano y su mujer están presentes.

Rio también se percata y fija la mirada por encima de mi hombro.

—Luke.

El tono de mi hermano es igual de seco.

—Rio.

—Ven conmigo.

Deslizo una mano en la suya y lo guío hasta el pasillo, donde tenemos más privacidad. La gente pasa a nuestro lado, pero la sensación de intimidad es mayor que si mi hermano estuviera aquí escuchando la conversación.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta.

—Nada. Todo está bien. —Señalo con el pulgar por encima de mi hombro—. Acabamos de enterarnos. Siento que hayas venido hasta aquí para nada. Todo está bien.

Me mira alternativamente a un ojo y al otro.

—Tú no.

No. No, no estoy bien. Llevo todo el día con un subidón de adrenalina tras conducir hasta aquí lo más rápido que he podido y esperar noticias. Y, ahora que ya las tengo, siento que el bajón se aproxima a toda velocidad.

Muevo la cabeza hacia los lados para decirle que no.

En cuanto lo admito, las lágrimas me arden en los ojos, algo completamente ridículo porque todo ha salido bien.

—Ven. —Su voz no es más que un susurro mientras me estrecha de nuevo contra él.

—No sé por qué lloro —balbuceo con las lágrimas cayéndome a chorros.

Él se mece conmigo, acariciándome la espalda con la palma de la mano y me deja hablar.

—No sé qué me pasa. Nunca lloro con estas cosas. Estoy cansada, eso es todo.

—No pasa nada por estar cansada. —Su voz es dulce—. Tampoco pasa nada por estar asustada.

El permiso hace que caigan más lágrimas. Porque, sí, así es exactamente como me he sentido durante los últimos seis años, y nunca he podido decírselo a nadie.

No sollozo, ni tiemblo, ni nada por el estilo. Solo le humedezco la camiseta con mis lágrimas en silencio, sacándolo todo, y me sienta… bien.

—Nunca había tenido a nadie aquí —confieso, oculta en su pecho —. Supongo que eso me ha emocionado.

La mano de Rio se detiene en mi columna.

—Deberías haberme tenido a mí.

La puerta que tengo detrás se abre y al volverme me encuentro a Luke sacando la cabeza hacia el pasillo.

—Papá quiere verte.

—Vale. Voy enseguida.

Mirando de nuevo a Rio, me centro en su tranquilizadora sonrisa antes de que utilice los pulgares para enjugarme las lágrimas de debajo de los ojos.

—Tómate tu tiempo. No me voy a ir a ninguna parte.

Hoy no me salen las palabras, así que, de nuevo, asiento con la cabeza, demasiado abrumada por él, por el día. No tiene ni idea de lo que sucede, y parece llevarlo bien. Lleva bien simplemente estar aquí para mí.

Le paso la mano por la nuca y lo atraigo hacia mí para poder besarlo en condiciones.

—Gracias por estar aquí.

Él me besa una vez más.

—No quiero estar en ningún otro sitio.

28
Rio

Espero unos segundos después de que Hallie se vaya y entro de nuevo en la sala de espera. Aquí solo están Luke y la mujer que tiene sentada al lado.

Sería raro irme a la otra punta de la sala sin saludar a mi amigo de la infancia, así que no lo hago. Me siento junto a él, del lado que queda libre.

Inclinándome hacia delante, le tiendo la mano a la mujer.

—Soy Rio.

Ella me sonríe amablemente mientras me estrecha la mano.

—Sarah. La mujer de Luke.

Buah, mierda. No tenía ni idea de que se había casado. Pero ¿cómo iba a saberlo? Llevo sin hablar con él desde que me fui a Chicago.

—Os dejo solos un rato —dice levantándose de su asiento; luego coge su café y sale hacia el pasillo.

Él y yo nos quedamos sentados mirando hacia delante, sin hacer contacto visual, mientras entablo conversación.

—Así que te has casado, ¿eh?

—Sí. Y he tenido un hijo.

—¡No me digas! Guau. Enhorabuena, tío.

Luke saca el teléfono y me enseña su pantalla bloqueada.

—Este es Hudson. Acaba de cumplir dos años.

Sonrío al ver la foto de un niño cubierto de pastel de cumpleaños.

—Es una monada.

—Bueno, gracias a Dios, se parece a su madre.

Compartimos una breve carcajada, pero es un poco incómoda porque ambos somos conscientes de lo raro que es todo. No hemos hablado en seis años.

—Te has hecho un nombre en la NHL —apunta, siguiendo con la conversación trivial.

—Sí, por suerte he tenido salud y un buen equipo a mi lado.

Asiente, luego asiento yo porque de nuevo… incomodidad.

—Mira, Luke…

—Si vas a disculparte por algo del pasado, no te preocupes. Fue hace mucho tiempo y yo ya he pasado página.

—Aun así, la cagué. Nunca te devolví las llamadas ni los mensajes.

—Cierto, pero más la cagaste con mi hermana, y es obvio que ella ya no está enfadada contigo, así que ¿por qué iba a estarlo yo?

Eso me sienta como un puñetazo en el estómago. Una cosa es oírselo decir a Hallie o admitírmelo a mí mismo, pero saber que la gente más cercana a ella también cree que cometí un tremendo error dejándola atrás me hace preguntarme si todo esto es remediable.

—Pero tampoco te voy a dar la vara con eso —continúa diciendo—. Sería un hipócrita si me echara encima de ti por abandonarla cuando yo hice lo mismo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Luke me mira con recelo al darse cuenta de lo perdido que estoy.

—¿Qué te ha contado exactamente Hallie de nuestro padre?

—Nada. No tengo ni idea de qué está pasando.

Los ojos se le abren como platos.

—¿Y, aun así, estás aquí, perdiéndote un partido por esto?

—No me hace falta saber qué está pasando para entender que necesita a alguien con ella.

Luke se queda callado un momento.

—Ya, en eso tienes razón.

El teléfono me suena en el bolsillo, interrumpiendo nuestra conversación.

H 🤍: *¿Puedes venir? Mi padre quiere verte. Habitación 424.*

Me levanto de mi asiento.

—Ahora vuelvo.

—¡Oye, Rio! —exclama—. Aunque al principio no quise verlo, tiene toda la lógica que vosotros dos estéis juntos. Y por una vez ella se merece tener lo que quiere, así que, si a quien quiere es a ti, espero que esta vez te quedes donde estás.

«Lo único que puedo hacer es esperar que ella me acepte».

—Claro. —Asiento con la cabeza—. No pienso irme a ningún sitio.

Avanzo por el pasillo hasta la habitación 424. La puerta está abierta, pero por si acaso llamo con los nudillos para advertir de mi presencia.

—Pasa —dice el señor Hart.

Al doblar la esquina, me lo encuentro sentado en una cama de hospital con Hallie a su lado. Ya no llora; vuelve a ser la viva imagen de la fortaleza y la resiliencia. Igual que cuando me la encontré en la sala de espera mientras Luke abrazaba a su mujer.

—¿Ha venido a verme el defensa estrella de los Chicago Raptors?

Hallie mueve la cabeza hacia los lados.

—No hace falta que le des tanto bombo, papá.

—Me alegro de verlo, señor Hart. Tiene buen aspecto.

—No me mientas, chaval. Tengo un aspecto de mierda y ambos lo sabemos.

Su tono es juguetón, así que sienta bien oírselo decir.

Aunque solo han pasado seis años desde la última vez que lo vi, el señor Hart ha envejecido bastante. Tiene el pelo canoso. La piel hundida. Ha perdido mucho peso y se nota que su cuerpo ha pasado por un infierno. Sin embargo, mira a su hija y le sonríe como siempre ha hecho.

Hago lo posible por no centrarme en la información que hay escrita en la pizarra que usa el personal médico para hacer sus anotaciones. Intento no jugar a los detectives y averiguar qué ocurre porque, ya que nadie en su familia me ha contado nada, voy a esperar hasta que estén listos para compartirlo conmigo.

—Mi padre no se creía que estuvieras aquí —afirma Hallie—. Dijo que quería una prueba.

—Aquí estoy.

El señor Hart pone los ojos en blanco con aire travieso.

—Ya iba siendo hora.

Suelto una risita.

—Vale. Me lo merezco.

—¡Papá!

—¿Qué? Me estoy muriendo. ¿Esperas que me muerda la lengua?

—Por Dios, papá. No te estás muriendo. Tu doctora nos ha explicado que estás bien. Deshidratado, pero bien. Aunque me

parece que debería preguntarle si es posible que la fiebre haya borrado todos los filtros que pudieras tener.

Le da una palmadita a su hija en la mano.

—Mi pequeña Hallie, todos nos estamos muriendo.

—De verdad, a veces eres de lo más macabro.

Aquí no tengo ningún problema en ser el saco de boxeo, sobre todo porque la energía parece liviana y llevadera. Al contrario que la que sentí al entrar en la sala de espera. Hallie está sonriendo y gastando bromas después de haber llorado y, joder, eso me encanta.

—Papá, a Rio le queda un largo viaje hasta llegar a casa, así que tendríamos que dejar que se fuera. —Hallie me mira—. Ah. He venido en tu *pickup*. Debería habértelo comentado.

Se me endulza la sonrisa cuando le devuelvo la mirada.

—Me parece perfecto.

—¿O vas a volver en avión? Puedo llevar tu coche de vuelta en unos días.

En realidad, aún no he pensado en eso. Estaba desesperado por verla, pero ahora que aquí todo parece estar en orden y ella se encuentra bien, debería volver a Chicago para el partido de esta noche.

—Rio, ¿estás bien para conducir? —pregunta el señor Hart.

—Sí, estoy bien.

—Vale. Pues llévate a Hallie a casa contigo.

—Papá…

—Como tú misma has dicho, la doctora nos ha explicado que estoy bien. Así que vas a regresar a Chicago con él. Tienes que volver a tu vida. Ya no soy responsabilidad tuya. —Dirige la mirada hacia mí—. Rio, asegúrate de que se vaya contigo, ¿vale? Y ten cuidado con mi niña.

Esa frase me resulta demasiado familiar. La situación parece un sueño recurrente, y se me cierra la garganta cuando me acuerdo de que me dijo exactamente lo mismo la primera vez que llevé a Hallie a casa.

Asiento y trago saliva.

—Siempre, señor.

Me sonríe.

—Siempre supe que me gustabas.

—Vale, papá. No hace falta que le chupes el culo. No es tan genial.

Me río.

—Sí, la verdad es que pensaba que a estas alturas me odiaría, señor Hart.

—Qué va —interrumpe Hallie—. Papá, ¿a que no te has perdido casi ningún partido de Rio desde que está en la liga?

Levanta una ceja.

—Ambos sabemos que yo no era el único que los veía.

Ladeo la cabeza mientras la miro.

—Anda, no me diga…

—Soy muy aficionada al hockey —asegura—. Aunque los jugadores no podrían importarme menos.

Hallie me lanza una sonrisa para dejarme claro que está de coña y que, de hecho, hay uno que le importa mucho.

El señor Hart vuelve a cogerle la mano.

—Hallie, vete a casa. Te quiero, pero tienes que volver. Ya no tienes que cargar con esto. Estoy perfectamente.

Ella lo observa como si buscara alguna señal de que no está bien antes de acabar cediendo.

—Vale. Pero mañana te llamo para ver cómo estás.

—Me hará ilusión. —Señala la puerta con la cabeza—. Ve a despedirte de tu hermano. Quiero hablar con Rio un minuto.

—Papá, no, por favor.

—Un hombre moribundo, ¿recuerdas?

Hallie me mira; lleva una disculpa escrita en la cara.

Sacudo la cabeza en señal de que estoy bien y soy capaz de manejar la situación.

—Te veo ahí fuera.

Se inclina para besar a su padre antes de darme un apretón en el brazo de camino hacia la puerta. La cierro tras ella, dándonos cierta privacidad, cojo una silla del rincón y la coloco junto a la cama para poder sentarme.

—Tienes mucha suerte —comienza a decir.

—Lo sé. Sé que cometí algunos err…

—No, quiero decir que los dos tenéis mucha suerte. De haber

vuelto a encontraros. Esta vez no lo tires todo por la borda.

—No lo haré. O intentaré no hacerlo, al menos. Hallie no está preparada para perdonarme, y lo entiendo. No tengo ningún problema en ser paciente e intentar recuperar el tiempo perdido.

—Rio, ella ya te ha perdonado. Pero los años que no os visteis no fueron fáciles para ella, así que no la culpo por tomarse su tiempo antes de hablarte de todo aquello. —Sus ojos se clavan en los míos durante un instante—. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Podría llegar a suponerlo, a la vista del tipo de carteles que había pegados a las paredes del edificio. Este hospital es uno de los principales centros de investigación de cáncer del país.

—No del todo.

—Estoy en remisión de cáncer de sangre. Linfoma no Hodgkin. Es mi segunda remisión, en realidad. Afortunadamente lo de hoy se ha quedado en un susto, pero eso es lo que ha consumido nuestros últimos seis años. Yo y esta enfermedad.

La confirmación me provoca un vuelco en el estómago. Siento una extraña mezcla de alivio por el hecho de que ahora mismo no esté enfermo y de culpa por saber que lo estuvo. Y no solo porque él me tratara con muchísimo cariño mientras crecía, sino porque Hallie lo quiere tanto que imaginar lo asustada que debe de estar me pone físicamente enfermo.

—Necesito que cuides de ella —continúa—. Porque se ha pasado muchos años cuidando de mí, pero yo no puedo hacer lo mismo por ella. No sé si seguiría aquí de no ser por los sacrificios que hizo por mí.

En la habitación se respira un aire siniestro. Como si estuviera a punto de juntar todas las piezas del rompecabezas y supiera que hay muchos números de que la imagen final no fuera a gustarme.

Pese a todo, necesito saberlo.

Me inclino hacia delante en la silla, con los codos sobre las rodillas.

—¿Me puede explicar qué significa eso? ¿Qué ha pasado desde que nos vimos por última vez? Porque no sé si Hallie lo hará y, aunque lo hiciera, ella le restaría importancia, pero yo necesito saber la verdad.

No vacila ni un segundo.

—Bueno, para empezar, en cuanto me lo diagnosticaron, ella buscó

sin descanso hasta encontrar a los mejores oncólogos y centros de tratamiento. Tuvimos suerte de que este fuera uno de los hospitales más reputados de investigación oncológica y yo hubiera nacido precisamente en esta ciudad. Un amigo mío de la infancia ejercía aquí y me metió en un ensayo. Hallie dejó los estudios y se mudó a Minesota para cuidarme.

Mis ojos salieron disparados hacia los suyos.

—Al final acabó haciendo cursos de internet por las noches o mientras yo recibía tratamiento. Se sentaba a mi lado todo el rato y trabajaba con el ordenador. Saber que yo era la razón por la que no podía ir a clase fue un trago amargo para mí. Se había esforzado mucho para llegar a la universidad.

La última vez que vi a Hallie fue el verano posterior a su primer año de carrera. Me habían seleccionado cinco semanas antes y planeaba mudarme a Chicago. Hallie pensaba trasladarse a una universidad de la ciudad para que pudiéramos vivir juntos. Supuse que había seguido estudiando donde ya estaba matriculada. No tenía ni idea de que hubiera dejado las clases.

—Vendimos la casa de Boston —prosigue—. Pero en aquel momento el mercado estaba fatal. No sacamos casi nada de la venta y yo no podía trabajar una vez que nos mudamos por lo mal que me dejaban los tratamientos. Por suerte, el ensayo cubría el alojamiento e incluía un subsidio para cuidadores, pero, aun así, seguíamos yendo justos. Hallie trabajaba en lo que podía para sacarnos adelante y, además, me acompañaba a todas las visitas. De repente, era ella la que cuidaba de mí cuando se suponía que debía ser al revés, ¿no?

Asintiendo, noto un caluroso picor en la nariz y ardor en los ojos. Me invade un abrumador sentimiento de orgullo al saber que Hallie se echó todo eso encima y pudo con ello. Pero viene acompañado de una inmensa culpa. Los años que hemos estado separados no han podido ser más distintos para los dos. Mientras yo estaba ocupado viviendo mi sueño, sin saberlo la había dejado sola lidiando con esta pesadilla.

Mi voz suena bronca cuando pregunto:

—¿Dónde está su madre?

El señor Hart hace un gesto con la mano como dando a entender que ella es la pieza menos importante de la historia.

—Dijo una cosa bastante horrible cuando recibí el diagnóstico original y ninguno de nosotros hemos podido perdonárselo.

—¿Y Luke? —pregunto—. ¿Dónde estuvo todo ese tiempo?

—Haciendo lo que cualquier veinteañero debería hacer. Vivir su vida. Terminar la universidad. Él no estaba preparado para pararlo todo por mí, y no lo culpo. Cuando se casó, creo que Sarah le hizo ver que había sido su hermana la que se había encargado de todo y que ahora le tocaba a ella hacer su vida. El año pasado ellos volvieron a Minesota y poco después Hallie se fue a Chicago.

«Sería un hipócrita si me echara encima de ti por abandonarla cuando yo hice lo mismo».

Me gustaría salir ahí fuera y decirle cuatro cosas a mi viejo amigo por no haber ayudado a su hermana cuando lo necesitaba, pero ¿cómo voy a defender esa postura? Si yo también la dejé sola, joder.

—¿Cuándo…, eh…? —Me aclaro la garganta—. ¿Cuándo se enteró por primera vez de que estaba enfermo?

Se me queda mirando y, pese a haberse mostrado tan comunicativo en esta conversación, vacila durante un buen rato.

—Creo que esa parte de la historia te la tiene que contar Hallie.

Vuelvo a sentir un revoltijo en el estómago, lo que me indica que no me va a gustar la respuesta.

El rompecabezas va tomando forma y, como sospechaba, odio el aspecto que tiene.

No me sorprende que Hallie no haya querido darnos otra oportunidad. ¿Por qué iba a hacerlo?

No solo rompí con ella y me fui. La abandoné después de prometerle que estaríamos juntos para siempre. Peor aún, la abandoné a su suerte cuando todos los demás también lo hicieron. Y no me refiero solo a que tuviera que mantenerse a flote económicamente, sino también a nivel emocional. Ese era mi trabajo, y no lo hice porque estaba demasiado centrado en mi propia vida. Durante años, fui incapaz de ver más allá de mis miserias, mientras que ella se vio obligada a soportar todo esto.

Joder. Yo tampoco me perdonaría.

—Rio —dice el señor Hart haciendo que me centre de nuevo en él —. Ahora sois adultos. Esta vez no dejes que las decisiones de tus padres dicten las tuyas. Podéis decidir vosotros mismos si os perdonáis el uno al otro, y espero que tú lo hagas.

Sacudo la cabeza.

—Me parece que ella no debería perdonarme. No creo que pueda hacerlo ni yo mismo.

—No lo sabías. Necesito que seas un poco autocompasivo, ¿vale? Porque quiero que cuides de ella y no vas a poder si estás tan ocupado arrepintiéndote de decisiones pasadas. Mi hija necesita a alguien que se ocupe de ella de una vez. ¿Puedes hacer eso por mí?

¿Puedo? Sin lugar a dudas. ¿Debería ella darme otra oportunidad? Joder, seguramente no.

Las cosas por las que llevaba tanto tiempo enfadado con ella ahora me parecen intrascendentes. Le guardaba rencor porque no me había dicho nada sobre mi padre, mientras que ella estaba dolida porque yo la había abandonado cuando más me necesitaba.

Da igual lo que yo supiera o no en aquel momento, ella gana. Hallie tiene todo el derecho a odiarme.

29

Hallie

Aún tiene la luz encendida. Es plena noche, hace un par de horas que hemos vuelto a casa y la luz de su habitación sigue encendida.

Vale, yo también estoy despierta, pero eso es porque pude dormir durante la mayor parte del viaje de vuelta. Pero Rio no. Cuando le ofrecí cambiar para que descansara de conducir, él se negó y me aseguró que estaba completamente despierto.

Todavía lo está, a juzgar por el resplandor procedente de su dormitorio, que puedo ver desde el mío.

Comenzó a comportarse diferente en cuanto salió de la habitación de mi padre en el hospital. Estaba callado y retraído. El silencio que se produjo entre los dos durante el trayecto a casa fue asfixiante, y entonces me di cuenta de que lo sabía todo.

Esperé para ver si me hacía alguna pregunta, si quería hablarlo conmigo, pero no dijo ni una palabra. Cada vez que volvía la vista hacia él, me parecía verlo físicamente intentar comprenderlo todo.

De pie frente a mi ventana, miro de nuevo hacia su dormitorio con la esperanza de que la luz se apague para que Rio duerma un poco. Tras una semana viajando por trabajo, coger un vuelo de última hora a Minesota y conducir toda la noche de vuelta a Chicago, sé que está exhausto.

También sé que lo más probable es que ahora mismo la cabeza le vaya a mil por hora.

A la mierda. Si quiere, podemos hablar o si no me tumbaré a su lado para que pueda descansar, pero, en cualquier caso, me voy para allí.

Cojo las llaves, me calzo unas zapatillas y cruzo el patio hacia su casa. Me envuelve una oscuridad absoluta. La única luz que hay encendida es la de su habitación. La uso para acertar con el cerrojo de su verja y luego atravieso el jardín posterior y abro la puerta de atrás con la llave que me dio.

No sé por qué no he elegido la puerta de delante. Supongo que

estoy tan acostumbrada a escabullirme con Rio que colarme por su jardín trasero en mitad de la noche me parece más típico de nosotros.

Cierro detrás de mí y avanzo en silencio por la primera planta, escaleras arriba y hasta la puerta de su dormitorio. Está abierta, lo que me permite ver a Rio sentado al borde de la cama, de espaldas a mí. Inclinado hacia delante, apoya los codos sobre las rodillas con los hombros caídos.

Cuando estoy a punto de llamar a la puerta para hacerle saber que estoy ahí, comienza a hablar:

—Usa la puerta principal, Hallie.

Me quedo congelada, sin poder moverme.

—Ya no tenemos que escabullirnos por tejados y ventanas. Somos adultos y no estoy dispuesto a volver a ocultar lo nuestro. Usa la puerta principal.

«Guau».

Todavía no se ha vuelto hacia mí, así que cruzo la habitación y rodeo la cama. Me coloco de pie entre sus piernas y lo obligo a erguirse y a mirarme. Sus ojos verdes tardan unos instantes en establecer contacto con los míos, pero, en cuanto lo hacen, la angustia que reflejan rompe algo en mi interior. Creo que son los restos de la armadura que he intentado llevar puesta mientras estaba con él.

—Supongo que te lo ha contado todo.

Rio aprieta la mandíbula y vuelve a apartar los ojos de mí. Aunque no parece enfadado. Su aspecto es el de alguien a punto de echarse a llorar que intenta no hacerlo.

Estoy exhausta. Hoy ha sido un día agotador. Es agotador tratar de resistirme a esto, pero no puedo ni imaginarme lo exhausto que debe de estar él. Ha estado dándole vueltas a la cabeza durante seis horas ininterrumpidas, aunque, después de escuchar el mensaje que me dejó en el buzón de voz mientras visitaba a su madre, sospecho que en realidad lleva así todo el día.

—Te lo contaré todo, Rio. Pregúntame lo que quieras.

Se queda callado un momento antes de volver a hacer contacto visual conmigo.

—¿Estás bien? —quiere saber para empezar.

Su tono es dulce y amable, pero revela cierta preocupación.

Asintiendo, le pregunto:

—¿Y tú?

Mueve ligeramente la cabeza para establecer que no.

—Háblame.

De pie entre sus piernas, siento cómo se aferra a la parte posterior de mi muslo con la palma de la mano. Me acaricia la piel con el pulgar mientras reflexiona sobre algo.

—¿Por qué trabajas tanto, Hallie?

Ostras, esa no era la pregunta que esperaba.

Pero ya no voy a seguir mintiéndole. Hoy se ha producido un cambio. Y de los importantes, así que me trago el orgullo y le digo la verdad:

—Porque tengo una deuda.

No reacciona.

—¿Y por qué tienes una deuda?

Escudriñando su cara, me doy cuenta de que ya conoce la respuesta. Por eso no reacciona. No, mi padre no se lo ha contado porque no tiene ni idea, pero estamos hablando de Rio. La persona que más me conoce, incluso tantos años después.

—Creo que ya lo sabes.

—El ensayo sobre cáncer de tu padre. El seguro no cubría tanto como le hiciste creer.

Muevo la cabeza hacia los lados.

—No cubría ni el alojamiento ni los traslados. Tampoco había ningún subsidio para cuidadores. Pero si él lo hubiera sabido, no habría participado en el ensayo, y yo necesitaba que se pusiera mejor. Por eso le conté que todo estaba cubierto. Me vi obligada a pedir un préstamo para pagarlo.

Rio arruga el entrecejo, pero no dice nada, así que continúo:

—Durante su primera remisión, yo trabajaba para devolver el dinero. Tenía más horas libres, pero entonces volvió a enfermar y me necesitó. No podía con los pagos. Los intereses se acumularon y…, bueno, salió caro.

De nuevo, no dice nada, y hay una parte de mí que se pregunta si

me está juzgando por ser demasiado despreocupada con el dinero. En su momento no creí ser despreocupada. Sigo sin creerlo.

—En cuanto me contraten a tiempo completo en el estudio de diseño, podré pagar más rápido. Solo intento ir cumpliendo lo mejor que pueda hasta…

—Hallie —me interrumpe—. No me debes ninguna explicación. Estabas cuidando de tu familia. Yo habría hecho lo mismo si hubiera estado en tu lugar. —Niega con la cabeza y noto que le cuesta volver a mirarme a los ojos—. Pero es que nunca deberías haberte visto en esta situación, joder, y siento muchísimo haberte puesto en ella.

Sabía que iría por ahí. Sabía que se sentiría responsable. Que se culparía a sí mismo.

Debo admitir que, cuando era más joven, una parte de mí quería hacerle saber lo duras que habían sido las cosas cuando se fue. Quería que se sintiera como una mierda por abandonarme como lo hizo. Pero ya no es así. Ninguno de los dos puede cambiar las decisiones del pasado, y obsesionarse con ellas solo nos llenaría de rencor.

No dejo de acariciarle tranquilamente las mejillas con las yemas de los pulgares mientras le doy unos minutos para recomponerse.

Por fin, echa la cabeza hacia atrás y me mira.

—¿Cuándo te enteraste de que estaba enfermo?

Eso no puedo decírselo ahora. Ya tiene bastante con machacarse a sí mismo por todo lo que ha descubierto hoy.

—Rio, es tarde. Vamos a dormir un poco.

Los ojos se le llenan de temor, como si supiera lo que voy a decir.

—¿Cuándo?

Lanzo un suspiro de resignación, consciente de que no va a dejarlo pasar hasta que se lo diga.

—El verano que te seleccionaron. Dos semanas antes de que te fueras a la pretemporada en Chicago.

Lo observo mientras intenta procesarlo, comprender la cronología de los hechos. Percibo el momento en el que se da cuenta, porque se queda sin aliento.

—Por favor, dime que no es verdad.

Lo único que puedo hacer es dedicarle una apesadumbrada sonrisa

y ver cómo se desmoraliza más de lo que ya estaba.

No había tenido la oportunidad de contarle lo del diagnóstico de mi padre hace años porque, veinticuatro horas antes de enterarme, descubrí que su padre tenía una aventura.

Tenía mucho miedo por muchas razones diferentes y, de pronto, no supe cómo contarle nada de nada.

Inclinándose hacia delante, deja caer la frente en mi abdomen para ocultarme su rostro.

—Aquellas dos últimas semanas no fuiste tú misma. Lo recuerdo bien. Cuando todo salió a la luz, pensé que era porque tú ya sabías lo de mi padre e intentabas disimular.

Le paso los dedos por el pelo, tratando de calmarlo.

—En parte fue por eso. Pero también tenía miedo por la enfermedad de mi padre y porque no sabía qué iba a ser de ti y de mí. Se suponía que iba a mudarme contigo a Chicago, y no sabía cómo decirte que quizá ya no podría ir.

Mueve la cabeza hacia los lados.

—¿Qué cojones he hecho?

—Rio…

Levanta la cabeza para mirarme, y no creo haberlo visto nunca tan abatido. Hace lo posible por no llorar. Por mantener la compostura.

—Hallie, me fui y dejé que lidiaras sola con eso. No intentes hacer que me sienta mejor al respecto.

—No lo sabías.

Ahoga una carcajada de autodesprecio.

—Porque nunca te di la oportunidad de contármelo. Llevo todo este tiempo pensando que, si pudieras perdonarme por haberme ido, a lo mejor podríamos estar juntos. Pero esto… —Niega con la cabeza—. Yo tampoco me daría otra oportunidad si fuera tú.

—Rio, eso no es… Bueno, quizás al principio sí. No quería darte ni la hora, porque me habías hecho daño. Pero cuando las cosas empezaron a cambiar, cuando todo volvió a ser como antes entre nosotros, supe que tendría que contártelo todo y eso me aterraba. No quería que te culparas a ti mismo.

Los ojos se le abren como platos.

—¿Tenías miedo de que mis propias acciones hirieran mis

sentimientos? Dios, Hallie. Deberías odiarme, no protegerme.

—Pero yo siempre te he protegido. O al menos lo he intentado, y eso no va a cambiar.

Me observa unos segundos, escudriña mi cara.

—Durante un tiempo, me convencí de que tenía todo el derecho del mundo a sentirme como me sentía, pero, antes incluso de enterarme de lo de tu padre, sabía que me estaba mintiendo a mí mismo. Hasta te he llamado hoy para decírtelo. Quería intentar explicarte lo hecho mierda que estaba por aquel entonces, pero al descubrir que te abandoné con todo aquello… Tenía que haber estado allí.

Digo que no con la cabeza.

—No tienes que explicarme nada. Es lógico que te fueras. Rio, tus padres te habían roto el corazón.

—No excuses lo que hice. Tus padres también se separaron, supongo que eso es lo que quería decir tu padre, y todo este tiempo yo he estado centrado en la ruptura de mi familia mientras tú estabas pasando por la misma situación de mierda.

—En realidad, no. El divorcio de mis padres no me afectó como a ti el de los tuyos.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tú tenías la relación de tus padres en un pedestal, como el ideal de lo que debería ser el amor, pero yo no veía la relación de los míos de esa forma. —Tomo su rostro entre las manos para asegurarme de que me escuche—. Así es como nos veía a nosotros.

Se me queda mirando, y esta vez no trata de contener las lágrimas, que le brotan de los ojos. Tampoco se las enjuga cuando caen. Así que soy yo la que se las limpia dulcemente con los pulgares.

—Tienes todo el derecho a odiarme, Hal. Tienes todo el derecho a creer que me olvidé de ti, pero no fue así. No pasó ni un día en el que no pensara en ti. Estabas en todas partes. En la música que escuchaba. En la casa en la que vivía. Comparaba contigo a todas las personas a las que conocía, pero no había comparación posible. Y me pasaré el resto de la vida arrepintiéndome por haberte dejado atrás hace años.

Ahora mismo no tiene sentido decirle que lo perdono ni pedirle que se perdone a sí mismo. Todo lo que le explique caerá en saco roto. No podrá escuchar cómo me responsabilizo de mi parte de la ruptura ni cuando le diga que no puedo culparlo por algo que no sabía. Simplemente va a ser demasiado duro consigo mismo durante algún tiempo.

Así que voy al armario, saco la caja de cartón negra que encontré la semana pasada y la dejo sobre la mesita de noche.

Sus ojos se desvían hacia ella mientras abro la tapa.

—Rio, ya sé que no te olvidaste de mí.

Estudia la caja unos segundos, y yo espero que no se fustigue tanto como para pasar esto por alto. Cualquier otra persona le restaría importancia al hecho de que haya guardado estas cosas, pero para mí lo es todo. No son solo canciones, son los momentos que me representan.

—Ven aquí —murmura tirando de mi mano para que me siente en su regazo.

Acepto encantada, agradecida de que esté abierto a hablarlo.

—Cuando estuvimos en Nueva York, me preguntaste por qué nunca me había deshecho del radiocasete. ¿Te acuerdas?

Asiento con la cabeza.

—Es por esto —dice—. Era la única manera de escuchar las cintas y los CD, y no hacerlo no era una opción para mí. Durante años, me he llevado este puto radiocasete a todas partes. Me aferraba a él, como si el hecho de rebobinar y reproducir los momentos que tuvimos hiciera que no se hubiera acabado. —Saca una cinta cualquiera de la caja y recorre con el pulgar el corazón que hay dibujado—. No quiero que se acabe, Hallie.

Con la punta del dedo, cubre el garabato final de ese corazón mal esbozado, y me entran ganas de llorar. No de tristeza ni de dolorosa nostalgia, sino de esperanza.

La esperanza de que, ahora que todo está encima de la mesa, quizá podamos avanzar.

Reclino la cabeza en su hombro.

—No me puedo creer que los hayas guardado todo este tiempo.

—Bueno, ya sé que técnicamente estos son tus mejores recuerdos,

pero también son míos. Quedar en ese tejado, escuchar música. Haber tenido la oportunidad de enamorarme de ti es mi mejor recuerdo, y lo único que puedo hacer es esperar que algún día me permitas volver a hacerlo.

30
Hallie

(18 AÑOS)

—Hola, papá —susurro al cerrar la puerta principal detrás de mí.

Él está sentado en el sofá, leyendo un libro y esperando a que yo llegue a casa, como sabía que haría.

—Hola, Hallie, cielo. ¿Te lo has pasado bien?

Intento dibujar mi mejor sonrisa.

—No ha estado mal. Creo que la idea del baile de graduación era más emocionante que el baile en sí.

Sobre todo, porque no he podido ir con la persona que quería. Hoy Rio tenía el último examen final de su primer año de universidad y no iba a llegar a tiempo a Boston, así que me he plantado allí con un amigo. El baile de graduación no ha sido como siempre me imaginé que sería.

—Bueno, estás preciosa —continúa diciendo mi padre—. No puedo creer que estés a punto de terminar el instituto.

—Papá, no te pongas cursi. Espérate al menos a que llegue la graduación.

Me sonríe con cierta tristeza, y sé que lo único en lo que puede pensar ahora mismo es en que en pocos meses me iré a la universidad, igual que Luke. Oficialmente, él y mi madre se quedarán solos, pero, como a los DeLuca les ha pasado lo mismo, al menos podrán apoyarse entre ellos.

—¿Dónde está Luke? —pregunto.

Mi hermano está en plena temporada de lacrosse, pero mañana juegan contra Boston College, así que esta noche la pasará en casa.

—Ha salido con unos amigos a los que llevaba tiempo sin ver, pero se ha ido con un humor de perros. No tengo ni idea de qué le ocurre.

—Qué raro. Mañana hablaré con él para asegurarme de que está bien.

—Sí, por favor.

—Bueno, voy a dormir un poco.

—Vale, cielo. Te quiero.

—Yo también te quiero. —A mitad de la escalera, me vuelvo y le pregunto—: Oye, papá, ¿quieres salir a desayunar mañana antes del partido de Luke? Solo nosotros dos.

Se le levantan las comisuras de los labios.

—Me encantaría. Te veo por la mañana.

Me quito los tacones y los llevo en la mano hasta mi cuarto. Esta noche la casa está tranquila, como lo ha estado el resto del año. Sin mi hermano ni Rio por aquí, no hay más que… silencio.

El último año de instituto no ha estado mal. He salido con mis amigos y he hecho todas las actividades que se supone que hay que hacer, pero me he pasado la mayor parte del tiempo contando los días que quedaban para que Rio volviera a casa por vacaciones. Por desgracia, eso no ocurría muy a menudo, ya que la temporada universitaria de hockey se extiende desde octubre hasta abril.

Su visita navideña duró solo cuarenta y ocho horas, el tiempo que le permitió su calendario de partidos. Se pasó las vacaciones de primavera viajando para jugar al hockey, así que, por supuesto, yo ya sabía que no podría volver a casa por mi cumpleaños.

Practicar un deporte en la División I es un trabajo a tiempo completo, y Rio ya era un estudiante a tiempo completo, así que ha tenido muy pocos días libres durante el año. Yo ya sabía cómo iba a ser esta época de transición, pero eso no ha hecho que fuera más fácil de aceptarlo.

Ha sido duro. Me sentía sola y no podía coger un avión para ir a verlo. Además, debía seguir mi propio calendario escolar, por no mencionar el pequeño detalle de que nuestras familias no saben que estamos juntos.

Estos últimos días ha estado especialmente apagado. Le echa la culpa a los exámenes finales, pero no sé. Intento no pensar demasiado en la distancia o en el hecho de que no le haya contado lo nuestro a mi hermano, pero soy humana y es difícil no hacerlo.

Esta semana vendrá a casa, así que supongo que pronto sabré qué le ocurre.

Cierro la puerta de mi habitación detrás de mí y al instante me golpea una corriente de aire frío. Al encender la luz, me encuentro con que la ventana está abierta de par en par y las cortinas flotan dramáticamente en la brisa.

Esa ventana lleva meses cerrada, y puedo contar con los dedos de una mano las veces que se ha abierto este año desde que Rio no está en casa para colarse por ella.

A menos que él…

Cruzo a toda prisa la habitación y, mientras apuntalo las manos sobre el alféizar de la ventana, lo descubro sentado en el tejado, justo en el punto medio entre nuestras casas. En nuestro tejado. Apoya los brazos en las rodillas flexionadas. La capucha le cubre la cara, pero sé que es él.

¿Qué hace ya en casa? ¿Y por qué no me ha dicho que ya está aquí?

No pierdo el tiempo cogiendo una sudadera para ponérmela sobre el vestido del baile. No me molesto en calzarme. Solo necesito verlo. Así que, ataviada con mi vestido largo de satén, salgo por la ventana.

—¿Rio? —pregunto vacilante, quedándome cerca de mi casa—. ¿Qué haces ya aquí?

Sacude la cabeza al tiempo que exhala una carcajada de derrota.

—Quería sorprenderte llegando a casa a tiempo para llevarte al baile de graduación, pero se ha retrasado el vuelo.

«¿Qué?».

—Ah, ¿sí?

—Había comprado un billete para venir antes.

—¿Por eso has estado tan distante los últimos días?

—No se me da bien mentir, Hal. No quería arriesgarme a fastidiar la sorpresa. —No se vuelve del todo hacia mí, solo veo su perfil derecho, pero sus ojos recorren lentamente mi cuerpo—. Estás preciosa, cariño.

Doy un paso hacia él.

—Gracias. Pero me habría gustado saber que venías. Te habría esperado.

—He llegado hace solo treinta minutos, y decirte que venía de

camino solo habría conseguido decepcionarte en tu gran noche.

Sonriendo, suelto un bufido.

—No ha sido tan grande. La verdad es que no ha tenido nada destacable.

Veo cómo se le tensa la línea de la mandíbula.

—¿Y tu cita?

—Mi amigo —lo corrijo—. Me he pasado todo el rato animándolo para que le preguntara a la chica que le gusta si quería bailar.

Su cuerpo se agita en una carcajada silenciosa.

Me acerco aún más.

—Pero no he dejado de pensar en ti en toda la noche.

Por fin se vuelve hacia mí, mirándome con el rostro iluminado por la luna.

Un rostro muy hinchado. En especial el ojo izquierdo, que ya se le está poniendo morado.

—¿Qué es…? ¿Eso es del hockey? —Corro hacia él y me arrodillo para mirarlo de frente. Sujetándole la barbilla, le quito la capucha para verlo mejor—. ¿Te has dado un golpe en el entreno?

Sus ojos descienden hasta mis labios.

—No.

Le paso suavemente el pulgar sobre un corte y se estremece un poco.

—¿Qué narices ha pasado?

—Luke.

—¿Cómo que Luke? ¿Te ha pegado?

Rio se encoge de hombros como si la conversación fuera de lo más trivial.

—Bueno, le he dejado. Pero sí.

—¿Por qué le has dejado? ¿Y por qué ha hecho él algo así?

—Le he dejado porque me lo merecía por mentirle durante tanto tiempo, y él me ha pegado porque estaba furioso cuando le he contado que estaba enamorado de su hermana.

Me quedo ojiplática. Por varios motivos.

Cuando me echo hacia atrás para sentarme, el vestido amarillo de satén cae a mi alrededor.

—¿Qué?

—Se lo he contado. Ya no podía seguir ocultándolo, Hal. Este año ha sido una mierda sin ti, y no quiero que el siguiente sea igual. Te tenía en la cabeza prácticamente cada minuto del día. He querido que cogieras un avión hacia Michigan muchísimas veces. Necesitaba verte, pero no podía porque tu familia no lo sabía. Quería…

—¿Me quieres?

—Bueno, sí. —Se ablanda y sonríe—. ¿No es obvio?

—¿No crees que deberías haber hablado conmigo antes de contárselo a mi hermano?

—Mierda. —Al darse cuenta, su apuesto rostro magullado cambia de expresión—. No lo había pensado. O sea, te quiero desde que tenía doce años. Supuse que sería otra de esas cosas que no hace falta hablar.

No puedo evitar reírme, porque, guau, qué bien me sientan sus palabras tras estar un año separados.

—Esto es algo que quizás debería haberse hablado de viva voz.

—Vale, veamos. —Me coge la mano y tira de mí hacia él. Me subo el vestido por encima de las rodillas y me siento a horcajadas sobre su regazo, con lo que quedamos cara a cara—. Te quiero, Hallie Hart. Estoy enamorado de ti, aunque espero que no te sorprenda. Porque si es así, hay algo que he estado haciendo mal todos estos años.

Niego con la cabeza, sonriendo.

—No, lo has estado haciendo genial. Es solo que te he echado de menos y es bonito oírtelo decir.

—Dios, no sabes lo solo que me he sentido sin ti.

—Yo igual.

—Ya no vamos a seguir ocultándonos. Estoy cansado de fingir que no tenemos planeado todo nuestro futuro. Ya basta de actuar como si no fueras mía.

Le paso los brazos alrededor de los hombros, sonriendo contra sus labios.

—Pero soy tuya.

—Claro que sí, joder.

—Mmm… —Le doy besos con gesto burlón por toda la mandíbula —. Y tú eres mío.

—Siempre, Hal.

—Rio…

—¿Hum? —responde mientras sus labios recorren a besos toda mi clavícula.

—Yo también te quiero.

Noto cómo sonríe contra mi piel antes de echarse hacia atrás para que lo mire.

—¿Te quedas conmigo esta noche?

Acepto enseguida.

—¿En tu cuarto o en el mío?

—En el mío. —Se calla un momento, dejando que asimile las palabras—. Mis padres no están en casa.

Ah. ¡Ah!

Observo su cara; creo que nunca superaré cómo me mira. Parece que me quiere y que ha sido así desde el día en que me vio por primera vez. Entiendo muy bien ese sentimiento.

—Solo si quieres —prosigue—. Podemos esperar…

—No —me apresuro a decir—. Ya no quiero esperar más.

Esboza una sonrisa antes de inclinarse hacia mí y presionar dulcemente sus labios contra los míos. Nos tomamos nuestro tiempo, besándonos, moviéndonos en sincronía.

—Ven conmigo —susurra contra mi boca.

Me ayuda a levantarme de su regazo antes de darme la mano y me lleva a la ventana de su habitación, dejándome pasar primero.

He estado infinidad de veces en su cuarto a lo largo de los años, pero esta noche todo parece distinto. Más grande. Más excitante.

Pone algo de música y el sonido ayuda a ahogar los rápidos latidos de mi corazón.

Rio cruza la habitación y cierra la puerta antes de reclinarse contra ella mientras observa cómo voy de un lado a otro de la estancia, examinando cosas que he visto un millón de veces.

Al fin, mis ojos vuelven a él, y creo que su mirada nunca ha sido tan ardiente.

—Me encanta cómo te queda este vestido, cariño.

—Gracias. Es…

—Quítatelo.

Y se me abren solos los labios porque, guau, me encanta esta versión de él.

Alargo la mano hacia mi espalda y me desabrocho el gancho que hay en el centro del vestido con dedos temblorosos mientras Rio se acerca lentamente. De pie frente a mí, me rodea la cintura con las manos y las coloca sobre las mías para detenerme.

—¿Estás nerviosa? —pregunta con voz sosegada.

Asiento con la cabeza.

—¿Tú?

Él también asiente, lo que me hace sonreír y me ayuda a calmarme. Como siempre consigue hacer.

—Si quieres que pare, me lo dices. —Toma el control y me baja la cremallera despacio, sin apartar los ojos de mi cara en ningún momento—. Iremos poco a poco y descubriremos juntos cómo hacerlo, ¿vale?

Mis manos han dejado de temblar. Mi corazón ya no late acelerado.

Contemplo cómo me desliza uno de los tirantes por el hombro.

—Me alegro de que sea contigo.

Suelta una leve carcajada y luego planta los labios sobre los míos.

—Solo podía ser contigo, Hallie.

31
Rio

—Miller, ¿te traigo otra? —pregunta Stevie levantándose del suelo, a mi lado.

Miller lleva toda la noche con la misma Corona entre las manos.

—No, últimamente estoy en plan: «Una y no más».

—Lo dice la mujer que conoció a su marido mientras bebía a dos manos una mañana entre semana. —Kennedy echa la cabeza hacia atrás, partiéndose de risa.

—Ya, bueno, ahora esa mujer tiene dos hijos y dos negocios. No me puedo permitir levantarme con resaca.

Stevie hace inventario en silencio de las bebidas vacías de Kennedy e Indy antes de volverse hacia mí.

—Rio, ¿otra copa de vino?

Miro la mía para ver cuánto me queda y me doy cuenta de que apenas he bebido, y eso que me la he servido hace más de una hora.

—Creo que esta noche yo también voy a ir en plan: «Una y no más», como Miller.

—Pues sí que han cambiado las noches de chicas, ¿no? —comenta Stevie dirigiéndose hacia la cocina de Indy para coger otra ronda para todas, excepto para Miller y para mí.

Noto que Indy me mira desde el sofá.

—Rio, ¿te encuentras bien?

Asiento enérgicamente con la cabeza y le digo:

—Sí, claro.

Entorna los ojos con aire de sospecha, pero por suerte desvía la atención cuando Stevie vuelve con otra bebida para ella.

Creo que esta noche debería haber pasado de salir, en vista de lo mal que me siento los últimos días. Pero estas chicas solo pueden quedar sin sus hijos o los tíos del grupo muy de vez en cuando y, aunque yo pertenezco a la categoría de «los tíos» y técnicamente no se me debería incluir en la noche de chicas, hasta ahora eso nunca

me ha impedido asistir.

Después de pasarme el día entero, uno tras otro, con un puñado de hombretones, valoro mucho el tiempo que me dedican estas cuatro amigas. Además, esperaba que verlas me hiciera pensar en otra cosa.

No ha sido así.

Los dos últimos partidos desde que volvimos de ver al padre de Hallie he jugado como el culo. No puedo dejar de machacarme. Apenas duermo y, aunque eso no es ninguna novedad, cuando me levanto de las pocas horas que sí que duermo, me siento como si me hubieran pateado el estómago en cuanto la realidad vuelve a imponerse.

He seguido viendo a Hallie casi cada día, ya sea en mi casa cuando se reúne con los contratistas o bien cuando la traigo en coche desde el bar. Pero todo parece diferente.

Yo hago que sea diferente, porque no puedo mirarla sin odiarme a mí mismo por haberla dejado ir. Sinceramente, lo que no entiendo es cómo ella es capaz de mirarme a mí. Me es imposible cambiar el pasado, pero no sé cómo va a poder superar lo que le he hecho e imaginar un futuro conmigo. Y esa idea tan terrible no ha dejado de rondarme la cabeza durante toda la semana.

—¿Rio?

La voz de Kennedy me devuelve a la realidad de golpe, donde veo que las cuatro me están mirando.

—¿Eh?

—Decía que vamos a ir todos a vuestro partido contra San José a finales de mes. Podría ser el último al que acudamos Isaiah y yo durante un tiempo porque pronto nos iremos por los entrenamientos de primavera.

—Ah. —Asiento—. Guay.

—¿Crees que Hallie querrá venir con nosotros? —pregunta Miller.

—Sí…, hum… No lo sé. Puede.

Indy choca su hombro contra el de Miller.

—¿Llevamos a los niños o crees que el buenorro de tu padre podrá hacerles de canguro?

—Qué asco. —Hace una mueca—. Chicas, tenéis que dejar de

llamarlo así.

—Imposible —interviene Stevie—. Hasta mi marido se refiere a Monty como «el padre buenorro de Miller».

Kennedy intenta contener la risa.

—¿Quién empezó a llamarlo así?

—Ryan —dicen Indy y Stevie a la vez.

—Creo que los chicos están enamorados de él —añade Indy—. No dejan de hablar de que esperan estar tan bien como él a su edad. Y sueltan cosas como: «¿Has visto lo mazado que está el padre buenorro de Miller?».

—Y a Zee se le cae la baba con los tatuajes de Monty —agrega Stevie.

—¿Por qué? —Miller no podría parecer más asqueada—. Zee también está cubierto de tatuajes.

—Sí, pero no son los del padre buenorro de Miller.

Ella cierra los ojos.

—Esto me supera.

Kennedy no puede parar de reír, pero no participa de la conversación. Probablemente porque el padre de Miller no solo es su compañero, sino también el entrenador de Isaiah, y sería demasiado raro.

Stevie me da un manotazo en la pierna.

—¿Cómo te sientes al saber que a Ryan Shay le mola un hombre que no eres tú?

Me encojo de hombros.

Todas entrecierran los ojos.

—Normal, o sea… —rectifico—. ¿Habéis visto a Monty?

Pero no consigo distraer sus sospechas. Será porque estoy mentalmente agotado y mi tono carece de la alegría que tiene el noventa y nueve por ciento de las veces.

—Rio —apunta Indy con voz queda—. Pasa algo. ¿Está bien el padre de Hallie?

Todos saben que me perdí el partido de Boston y, por supuesto, le conté a Zee lo que ocurría antes de irme al aeropuerto. Hay ciertas cosas que no puedo ocultarles a mis amigos.

Pero no conocen los detalles. Solo saben que el padre de Hallie

tuvo un susto y que yo quise estar allí.

Muevo la cabeza hacia los lados.

—Sí. No es eso.

«Bueno, no exactamente».

Indy me clava la mirada.

—¿Sabes que puedes contárnoslo todo, verdad? Si es que necesitas hablar de algo.

Mi atención va rebotando entre cada una de ellas. He estado presente cuando se formaban todas sus relaciones de pareja, desde el principio hasta ahora. Estaba en el avión el día que Stevie conoció a Zee. Indy se quedó en mi casa los pocos días que dudó de si Ryan veía o no un futuro con ella. Todavía recuerdo la noche en la que todos descubrimos que Miller estaba enamorada de Kai, aunque ni ella misma se había dado cuenta. Y Kennedy… Bueno, vi a Isaiah obsesionado con ella durante años antes de que se casaran.

Pero yo nunca había necesitado consejo en tema de relaciones, claro, los últimos seis años no había ido más allá de algunas citas preliminares.

Porque nadie era la chica de la que había estado enamorado desde los doce años.

—Rio… —introduce Kennedy con cautela—. ¿Hay algo de lo que quieras que hablemos?

—Creo que necesito consejo.

Sus caras reflejan cuatro sonrisas emocionadas en exceso, como si llevaran esperando esta oportunidad todo el tiempo que ha durado nuestra amistad.

—Pero que no salga de aquí —prosigo—. Hay dos razones por las que nunca había hablado de Hallie. Una es que, cuando me fui de Boston, hice lo posible por fingir que esa parte de mí no existía. Y dos, porque culpaba a Hallie del motivo por el que quería olvidarlo todo, y no quería que ninguno de mis amigos pensara mal de ella. Pero hace poco he sabido que fui yo el que lo jodió todo, y no tengo ningún problema en que mis amigos piensen mal de mí. Necesito desahogarme porque no sé adónde ir.

Miller se inclina hacia delante y apoya la barbilla sobre las manos mientras escucha con atención.

—Cuéntanoslo todo.

Y eso hago.

—Todo empezó cuando yo tenía doce años. Estaba fuera jugando al hockey cuando nuestros vecinos pararon en la entrada de su casa por primera vez.

No paro hasta contárselo todo. Cómo nos conocimos. Cómo nos hicimos amigos. Cómo pasamos su decimotercer cumpleaños y luego todos los demás. Y les cuento cómo nos enamoramos. Cómo veía la relación de mis padres y pensaba que había encontrado lo mismo. Cómo Hallie fue y sigue siendo la única mujer a la que jamás he amado.

Les cuento por qué les ocultamos la relación a nuestras familias y que, cuando por fin lo explicamos, todo el mundo menos su hermano ya se lo había imaginado.

Les cuento lo que pasó el verano que me seleccionaron y nuestros planes de vivir aquí, en Chicago. Les cuento qué pasó con mi padre y lo que Hallie descubrió sin querer. Les cuento lo enfadado que estaba con ella por no habérmelo dicho y lo destrozada que se quedó mi madre después.

Les cuento lo desgraciado que me sentí cuando se divorciaron. Les cuento el rencor que le guardé a Hallie durante años por no haberme dicho la verdad. Les cuento que básicamente me escapé, pensando que de esa manera todo quedaría atrás, pero que me pasé los siguientes seis años comparando con ella a todas las personas a las que conocía.

Sin entrar en detalles que no me corresponde compartir, les cuento que su padre había estado enfermo y que yo me enteré hace poco. Les cuento en qué momento recibió ella la noticia y cómo afectó eso a que no me dijera lo de mi padre, algo que yo ya le había perdonado antes de saber nada más.

Les cuento por lo que tuvo que pasar cuando yo me fui y lo cabreado que estoy conmigo mismo por haberla puesto en esa situación. Y les cuento que no he podido dejar de pensar en lo mucho que la cagué y en cómo he arruinado lo mejor que he tenido en la vida.

Pero no les cuento los pequeños detalles. Esos que realmente

hacen que la historia sea nuestra. Los detalles que son especiales porque solo Hallie y yo entendemos su significado.

—Así que, bueno… —concluyo—. Eso es todo.

Se hace el silencio. Miro a mi alrededor y veo cuatro bocas abiertas que no saben qué decir.

Y luego está Indy…

—Indy. —Frunzo el ceño—. ¿Estás llorando?

—¡Pues claro! —Se limpia las lágrimas—. Lloro continuamente, así que no sé por qué te sorprende. Pero esa es la historia más bonita que he oído nunca, y yo amo el amor, ¿vale?

—¿No has oído el final? Lo he jodido todo.

Las tres que no están llorando se echan a reír.

Stevie mueve la cabeza hacia ambos lados, tratando de contener la sonrisa.

—No, gilipollas adorable. No has jodido nada.

—Joder —exhala Miller—. Si Kai no me hubiera convencido ya, esa historia me habría hecho creer en el amor.

—A mí me ha hecho querer irme a casa con Isaiah. —Kennedy apoya la cabeza sobre el hombro de su cuñada—. Para preguntarle por qué solo me persiguió durante tres años antes de casarnos, cuando debería haber empezado a pensar en mí a los doce.

Eso por fin me hace sonreír, lo que me sienta bien.

Indy no deja de secarse las lágrimas con las manos.

—Siempre pensé que la primera vez que trajeras a alguien tendríamos que interrogar a esa persona o algo así. Descubrir sus intenciones y decidir si era lo suficientemente buena para ti. Como cuatro hermanas dominantes y sobreprotectoras, pero… —Niega con la cabeza—. Este desenlace me gusta mucho más.

Dejo la copa de vino, que apenas he probado, sobre la mesita que tengo delante.

—Sé que todas pensabais que yo era un negado ligando y por eso no había estado con nadie durante todos los años que he vivido aquí. Pero en realidad es que no me interesaba. Era lo que quería. Necesitaba demostrarme a mí mismo que Hallie no era el amor de mi vida, pero cada una de las personas que conocía me confirmaba lo contrario.

—Para. —Stevie se deja caer al suelo a mi lado—. Me encanta oírte hablar así.

Miller se parte de risa.

—Nadie pensaba eso, Rio.

—¿De verdad crees que pensábamos que ibas a todas esas primeras citas y ni una sola chica se interesaba por ti ni lo más mínimo? —Indy se ríe—. Primero, ¿te has mirado a un espejo? Y segundo, eres tú. ¿A quién no ibas a interesarle?

—¿Qué cojones decís? —Elevo la voz—. Os he tirado los trastos a todas y cada una de vosotras en algún momento. Y ninguna mostró interés.

Kennedy pone los ojos en blanco.

—Nosotras no contamos.

—Lo único que digo —explica Indy— es que sabíamos que no eras tan torpe como intentabas hacernos creer, pero no iba a presionarte para que me contaras por qué querías que pensáramos eso.

Resoplo mientras sonrío.

—Supongo que pensé que era más fácil venderos esa historia que explicaros por qué no me interesaba nadie. No quería que supierais lo de Hallie porque sé lo que habríais dicho.

Indy alza una ceja.

—¿Que deberías ir a por ella?

—Exacto.

Stevie se incorpora.

—Bueno, pues te lo decimos ahora. Rio, ve a por ella.

Miller levanta su cerveza, que está casi vacía.

—Hazme caso. No tiene sentido huir.

—Otra vez —destaca Kennedy.

Niego con la cabeza.

—No va a perdonarme.

—Cielo —arrulla Indy—. He visto cómo te miraba la noche que ayudó a cuidar a los niños. Ya lo ha hecho. Me parece que la única persona que no te ha perdonado eres tú.

—Eso —conviene Miller—. Deja de compadecerte de ti mismo.

No puedo evitar reírme ante tanta franqueza.

—Joder, no veas.

—Lo siento, no me va lo empalagoso, pero es que, venga ya, Rio. Si vuelves a huir no solo te estarás castigando a ti, sino también a ella. Tú mismo lo has dicho, ya la cagaste una vez, así que no vuelvas a hacerlo. Así de fácil.

—No voy a huir.

—¿Lo sabe ella?

Desvío la atención hacia Kennedy, Stevie e Indy para confirmar que al menos una de ellas va a intervenir y soltar algo como: «Por supuesto que lo sabe». Pero ellas también me están mirando, preguntándose eso mismo en silencio.

—Sí —digo por fin—. Claro que sabe que no voy a huir. Lancé la pelota a su tejado hace semanas. Le dije que cuando estuviera lista para darnos otra oportunidad, yo también.

—Madre de Dios. —Kennedy se deja caer en el sofá—. ¿Es que no te hemos enseñado nada?

—Rio —me regaña Stevie—. Venga ya.

Miller mueve la cabeza hacia los lados.

—Ind, ¿te encargas tú? Vas a ser más amable que yo.

Indy me sonríe ligeramente.

—Rio, cielo. Amigo mío del alma. Me estás matando. Entiendo que Hallie te ha perdonado porque ha tenido años para procesarlo todo, y que tú has necesitado tiempo para perdonarte a ti mismo, pero ahora mismo la pelota está en tu tejado. Si ella te conoce tan bien como parece, sospecho que sabe que te castigas por todo esto y está esperando a que seas tú quien le digas cuándo estás listo para dejarlo ir.

—No —razono—. No, soy yo el que la espera.

Todas me observan con gesto expectante.

No me ha parecido que Hallie estuviera rara o actuara de forma diferente desde que volvimos de Minesota. No me ha hecho el vacío ni me ha evitado. Sigue sonriéndome con la misma emoción cada vez que me presento en su trabajo para llevarla a casa. Sigue enviándome un mensaje de agradecimiento con unos mil signos de exclamación cada mañana cuando encuentra el *latte* que le he dejado en la puerta de casa.

«Hostia puta». Qué obtuso soy.

Me levanto de golpe.

—¿Por qué no me lo habéis dicho?

Kennedy ladea la cabeza.

—Acabamos de hacerlo.

—¡Me cago en todo! Se supone que debería haber aprendido algo después de tantos años viniendo a estas noches de chicas, pero parece que no ha sido así. —Corro por toda la casa, recogiendo mis llaves y la chaqueta—. Me voy. Tengo que decírselo.

—¡Claro que sí, joder! —anima Miller.

—¡Suerte! —canturrea Kennedy.

Stevie se lleva una mano al corazón.

—Crecen tan rápido…

Por último, miro a Indy y veo que está llorando… otra vez.

—Ind, ¿en serio?

—¡No estoy llorando! Estoy bien. Es solo que verte feliz me hace feliz. —Se limpia por debajo de los ojos—. Y te mereces ser feliz, Rio. Los dos lo merecéis.

Le dedico una tímida sonrisa antes de salir por la puerta y correr hacia mi *pickup*.

Porque tiene razón. Los dos nos merecemos ser felices.

Aparco en mi entrada, avanzo al trote por el césped y por la escalera que da al porche de Hallie, y llamo frenéticamente a la puerta mientras rezo para que esté en casa.

Voy de un lado a otro, espero con impaciencia a que alguien abra la puerta mientras repaso lo que he venido ensayando durante el trayecto de vuelta a casa. Nadie abre, así que vuelvo a llamar para asegurarme de que no está antes de regresar al coche e intentar averiguar dónde puede haber ido.

Por fin, la luz del porche se enciende y la puerta se abre de golpe.

—¿Rio? —Hallie saca la cabeza hacia fuera—. ¿Va todo bien?

Y entonces, todo lo que tenía preparado sale volando por la ventana.

Dios, es preciosa. ¿Siempre ha sido así de preciosa?

La respuesta es sencilla: sí. He conocido casi todas las versiones de

esta mujer y no hay una que no me haya encantado. Ha sido mi persona favorita desde que tenía doce años, y quince años después, eso no ha cambiado.

—Hay una cosa que no te dije la otra noche —acabo balbuceando.

Interesada, levanta una ceja.

—Bueno, hay muchas cosas que no te he dicho, pero la más importante es que, aunque estoy cabreado conmigo mismo, me siento muy orgulloso de ti.

Abre la puerta por completo y se apoya contra el quicio para escucharme.

—Me siento muy orgulloso de ti por haberte ocupado de todo durante los últimos años. La cagué. Ahora los dos lo sabemos, y lo siento muchísimo. Nunca lo diré bastantes veces. Te ofrecería que empezáramos de nuevo, pero me temo que, si lo hacemos, acabarías presentándote otra vez y creo que con dos hay más que suficiente.

Echa la cabeza hacia atrás con una carcajada y el sonido es una puta maravilla. No necesito más incentivos para seguir.

—Y, sinceramente, Hallie, no quiero que empecemos de nuevo. Quiero aceptar que hemos pasado por algunas situaciones de mierda, tú más que yo. Nos hicimos daño y yo cometí errores.

—Yo también —interrumpe.

—Y esos errores nos cambiaron, en cierto modo, pero en otros somos exactamente los mismos. Si ignoráramos todas las partes malas, no sería nuestra historia, así que no pienso hacerlo. No pienso salir huyendo, porque ¿adónde iba a ir? Hallie, estás aquí. —Me doy un golpecito en el pecho—. A pesar de los años que hemos estado separados, sigues aquí.

Intenta contener la sonrisa, lo que me parece una buena señal.

—¿Estás seguro de que no tiene que ver con que haya sido tu primer amor?

—No, cariño. Esto tiene que ver con que eres el último.

Doy un paso adelante y, en el quicio de la puerta, apoyo una mano a cada lado de Hallie. Pero no voy más allá porque tengo algo más que decir y no podré hacerlo si le pongo las manos encima.

—La otra noche, cuando dije que esperaba que algún día me

dejaras volver a enamorarme de ti, lo que quería decir es que espero ganarme la oportunidad de volver a enamorarme de ti. Y eso no va a ocurrir si estoy demasiado ocupado lamentando el pasado. Así que, sí. Cometí el mayor error de mi vida y es posible que tarde algún tiempo en perdonármelo del todo, pero no quiero pasar ese tiempo sin ti. —Le coloco las manos sobre la mandíbula y le deslizo los dedos por el pelo—. Siempre has sido tú, Hallie, y creo que ambos lo sabemos.

Se queda ahí de pie, sonriéndome.

—Bueno, eh… —titubeo—. Ese ha sido mi gran discurso.

—¿Has acabado?

—He acabado.

—Entonces ahora deberías besarme. Ya hemos perdido seis años. No me apetece perder más tiempo.

Acepto enseguida.

—Seguramente debería hacerlo.

Sonriendo, me inclino y presiono mi boca contra la suya, y siento el mayor de los alivios cuando nuestros cuerpos se funden el uno en el otro. Me pasa los brazos alrededor del cuello, separa los labios y me deja besarla más hondo, más fuerte, con más urgencia.

—¡Eso ha sido adorable, chicos! —grita Wren desde dentro—. Pero si por fin vais a follar, ¿podéis ir a casa de Rio? Tengo que estudiar.

Hallie separa sus labios de los míos cuando ambos nos echamos a reír y deja caer la cabeza sobre mi pecho.

Pero creo que lo que nos hace comportarnos como dos quinceañeros es la sensación de ligereza entre nosotros. Al fin nos sentimos como corresponde. El abatimiento no se cierne sobre nosotros. No hay animosidad.

Ella ladea la cabeza, con la barbilla sobre mi pecho, mirándome, y yo me tomo mi tiempo para buscar la respuesta en su rostro. Porque ambos sabemos lo que significa ir allí. Volver a intentarlo. Sin medias tintas. Ella y yo.

Le coloco el pelo detrás de la oreja.

—¿Qué dices, Hal?

Asiente.

—Creo que deberías llevarme a tu casa.

No puedo contener la sonrisa.

—¿Te he dicho alguna vez lo práctico que me parece que seamos vecinos?

Bajo las manos hasta su culo y la levanto para que rodee mi cintura con sus hermosas piernas. Cruza los brazos alrededor de mis hombros y suelta un pequeño chillido cuando arranco a caminar velozmente por el patio.

Ya he metido la llave en la cerradura cuando me pasa los dedos por el pelo y dice algo que me hace detenerme en seco.

—Rio. —Sus ojos miran alternativamente los míos—. Tienes que saberlo. Siempre has sido tú.

32
Hallie

Rio me lleva por toda la obra que se está haciendo en su casa y no me deja en el suelo ni después de haber entrado en el dormitorio.

Cierra la puerta detrás de nosotros antes de volverse y sujetarme contra ella, buscando de inmediato mi boca. El beso no tiene nada de delicado. Es urgente, necesitado, y se vuelve aún más frenético cuando aprieto las piernas alrededor de sus caderas y lo atraigo hacia mí.

Encuentro algo de fricción al instante, y parece que él la necesita tanto como yo, por la forma en que me agarra el culo con una mano mientras apoya la palma de la otra en la puerta junto a mi cabeza para mantenerse estable.

Vuelve a frotarse contra mí, y el movimiento me hace abrir los labios y echar la cabeza hacia atrás, contra la puerta.

—Joder —dice con una exhalación, apoyando la frente en mi hombro y mirando hacia abajo para ver cómo nos movemos al unísono—. Podría correrme con esto y ni siquiera me daría vergüenza.

Con una risita, le deslizo los dedos por el pelo y voy subiendo los labios por su cuello.

—Ya estás duro.

—Mmm —gime él clavándome las yemas de los dedos en el culo—. Como siempre que te tengo cerca, Hal. Es bastante problemático.

Le paso la lengua por el labio inferior y observo cómo se le agitan los párpados antes de volverlo a besar.

—Deberíamos ocuparnos de eso.

Desenrollo las piernas, las llevo hasta el suelo y me escabullo bajo su brazo para acercarme a la cama.

Rio se reclina contra la puerta con los brazos cruzados mirando cómo jugueteo con el último botón del jersey recortado que llevo puesto.

Lo señala con la cabeza.

—Quítatelo.

Y eso hago, desabrochando un botón y luego el siguiente. Con rapidez, porque estoy ansiosa y preparada y llevo mucho tiempo perdiéndome esta parte de nosotros.

Mueve la cabeza hacia los lados.

—Despacio, Hallie. Ha pasado mucho tiempo. Déjame saborearlo.

Dios, cómo entrecierra los ojos, cómo se muerde el labio inferior mientras su mirada recorre mi cuerpo. Espero que tenga pensado saborearme toda la noche. Una y otra vez.

Hago que sea todo un espectáculo. Me desabrocho lentamente cada uno de los botones y dejo que el jersey se vaya abriendo poco a poco, mostrando lo que hay debajo. El sujetador que llevo no es nada especial, blanco con algo de encaje en las copas, pero Rio me contempla como si desenvolviera un regalo que lleva pidiendo toda la vida y por fin va a tener entre sus manos.

Da unos pasos lentos hacia mí, recorriéndome centímetro a centímetro con sus ojos verdes, mientras hago un estriptis solo para él. Cuando el jersey se abre por completo, se humedece los labios. Me quito una manga y la garganta se le mueve al tragar saliva. Cuando dejo caer la prenda al suelo, vestida solo con el sujetador y con una falda por las rodillas, él se detiene en seco.

Incrédulo, niega con la cabeza, y solo con eso hace que me ponga más erguida, con los hombros echados hacia atrás.

Sus ojos van de un lado a otro, catalogando cada centímetro de mi cuerpo. Me ha visto desnuda en infinidad de ocasiones, así que no sé si me mira para ver si ha cambiado algo desde la última vez o si es que quizás ha pasado tanto tiempo que no se acuerda.

—Joder, qué preciosidad —murmura en voz baja—. Ha pasado mucho tiempo.

Parece que es la última opción. Pero ¿quién se acuerda de todas y cada una de las partes de alguien con quien se acostó hace seis años?

Bueno, yo, pero solo porque no he estado con nadie más desde entonces.

—Pero me acuerdo de todo —dice.

—Rio, hace una eternidad. ¿Seguro que te acuerdas bien?

Frunce el ceño.

—¿No me creíste cuando te dije que te visualizo siempre que me masturbo? ¿Qué te crees, que me inventaba una imagen de cómo pensaba que eras? No. Llevo tu cuerpo grabado en la mente desde que te vi por primera vez, cuando tenía diecinueve años. Me acuerdo de todo.

Alarga la mano y la lleva hasta mi codo, acariciándome una elevación de la piel con el dedo índice.

—Sé que aquí tienes una cicatriz de cuando te caíste de la bici a los once años.

—Bueno, me parece muy bien que te acuerdes. Fue culpa tuya. Ibas demasiado deprisa y yo intentaba seguirte el ritmo.

Se ríe y con la otra mano me rodea la cadera, pasándome la yema del pulgar por el interior del muslo. Aunque aún llevo puesta una falda de satén, noto el calor de su piel sobre mí, lo que envía una oleada de calidez unos cinco centímetros hacia el norte, justo donde desearía que me estuviera tocando.

—Sé que aquí tienes una peca. —Acaricia suavemente ese mismo punto—. Me encantaba lamerla antes de saborearte por completo.

«Madre de Dios».

Se pega a mí, recorriéndome la mandíbula con los labios y bajando por el cuello hasta encontrar el pliegue que conecta con mi hombro.

—Y sé que cuando te muerdo aquí… —Hace justo eso y me arranca un gemido instantáneo de entre los labios—… Dejas escapar ese puto ruidito.

Con la cabeza hacia atrás, me retuerzo contra él mientras me da besos por la garganta y la mandíbula hasta encontrar de nuevo mi boca.

—De modo que sí, cariño, me acuerdo de todo. Incluidas todas mis formas preferidas de hacer que te corras. —Me pasa el pulgar por el encaje del sujetador—. Antes me he quedado mirando porque no me puedo creer lo inocente que pareces con ropa interior blanca, cuando ambos sabemos que no lo eres.

Con un ronroneo, digo:

—Eso también es culpa tuya.

Sonríe contra mi piel, arrastrando sus cálidos y húmedos labios por

cada centímetro de mi cuello y mi clavícula, sin dejar de acariciar lánguidamente la tela del sujetador con el pulgar. Pero quiero su piel sobre la mía, así que me llevo la mano hacia atrás para desabrochármelo.

Antes de que pueda hacerlo, Rio me rodea la cintura con los brazos y cubre mis manos con las suyas para detenerme.

Noto una abrumadora sensación de *déjà vu* de la primera vez que hicimos esto juntos.

—¿Estás nerviosa? —susurra.

Digo que no con la cabeza.

—¿Tú?

—Ni lo más mínimo.

Le sonrío suavemente mientras me dibuja pequeños círculos en la columna, pero sigue sin abrir el cierre.

Me observa durante un buen rato, jugueteando con la tela de ahí detrás, hasta que finalmente retira la mano sin haberme quitado el sujetador.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sacude la cabeza para decirme que nada y luego estira la mano por encima de la cabeza para quitarse la camiseta con un fluido movimiento y tirarla al suelo.

Es impresionante. Piel bronceada, músculos definidos pero delgados y tinta. Negra, extendida por todo el costado izquierdo. Y, como no se está moviendo para tocarme o besarme otra vez, me doy cuenta de que espera que la mire con más detalle.

Hay algunos tatuajes, diría que todos nuevos, porque para mí lo son, pero no sabría especificar qué representan los otros. Porque mi atención se centra solo en uno.

—Hallie —espeta Rio con indecisión—. Di algo.

No puedo. Me he quedado sin palabras. Porque ¿cómo voy a hablar si mis ojos están pegados a lo que básicamente es mi apellido, en formato de corazón, tatuado sobre el suyo propio?

Vacilante, alargo la mano y paso los dedos con dulzura por encima de la tinta negra, recorriendo las curvas y la punta hasta que me detengo para cubrir el trazo sobrante que empieza donde se supone que tendría que haber parado pero nunca lo hice.

Mi corazón.

Su corazón, en realidad, teniendo en cuenta todas las veces que se fijó en las firmas que yo dibujaba en las cintas y los CD que le daba.

«Es mi parte favorita».

—Por si aún te preguntabas si alguna vez me olvidé de ti —anuncia con tono calmado—. Me lo hice hace tres años. Tres años después de verte por última vez.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que conoces la respuesta, Hal.

—Dímelo igualmente.

No puedo dejar de pasarle los dedos por encima, deteniéndome en el mismo punto en el que él lo hacía. Es una réplica exacta de mi letra, así que es evidente que la ha sacado de una de esas cintas o CD.

—Porque siempre hemos sido nosotros. —Con el nudillo, me levanta la barbilla para que lo mire—. Incluso cuando pensaba que no quería que así fuera, sabía que éramos nosotros. Me senté allí tatuándome esto para siempre en la piel, tratando de convencerme a mí mismo de que solo me lo hacía como recordatorio de que el amor existe cuando en todo puto momento… sabía que solo existía contigo.

Ufff… joder.

Su total y absoluta sinceridad me deja con la boca abierta. Con el corazón palpitante y la piel acalorada.

No sabía que serlo todo para alguien podía ser tan excitante.

Le deslizo los dedos hacia abajo, le rozo los abdominales, trazo las líneas de esa «V» que bien podría ser un mapa de carreteras hasta su polla. Le desabrocho los pantalones, le abro la bragueta y se los bajo por encima de su culo absurdamente perfecto, de sus gruesos muslos, hasta que caen al suelo.

Se deshace de ellos con las piernas mientras me aparta el pelo de la cara con los dedos.

—¿Te gusta oír eso?

Asintiendo, me inclino hacia él y lo beso, le arrastro los labios por la mandíbula y por el cuello; le recorro el pecho mientras empiezo a arrodillarme.

—Hal, espera. Primero quiero ocuparme de ti.

Digo que no con la cabeza y sigo bajando, le rozo mi tatuaje con los labios antes de continuar.

—Joder… —gime echando hacia atrás la cabeza.

Me agarro a sus muslos sin dejar de mirarlo, a tope con todo ese rollo de los ojos de gacela.

—Madre mía —murmura—, qué guapa estás de rodillas.

—¿Esto es lo que visualizas cuando te masturbas?

Asiente, recorriéndome la cara y el cuerpo con la mirada, pasándome una lánguida mano por el pelo.

—De blanco pareces un ángel, pero la forma que tienen tus tetas ahora mismo es absolutamente pecaminosa.

Retorciéndome, aprieto las rodillas, busco un poco de fricción.

Siempre se le dio genial reforzarme la confianza, así que no me sorprende que diga eso. Cuando era más joven, no pasaba un día sin que me elogiara por algo. Pero hacía tanto que no lo oía que casi se me había olvidado lo que se sentía al brillar bajo sus halagos.

Como recompensa, me bajo un poco la falda por debajo de las caderas para que intuya las bragas blancas que llevo a juego.

—Hostia puta, Hal. Quítate la falda del todo. Quiero ver cómo te mojas cuando te metas mi polla en la garganta.

Y, tal como me ha dicho, me deslizo la falda muslos abajo y la lanzo junto al resto de la ropa que nos hemos quitado.

Le recorro el abdomen con las manos y jugueteo con la cintura de sus bóxers apretados, contemplando cómo se le tensan los músculos. Rio aún me pasa la mano por el pelo, lo aparta mientras espera.

Apoyándome sobre sus gruesos muslos, me inclino y presiono los labios contra el bulto que tengo delante, por encima de los calzoncillos.

Gruñe en señal de aprobación.

—Provocadora.

No puedo evitar sonreír con lo que ha dicho porque tengo unos seis años de provocaciones pendientes. ¿Quiere disfrutar esta noche? Pues vamos a hacerlo bien.

Le meto los dedos en la cinturilla de los bóxers y se los bajo solo

un par de centímetros, liberándole la punta de la polla.

También le doy un suave besito.

—Joder, Hallie.

Ese tono torturado es música para mis oídos, de modo que decido hacer girar mi lengua sobre el glande y ver qué ruiditos obtengo.

Es el gemido más desesperado que he oído jamás.

—¿Me estás castigando, cariño?

Miro hacia arriba, pongo mi expresión más inocente y asiento con la cabeza.

—Vale. —Tiene el pecho agitado y respira de forma entrecortada—. Acepto felizmente el castigo.

Le bajo un poco más los calzoncillos y le lamo por debajo de la corona del glande con la lengua.

Ya le tiemblan las piernas. Sus abdominales sufren espasmos. Me agarra el pelo y me produce un delicioso ardor en el cuero cabelludo.

—Hallie, déjame avisarte, es muy posible que me corra en tu boca en cuanto me envuelvas con los labios. Ha pasado demasiado tiempo.

Vuelvo a sonreír contra él, haciendo girar otra vez la lengua alrededor de la punta.

—Quieres que me corra enseguida, ¿verdad? Joder, quieres ver lo débil que soy cuando se trata de ti.

Asintiendo, le recorro la polla con mis besos.

Solo quería que lo recordara, eso es todo. Que independientemente de lo que haya hecho con otras personas los últimos seis años, yo fui la primera y tengo toda la intención de ser la última. Que, aunque la primera vez no tenía ni idea de lo que hacía, aprendí a hacer una buena mamada haciéndoselas a él. Yo sé mejor que nadie lo que le gusta. Me aprendí sus indicaciones. Me aprendí sus sonidos.

Y no me he olvidado de nada.

Le bajo los calzoncillos del todo y libero su polla delante de mí. Está tan bien dotado como recordaba y, aunque hace poco pude rememorar su tamaño mientras se pajeaba en la ducha, es muy distinto arrodillarse frente a él, intentando recordar cómo respiraré cuando me llene la boca con eso.

Jugueteo lamiéndole el miembro hacia la base, hago círculos en la punta con la lengua antes de envolverlo con los labios y deslizarlos hacia abajo hasta que noto que me golpea en la parte posterior de la garganta.

—Mierda… —exhala con alivio apretándome los dedos en el pelo—. Así.

Deslizo los labios hacia atrás mientras giro la mano sobre el resto de su polla. Continúo trabajándomelo con la boca y no tardo en encontrar un ritmo familiar.

Respira con dificultad, a intervalos breves.

—Mucho mejor. —Se queda sin palabras unos segundos—. Mucho mejor que todo lo que he estado imaginando.

Sigo chupando y girando, gimoteando alrededor de su polla, y casi puedo ver cómo la vibración le tiembla por todo el cuerpo.

—Cuidado, Hal. Esto tiene que durar. Necesito entrar en ti al menos una vez antes de que se acabe.

No bajo el ritmo en absoluto.

Desde esta perspectiva, su aspecto es increíble. Grande y fuerte, pero débil frente a mí. Echa la cabeza hacia atrás, la nuez se le desplaza por la garganta, y algo en el hecho de saber que todavía tengo este poder sobre él hace que no pueda dejar de moverme, tratando de encontrar algo de fricción entre las piernas.

—¿Necesitas tocarte?

Asiento rápidamente mientras la saliva me gotea por las comisuras de los labios.

—Ponte los dedos en el clítoris.

Con ojos parpadeantes, encuentro su mirada.

—Tócate. Hazte sentir bien hasta que pueda hacerlo yo.

Cambio de postura y me aseguro de que pueda verme bien desde ahí arriba antes de recorrer la goma de mis bragas con los dedos, mientras con la otra sigo girándolo y lo acaricio con la boca.

Meto los dedos bajo la tela, los paso por encima de mi sensible clítoris y luego los introduzco tirando de las bragas hacia delante, disfrutando de la fricción mientras se lo muestro.

—Joder —murmura—. Estás empapada, cariño. ¿Es por tenerme en tu boca?

Digo que sí mientras creo pequeños circulitos encima del clítoris para que él lo vea. Me paso el dedo medio por entre los pliegues y él me mira como hipnotizado.

—Déjame ver eso.

Levanto el dedo medio, lo coge y se lo mete en la boca para chuparlo con un gruñido de satisfacción. Los ojos se me abren como platos al verlo, porque… joder. Y en lo más profundo de mi centro se acumula más calor cuando se relame los labios para asegurarse de que no se pierda nada.

Su polla sigue en mi boca, así que intento volver a centrarme en eso, pero lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente, disfrutando del hambre voraz que refleja su rostro.

—Necesito tocarte —afirma de pie junto a mí.

Como no puede, decido tocarlo yo a él, alargando la mano y acariciándole los huevos.

Se cae hacia delante, sacudiéndose en mi boca, y agita las piernas antes de tirarme del pelo para sacar mi boca de él.

Mira hacia arriba y sonrío. Mucho y con ganas y de una forma para nada inocente.

—¿No habíamos quedado en hacerlo durar? —pregunta entre dificultosos jadeos.

—Tenemos toda la noche para hacerlo durar.

Me echa la cabeza hacia atrás para poder besarme. Su lengua recorre mi labio inferior.

—¿Quieres que me corra en tu boca? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Asiento vigorosamente.

Él sonríe contra mis labios y vuelve a besarme.

Se yergue y me agarra la nuca con una mano, recogiendo en ella mi pelo corto, antes de usar la otra para dirigir su polla hacia mi boca.

—Pues hazlo —resuelve—. Haz que me corra, cariño.

Sujetándome la cabeza, comienza a mover las caderas hacia mí.

Tengo las manos libres, así que aprovecho para tocarlo. Le recorro los definidos muslos, el culo, le clavo las uñas en la piel. Él marca un ritmo castigador, y no pasa mucho tiempo hasta que sus envites se

vuelven desenfrenados y sacude las caderas sin restricción.

Le falta poco. Lo sé por cómo respira. Por el sonido que hace. Por la falta de control que tiene sobre su propio cuerpo.

—Me voy a correr… —Es todo lo que acierta a decir mientras me suelta un poco la nuca, dándome la oportunidad de apartarme.

Pero no lo hago. Tiro de sus caderas hacia mí, sintiendo cómo la punta de su polla me perfora la parte posterior de la garganta antes de tragármela entera.

—Mierda, Hallie —solloza echando la cabeza hacia atrás.

Cierra los ojos con fuerza, vuelve a apretarme el pelo, sacude y retuerce las caderas mientras empieza a correrse por mi garganta. Sigue embistiéndome, sujetándome con firmeza, y yo solo lo miro, fascinada por él. Fascinada por lo que todavía puedo provocarle.

Una vez que se le relajan los músculos y su cuerpo se destensa, afloja la mano con la que me agarra. Lentamente, sale de mi boca.

Espero hasta que sus ojos entornados vuelven en sí y trago con ostentación.

Mueve la cabeza hacia los lados como si no se lo creyera.

—Increíble. —Rio agacha su cuerpo desnudo, poniendo los ojos a la altura de los míos—. Pero hacía mucho que no tenía sexo. Probablemente deberíamos haber empezado más despacio, porque no sé cómo voy a recuperarme de esto.

Suelto una risita y lo rodeo con los brazos.

—Qué me vas a contar.

Me agarra por el culo, me levanta y me lleva hasta la cama. Protegiéndome la cabeza, me tumba bocarriba antes de cubrirme con su cuerpo desnudo, me presiona contra el colchón. Nuestros pechos se tocan. Tengo las piernas abiertas rodeándolo. Y ahora mismo estoy tan sensible, tan necesitada, que no puedo evitar subir las caderas y restregarme contra su polla, todavía dura.

Me planta una mano en la cadera para impedir que me mueva y me observa, alternando la mirada de un ojo al otro.

—Creo que no entiendes lo que intento decir. Hace mucho tiempo que no tengo sexo.

Es exactamente la misma frase que ya ha dicho, pero la velocidad a la que la repite me indica que es una invitación a preguntar.

Aun así, me muestro cauta, porque la mayor parte de mí no quiere saber la respuesta.

—¿Cuánto es «mucho tiempo»?

Ahueca la mano sobre mi mandíbula, me acaricia el pómulo con el pulgar y, mientras clava sus ojos en los míos, yo aparto la mirada, confiando en que seré capaz de mantener una reacción neutral si no tengo que verle la cara cuando lo dice.

—Seis años.

Mis ojos salen disparados hacia los suyos.

—Solo he estado contigo.

33
Rio

No sabría decir qué se le pasa por la cabeza. Nunca le había visto abrir tanto los ojos. Tiene los labios ligeramente separados.

Le aparto el pelo de la cara.

—¿En qué estás pensando, Hallie?

Se queda callada unos instantes y yo intento no centrarme en lo impresionante que está ahí debajo tumbada, con las tetas asentadas contra mi pecho y el coño perfectamente alineado con mi polla. Intento ser un caballero y darle un momento por si necesita entrar en pánico al darse cuenta de lo colado que he estado por ella durante los últimos quince años de mi vida.

Niega con la cabeza.

—No puede ser.

—Uy, te juro que sí. A estas alturas es casi como si volviera a ser virgen, así que puedes hacerme un favor y desflorarme de nuevo. Estaría guay.

Vale, a ver, no ha salido bien. Estoy intentando aligerar la situación, pero acabo de usar la palabra «desflorar» en una frase y ella sigue ahí tumbada sin creerse una palabra.

—Pero dijiste que todo este tiempo has tenido citas.

—He tenido citas. Primeras citas que no llevaban a una segunda. —Me vuelvo a reír de mí mismo—. Ni siquiera he besado a nadie más.

Ella mueve la cabeza otra vez.

—¿Por qué?

—¿Te das cuenta de lo injusto que sería si realmente tuviera una relación con otra persona? ¿Cuando lo único que hago es pensar en ti? ¿Cuando he comparado a todas esas chicas contigo? Y no hay ni punto de comparación.

—Rio.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Espero a que se le pase el asombro, pero eso no ocurre.

Entonces, de repente, esos ojos color avellana que me miran

incrédulos empiezan a brillar.

—Ey —espeto dulcemente, pero con urgencia—. Hallie, cariño, no llores.

Esta no es la reacción que esperaba. Pensé que se burlaría un poco de mí y luego me dejaría en paz. Pero entonces me doy cuenta de que contarle esto quizás no sea muy tranquilizador. Podría hacerla sentir mal saber que la he estado esperando, pero ella a mí no. Aunque yo nunca desearía que ella me hubiera esperado, sobre todo teniendo en cuenta cómo hice las cosas.

—Hallie. —Le seco una lágrima rebelde que le cae por la comisura de un ojo—. No llores por esto. Nunca imaginaría que me hubieras esperado.

—Pues lo hice.

Me echo un poco hacia atrás; mi pulgar se detiene a media caricia en su mejilla.

—No es verdad.

Ahoga una carcajada, pero suena tan conmocionada y sorprendida como yo.

—Solo he estado contigo.

—¿Por qué?

—¿Por qué esperaste tú? —replica.

«Porque solo he querido estar contigo».

Mi propia respuesta me golpea en el pecho, consciente de que ella siente lo mismo.

Ya no llora. Ahora se ríe, echando la cabeza hacia atrás sobre la almohada conmigo encima completamente desnudo y en estado de *shock*.

Soy un puto gilipollas por haberme alejado así.

—¿Qué narices nos pasa? —pregunto casi de forma retórica.

—No tengo ni puta idea. —No puede dejar de reírse, y parece que es contagioso, porque ahora yo me río también.

Escondo la cara en el pliegue de su cuello y ella me pasa la mano por la espalda, haciéndome sentir bien. Me hace sentir bien que podamos reírnos juntos en lugar de lamentar el tiempo que hemos perdido. ¿Qué otra cosa podemos hacer, aparte de reírnos de nuestra propia tozudez?

Ella flexiona una rodilla a un costado y yo le pongo encima la palma de la mano, con la que enseguida le recorro el muslo.

—¿Qué estás pensando?

Luce una radiante sonrisa en los labios y ahora sus ojos color avellana están limpios y chispeantes.

—Pienso… —Me pasa los dedos por las costillas, y no me creo lo alucinante que es que vuelva a tocarme así—. Pienso que deberías follarme ahora mismo. Ya he sido paciente de sobras.

Es cierto. Y, siendo realista, yo ya podría volver a empalmarme. No voy a mentir, me ha puesto bastante oírle decir que me había esperado, pero entre esa increíble mamada y toda la historia de la ducha, ella me ha hecho correrme dos veces y yo a ella ninguna, sin contar la llamada telefónica.

—Primero tengo que hacer una cosa —anuncio contra sus labios inclinándome para besarla.

No hay nada vacilante ni frenético en este beso. Es suave y lánguido, y nos tomamos nuestro tiempo mientras nuestros cuerpos se mueven acompasados. Con la mano entre ella y el colchón, le desabrocho el sujetador, se lo quito y lo tiro al suelo.

Sus perfectísimas tetas quedan expuestas en todo su esplendor, como debe ser.

Le cojo una con la mano y la aprieto, hago círculos sobre el pezón con el pulgar antes de darle un pellizquito con los dedos, memorizando todos y cada uno de los soniditos que salen de su boca.

—Te quiero dentro de mí —suspira.

Hostia puta, solo con esas palabras podría volver a correrme, lo que me hace recordar que tengo que ocuparme de ella al menos una vez antes de que eso pase. Me abro camino lamiéndole y besándole el cuello y el pecho antes de meterme uno de sus pezones en la boca y darle golpecitos con la lengua.

—Sí —suspira arqueándose hacia mí—. Más…

Hago lo que me dice, yendo a por el otro para prestarle la misma atención. Hago círculos sobre él y lo sacudo, un avance de lo que estoy a punto de hacerle en otra parte del cuerpo, antes de seguir mi camino hacia su vientre. Beso su suave piel. La muerdo

ligeramente cuando no lo puedo resistir. Y, cuando ya estoy tumbado entre sus piernas, no paro, sigo lamiéndola en línea recta sobre sus empapadas bragas.

—Joder —solloza—. Más, por favor.

—Qué buenos modales, cariño. Pero no hace falta que me lo pidas por favor. Dime lo que quieres y es tuyo.

—Quiero que me folles.

Sonrío contra ella, pasándole la lengua rígida en círculos sobre el clítoris. Tiene la cabeza echada hacia atrás y se agarra con los dedos a la sábana que tiene a los costados.

—Lo haré, pero dime qué quieres que te haga antes.

Es tan sensible, tan receptiva, que cuando le cojo la goma de las bragas con los dientes y la suelto de nuevo contra su piel, se pone a temblar.

—Quiero que me las quites y me chupes hasta que me corra.

—Eso es.

Me levanto de la cama y me quedo de pie entre sus piernas. Vuelvo a tener la polla dura, apuntando orgullosa hacia ella, que no deja de mirarla. Se lame los labios, así que me la recorro un par de veces con la mano.

—No me provoques, DeLuca. Ahora me toca a mí. Ponte de rodillas y haz tu trabajo.

—Sí, señora. —Riéndome, muevo la cabeza hacia los lados mientras le bajo la ropa interior por las piernas y la tiro al suelo.

No hay ni un ápice de timidez en su cuerpo cuando dobla las rodillas y abre más las piernas, ofreciéndome una espléndida vista de ella.

La visión, hinchada y húmeda, me hace soltar un gruñido.

—Joder, cariño, me encanta tu cuerpo.

El cumplido la hace gemir.

—Justo estaba pensando lo mucho que me gusta el tuyo.

—Ha cambiado un poco desde la última vez que me viste desnudo, ¿eh?

Casi diría que mi antiguo cuerpo era esmirriado si lo comparamos con la constitución que he conseguido en los últimos seis años. Me paso una mano por el pecho y el abdomen, llamando su atención

sobre algunas de las cosas que han cambiado.

Niega con la cabeza.

—Aquel también me gustaba.

Por Dios, estoy obsesionado con ella.

Es raro encontrar a alguien que te comprenda y te aprecie exactamente por lo que eres en cada etapa de tu vida. A ella le gustaba antes que a nadie. Vio mi potencial cuando ni yo mismo podía. Le importa una mierda mi trabajo, y solo eso ya marca la diferencia. Joder, si incluso es la culpable de que juegue al hockey. Si no fuera por los ánimos que me dio años atrás, lo habría dejado hace tiempo.

Hundo las rodillas sobre el colchón, le agarro las caderas y tiro de ella hacia el borde de la cama para mostrarle lo agradecido que puedo ser. Pero necesito un momento para recomponerme, porque estar tan cerca de ella, olerla, saber que por fin voy a volver a saborearla, podría hacerme perder fácilmente cualquier control que estuviera fingiendo tener.

—Estás mojada, Hallie.

Asiente para sí misma, retorciéndose contra la cama.

—¿Quieres que me encargue de esto por ti?

—Por… —Deja la educación a un lado—. Sí.

Le sujeto las piernas, abriéndoselas aún más, y mis ojos se van directos a esa pequita que tiene en el interior del muslo.

Le doy un lametón y Hallie se revuelve en la cama.

—Qué sensible.

Lanza un gemido.

No puedo evitar gruñir como un hombre famélico a medida que la voy lamiendo hasta llegar a su centro, donde giro la lengua sobre su clítoris. Un sonido desesperado se escapa de su boca antes de tapársela con la mano, mientras con la otra aprieta las sábanas.

—Quita esa mano.

—Grito demasiado.

—Me importa una mierda. Estamos en mi casa. Aquí no tenemos que escondernos. Puedes gritar tanto como te apetezca. Quiero oír lo que te hago.

Ella retira la mano, así que le doy otro lametón en el clítoris para

ver si vuelve a ponerla.

—Buena chica —la elogio al ver que no lo hace.

Sin embargo, emite un dulce sonidito que va directo a mi polla.

Hallie eleva las caderas, retorciéndose y girándose, busca mi boca.

Se la doy sin dudarlo, aferrándome a su coño perfecto, le chupo el clítoris antes de pasarle la lengua por encima de una forma que sé que le encanta. Da igual que hayan transcurrido seis años desde la última vez que hicimos esto. Todo me viene a la mente enseguida. Mi cuerpo conoce el suyo casi tan bien como el mío propio.

Los sonidos que salen de la boca de esta mujer van a perseguirme en mis sueños de la forma más maravillosa posible. Recurriré a esta banda sonora cuando esté de viaje y tenga que pelármela de nuevo.

Hago esa cosa con la lengua que recuerdo que siempre la ponía a cien. Me aprieta los muslos alrededor de la cabeza mientras un temblor atraviesa su cuerpo.

—Sabes perfectamente lo que me gusta. Eso que me haces es increíble, Rio.

Oírle decir mi nombre en este momento me tensa los huevos de forma inesperada. Me agarro enseguida la base del miembro, tratando de calmarme, centrando toda la atención en no correrme de nuevo.

Sus tetas se agitan cuando se apoya sobre los codos para mirarme.

—¿Te pasa algo?

—Casi me corro al oírte decir mi nombre.

Ella sonríe satisfecha.

—No te vengas tan arriba, cariño. Si vuelvo a correrme, vas a tener que esperar bastante hasta que pueda follarte.

Se encoge de hombros sin darle importancia, tumbándose de nuevo.

—Se me ocurren varias formas de que pases el tiempo.

Hostia. La he echado de menos. Lo he echado de menos todo de ella.

Vuelvo a enterrar la cara entre sus piernas y le hago saber lo mucho que la he extrañado. Me concentro en su clítoris porque sé que es lo que más le gusta, al tiempo que le hago círculos en la entrada del coño con los dedos, cubriéndome de ella antes de

introducírselos.

—Sí. Sí. Ah… Dios… —gime apretándose los pezones con los dedos —. Ya casi estoy.

Muevo las yemas hacia delante y le acaricio la pared frontal, y, al instante, noto cómo se tensa a mi alrededor, contrayendo todo el cuerpo mientras se corre sobre mis dedos y mi lengua.

No me detengo, la dejo retorcerse hasta acabar, y, joder, está impresionante mientras lo hace. Prácticamente levita en la cama, tiene los pezones erectos entre los dedos y sus caderas golpean mi cara a un ritmo errático.

Cuando vuelve a acomodarse sobre el colchón, todavía sigue teniendo espasmos alrededor de mis dedos, y tardo unos segundos en sacárselos lentamente.

Mejillas y pecho enrojecidos. Coño brillante. Exhausta. La puta perfección.

Subo mi cuerpo desnudo encima del suyo, besando su ardiente piel.

—Hal, dime qué más quieres.

Está como en trance, sumida en esa neblina posorgásmica, cuando dice:

—Todo.

Y eso es justo lo que planeaba hacerle. Durante mucho más tiempo que solo esta noche.

Le deslizo un brazo por debajo del cuerpo y la atraigo hacia mí mientras me siento contra el cabecero de la cama. Abro las piernas, ocupando casi por completo la cama, y Hallie se sube a mi regazo.

—Joder —exhalo cegado de felicidad cuando se acerca y me desliza el coño sobre la polla, ya preparada y dispuesta a todo—. Estás la hostia de caliente, Hal. Y muy mojada.

Le paso las manos por los muslos, aún no del todo convencido de que esté aquí, de que esto esté sucediendo y de haber tenido la puta suerte de volver a encontrarla.

Hallie me sujeta la cara, haciendo que me centre en ella, y eso cambia por completo el ambiente de la habitación. Sigue siendo intenso, pero ahora también es dulce y profundo, como si ambos supiéramos que lo que estamos a punto de hacer va más allá del

sexo.

Me acaricia las mejillas con los pulgares, clavando los ojos color avellana sobre los míos.

—Te he echado mucho de menos.

Esas palabras hacen que mi corazón se estremezca de un modo que había olvidado que podía hacer.

—Hallie, lo eres todo para mí. Soy adicto a ti desde que era un crío, y está claro que eso no ha cambiado. No quiero volver a vivir sin ti.

Ella mueve la cabeza hacia los lados para señalar que eso no volverá a pasar, se inclina hacia mí y me da un suave beso en los labios antes de apoyar su frente contra la mía.

—Condón. Mesita de noche —le suelto.

Sonríe, pero no se mueve para cogerlo.

—¿Y cuántos años tienen?

—Los compré hace un par de meses. Por si acaso.

—Qué previsor —bromeo—. Pero no los necesitamos. He vuelto a tomar la píldora.

Deslizo mis manos sobre su columna.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de meses. Por si acaso.

—Hum —titubeo—. Creo que eso fue más o menos cuando me enseñaste el dedo corazón y me dijiste: «Que te den».

—Sí, y te lo merecías.

Ahogo una carcajada, porque… sí, me lo merecía. Probablemente aún me lo merezca, pero intento no pensar en eso mientras tengo su cuerpo desnudo sentado sobre mí.

Comienza a mover las caderas, rozando todo mi miembro.

—Méteme dentro de ti y déjame ver cómo lo haces.

Gime al oír mis palabras, y sus caderas hacen círculos sobre mí mientras yo estoy aquí sentado muriéndome de ganas. Se apoya sobre las rodillas, cogiéndome la polla y restregándola por su centro, cubriéndome de ella.

—Me estás matando. —Echo la cabeza hacia atrás contra el cabecero—. Sigue haciendo eso.

Me obedece, frotándose contra mí, me acaricia también con la mano. Golpea la cabeza de mi polla contra su clítoris y la sensación

hace que pierda el sentido, pero no se puede comparar a cuando me alinea con su entrada y se hunde apenas uno o dos centímetros.

En ese momento es como si el tiempo se hubiera detenido, como si nos recordara en el último instante que estamos dejando atrás el pasado, avanzando.

Hallie me mira. Yo la miro a ella.

Le tiemblan las piernas de mantenerse en el aire sin acabar de hundirse, así que le rodeo la cintura con un brazo para sujetarla, para que no tenga que hacerlo ella. Entonces me inclino y la beso en la clavícula antes de levantar lentamente las caderas.

Solo entro dos o tres centímetros; dejo que ella se vaya ajustando poco a poco.

Trato de centrarme en cómo se le dilatan las pupilas, en sus jadeos al respirar. Pero gran parte de mi atención se concentra en lo increíble que es sentirla a mi alrededor.

—Qué bien, cariño —la halago—. Lo haces muy bien.

Alarga los brazos por detrás de mí para apoyar las manos sobre el cabecero y repartir el peso de su cuerpo.

—Tengo que ir despacio.

—Tómate tu tiempo. Es una pasada lo que me haces sentir.

Le paso una mano por la cadera hasta rozarle el clítoris con el pulgar.

Ella gime y se hunde un poco más.

—Buena chica, Hal. Así está muy bien.

Llevo la otra mano a su nuca y la atraigo hacia mí para que me bese.

Me pone a mil la manera en que me desliza la lengua en la boca cuando desciende otro par de centímetros. La manera en que me araña la piel del pecho cuando toma un poco más de mí.

Pero cuando se sienta del todo, dejando que me hunda dentro de ella… madre de Dios. No hay palabras para describirlo.

Ninguno de los dos se mueve mientras tratamos de recuperar el aliento. La sujeto fuerte contra mí para que pueda ubicarse.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

Asiente, apartando el rostro de mí para sonreírme.

—Perfectamente.

Mueve las caderas hacia delante y roza su clítoris contra mi pelvis.

—Eso es —la animo—. Úsame, Hallie. Siéntete bien.

Se balancea adelante y atrás con pequeños movimientos, y no tardo en darme cuenta de que vuelve a estar a punto. Es lo mejor, porque sé que yo no voy a durar mucho. Como si estuviéramos pensando lo mismo, se eleva y se vuelve a dejar caer, dándome luz verde para empezar.

Con las dos manos en su culo, la sujeto mientras empujo hacia ella, follándomela desde abajo. Me muevo por los dos, con nuestros cuerpos embadurnados de sudor y pegados el uno al otro. Ella acopla los labios a mi cuello y la habitación se llena de los sonidos de los choques, la piel mojada y los preciosos gemiditos que añade a la mezcla cuando le chupo los pezones.

Le ofrezco la oportunidad de tomar el control. Las tetas le rebotan mientras me cabalga y, durante un momento, echo la cabeza hacia atrás y la observo. Mi puta chica perfecta. Siempre ha sido mi chica perfecta.

—Ya sabes lo que me gusta, cariño. Siempre lo has sabido.

Empieza a gimotear.

—¿Sabes qué otra cosa me gusta? —pregunto.

Asiente frenéticamente y contesta:

—Cuando me corro contigo dentro.

«Joder». Oírle decir eso en voz alta me lleva mucho más cerca del límite.

—¿Puedes hacer eso por mí?

No puede parar de jadear, sus labios vuelven a buscar los míos.

—Creo que me voy a…

Sí, lo sé. Está tensa a mi alrededor, así que no cambio nada. Sigo haciendo exactamente lo mismo que hasta ahora hasta que sus caderas titubean y el vientre se le contrae, deshaciéndose por completo encima de mí.

Creo que nunca ha estado más hermosa. Desatada. Deshecha.

«Mía».

Y, al darme cuenta de que puedo haber tenido la suerte de que, por segunda vez en mi vida, sea realmente mía, me corro con ella. Me vierto en su interior mientras canturreo su nombre como una

puta oración contra sus labios.

Lo que tiene sentido, porque ella es la respuesta a todas mis plegarias.

Y, mientras nos corremos juntos, me aseguro de decírselo.

34
Hallie

Me despierto con una cabeza de pelo oscuro y enmarañado sobre el pecho, con unos brazos alrededor de la cintura y con un gigantesco hombre entre las piernas, que duerme como un bendito.

Probablemente sea lo mejor porque hemos estado despiertos casi toda la noche.

Después de la primera ronda, Rio me llevó a la planta de abajo y me dio de comer. No sé si sus amigos lo saben, pero este chico es un pedazo de cocinero. Está claro que todas esas clases de cocina que su madre le dio mientras crecía no han caído en saco roto. Preparó una salsa casera para la pasta que juró que estaría más buena si la hubiera podido dejar que ligara un poco más, pero no sé si eso habría sido posible, porque ya estaba deliciosa.

Me observó mientras me comía mi plato de pasta y no fue capaz de quitarme las manos de encima en todo el rato, lo que no me importó. Después de tanto tiempo sin que nadie me tocara así, me gustó sentirme necesitada. Me gustó que se ocupara de mí.

Y, en cuanto acabé de comer, me sentó en la encimera de la cocina y se ocupó de mí de otra manera.

A diferencia de la primera vez, la segunda fue dura y rápida. Me puso una mano en la parte de atrás de la cabeza para que no me golpeara contra los armarios de la cocina y, cuando los dos nos corrimos, me llevó a su ducha para lavarme. Una vez allí, se puso de rodillas y subió uno de mis muslos sobre su hombro. Hizo que volviera a correrme con la boca, como si su misión fuera proporcionarme todos los orgasmos que no había tenido durante los últimos seis años.

Después, los dos nos quedamos dormidos.

Y, aunque me encantaría pasarme el día tirada con él sin hacer nada y encontrar la energía para devolverle el favor, tengo un trabajo al que ir.

Me despego de él, asegurándome de no despertarlo, y veo una de

sus camisas de franela colgada de una silla. Meto los brazos y abrocho todos los botones antes de ir escaleras abajo.

Por suerte, hoy no es día de construcción en la casa de Rio, así que no me preocupa que nadie me pille llevando la camisa de mi cliente como vestido sin nada debajo.

Al llegar a la cocina, pongo un poco de música, pero solo la conecto a los altavoces de la primera planta. Elijo algo suave y melódico para empezar la mañana antes de ir hacia la máquina de café de Rio.

En la nevera, me planteo coger la leche normal en lugar de la de almendras, ya que él aún no se ha levantado y no va a probar mi café, pero no me parece bien, así que acabo decidiéndome por la de almendras.

Me estoy echando un poco cuando oigo una voz adormilada y rasposa detrás de mí que me pregunta:

—¿Qué crees que estás haciendo?

Miro por encima de mi hombro y veo a Rio apoyando la cadera sobre la encimera de la cocina, justo donde me ha follado hace unas horas, con los pantalones del chándal por debajo de los límites de la decencia. Sonríe satisfecho y va sin camiseta, luciendo mi tatuaje.

Mío.

Solo mío.

Aún estoy procesando su confesión de anoche, eso de que solo ha estado conmigo.

Le he perdonado por nuestro pasado. Entiendo dónde tenía la cabeza cuando tomó las decisiones que tomó. Y, aunque sé que una parte de él piensa que voy a tardar más o que debería seguir castigándose, creo que el hecho de que se esforzara tanto durante seis años por superar lo mío y no lo consiguiera ya es tortura suficiente.

Y, en cierto modo, me encanta que no lo consiguiera.

—¿Y esa sonrisita? —indaga.

—Solo pensaba en lo mal que lo pasaste intentando superar lo mío.

Se ríe para sí mismo, cruzando la cocina hacia mí.

—Una verdad como un templo. —Me desliza la mano por la parte baja de la espalda—. Y mi pregunta. ¿Qué crees que estás

haciendo?

—Me estoy preparando un *latte*.

—Ese es mi trabajo. —Me quita la leche de almendras al tiempo que se inclina y me planta un dulce beso en los labios.

—Estabas durmiendo.

—Y entonces te fuiste de la cama. A estas alturas ya sabes que solo duermo cuando estás a mi lado.

—Hoy estás muy sincero.

—Ya, bueno, es que he echado un polvo después de seis años, Hal. Te contaré lo que quieras saber en agradecimiento por follarme.

Riéndome para mis adentros, me acurruco contra él y oculto la cara en su pecho. Él me rodea con el brazo libre y me sujeta con fuerza mientras sigue preparándome el *latte*.

—Hola —dice en voz baja rozándome el pelo con los labios—. ¿Estás cansada?

—Exhausta. —Me echo hacia atrás para mirarlo—. Pero contenta.

Sus labios dibujan la sonrisa más asombrosa.

—Eso espero. Anoche hice un tremendo esfuerzo para asegurarme de que lo estuvieras.

Dejo ir una risita y vuelvo a descansar la cabeza sobre él mientras envuelvo los brazos alrededor de su cintura.

—Yo también lo estoy. —Se inclina y me besa—. Tu *latte* está listo.

Lo deja en la encimera.

—¿Cuál es el diseño de hoy?

—Bueno, es evidente: un dragón. No entiendo que no lo veas.

No hay más que una bola de espuma en el centro de la taza.

—Pero solo tenía una mano libre —añade—. Imagínate lo que podría haber hecho con dos.

—Me he pasado mucho tiempo imaginándome y recordando lo que puedes hacer con las manos.

—No coquetees conmigo, Hart. Porque estás a punto de irte durante todo el día.

—¿Quieres probarlo primero? —pregunto sujetando la taza hacia él.

Sonríe dulcemente cuando se lleva la taza a la boca y le da un sorbito, pero nuestro pequeño momento se ve interrumpido por su teléfono, que le suena en el bolsillo. Cuando lo saca, el nombre de

su madre es tan evidente que ambos lo vemos.

—Perdona —dice apagando el sonido—. La llamo luego.

—Deberías contestar, Rio. No necesito que tenga más razones para odiarme.

Me lanza una mirada como si quisiera discutírmelo, pero luego la suaviza y la convierte en algo parecido a la compasión. Porque ambos sabemos que no puede afirmar que me equivoco.

—Por favor, contesta —le pido.

Duda unos segundos, pero luego se inclina y me da un beso en el pelo, al tiempo que contesta el teléfono.

—Hola, mamá —saluda mientras abandona la cocina para contestar la llamada en otra zona de la casa.

La realidad de la situación vuelve a hacerse patente.

Puede que Rio y yo nos hayamos perdonado, pero su madre no lo ha hecho. Y eso no solo me preocupa porque sé lo unidos que están, sino también porque hay una parte de mí que la echa de menos.

La señora DeLuca no era solo la mejor amiga de mi madre, nuestra vecina y la madre de mi novio, sino que prácticamente se había convertido en una segunda madre para mí. Desde que nos mudamos a la puerta de al lado, me trató como a la hija que nunca había tenido.

El día que se enteró de la aventura de su marido, nunca olvidaré cómo me miró al darse cuenta de que yo lo sabía y no se lo había contado. Su cara fue una agonizante mezcla de traición y decepción, y sigue grabada en mi mente desde entonces.

Me contempló como si odiase cada célula de mi ser, y no puedo culparla. Cada día de los últimos seis años, me he arrepentido de no habérselo contado antes a Rio, pero también de no habérselo contado a ella.

La he echado de menos tanto tiempo como a su hijo.

Haciendo lo posible por no centrarme ni en esos hechos ni en la llamada, diría que más bien desagradable, que está teniendo lugar en la otra habitación, cojo el teléfono para distraerme. Hay fotos nuevas de la evolución de la casa de Rio que debería compartir en mi Instagram.

Yo no tenía redes sociales hasta que me mudé aquí la primavera

pasada y entendí lo importantes que eran a la hora de aumentar la clientela. Creé una página de Instagram cuando me enteré de que todos los diseñadores del estudio tenían una, y empecé a publicar regularmente mientras trabajaba en la casa de Wren. No cuento con muchos seguidores, y la mayoría de los comentarios son de mi padre, pero pensé que obtener presencia en línea y una estética personal me ayudaría a hacerme con un puesto a tiempo completo en Tyler Braden Interiors.

Por eso me sorprendo cuando, al abrir la aplicación, me encuentro con muchos más seguidores que los pocos cientos que tenía antes. Ahora estoy cerca de los treinta mil.

Descubro que hay nuevos comentarios en todas las publicaciones. En algunos me preguntan cómo podrían trabajar conmigo, en otros me agradecen que haya incluido en los pies de foto los colores de pintura que he usado y hay bastantes otros comentarios que simplemente se deshacen en elogios hacia mi estilo.

—¿Qué pasa? —pregunta Rio volviendo a la cocina.

Sujeto el teléfono delante de él para que lo vea.

—Esta semana tengo casi treinta mil seguidores nuevos en mi cuenta de diseño.

—¡Joder, qué guay, Hal! —La sonrisa le ilumina toda la cara—. He estado compartiendo todas tus publicaciones sobre mi casa, igual que mis amigos. Zee tiene un número obsceno de seguidores, y la cuenta de Miller de la pastelería cuenta con mucho apoyo local. Y luego está Ryan, claro, que casi nunca entra en su cuenta, pero cuando lo hace las interacciones se disparan. Creo que ayer compartió tu cuenta en sus *stories*.

Mi garganta hace un extraño amago de cerrarse.

—Es muy amable por su parte, pero apenas me conocen.

—Bueno, pero me conocen a mí y lo que siento por ti, así que, te guste o no, ya formas parte del grupo. Estoy bastante seguro de que las chicas están dispuestas a prohibirme que vaya a las noches de chicas con la esperanza de que tú empieces a ir.

Eso suena abrumadoramente encantador. Llevo años anhelando tener amistades y una comunidad. Antes de que mi padre se pusiera enfermo, yo era una mariposilla social, y me gustaría recuperar esa

parte de mí.

—¿Vas a sus noches de chicas? —interrogo con tono burlón—. ¿Por qué no me sorprende ni lo más mínimo?

—Tienen mejores piscolabis que en las quedadas de los chicos. —Me quita la taza y la deja en la encimera—. Ven aquí un segundo.

Me coge los brazos y los envuelve alrededor de su cuello mientras con los suyos me rodea la cintura y nos mantiene unidos.

—Me gusta esta canción —dice.

Empieza a contonearse y a bailar conmigo entre las obras de la cocina, pese a que los dos vamos descalzos y yo solo llevo su camisa.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Bailar contigo.

—¿Por qué?

—Porque quiero.

Me sobreviene un viejo recuerdo. Una vez me dijo que siempre pillaba a sus padres haciendo esto en la cocina. Sé que se ha pasado los últimos seis años intentando distanciarse de cualquier cosa que se pareciera a la relación que ellos tenían, así que oírle decir que esto es algo que quiere hacer es más significativo e importante que el mero hecho de estar balanceándonos juntos en su cocina.

—¿Tan mal ha ido la llamada? —Se le tensa la mandíbula antes de asentir para decirme que sí—. Está enfadada contigo por mí.

—Me da igual, Hallie.

—Pues no debería. Sé lo importante que ella es para ti.

—Claro que lo es. Pero también he dejado que sus sentimientos se antepongan a los míos seis años más de lo que debería. Por fin estoy haciendo lo que quiero.

—Rio. —Jugueteo con el pelo de su nuca—. Me odia.

—Creo que los dos sabemos que no es contigo con quien realmente está cabreada. —Deja esa verdad flotando en el aire unos segundos antes de añadir—: No pienso dejar que nadie vuelva a arruinar esto. Ni ella ni yo. Por favor, no te preocupes por este tema. Ya entrará en razón algún día, y si no lo hace, bueno, será su problema. Pero yo no voy a volver a cagarla.

Quiero objetar y recordarle que ni de coña va a estar bien durante

mucho tiempo si su madre se opone a que estemos juntos. La respeta demasiado como para permitir ningún tipo de mal rollo entre ella y la mujer con la que se ve. Solo espero tener la oportunidad de hacer que cambie su opinión sobre mí.

—Hallie —susurra Rio mientras sigue bailando lentamente conmigo en la cocina—. ¿Vamos a hacer esto? Tú y yo. Porque por mí nos tiramos de cabeza.

Me río con ternura.

—Creía que con lo de anoche había quedado claro.

—Me gustaría oírtelo decir, para asegurarme de que no estoy dando nada por sentado.

Tiene un aire dulce y suplicante en la mirada mientras espera mi confirmación.

—No estás dando nada por sentado. —Lo atraigo hacia mí para besarlo—. Nos tiramos de cabeza. Somos tú y yo.

«Otra vez», estoy tentada de decir, pero «para siempre» me parece más acertado.

35
Rio

(20 AÑOS)

—He decidido que este año voy a entrar en el *draft* de la NHL.

Llevo ya un tiempo esperando. Quiero decírselo en persona, pero, al parecer, no he encontrado ninguna oportunidad mejor que al desplomarnos juntos sobre mi cama, con las extremidades enredadas y la respiración entrecortada.

Hallie se tumba bocabajo y descansa su cuerpo desnudo sobre mi pecho al descubierto para mirarme. Tiene los ojos abiertos como platos y una sonrisa enorme en los labios.

—Ah, ¿sí?

Le pongo un largo mechón de pelo despeinado detrás de la oreja.

—Sé que es antes de lo que tenía planeado, pero mi agente cree que es el mejor momento. En el peor de los casos, si no me seleccionan, al menos podré jugar aquí dos años más.

—Te van a seleccionar. Pronto, diría. Los ojeadores no han dejado de prestarte atención durante toda la temporada.

Le recorro la espalda con los dedos mientras escucho la lista de canciones que ha reunido este año. Ahora que Hallie está en la universidad estudiando Diseño de Interiores y tiene unos horarios más flexibles, puede venir a verme a Míchigan más a menudo y, como yo no pude ir por su cumpleaños, se ha subido a un avión para estar conmigo.

«Gracias a Dios».

A diferencia del año pasado, cuando ella aún iba al instituto, ahora no dejamos que pase más de un mes sin vernos. Nuestras familias saben que estamos juntos, parece que incluso desde antes de que se lo confirmásemos. Nos apoyan al cien por cien. Puede que mi madre sea la que está más eufórica de todos, pero no es de extrañar. Adora a Hallie desde que los Hart se mudaron a la casa de al lado.

Y pese a que, efectivamente, Luke se ha pasado todo el verano furioso con los dos desde que se enteró hace ya casi diez meses, por fin empieza a hacerse a la idea.

—¿De dónde sale esta canción? —pregunto mientras el siguiente tema comienza a sonar por los altavoces del radiocasete.

—¿No te acuerdas? Es la que pusiste justo después de nuestra primera vez.

—Me acuerdo. Es que me gusta oírte hablar de cada una de ellas. Y me alegro de que esta canción cumpliera tus expectativas. No me importaría rebobinarla y reproducir aquella noche una y otra vez.

Con una risita, se acomoda sobre mí, apoyándome la cabeza en el pecho, y me pasa el brazo por el torso.

Nos quedamos allí tumbados un buen rato, abrazados y escuchando música, hasta que por fin me atrevo a preguntarle algo que me ronda la cabeza hace tiempo.

—¿Hal?

—¿Hum?

—Si me seleccionara algún equipo, ¿te vendrías conmigo?

Levanta la cabeza centrando en mí su atención para comprobar si hablo en serio.

—Ya sé que eso significaría que tendrías que cambiar de universidad el año que viene, pero, la verdad, no me veo jugando en la liga sin ti a mi lado. Has estado ahí durante todas las etapas de esto. Me parece lógico que estés en la siguiente.

Una dulce sonrisa le suaviza el rostro.

—Quiero que empecemos ya nuestra vida juntos —prosigo—. Quiero comprar una casa para los dos. Una que sea toda nuestra. Quiero que vengas a todos los partidos que juegue en casa. Y aunque me alegro de que ahora nos veamos una vez al mes, me paso el resto de los días esperando que llegue ese momento. Ya no quiero seguir estando lejos de ti.

—¿Y si ahora mismo no estoy preparada para irme contigo?

—Aun así, te compraré una casa, y se quedará ahí esperándote. —Le paso los dedos por el pelo—. Igual que yo.

—Estoy de broma. —Alza la cabeza y presiona sus labios contra los míos—. Pues claro que iré contigo. Iría contigo al fin del mundo.

—¿Sí?

—Ambos sabemos que al final seremos tú y yo. ¿Para qué vamos a perder el tiempo?

—Siento exactamente lo mismo.

Veo la emoción en su cara.

—¿Qué pasa si te selecciona Boston? ¿No sería fantástico jugar para el equipo de tus sueños desde el principio?

—Ni siquiera me permito pensarlo. El objetivo es jugar en la liga, está claro, pero ¿jugar para el equipo de mi ciudad?

—Ese día llegará —sentencia—. Lo sé.

Su confianza en mí es alucinante. Como la que me dio aquella noche en el tejado cuando estaba a punto de dejar de jugar al hockey para siempre. Como la que me transmitió cuando estaba demasiado nervioso para besarla por primera vez. Como la que ha depositado en nosotros y en esta relación desde el primer día.

—A ver —introduce con entusiasmo—. ¿Qué tipo de casa vas a comprar para nosotros?

Me río por el cambio de tema.

—¿Qué tipo de casa quieres?

—Una grande. Con cuatro o cinco dormitorios que un día podamos llenar con niños.

Lo estoy deseando. Igual que estoy deseando casarme con ella.

—Supongo que quieres algo colorido y bonito, que sea de tu rollo.

Dice que no con la cabeza.

—Paredes blancas. Aburrida. Como una enorme caja blanca. De ese modo, cuando lleguemos, podré empezar a reformarla y hacerla nuestra. Pintaré todas las paredes tal y como nos gustan, y añadiré los acabados que decidamos juntos. Será mi primer proyecto de diseño, y lo convertiré en nuestra casa ideal.

Me cuesta reprimir la sonrisa mientras la escucho.

—¿La casa está en la ciudad o a las afueras?

—Depende de dónde acabemos, supongo. Pero lo ideal sería que viviéramos a poca distancia en coche del centro para que tú pudieras ir a trabajar, pero en una zona familiar que fuera tranquila. Como el vecindario en el que nos criamos.

Tomo nota mentalmente de todas sus palabras porque, si hay algo

seguro, es que voy a darle a esta chica todo lo que quiera en la vida.

—Pero ¿tú qué quieres? —pregunta.

—A ti —respondo al instante—. Yo solo te quiero a ti.

—Pero a mí ya me tienes.

—Entonces ya soy feliz.

—Yo también soy feliz.

—Feliz cumpleaños, cariño —suspiro—. Mi día favorito del año.

Con una risita, vuelve a apoyarme la mejilla en el pecho y nos quedamos allí tumbados, escuchando su lista de canciones.

—Cuéntame más cosas sobre tu casa ideal, Hallie.

Y me las cuenta, y a mí se me forma una ridícula sonrisa en la cara mientras la oigo describir en detalle la vida que estamos a punto de empezar.

36
Hallie

Ficho en uno de los ordenadores antes de saludar a mis compañeros del bar. Es la hora feliz y esta noche, más tarde, juegan los Raptors. Como el pabellón está a pocas manzanas y todavía quedan un par de horas hasta el inicio del partido, el bar está hasta la bandera.

Y a pesar de que lo más probable es que esta noche gane bastante, tengo cero ganas de estar aquí.

Es mi último turno de la semana y hasta hoy he sacado bastante en propinas, así que casi pedí que alguien me cubriera, sin saber muy bien por qué, aparte de que nunca he renunciado a un turno.

Se podría decir que oficialmente tengo falta de motivación en este trabajo. Termino las prácticas en el estudio de diseño en un par de meses y, teniendo en cuenta lo bien que está saliendo la reforma de la casa de Rio y el éxito que he tenido con el contenido de mis redes sociales en las últimas semanas gracias a que algunas de las personas más famosas de Chicago lo están compartiendo, parece inevitable que me ofrezcan un puesto a jornada completa en Tyler Braden Interiors.

El mismo Tyler lo ha dicho.

Por fin puedo ver la luz al final del túnel con un salario mejor y más tiempo libre, pero desearía haber llegado ya a ese punto. Últimamente disfruto demasiado de mi vida personal como para dejarme absorber por el trabajo.

Carson, o Ken, como lo sigue llamando Rio, aparece por la puerta abatible que conecta la parte trasera de la barra con el almacén. Se para en seco cuando me ve frente al ordenador.

—Pensaba que librabas hoy.

Frunzo el ceño.

—Yo pensaba que tú librabas hoy.

—Mierda —oigo detrás de mí—. Quería llegar aquí antes que él.

Me vuelvo y me encuentro a Rio intentando abrirse paso entre la multitud para llegar a la barra. Lo que no le resulta tan complicado

porque la gente lo mira con incredulidad, alucinando porque uno de sus jugadores favoritos esté aquí. La misma forma en la que lo miran cada noche que aparece a esperarme hasta que termine mi turno.

Lleva su traje de los días de partido y está irresistiblemente sexy.

—¡Ey! —Sueno muy sorprendida porque ahora mismo debería estar de camino al pabellón—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que no te volvería a ver antes de que te fueras.

Esta noche se va directamente al aeropuerto en cuanto acabe el partido y por eso nos hemos despedido esta mañana cuando me ha llevado al trabajo.

—¿Qué te parecería venir esta noche a ver el partido? —pregunta —. Jugamos contra Boston y no me vendría mal mi amuleto de la suerte.

Aflora una chispa de emoción antes de que la aparte rápidamente. Llevo semanas queriendo ir a uno de sus partidos. Pero no ha coincidido un partido en casa con ninguna de mis noches libres.

—Me encantaría, pero tengo turno.

—En realidad —interrumpe Carson—, yo te cubro. Tu chico me lo suplicó, así que aquí estoy.

Me vuelvo de golpe hacia Rio.

—¿En serio?

Se frota la nuca con la palma, ese tic adorable que aparece cuando está nervioso.

Rio y Carson han llegado a conocerse un poco gracias a todo el tiempo que pasa Rio en el bar. A Carson incluso le gusta el mote que le ha puesto, pero no sabía que se conocían tanto como para pedirse favores.

—También me ha sobornado con dos entradas para el cumpleaños de mi novio —añade Carson—, así que aquí estoy.

—Culpable. —La sonrisa de Rio se torna traviesa—. ¿Qué dices, Hal? ¿Crees que te puedes tomar la noche libre?

Me vuelvo hacia Carson para asegurarme y me da el visto bueno.

—Claro. —Enseguida me asoma una sonrisa de oreja a oreja—. Me apunto.

—¡Vamos! —grita al tiempo que golpea la barra con el puño—. Te veo en la parte de atrás. ¡Gracias, Ken! ¡Te lo agradezco de verdad!

Rio se apresura a salir por la puerta delantera antes de que ninguno de nosotros pueda añadir nada más.

Miro a mi compañero.

—Puedo decirle que te deje de llamar así, ya lo sabes.

Carson levanta una ceja.

—Eh…, no. ¿Tú lo has visto? No se lo digas a mi novio, pero el tuyo me puede llamar como quiera.

—¡Aléjate de él! —bromeo mientras cierro sesión en el ordenador y antes de despedirme rápidamente.

Cuando salgo por la puerta trasera, Rio me espera junto a la puerta del copiloto de la *pick-up,* que ya tiene abierta.

—Debería haber preguntado, pero ¿estás segura de que te va bien librar en el trabajo? Probablemente estoy siendo un egoísta, pero estaba desesperado por llevarte a algún partido y todavía no había podido ser.

—Estoy segura. —Me pongo de puntillas y lo beso—. Me moría de ganas de verte jugar en persona en vez de en ese televisor de la esquina del bar.

Rodeo la puerta para ir a mi asiento y allí encima encuentro una camiseta doblada.

—¿Esto qué es? —pregunto, sabiendo ya la respuesta.

—Bueno, no puedo darte mi otra camiseta como cuando estábamos en el instituto porque la guardan los encargados del material, así que he conseguido una para ti.

La desdoblo y la sostengo pegada al cuerpo para comprobar la talla y es entonces cuando veo el apellido bordado en la espalda, encima del número treinta y ocho.

Me inunda un enorme sentimiento de orgullo porque ¿cómo narices ha pasado de ser el chico que casi no se sostenía sobre los patines a esto?

—Y —añade Rio— no estaba seguro de si ibas a querer usarla, así que he hecho una incursión en tu armario y te he traído varias opciones.

Abre la puerta de atrás y justo ahí, en el asiento corrido, descubro lo que parece la mitad de mi armario.

—Pensaba que sabría qué te gustaría ponerte, pero entonces abrí

tu armario y me di cuenta de que tienes mucho más estilo que yo, así que he traído un poco de todo. Lo siento, porque luego te va a resultar tedioso volver a guardarlo, pero me puse nervioso.

«Cómo me conoce este hombre».

Agarro un par de vaqueros de pernera ancha a cuadros que me encantan, pero entonces veo una de sus sudaderas tirada en el asiento de atrás, así que la pillo también. Incluso ha traído algunas de mis joyitas favoritas; naturalmente, las añado al montón, no sin antes asegurarme de coger piezas de oro y de plata.

—Gracias por hacerlo.

Sus ojos se mueven entre los míos y creo que nunca podré superar cómo me mira. De la misma forma que cuando éramos jóvenes.

—Cualquier cosa por ti, Hal.

Espera hasta que me siento para cerrar la puerta. Rodea la *pick-up* y se pone tras el volante mientras yo echo un vistazo alrededor para comprobar que no hay nadie más en el aparcamiento.

Me quito la camiseta por la cabeza y me quedo en sujetador un momento.

—Joooder —ruge Rio a mi lado.

Solo puedo reírme.

—Déjame que me cambie rápidamente antes de que lleguemos al pabellón.

Deslizo los brazos y la cabeza por su sudadera y me pongo mi nueva camiseta encima, sacando la capucha de la sudadera por el cuello. Luego me bajo la cremallera de los vaqueros de trabajo y los deslizo por las caderas.

—Igual no importa si llego tarde.

Levanto la mirada para encontrar a Rio con la vista clavada en mi cuerpo medio desnudo, con los ojos entornados y los labios entreabiertos.

—Tienes que centrarte en el partido —le digo mientras me pongo los vaqueros a cuadros.

—Ahora mismo no me importa el partido.

Subo la cremallera y me abotono los vaqueros, cubriéndome por completo.

—Pues debería. Es importante. Te perdiste el último partido contra

Boston por mi culpa. Esta noche tienes que hacerlo bien, ¿vale?

Me sonríe con dulzura y asiente.

—Sí, pero me alegra que estés aquí.

Le devuelvo la sonrisa.

—A mí también.

Entrelaza su mano con la mía para el breve trayecto.

Sé que está rumiando algo y lo veo vacilar antes de que pregunte:

—¿Te verías viviendo en Boston de nuevo?

Sabía que tarde o temprano íbamos a tener esta conversación, así que ya había estado pensando una respuesta.

—Algún día, sí.

Se vuelve rápidamente hacia mí, completamente sorprendido, antes de volver a centrarse en la carretera.

—Si es donde vas a estar tú, entonces, algún día, yo también estaré allí —continúo—. No te voy a mentir ni a decirte que estaré lista para mudarme allí antes de que empiece tu próxima temporada. Mi carrera está arrancando aquí y tengo una gran oportunidad en este estudio de diseño. Además, es la primera vez que vivo lejos de mi padre desde que enfermó y saber que estoy a una distancia asequible en coche me tranquiliza. Pero creo que, con el tiempo, sí, me parecerá bien estar más lejos.

Puedo ver cómo se está devanando los sesos mientras asiente.

—Pero, sea como sea, vamos a estar bien —añado—. Después de todo lo que hemos pasado para volver a este punto, un poco de distancia entre nosotros durante la temporada de hockey no va a separarnos. Tienes que seguir tus sueños como yo estoy siguiendo los míos.

En sus labios se asoma una sonrisa comprensiva.

—Es solo que no quiero que perseguir mis sueños suponga perderte otra vez.

—Eso no va a pasar. Te lo prometo.

Se lleva mi mano a los labios para besarla.

—Como vienes conmigo vas a llegar pronto al partido —dice—. Hay una sala en la que las familias de los jugadores pasan el rato antes y después del partido. Está justo al lado de nuestro vestuario. Te voy a llevar allí. Las otras mujeres y novias de los compañeros estarán allí

y Stevie se encargará de enseñarte cómo funciona todo.

Eso no es lo que me esperaba. Pensaba que tendría una entrada con un asiento asignado al que me pudiera escabullir mientras esperaba a que empezara el partido.

Como si pudiera leerme la mente, pregunta:

—¿Te pone nerviosa?

—Un poco.

Su voz es suave:

—¿Por qué te pone nerviosa, Hal?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Suelto una risita porque ¿qué sentido tiene mentirle a este chico? Me conoce demasiado bien.

—Creo que porque durante seis años he visto cómo tu vida ha pasado a esta nueva fase impresionante. Tienes toda esta gente nueva a tu alrededor. Me refiero a que ahora eres famoso, literalmente.

—¡Aj!

—Pero es lo que eres y, a veces, me pongo nerviosa porque yo formo parte de tu antigua vida, no encajaré en la nueva.

Se queda en silencio un momento antes de decir:

—Pero tú no solo formas parte de mi vida. Eres su centro. Así que, si algo no encaja a nuestro alrededor, es eso lo que hay que cambiar, no a ti. —Me pasa el pulgar por el nudillo—. Y sí, ahora estoy en una fase diferente de mi carrera de la última vez que estuvimos juntos, pero tú has estado conmigo desde el principio de todo esto. Así que, si alguien debería sentirse fuera de lugar, desde luego no eres tú.

Le aprieto la mano con la mía.

—No te haces ni una idea de la de veces que deseé que estuvieras aquí, esperándome tras los partidos, tal como solías hacer. Pero tampoco quiero que te sientas incómoda.

Eso me llega al corazón, pensar en todas las veces que salía del vestuario después del partido para no encontrar a nadie que lo estuviera esperando.

Niego con la cabeza.

—Allí estaré.

Rio deja la *pick-up* en el aparcamiento que hay detrás del pabellón. Me abre la puerta y de inmediato desliza los dedos entre los míos mientras me guía hasta la entrada privada.

Un hombre mayor con una chaqueta negra nos abre la puerta cuando nos acercamos.

—¡Rio! —Su cara se ilumina—. ¡Qué bueno verte! ¿Cómo estamos?

—Genial. Emocionado por jugar esta noche. —Rio estrecha con su mano libre—. Bruce, esta es mi novia, Hallie. Hallie, este es Bruce. Trabaja aquí desde que se construyó el United Center y no se ha perdido un solo partido desde que yo juego aquí.

—Así es —dice Bruce con orgullo.

—Un placer conocerte. —Le sonrío.

—Lo mismo digo. Rio nunca ha traído a nadie a un partido, aparte de a su madre cuando está en la ciudad, así que entiendo que nos veremos otra vez, ¿no?

—La vas a ver un montón —dice Rio por mí.

—Me alegro. —Bruce le da una palmada en el hombro—. Buena suerte esta noche.

Nos despedimos antes de continuar por un pasillo con fotos de los anteriores equipos de Chicago. Esto solo aumenta la sensación surrealista de todo. Verlo en su traje a medida, dirigiéndose al vestuario y descubrirlo en seis de esas fotos colgadas en la pared.

Realmente está haciendo lo que siempre ha soñado.

—Así que «novia», ¿eh? —le digo.

—Vaya, lo siento. ¿Crees que deberíamos pasar otro par de décadas conociéndonos antes de que te empiece a llamar así?

—Solo es que no sabía que lo era, eso es todo.

—Había dado por hecho que era otra de esas cosas sobreentendidas. —Me pasa el brazo por los hombros mientras seguimos andando—. Pero, en caso de que haga falta decirlo en alto… Sí, Hallie Hart, eres mi novia. Aunque, deberías saberlo, hay muchas posibilidades de que algún día cambien tanto ese título como ese apellido.

Me planta un beso rápido en la cabeza y seguimos caminando.

Sienta bien oírle decir eso, pero ambos sabemos lo que hacemos aquí. Tenemos tanta historia compartida que haber empezado una

relación hace un par de semanas no significa que sea algo nuevo. Parece que lo retomamos justo donde lo habíamos dejado hace seis años, cuando habíamos planeado todo nuestro futuro con el otro en mente.

—Rio —lo llama un hombre que se acerca caminando. Me resulta vagamente familiar, pero no puedo ubicarlo.

—Hola, Will. No sabía que venías esta noche. Te habría conseguido una entrada.

Will y Rio se estrechan la mano.

—No sé si os acordáis el uno del otro, pero, Will, esta es mi novia, Hallie. Hallie, este es mi agente, Will. Empezó a representarme hacia el final de mi segundo año en Michigan.

De eso lo conozco. Estaba allí la noche que seleccionaron a Rio en el *draft*.

Observo mientras Will ata cabos antes de esbozar una sonrisa sincera.

—Claro que me acuerdo de ti. —Asiente como si diera el visto bueno a toda la situación—. Me alegro mucho de verte otra vez.

—Yo también.

Devuelve su atención a Rio.

—¿Crees que podríamos hablar un momento en privado?

Rio mira a ambos extremos del pasillo.

—Podemos hablar ahora. Lo que quieras decir, lo puedes decir con Hallie presente.

Will habla en voz baja:

—Esta noche he venido al partido porque el director general de Boston me ha invitado a acompañarlo en su palco.

Rio levanta la ceja con sorpresa.

—¿En serio?

—Por lo visto, no tienen pensado renovar a Eriksson cuando acabe la temporada.

—No jodas.

—¿Quién es Eriksson? —pregunto, ingenua.

—Es uno de los defensas de Boston —explica Rio—. Y cobra más o menos lo mismo que yo, lo que significa…

—Están haciéndote un hueco en su presupuesto —expone Will.

Observo cómo Rio lo asimila y se le asoma esa sonrisa infantil en los labios.

—Ni qué decir tiene, no hay nada oficial —continúa Will—. Y lo que hable esta noche con su director general será todo en plan hipotético, pero están dejando claro que les interesas.

—He soñado toda la vida con jugar para los Boston Bobcats.

Le aprieto la mano a Rio. Siempre ha sido un gran seguidor de nuestro equipo local. Su habitación de la infancia estaba repleta de objetos y recuerdos del equipo.

—Lo sé. Y vamos a hacer que suceda. —Will le da una palmada en el hombro a Rio—. Buena suerte esta noche. Te llamo después para contarte de lo que me entere. Hallie, estoy convencido de que nos veremos muchas más veces en el futuro. Diviértete.

Y así se marcha, dejándonos a los dos solos.

—¡Qué emocionante!

Hay un atisbo de incredulidad en el rostro de Rio.

—Sabía que había una posibilidad de que pasara, pero su falta de espacio salarial siempre iba a suponer un problema.

—Y ya no lo es.

—Ya no lo es —repite.

Lo veo pasar por todas las emociones. Entusiasmo. Incredulidad. Preocupación. Tristeza cuando me mira y recuerda que no me iré con él directamente. Pero luego asimila todo eso y parece centrado y feliz, y espero que lo que le he recordado en el coche resuene en su cabeza. Que, tanto si vivimos al lado como si hay cientos de kilómetros entre los dos, estaremos bien.

Seguimos recorriendo el pasillo y nos aproximamos a la puerta.

—Vale —dice—. Aquí es donde te dejo. ¿Seguro que estás bien?

Con un poquito más de confianza gracias al discursito que me ha dado Rio antes, asiento.

Pero, antes de que abra la puerta, se vuelve hacia mí.

—Sé que solo es otro partido de la temporada y que no significa mucho para nadie más, pero ahora que estás aquí parece mucho más importante. Deberías haber estado en mi primer partido como profesional, Hal. Pero ¿verte otra vez con mi camiseta puesta? —Mueve la cabeza con incredulidad—. Siento nostalgia. Verte entre la

multitud fue siempre lo que más me gustaba de los partidos del instituto.

Suelto una risita contenida.

—Nunca me lo dijiste.

—Cada semana esperaba el día de partido como si fuera el día de Navidad porque me parecía una oportunidad para impresionarte. Hoy me siento igual, pero a lo grande.

Estiro los brazos y le rodeo el cuello con ellos.

—Creo que no podría estar más impresionada ni aunque lo intentaras. Y me siento afortunada por haber tenido la oportunidad de ver cómo ha pasado todo.

—Así es como me siento yo cuando te veo con la reforma de mi casa. ¿Sabes cuántas veces te vi repintar las paredes de tu habitación cuando eras una cría?

—Alégrate de que ahora que estoy reformando tu casa ya no esté en aquella fase amarillo limón.

—Cariño, aceptaría encantado las paredes amarillas sabiendo que eres tú quien las eligió. —Me da un beso rápido—. ¿Lista?

Cuando abre la puerta, todas las miradas se vuelven hacia nosotros. Veo primero a Stevie, algo que me tranquiliza más de lo que esperaba, y la saludo con la mano. Es bonito saber que, aunque aquí soy la chica nueva, ella lleva años haciendo esto y puede enseñarme cómo funciona todo.

—Hola a todos —dice Rio—. Esta es mi novia, Hallie. Portaos bien con ella o literal que no os vuelvo a hablar en la vida.

Se oye una carcajada general en la sala antes de que Rio me levante la barbilla hacia él.

—Te veo luego.

—Suerte.

Me planta un beso rápido en los labios antes de salir hacia el vestuario.

Stevie me da la bienvenida con un abrazo.

—No estés nerviosa. Yo trabajaba para el equipo de Zee antes de aparecer en uno de estos partidos por primera vez como su novia y estaba aterrorizada. Pero aquí estamos todos por la misma razón. Todos tienen muchas ganas de conocerte.

Pasamos cerca de una hora en la sala de espera de las familias y los nervios que sentía por ser la chica nueva desaparecen con rapidez. Todo el mundo es amable y está contento de que esté aquí y, por lo visto, sentían curiosidad desde hace semanas, desde que Rio les contó a sus compañeros que estábamos juntos.

Parecen interesados en conocerme, lo que creo que se puede deber a que Rio les haya contado a sus compañeros que fui su primer amor del instituto. Esto ha servido para reafirmar que el hecho de que esté hoy aquí no es algo pasajero.

Unos quince minutos antes de que empiece el calentamiento, Stevie me lleva al palco de su familia. Por lo visto, este palco pertenece a las familias de Zanders y Shay durante toda la temporada, ya que Zee juega aquí algunas noches y Ryan las otras.

Cuando Stevie abre la puerta, veo que está lleno de gente. Gente conocida, en esta ocasión.

Todos se vuelven para mirarme una vez que me paro en la puerta, pero no estoy tan nerviosa como antes, cuando estaba abajo. Porque a toda esta gente ya la he conocido en un momento u otro. Están Ryan e Indy, además de Miller, Kai, Kennedy e Isaiah.

Levanto la mano para saludar.

—¡Hola!

—¡Qué bien! —grita Miller.

—Por fin —dice Kennedy con una sonrisa.

—Me alegra tanto que estés aquí —añade Indy, que viene corriendo a abrazarme.

Las saludo a todas y a sus maridos. Me enseñan la sala, donde están las bebidas y la comida, y pasamos el rato mientras esperamos a que empiece el partido.

Está bien. Está muy bien.

No solo me hacen sentir como que pertenezco a este lugar, sino que también logran que parezca que estoy justo donde se supone que debo estar. Cualquier duda que tuviera sobre si encajaría en la nueva vida de Rio se acaba de evaporar. Sus «nuevos» amigos son justo el tipo de personas que esperaba que tuviera en su vida.

Aparte de Zee, descubro que Stevie e Indy son las que conocen a Rio desde hace más tiempo, ya que empezaron a trabajar en el

avión del equipo al principio del segundo año de Rio en la liga. Queda claro lo mucho que se preocupan por él. Parecen un par de hermanas mayores, pero sin la parte intimidante.

Ni siquiera tengo que preguntar para saber que Indy es su mejor amiga y que Ryan, su marido, adora a Rio, pero no lo admitirá en alto.

Los Rhodes lo conocieron un par de años después y completaron este grupito de amigos formado por cinco deportistas y sus mujeres. Pero me parece increíble que Rio conociera a Kay e Isaiah los últimos porque, cada vez que Isaiah abre la boca, no me puedo creer lo mucho que me recuerda a algunas de las tonterías que le he escuchado a Rio decir durante años.

Por la forma en la que hablan de él —muy bien, al tiempo que lo ponen un poco a parir— queda muy claro cuánto lo quieren. Parecen la definición perfecta de «su gente».

Entiendo ese sentimiento demasiado bien.

Tomamos asiento mientras el equipo sale patinando a entrenar y yo estoy justo en medio de las chicas, tengo dos a la izquierda y dos a la derecha.

En la pantalla gigante se ve el vídeo de presentación del equipo, pero yo no puedo despegar los ojos de la pista y sigo a Rio mientras patina y da un par de vueltas en la zona de su equipo. Incluso con el pabellón a oscuras y la luz rebotando en el hielo, lo veo.

Lo que no es nada nuevo, supongo. El treinta y ocho lleva captando mi atención quince años, incluso cuando llevaba un número diferente.

—¿Te parece todo esto surrealista? —pregunta Stevie.

Asiento.

—Así es justo como lo describiría. Empecé a ver sus partidos cuando estaba en secundaria, pero no lo había visto jugar en vivo desde su segunda temporada en la universidad.

—Todas hemos conocido a nuestros maridos cuando ya jugaban como profesionales —dice Miller—. ¿Cómo te sientes, habiendo visto su carrera desde los comienzos hasta ahora?

Todavía concentrada en él en la pista, solo digo:

—Orgullosa.

Cuando vuelven a subir la iluminación, veo cómo Rio deja su casco y sus guantes en el banco antes de patinar despacio hacia la zona de la pista más cercana a nosotros, con la mirada puesta en nuestra dirección. Noto cuando ve el palco de Zanders y, más en concreto, a mí, porque su rostro se ilumina con una sonrisa radiante, que siento que me pertenece. Una sonrisa que solo le he visto dirigirme a mí.

Rio levanta su palo en el aire y señala en mi dirección, entonces lo coloca debajo del brazo para formar un corazón con la mano. No paso por alto la manera en la que sus pulgares se superponen para formar un trocito adicional que no deja que conecten donde deberían.

Demasiadas personas sentadas en la sección que hay debajo de nosotras se vuelven para ver a quién señala. Lo más probable es que tenga las mejillas ardiendo ahora mismo mientras le hago un gesto de desaprobación con la cabeza, pero tampoco puedo evitar la estúpida sonrisita bobalicona que hay en mis labios.

Este hombre no tiene vergüenza, actúa como un necio enamorado en el hielo con veinte mil aficionados mirándolo.

Pero yo también soy una necia enamorada, así que, con cierta discreción, hago con las manos el mismo corazón, nuestro corazón, para que lo vea.

Esa sonrisa en sus labios solo luce más radiante cuando vuelve patinando hasta el banco, agarra el casco y los guantes y se centra de nuevo en el calentamiento.

—¡Qué enamorado de ti está este chico! —afirma Indy.

Y ya lo diga en voz alta o sea algo sobreentendido, siento exactamente lo mismo.

37
Rio

Whisky en mano, me meto en la bañera de hidromasaje y me aseguro de alinear mi cuerpo con los chorros. Acabamos de volver después de jugar dos partidos fuera de casa y ambos acabaron en prórroga, y, por esos minutos de más en el hielo, me duele todo el cuerpo.

Aunque siempre me pasa en esta época del año. Estamos en mitad de la temporada y hay partidos, entrenamientos o viajes casi todos los días.

Así que, aunque lo mejor sería que me fuera a dormir dado que son casi las dos de la mañana, sé que será inútil hasta que Hallie regrese cuando acabe su turno en el bar. Ya estaba limpiando para salir cuando ha aterrizado nuestro avión, por lo que Zee me ha dejado en casa para esperarla aquí.

Con un brazo a lo largo del borde de la bañera de hidromasaje, agarro el whisky y le doy un buen sorbo, dejando que el líquido me queme cuando lo trago.

Joder, qué falta me hacía.

Hoy he llamado a mi madre y le he intentado explicar por centésima vez las cosas desde el punto de vista de Hallie. Ni siquiera me ha dejado decir más allá de su nombre. Entiendo que acumula mucho resentimiento hacia papá y toda la situación en general, pero está descargando su rabia en la persona equivocada.

Como hice yo.

Si escuchara las cosas desde la perspectiva de Hallie y con una visión de conjunto, sería mucho más amable y comprensiva. Lo sé. Pero no quiere entender nada cuando se trata de la aventura de papá.

Son las dos mujeres más importantes de mi vida y esto me está estresando la hostia.

No es como si Hallie me pidiera que eligiera entre las dos. Mierda, Hal ni siquiera sabe lo mal que estamos mi madre y yo últimamente.

Pero si se diera la ocasión en la que tuviera que elegir cuál de las dos relaciones salvar, no cometería el mismo error dos veces.

Elegiría a Hallie siempre. Solo espero que mi propia madre no me plantee ese dilema.

Y luego está Boston.

Porque sí, parece que está pasando.

Mi agente consiguió bastante información en nuestro último partido en casa. Los directivos de Boston me van a hacer un hueco para que me una a su plantilla. Mi sueño. Todo lo que siempre he querido.

Pero hay una parte de mí que ya no cree eso. Porque acabo de conseguir hace poco todo lo que quería y esos sueños están vinculados a una sola persona, no a un logro profesional.

Joder. Estoy agotado.

Entro en este bucle infinito de «y si» en cuanto hay un poco de silencio y me veo obligado a pensar. Mi cabeza no ha parado de dar vueltas desde que estuve en casa la última vez, así que meto un buen trago al whisky y espero que eso baste para acallar mi mente hasta que llegue Hallie.

Una nube de vapor me envuelve mientras los chorros trabajan en mis músculos doloridos y con agujetas. Me sumerjo en el agua, intentando desconectar por un momento, cuando un destello de faros rebota en la valla trasera, como siempre ocurre cuando alguien gira en nuestra calle, y sé al instante que es ella.

Por como suena, Hallie conduce hasta el camino de acceso de mi casa y aparca allí la *pick-up*.

Odio cuando llega a casa tan tarde. Odio que tenga un segundo empleo, pero, sobre todo, me jode muchísimo el motivo por el que lo tiene.

Estoy a punto de salir de la bañera para ir a buscarla adentro cuando, por la puerta trasera corredera, la veo cruzar la casa directa hacia mí. La abre y la fuerza con la que lo hace me dice que algo va mal.

—Rio DeLuca.

«Vaya, está enfadada». Conmigo, parece.

Se detiene en la base de las escaleras que suben a la bañera de hidromasaje con los brazos cruzados y la cadera en una postura

desafiante.

—Hola, cariño. —Mi tono es precavido—. Te he echado de menos.

Ella tan solo eleva una ceja, como si esperara que le diera explicaciones.

—¿Muchísimo?

—¿Qué leches, Rio?

Estiro los brazos a lo largo del borde de la bañera.

—Voy a necesitar que seas un poco más concreta.

—¿Me quieres explicar por qué cuando he ido a la web a abonar el pago del préstamo he descubierto que ya está pagado? De hecho, mis dos préstamos están pagados.

Seguro que debería preocuparme que esté claramente molesta, pero en realidad me gusta cuando se pone tan peleona. Además, está guapísima, abrigada hasta las cejas con su gabardina de lana y la boina tapándole las orejas. Solo deja que se asome un centímetro del pelo.

—Hallie, vamos adentro y podemos hablarlo. Hace un frío helado.

—No.

Su resistencia me pone mucho, así que me quedo sentado, trazando el borde del vaso con la yema.

—Entonces mete el culo aquí dentro.

No parece para nada convencida de la idea de unirse a mí y, viendo que tampoco se mueve para hacerlo, sé que no va a parar hasta que le responda.

—De acuerdo. —Doy un trago largo a la bebida—. Ya pillo que eres una orgullosa cuando se trata de dinero, en especial conmigo. Pero ya no estamos en equipos contrarios, cariño, así que baja las armas.

Observo cómo sus hombros se relajan un poquito.

—Tenía toda la intención de liquidarlo la mañana después de volver de visitar a tu padre, pero no quería que creyeras que intentaba comprar tu perdón. Porque no lo hacía. Sigo sin hacerlo. Pero, Hal, si hubiera estado ahí cuando tu padre enfermó, como debería haber estado, me habría ocupado del aspecto económico de todas formas. Lo sabes. Y creo que por eso antes te oponías tanto a que te ayudara.

Se le empieza a suavizar el gesto y esa es la confirmación de que

tengo razón.

—Yo también me habría mandado a la mierda —continúo, y veo cómo se esboza una sonrisa en sus labios—. Pero no es como si yo apareciera de la nada como un caballero de brillante armadura intentando salvarte. Para ser sincero, ya jodí esa oportunidad hace años y lo lamento la hostia.

—Rio —me interrumpe, moviendo la cabeza—. Necesito que pares de disculparte.

Dejo que esa petición me cale hondo. Sé que ella no quiere oírlo porque hace tiempo que me ha perdonado, pero es diferente desde mi punto de vista.

—Deberías saber que en parte hago eso por mí —continúo—. Estoy intentando perdonarme a mí mismo los errores que cometí en el pasado y ver cómo trabajas tanto no me ayuda. Me siento culpable cuando estoy en el bar y te veo poner copas toda la noche. Me siento culpable cuando llegas a casa pasadas las dos de la mañana y sabiendo que en unas horas tendrás que despertarte para hacerlo todo otra vez. Así que, aunque es cierto, he liquidado los préstamos para que no tengas que preocuparte por ellos nunca más, también los he liquidado por mí.

Cambia de postura, suavizando el modo defensivo en el que estaba.

—Porque debería haber estado allí, Hallie. Debería haber estado allí para ocuparme de ello entonces, así que me ocupo ahora. Y necesito que me dejes hacerlo.

Una vez más, estiro los brazos por el borde y ocupo toda la esquina de la bañera de hidromasaje. Sin prestar atención, limpio parte de la condensación del vaso de whisky mientras espero su respuesta, pero ambos sabemos que no me voy a echar atrás en este tema. En esta situación no hay término medio.

Vacila un buen rato antes de decir por fin:

—Vale.

Asiento con la cabeza.

—Y ahora entra aquí.

Suelta una risita incrédula.

—Estás loco. Hace demasiado frío.

—Yo te daré calor. —Me llevo el whisky a los labios—. Quítate la maldita ropa.

Duda solo un instante y obedece.

Desliza los botones de la chaqueta por las presillas antes de sacar los brazos y tirarla en una mesa cercana cubierta de nieve. Hace lo mismo con la boina y el resto de la ropa, y se quita por último los calcetines y los zapatos.

Se queda solo con ese conjunto de color rojo oscuro y la piel de gallina.

Joder. Está buenísima de rojo. Está buenísima de cualquier color, para ser sinceros.

—La hostia, amor.

Su labio inferior tiembla, pero esboza una sonrisa tímida.

—No me extraña que me haya obsesionado contigo durante quince años.

Suelta una risita mientras sube a saltitos las escaleras para unirse a mí en el agua caliente y deja de temblar casi inmediatamente cuando se sumerge hasta los hombros.

Camina hacia mí y se sienta a horcajadas en mi regazo al llegar hasta mi esquina, y me desliza las manos por la nuca.

—Hola —dice con voz suave.

—Hola, cariño. —Le paso la mano por la espalda y le empujo el culo hacia mi regazo porque flota tanto que casi no la siento.

Gira la cadera contra la mía en cuanto nos tocamos.

—Te he echado de menos.

—Gracias. —Mantiene el contacto visual—. Nunca te habría dejado pagarlos si me lo hubieras preguntado.

—Lo sé y por eso no lo pregunté.

—No tengo claro si entiendes cuánto significa para mí. —Toma aire por la nariz, como si respirara por primera vez tras quitarse un gran peso de encima—. No sé cómo voy a ser capaz de agradecértelo lo suficiente.

Que es exactamente lo que no quiero. No lo hice para recordárselo todo el rato.

—Hagamos un trato.

Frunce el ceño.

—¿En qué estás pensando?

—Si ya no me lo agradeces más, yo dejaré de disculparme.

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Me gusta ese trato.

—Bien. —Le paso los dedos por el pelo y tiro de ella para besarla —. Y ahora ¿querrás dejar el trabajo?

Se ríe por lo bajo mientras me besa.

—No he llegado a considerarlo. Gano bastante allí.

—Trabajas demasiado y quiero que vengas a más partidos. Que quedes con mis amigos. Que vengas a las cenas en familia.

—Déjame pensarlo.

—Vale. —La beso de nuevo—. ¿Crees que ahora sería un buen momento para contarte que te he comprado un coche?

Se queda paralizada, con los labios todavía en los míos antes de echarse hacia atrás para mirarme.

—¡Rio!

—¡Hallie!

Lanza una mirada de desaprobación.

—Deja de intentar ser mono ahora mismo.

—No lo intento. Me sale natural.

—Bueno, entonces… —Esa sonrisa que intentaba contener se libera —. Deja de ser mono por naturaleza.

—¿Lo aceptarás más rápido si te digo que no lo he hecho por ti?

—¿Lo has hecho para que deje de robarte la *pick-up*?

—Joder, no. Me pone muchísimo tan solo imaginarte conduciéndola, pero si al final acabo en Boston, te hará falta algo aquí, y me tranquilizaría saber que estás segura.

Espera un instante, con la mirada bailando entre mis ojos, antes de decir simplemente:

—Gracias.

Niego con la cabeza.

—No digas más «gracias».

—Vale. Entonces, en vez de decirlo, te lo demostraré.

Esa sonrisilla traviesa en sus labios junto con la forma en la que mueve las caderas contra mí me la ha puesto dura de golpe. Aprieta los brazos en mi cuello para tirar de ella hacia mí y presionar sus

tetas contra mi pecho.

El agua caliente. Su cuerpo caliente. Esto es el puto paraíso.

Alcanzo su espalda con la mano, desabrocho el *bralette* empapado y lo tiro a un lado, donde se queda flotando en el agua. Me la como con los ojos, me llevo el whisky a la boca y doy un trago.

Observa la gota que aterriza en mis labios, pero, antes de poder limpiarla yo mismo, se inclina y arrastra la lengua por mi boca para hacerlo ella.

—Joder —gimo echando la cabeza hacia atrás y la apoyo en el borde que hay detrás de mí.

—Mmm —murmura de placer—. Está bueno.

—¿Sí? ¿Quieres más?

Se muerde los labios y asiente.

Le pongo el whisky en la mano, pero, antes de que pueda llevárselo a los labios, me levanto, la agarro y me vuelvo para sentarla en el borde de la esquina. Piel húmeda, ojos ardientes color avellana, pezones duros y whisky cayendo entre sus tetas.

Apoyo los brazos a ambos lados de ella, me inclino y deslizo la lengua a lo largo de su cuerpo para lamerlo.

—La hostia —murmura sin aliento mientras me observa.

—Tienes razón, está bueno, pero quiero probar algo más. Abre las piernas, cariño.

Hace lo que le he pedido y coloca los pies en el borde de la bañera, uno a cada lado de mí.

—Buena chica, Hallie. Ahora bébete ese whisky para no enfriarte mientras estás fuera del agua.

Parece casi obediente cuando se vuelve a llevar el vaso a los labios, pero entonces veo la sonrisa traviesa tras el cristal. Antes de que el borde llegue a la boca, vierte un poco por el centro de su cuerpo.

—Ups.

Es el sonido menos inocente que he oído en la vida y me pone a cien. Fijo la mirada en el líquido que cae por su pecho, entre sus tetas y por su estómago. Antes de que llegue al ombligo, lo lamo y deslizo la lengua por todo su cuerpo hacia arriba, hasta que tomo su boca con la mía para que pruebe este delicioso ardor.

Se retuerce debajo de mí mientras la beso y mi lengua se desliza

contra la suya.

Paso la mano entre los dos, arrastro el pulgar despacio por el centro de sus bragas y el gemido que suelta en mi boca parece tener conexión directa con mi polla por cómo corre toda la sangre en esa dirección.

Busca desesperada aumentar la fricción, empujando las caderas para encontrar mi mano mientras se aparta de mi boca para mirarme con los ojos entrecerrados y los labios inflamados. Mi atención se concentra en su pecho agitado cuando vierte más whisky en su cuerpo para que lo pruebe.

Hago lo que me pide: le chupo las tetas y doy vueltas por el pezón, pero busco su mirada cuando uso la lengua para darle golpecitos, justo como estoy a punto de hacer con ese punto entre sus piernas.

—Qué maravilla —grita, moviendo rítmicamente las caderas en mi mano, que no ha parado de hacer pequeños círculos en su clítoris.

Vierte más whisky por el otro pezón y repito lo mismo que antes, doy vueltas con la lengua y lo mordisqueo.

—Joder. —Echa la cabeza hacia atrás—. Quiero correrme. ¿Harás que me corra?

—Por supuesto, cariño.

—¿Sí?

—Mmm. Haré que te corras si dejas el trabajo.

Se ríe, pero se interrumpe con un pequeño gemido.

—Que te den.

Sonrío contra su piel mientras le muerdo y chupo las tetas.

—Dame lo que quiero, Hallie, y te devolveré el favor.

Cuando veo que no responde, aflojo la presión en el clítoris y lo convierto en apenas un roce.

—No —se queja—. Más.

—Dime lo que quiero oír.

Traga saliva, intentando recuperar el aliento, y no puedo evitar pasar los labios por la curva de su garganta.

—Vale —accede al fin—. Pero solo lo voy a dejar porque tenía pensado hacerlo una vez liquidara esos préstamos y no porque tú me lo digas.

—Me vale.

—Y les voy a avisar con dos semanas de antelación.

Me río entre dientes contra su piel mientras hago un camino de besos por su estómago y me pongo de rodillas.

—Qué responsable.

Se estremece al mirar hacia abajo y verme entre sus piernas.

—Bébete el whisky, Hallie, voy a hacer que te corras para que no te enfríes.

Esta vez hace lo que le he pedido, se lleva el borde del vaso a la boca y le da un sorbo. Joder, es tan sexy que tengo que apretar la mandíbula para evitar correrme yo.

Le rompo las bragas por la mitad abriendo el encaje para poder acceder a su coño perfecto.

Le doy un beso fugaz en mi peca favorita del interior de su muslo antes de hundir la cara entre sus piernas. Joder, qué húmeda está, y no por el agua. Su clítoris hinchado se excita aún más cuando lo succiono.

Emite ese sonidillo de aprobación, así que lo vuelvo a hacer y observo su reacción. Veo cómo jadea y cómo se estremece. Veo cómo sus piernas intentan apretarme la cara.

—La hostia —gime con los dedos enroscados en mi pelo y agarrándose con fuerza.

Hago un círculo con los dedos en la entrada de su sexo antes de introducir dos. Ya está estremeciéndose y su coño me aprieta con fuerza.

—Joder, Hallie, te vas a correr ya.

Asiente con desesperación, buscando el orgasmo mientras cabalga en mi mano y mi cara.

—Aquí tienes, cariño —la animo desde el hueco entre sus piernas —. Coge lo que necesites.

Entro y salgo, y noto cómo las paredes se tensan en torno a mis dedos mientras lamo el resto de ella.

—Estoy a punto, a punto, a punto —repite como un mantra—. No me he tocado ni una vez mientras has estado fuera.

Murmuro contra su sexo y veo cómo le tiembla todo el cuerpo.

—¿Me has esperado, Hal?

Asiente, desesperada.

—No es tan bueno sin ti. Solo tú.

«Joder, me encanta».

—Siempre has sido solo tú, Rio.

La hostia, me voy a correr en el bañador con mi lengua en su coño y mi nombre en sus labios.

La embisto dos veces más antes de sentir cómo se corre. Y, joder, qué guapa está cuando lo hace. El pecho sonrojado, los músculos temblando y el labio entre los dientes.

Me pongo de pie cuando dejo que se aparte, pero mantengo dos dedos dentro de ella y sustituyo la lengua por el otro pulgar. Y, lo juro, nunca me cansaré de ver a esta mujer perder el control.

Pero entonces hace algo que me recuerda que nunca me cansaré de esta mujer, punto.

Se estira y recorre con los dedos las líneas de su tatuaje.

Saco despacio los dedos de su coño, pero palpita tanto que apenas puedo retirarlos. Lo que consigue es que desee sentir cómo aprieta mi polla.

Me bajo el bañador lo suficiente para sacarla, cierro el puño a su alrededor mientras Hallie sigue las líneas de su tatuaje.

—Joder, cariño. —Me toco—. Me encanta cuando haces eso.

Así nos quedamos un rato, ella recuperándose del orgasmo mientras yo me masturbo de pie entre sus piernas abiertas.

Al final, esas piernas me rodean y me empujan hacia ella. Aparto el encaje rasgado de sus bragas, paso la polla por el centro, empapándome de ella, y empiezo poco a poco con la tortura. Dejo que el deseo se vuelva insoportable.

Ella todavía sujeta el vaso casi vacío con la otra mano, la que no recorre las líneas de tinta, así que se lo quito y me lo acabo de un trago. Luego la agarro por la nuca y empujo su boca hacia la mía para que lo saboree en mi lengua.

—¿Estás lista? —pregunto contra su boca.

—Por favor —susurra—. Métemela.

Golpeo con la polla el clítoris un par de veces antes de empujarla hacia abajo e introducirla en ella.

Abre de golpe la boca y veo cómo jadea. Sus uñas están casi haciéndome sangre por cómo se clavan en mi piel y normalmente le

preguntaría si está bien, pero sé que lo está.

A veces nos comportamos con ternura en la cama, pero a veces el ambiente pide algo diferente. Ahora mismo parece esto último. Que ella no necesariamente quiere que sea dulce y tierno.

Dejo caer el rostro para ocultarlo en el hueco de su cuello y me concentro en no terminar demasiado pronto. Aunque, joder, ella sigue palpitando por el orgasmo previo y eso bastaría para que me corriera si lo permitiera. Pero si realmente quiere que la folle como intuyo que quiere que lo haga, tengo que aguantar.

—Hostia puta, Hal. Noto cómo palpitas en la polla ahora mismo.

En cuanto las palabras salen de mi boca, siento cómo aprieta aún más, agarrando la polla con su coño.

—Joder, cariño. Esto se va a acabar muy pronto como hagas eso otra vez.

Y lo vuelve a hacer, como una niña traviesa que quiere poner a prueba la teoría, y es la hostia, me encanta. Me encanta cuando hace lo que le pido y también me encanta cuando no lo hace.

En realidad, me encanta ella. Pero eso no es nada nuevo.

Cuando me echo atrás para mirarla, sonríe con malicia.

—No estás siendo muy buena esta noche.

Niega con la cabeza.

—¿Quieres un polvo duro? ¿Es eso?

Sonríe todavía más.

—Quiero que cojas lo que quieras.

Y entonces lo hago, echando las caderas hacia atrás antes de embestir hacia delante.

Los labios de Hallie forman una «O» perfecta y se le marcan las suaves líneas del ceño.

Agarro un lado de la bañera con una mano y su nuca con la otra y marco un ritmo constante, viendo cómo entro y salgo de ella. Es la hostia de fascinante cómo me toma, cómo me busca, cómo grita mi nombre.

Se agarra a mi antebrazo con todas sus fuerzas y no tarda mucho en volver a apretarme.

—¿Te vas a correr en mí, Hallie?

Suelta un gemido desesperado, por lo que no cambio el ritmo ni la

postura.

Hallie estira la mano entre los dos y con la yema de los dedos se toca el clítoris haciendo círculos, algo que haría yo mismo si no tuviera las manos ocupadas intentando mantenernos erguidos en el borde de una bañera de hidromasaje.

—Así —la aliento—. Joder, Hallie, eres increíble. ¿Lo sabes? ¿Sabes la suerte que tengo de estar contigo?

Me agarra la nuca con la otra mano y tira de mí para que nuestros labios se encuentren y, en cuanto mi lengua juega con la suya, se corre y todos los músculos de su cuerpo se tensan a la vez.

Porque, es cierto, es divertido follar, pero siempre acabamos aquí, besándonos despacio, demostrándonos cariño y dejando que las manos recorran libres el cuerpo antes de acabar entrelazadas.

Mantengo el ritmo constante hasta que noto que empieza a calmarse y, cuando lo hace, pasamos a algo más tierno. Me abraza mientras nos besamos y sus dedos buscan de nuevo su tatuaje al tiempo que yo marco un ritmo lento con las caderas. No tardo mucho en seguir sus pasos, me dejo caer en el mismo borde y me corro dentro de ella.

Sigue pasando los dedos por la tinta.

—Te gusta eso, ¿verdad? —pregunto mientras recuperamos el aliento.

Asiente.

—Te gusta que estés de forma permanente bajo mi piel.

—Me encanta. Es como si estuvieras marcado y fueras de mi propiedad.

—Eso es porque lo soy.

Su sonrisa se vuelve posesiva, algo que está justificado. Soy completa e innegablemente suyo.

Me retiro para apoyar la frente en la suya y sé que somos un revoltijo de cuerpos húmedos y respiraciones compartidas, pero sus ojos de color avellana se concentran en los míos, intentando decirme algo que no ha dicho en seis años.

Me parece bien si es una de esas cosas sobreentendidas. Sé que Hallie me quiere como yo la quiero a ella.

Despacio, tortuosamente despacio, salgo de ella y veo cómo mi

semen se desliza entre sus muslos.

Cómo me pone verla cubierta de mí. Hace que esa parte posesiva se active cuando lo limpio con dos dedos y vuelvo a introducírselo.

Con los labios en los suyos susurro:

—Sigues siendo mía.

Me besa a medida que vamos recuperando el aliento hasta que suelta esa preciosa risilla suya.

—¿Qué es tan divertido? —Acompañándome de una sonrisa, me echo atrás para mirarla.

—Estoy totalmente congelada ahora mismo.

Riéndome, la sumerjo en el agua conmigo mientras me pongo el bañador y me apunto mentalmente que mañana tengo que vaciar la bañera de hidromasaje. Aunque, la hostia, ha sido divertido y ha merecido completamente la pena.

La llevo hasta las escaleras conmigo, pero le pido que espere mientras cojo una toalla. La envuelvo sobre su cuerpo desnudo y la llevo conmigo rápidamente al interior de la casa. No me importa dejar un reguero de agua tras nosotros y empezamos a subir las escaleras para darnos una ducha caliente.

Me va cubriendo el cuello de besos suaves cuando de pronto se sienta y mira alrededor.

Me detengo en mitad de las escaleras.

—¿Qué pasa?

Mira de nuevo a su alrededor antes de volver su atención a mí.

—¿Qué piensas de la casa?

Desde que estuve en casa por última vez se ha avanzado mucho con la reforma. Se han empezado a pintar las paredes. La semana que viene se instala el suelo.

Sigo concentrado en ella y no en el espacio que nos rodea.

—La adoro.

«Y a ti».

Su sonrisa demuestra que está orgullosa y eso también me encanta.

Debería estar orgullosa. Su ojo para el diseño, su gestión del tiempo, su organización. Es tan buena en lo que hace que no creo que todavía sea del todo consciente.

Que Hallie haya reformado este lugar y puesto su toque en cada metro cuadrado es ya de por sí un motivo por el que no la vendería, pero hay muchos otros.

Va a necesitar un lugar para vivir en cuanto se venda la casa de Wren.

A mí me hará falta un lugar para quedarme cuando venga a visitarla a ella, y a mis amigos, pero se me encoge el estómago al imaginarme a Hallie viviendo aquí sin mí. Viviendo aquí sola. Ese nunca fue el plan para esta casa. Se suponía que íbamos a vivir aquí juntos. Se suponía que íbamos a llenar las habitaciones.

—Gracias por darme la oportunidad de hacerlo —dice en voz baja —. Básicamente, me has dejado diseñar la casa de mis sueños.

Esta es la casa de sus sueños y esa es la puta cuestión. No sé cómo no ha atado cabos todavía, pero es el motivo definitivo y más importante por el que no voy a venderla. Hace seis años, incluso después de que las cosas se torcieran entre nosotros, compré esta casa para ella.

Es todo lo que me dijo que quería y una parte de mí esperaba que, si tanto la casa como yo estábamos aquí esperándola, de alguna manera ella encontraría el camino de vuelta al hogar.

38
Hallie

—¿Seguro que estás bien? —le pregunto a Rio mientras esperamos junto a la isla de la cocina a que sirvan la cena para poder llevar los platos al salón.

—Claro que sí. —Fuerza una sonrisa y me pasa la mano por la espalda—. No te preocupes por mí, Hal, estoy bien.

Pero no lo está. Rio ha estado callado y no ha sido él mismo desde que salió del despacho de Indy hace un par de horas. Es domingo y no pasa ninguno sin hablar con su madre. Solo que hoy ella no ha respondido la llamada y sé que eso lo preocupa. Lo tensa que está su relación lo lleva agobiando semanas, aunque él crea que consigue ocultármelo.

Mia DeLuca, la madre de Rio, es una pieza fundamental en su vida y ahora apenas hablan por mi culpa. Cuando se llaman, la conversación enseguida se tuerce en cuanto sale mi nombre a relucir.

Ver lo que pasa en primera persona me hace comprender mejor por qué Rio tomó las decisiones que tomó en aquella época. El Rio de veintisiete años lo está pasando mal porque estas dos mujeres no se llevan bien. No es de extrañar que el Rio de veintiún años hiciera lo que creyó que era lo mejor para ella cuando la vida de su madre se desmoronaba.

Odio verlo sufrir de esta forma, pero no sé cómo arreglarlo si la señora DeLuca no quiere escuchar.

Rio me da un beso rápido en la cabeza antes de llevar uno de los entrantes al salón. Tomo el bol de la ensalada y lo sigo. Lo coloco con el resto de platos en el centro antes de sentarme junto a Rio en la enorme mesa de comedor de los Shay.

Está claro que eligieron su casa con la idea de invitar a gente. Es agradable y acogedora, como las personas que la habitan.

Esta es la primera cena familiar a la que he podido asistir ahora que he dejado el segundo empleo, pero Rio lleva semanas

intentando que me apunte a una. Por fin tengo los fines de semana y las tardes libres, y me he pasado todo el mes de febrero asistiendo a los partidos que han jugado en casa, trabajando para acabar la reforma de su casa y conociendo a estas otras ocho personas que están a la mesa.

Pero, aunque hubiera podido venir a alguna cena familiar en el último par de semanas, esta es la primera a la que han asistido todos.

Kennedy e Isaiah han estado fuera por la pretemporada, pero han vuelto más temprano para que Kennedy pusiera su departamento en orden antes de la primera jornada, Isaiah pudiera entrenar aquí y así conceder a los novatos la oportunidad de jugar.

—Indy —dice Rio intentando no reírse—. ¿Qué pasa?

Levanto la mirada y me encuentro sus ojos marrones brillando desde su silla a la mesa.

—Nada. —Niega con la cabeza—. Esto es tan bonito. Todo el mundo está aquí. Por fin parece… completo.

Me mira y sonríe.

—Blue. —Su marido suelta una risita mientras le acaricia la espalda —. No hace falta llorar por eso, cariño.

—¡No puedo evitarlo! ¡Así es como soy!

Toda la mesa estalla en carcajadas, algo que, como he aprendido muy rápido, es aceptable hacer si llora por algo que no sea triste.

Ryan le rodea los hombros con el brazo para acercarla a él y la besa en la cabeza.

—Es una de las muchas razones por las que te quiero.

—Gracias por invitarme —interrumpo—. Tenéis una casa preciosa.

Se enjuga las lágrimas, sonriendo.

—Es maravilloso tenerte aquí, Hallie. Tú eres la última pieza, aunque supongo que, técnicamente, eras la primera pieza, ya que lo conoces desde hace tanto tiempo.

Debajo de la mesa, Rio me pasa la mano por el muslo, apretándolo.

Me ha encantado ir conociendo a estas personas, en especial a las cuatro chicas. Pero, sabiendo lo amigos que son Indy y Rio, conocerla a ella ha sido particularmente bonito. Puedo entender por

qué se hicieron tan buenos amigos.

—Hablando de casas preciosas… —empieza a decir Kennedy—. La de Rio ya tiene una pinta espectacular. Ha sido divertido seguir todo el proceso en tus redes sociales.

Veo que Rio me mira con una sonrisa de orgullo mientras nos pasamos la comida por la mesa. Con cada plato, me sirve un poco antes de servirse él.

—Casi ni la reconozco —añade Kai—. Mills me ha enseñado las fotos online.

—Está cogiendo forma —digo—. Por cierto, por si no lo he dicho lo suficiente, mil gracias a todos por compartir mis cosas en vuestras cuentas. Al estudio le han llovido las solicitudes de información y es uno de los grandes motivos por los que se me ha ofrecido un puesto a tiempo completo cuando termine las prácticas.

—¡Sí! ¡Bravo! —Miller levanta su botellín de Corona al aire.

—Has sido tú solita —dice Rio a mi lado cuando empezamos a comer—. Nosotros solo nos hemos asegurado de que más gente pudiera ver el talento que tienes.

—Yo rellené una solicitud de información la semana pasada —dice Zanders sin más.

Todos se vuelven hacia él, confundidos.

—Tyler me ha estado preguntando por ello —le digo emocionada—. Espera poder usar tu proyecto para un futuro episodio de su serie.

—Sería fantástico —dice Zanders asintiendo—. Más visibilidad para el centro, pero quiero que tú seas la diseñadora del proyecto.

—Por supuesto.

Stevie lo mira, más confundida que ninguno.

—¿De qué proyecto estamos hablando?

Él intenta parecer indiferente mientras juguetea con la comida que tiene en el plato.

—Bueno, Cheryl y tú habéis estado hablando de trasladar el centro Senior Dogs of Chicago a un edificio más grande. He encontrado uno. Lo he comprado. Quiero que Hallie lo diseñe para que haya más espacio para que la gente vaya a visitar a los perros, pase el rato con ellos y los saque de paseo.

Stevie lo mira fijamente, boquiabierta.

—¿Qué? —pregunta Zanders, intentando contener una sonrisa. Es radicalmente distinto de la versión arrogante que he llegado a ver.

—No entiendo por qué la gente pensaba que eras un gilipollas.

Zanders suelta una risita.

—Stevie, odio ser yo quien te lo diga, pero tú eras una de esas personas.

—Ya han pasado cinco años. —Hace un ademán con la mano para restarle importancia—. Zee, podemos acoger muchos más animales en un espacio más grande.

—Además, el programa de Tyler es muy conocido —interviene Rio —. Si hacéis un episodio con él y lográis que se involucren varios compañeros del equipo, conseguiréis un montón de publicidad para el centro. Tendréis a gente de todas partes queriendo adoptar. No solo en Chicago.

—Gracias —dice con una gran sonrisa y en voz baja a su marido.

Él hace como si comprar un edificio completamente nuevo para el negocio de su esposa no fuera gran cosa, y le sonríe con complicidad sin decir nada más sobre el tema.

—¿La otra casa que sale en tu Instagram fue tu primer proyecto? —me pregunta Indy.

—Mi primer proyecto oficial, sí. Aparte de redecorar un millón de veces mi habitación cuando era niña.

Veo a Rio sonreír mientras mastica.

—Esa casa que está en mi Instagram es la de mi compañera de piso. En realidad, Ryan, puede que conozcas a su hermano, Cruz Wilder.

Se queda paralizado con el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Cruz Wilder?

—Sí. También juega a baloncesto.

—Perdona, ¿qué? —Coloca de nuevo el tenedor en el plato y se vuelve hacia Rio—. ¿Tu vecina es la hermana de Cruz Wilder?

—Sí. —Rio se encoge de hombros con indiferencia—. La casa es de él. Ella vive allí hasta que acabe la universidad.

Ryan abre los ojos de par en par.

—Me estás diciendo que vives al lado de la hermana de Cruz Wilder desde hace…

—Cuatro años.

Ryan suelta una carcajada con un matiz de incredulidad.

—Eres vecino de la hermana de Cruz Wilder desde hace cuatro años y ¿nunca lo has mencionado? Esos hermanos son leyendas en sus respectivos deportes. El mayor formará parte del Salón de la Fama de la Liga Nacional de Fútbol Americano algún día y el Wilder más joven fue el novato del año de las Grandes Ligas de Béisbol hace algunos años.

—Un momento —interrumpe Isaiah—. ¿Easton Wilder? Es un monstruo y tan solo es su tercera temporada en la liga. ¿Dices que eres vecino de su hermana?

Kennedy muestra cara de asombro.

—Es increíble. Cada vez que jugamos contra él, me impresiona lo bueno que es.

—Vale. —Isaiah levanta las manos para pararla—. No es tan bueno, Ken.

—No sé yo —se burla—. Es bastante bueno.

Isaiah toma la mano izquierda de Kennedy y la coloca sobre la mesa.

—Vale, vamos a asegurarnos de que todavía esté ahí.

Ella se ríe.

—No me he quitado el anillo de casada en tres años, hombre de las cavernas. Sigo siendo tu mujer. Sigo obsesionada contigo.

Isaiah le pasa el brazo por los hombros.

—Claro que sí, esta es mi chica.

—La familia Wilder son los reyes del deporte de la Costa Oeste —dice Zanders—. Ahora todos juegan en la misma ciudad, cerca de donde crecieron, creo. Es la hostia.

—¿Has estado viviendo al lado de su hermana todo este tiempo y nunca lo has mencionado? —Kai menea la cabeza con una carcajada —. ¿Y te has pasado todos estos años de grupi de Ryan?

—Bueno, ya ves, es el puto Ryan Shay. —Rio se vuelve hacia él—. No te preocupes, corazón. Cruz Wilder nunca será como tú.

—Pero en realidad lo es. Es la versión de la Costa Oeste de mí. —Ahora el grupi parece Ryan—. Soy superfán, aunque tenga que fingir lo contrario un par de veces al año cuando juego contra su equipo.

—Wren es genial también —señalo.

Rio suelta una risita.

—Wren es genial. Ha sido una vecina increíble y la voy a echar de menos cuando se mude.

—¿Se muda? —pregunta Ryan, indignado—. ¿Has tardado cuatro años en hablarnos de ella y su familia y ahora se muda?

—Joder, Ry —se burla Indy—. ¿Quieres que te consiga un autógrafo o algo?

—Sí. Algo así.

—¿Adónde se muda? —pregunta Kennedy.

—Vuelve a casa, al Norte de California —le digo—. Ahora que todos sus hermanos juegan para el equipo de su ciudad, ella también quiere volver a casa. Aunque espero visitarla algún día.

Rio me sonríe.

—La visitaremos seguro.

—Sí —dice Ryan—. Igual podríamos hacer un viaje de grupo.

Miller suelta una risotada.

—El grupi Ryan Shay. ¡Me encanta!

—Volviendo al tema de la casa —corta Isaiah—. ¿Vas a hacer una fiesta de inauguración o algo? Como lo más probable es que te mudes este verano, deberíamos disfrutar de la casa nueva mientras la tengas.

El salón se queda mudo y Kennedy le da un golpecito en el hombro.

—¿Qué? —pregunta Isaiah con un punto de inocencia—. Todos sabemos lo que pasa. No sé por qué todavía hacemos como que no.

—A la mierda. Podemos hablar de ello. —Rio se acomoda en la silla —. Boston me va a hacer una oferta cuando termine la temporada, siempre y cuando no renueve con Chicago. Jugar para Boston ha sido mi sueño desde niño.

Cuando me mira, le guiño un ojo como para decirle que estoy con él.

—Y perdón por no haber dicho nada antes —continúa—. Pero dejaros a vosotros no es algo de lo que me encante hablar.

—Rio, tienes que hacer lo mejor para ti —dice Zanders—. Creo que todos entendemos lo que supone jugar para el equipo de nuestra

ciudad.

Rio asiente.

Kai se inclina y apoya los antebrazos en la mesa.

—Y no es como si te fueras a ir y ya está. Vendrás para ver a Hallie, ¿no?

—Por supuesto.

—No te preocupes por nosotros —añade Stevie—. Te vamos a seguir queriendo.

Rio desvía la atención hacia Ryan.

—¿Es eso cierto, Ryan?

La tensión se disipa cuando todos se echan a reír, gracias al vano intento de Rio de lograr que la superestrella del baloncesto admita que lo quiere.

Ryan sacude la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

Indy intenta limpiarse a escondidas las mejillas otra vez.

Rio suspira cuando la ve.

—Ind.

Le ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—Es solo que te voy a echar de menos.

—Hablamos luego, ¿vale?

Ella asiente.

Todavía flota un aire de melancolía en el comedor.

—Así que… —comienza a decir Isaiah—. ¿Habrá fiesta en tu casa o no?

Kennedy menea la cabeza mirándolo.

—De ideas fijas, de verdad.

—Claro que sí, habrá fiesta. Tenía la esperanza de que la casa estuviera lista para el cumpleaños de Hallie y así poder celebrar las dos cosas, pero se han retrasado un par de proyectos. Pensaremos algo para hacer en abril o mayo.

La tristeza de Indy comienza a desaparecer cuando se incorpora, emocionada.

—Espera. Hallie, ¿cuándo es tu cumpleaños?

—El sábado que viene.

—¿Qué? ¡Tenemos que hacer algo! La cena del próximo domingo

tiene que ser una cena de cumpleaños.

—¡Prepararé una tarta! —dice Miller.

Rio me aprieta el muslo otra vez y yo no consigo ocultar mi sonrisa. Sienta muy bien hacer nuevos amigos otra vez.

—Espera, ¿cuándo volvemos a casa? —le pregunta Zee.

—El sábado por la noche, tarde. El entrenador quiere quedarse una noche más para ver a su familia en Montreal. Ya he intentado convencerlo de que en vez de eso nos deje volar a casa el viernes cuando acabe el partido, pero no está por la labor.

—Lo de la cena del domingo suena divertido —interrumpo. No hace falta que se sienta mal por algo que no puede cambiar. Y, para ser sincera, sea cuando sea que lo celebremos, sé que será el mejor cumpleaños que he tenido en mucho tiempo—. Tengo muchas ganas.

—Hablando de cumpleaños en marzo… —dice Miller desde su silla —. ¿Habéis recibido todos la invitación para la fiesta de Max?

—¿Cómo narices puede ser que ya vaya a hacer cinco años? —pregunta Kennedy sin esperar la respuesta.

Kai sacude la cabeza.

—No puedo ni hablar de ello.

—Me parece una monada que la temática sea el béisbol —dice Stevie con una sonrisa dulce.

Ryan suelta una risita.

—¿Ha sido idea suya?

—Por supuesto. Ahora mismo está obsesionado con el béisbol. —Miller levanta el teléfono y nos enseña una foto a todos—. Está empezando a jugar al T-Ball, la versión infantil del béisbol, y acabamos de recoger su primer uniforme.

Ahí en la pantalla se ve al pequeño Max, con una gran sonrisa, luciendo su nuevo uniforme con el número veintiuno.

—Lleva el número de su papá —sonríe Zee—. ¿Lo ha elegido él?

—De verdad, no puedo hablar de esto. —Kai se quita las gafas y se presiona con el pulgar y el índice los ojos cerrados.

Miller se ríe, pero le pasa a su marido la mano por la espalda.

Isaiah sonríe.

—Le preguntamos qué número quería llevar y dijo que quería el

número de su papá. Joder, fue supermono.

—Adoro a ese crío —dice Kai con un suspiro—. Pero no sé cómo es posible que ya tenga edad para jugar. ¿Adónde se ha ido el tiempo? Parece que fue ayer cuando Miller lo llevaba al campo a dar sus primeros pasos.

Ella le sonríe con dulzura y le da un tierno apretón en el hombro.

—Y tú, ¿por qué elegiste ese número? —pregunta Indy—. ¿Tiene algún significado el veintiuno?

—¡No me jodas! —farfulla Rio para que solo lo oiga yo.

—¡Qué gran pregunta, Indy! —Paso el brazo por los hombros de Rio, entusiasmada con esta conversación.

—No exactamente —dice Kai—. Tenía doce años y no sabía qué número elegir, así que di la vuelta a mi edad porque así funcionaba mi cerebro a los doce.

Isaiah suelta una risita.

—Y yo soy dos años más joven, así que le resté dos números al suyo: diecinueve.

Rio está totalmente mudo a mi lado y sé que tiene la esperanza de que se termine esta conversación, pero me niego a que pase eso.

—Ryan, ¿qué hay de ti?

—El mío no tiene ningún motivo. Tenía… ¿qué?, cinco o seis años cuando me uní al equipo. —Mira a su hermana buscando confirmación—. Y estuve enfermo el día que eligieron los números, así que cuando volví me dieron la camiseta con el cinco. Y no lo he cambiado desde entonces.

—¡Qué coherente, cariño! —Indy se ríe y apoya la cabeza en su hombro—. ¿Zee?

—En mi caso es muy sencillo. El número uno ya estaba pillado en ese momento y me pareció que el número once era todavía mejor porque era el número uno dos veces.

Todo el grupo suelta una risotada porque, por lo que he llegado a saber de Zanders, sigue razonando de la misma forma.

Todos desvían la atención hacia Rio, pero no responde.

—¿Rio? —lo anima Stevie—. ¿Y tú?

Duda un rato, sin mirarme. Yo estoy ahí sentada, con una sonrisa de satisfacción y el brazo sobre su hombro, eufórica porque por fin

conseguiré la respuesta a la pregunta que me ha tenido intrigada tantos meses.

—Bueno —empieza despacio—. Cuando era pequeño siempre fui el número ochenta y tres.

—¿Así que les diste la vuelta a los números? —prueba Miller.

—No exactamente. Yo no sabía qué número elegir cuando era niño, así que elegí el de mi día favorito, que era, obvio, mi cumpleaños. El tres de agosto. El mes ocho y el día tres. Ochenta y tres.

Y por fin me doy cuenta. Se me había olvidado que su antiguo número era por su cumpleaños. Lo que significa que su nuevo número es…

—Cuando llegué al campo de entrenamiento de Chicago me preguntaron si quería quedarme con el ochenta y tres, pero decidí que era hora de cambiar a mi día favorito de verdad.

Mi cumpleaños. Ocho de marzo. Tres y ocho. Treinta y ocho.

Lleva con mi fecha de cumpleaños en la camiseta seis años y yo no tenía ni idea.

Se vuelve lentamente sobre el hombro para mirarme.

Apoyo la barbilla en el brazo que reposaba sobre él, con una sonrisa enorme en la boca.

—Así que te gusto de verdad, ¿eh? —me burlo en bajito para que solo lo oiga él.

—Creo que ambos sabemos que es un poco más profundo que eso, incluso si seguimos haciendo como que es una de esas cosas sobreentendidas entre nosotros. —Se vuelve para darme un beso rápido en los labios—. Y así ha sido desde hace quince años, Hal. Me has tenido pillado desde el día que te convertiste en la chica de al lado.

Dejo el último plato vacío junto al fregadero mientras Ryan termina de lavarlos.

Isaiah está limpiando la mesa, Kennedy mete las sobras en táperes, y Kai, Miller, Stevie y Zanders recogen a sus hijos, que duermen en la planta de arriba, para llevárselos a casa.

Se hace tarde y estamos todos listos para irnos, así que me acerco

a hurtadillas hasta el despacho de Indy, ya que dejé el abrigo en su armario al llegar, pero cuando llego a la puerta la encuentro cerrada.

Estoy a punto de preguntarle a Ryan si puedo entrar cuando oigo la voz de Rio saliendo del interior:

—Voy a firmar.

—¿Sí? —oigo que pregunta Indy, pero no sé descifrar el tono. ¿Está sorprendida o tan solo le está dando la razón?

—Pero no sé cómo se lo voy a decir a ella. —Hay un matiz de pánico en el tono de Rio—. ¿Cómo se supone que podrá venir de visita? Mi madre ni siquiera me deja hablar de Hallie y ¿debo suponer que podrán estar juntas en la misma habitación?

Se me encoge el estómago.

Lo que me da náuseas no es escuchar que va a firmar por el equipo de su ciudad natal. Hace tiempo que lo sé. Es la confirmación de que el desprecio que su madre siente por mí lo ha estado consumiendo como suponía.

—Se solucionará solo —intenta tranquilizarlo Indy.

—No es tan fácil, Ind. En realidad, es la hostia de complicado. No te puedo dar todos los detalles de por qué es así, pero fíate de mí. La historia que hay entre ellas no es un pequeño malentendido que acabará por desaparecer.

Tiene razón sobre eso. Nuestra situación es compleja. Solo él y yo podemos entenderla del todo.

—Rio, tienes que hacer lo que sea mejor para ti.

—Lo sé. —Hay una pausa larga—. Pero me pone malo pensar que durante el resto de mi vida mi madre no va a aprobar a la mujer que amo. ¿Cómo cojones se supone que voy a aceptar eso, Indy?

Me marcho antes de que responda porque no debería estar escuchando esta conversación.

Intento poner la mayor distancia posible entre la puerta y yo mientras oigo cómo la sangre me bombea en los oídos. Y no porque Rio acabe de admitir que me ama. Eso también lo sabía. Mi corazón palpita con fuerza porque Rio tiene razón.

No debería aceptar que a su madre no le guste la mujer con la que está. Y sé desde lo más profundo de mi ser que ya no puedo ser esa mujer.

Darme cuenta de ello es tan doloroso que creo que voy a vomitar.

Yo solo… No sé ni siquiera cómo podría expresarlo con palabras. Solo pensar en esa conversación, una que creía que nunca iba a tener, me pone físicamente enferma. Por no mencionar que no sé cómo encontraré el valor para hacer lo que sé que se tiene que hacer.

La madre de Rio es su única familia. La ama como yo amo a mi padre, y no seré el motivo por el que esa relación se estropee.

Me niego a serlo.

39
Rio

—Gracias, tío —le digo al conductor del coche compartido cuando me deja en el aeropuerto—. Muchas gracias.

Cojo la bolsa y accedo al interior del aeropuerto de Montreal. Acabamos de ganar el partido y me muero de ganas por llegar a casa. El cumpleaños de Hallie es mañana y me niego a perderme otro, así que el equipo directivo me ha dado el visto bueno para que pille un vuelo comercial a casa esta noche en vez de esperar al avión del equipo, que sale mañana por la tarde.

Todavía no se lo he dicho. Me he guardado esta sorpresa y tengo muchísimas ganas de verle la cara cuando entre esta noche por la puerta. En teoría debería llegar antes de la medianoche y así podré pasar cada segundo de mi día favorito con mi chica favorita.

Voy directo al control de seguridad y saco el teléfono para escribir a Wren. La quiero avisar de que me colaré en su casa más tarde.

Yo: *Ey, Wren. Guárdame el secreto, pero voy a coger antes el vuelo para ir a casa. Hal no lo sabe, aunque debería llegar antes de la medianoche. Quería avisarte de que pasaré por ahí cuando llegue.*

Wren: *¡Qué bonito, Rio! Pero creo que Hallie no está en Chicago ahora mismo. Se ha ido esta mañana temprano con una maleta.*

Yo: *¿De qué hablas?*

Wren: *Cuando se ha ido estaba durmiendo, pero he comprobado la cámara del timbre y la he visto marcharse con una bolsa.*

Yo: *¿Tienes alguna idea de dónde ha ido?*

Wren: *No. Le he escrito, pero no ha respondido. Pensaba que iba a verte.*

¿Podría haber venido hacia aquí? No. Ni de coña. No sabe dónde se queda el equipo y si Stevie le hubiera dado esa información, Zee habría evitado que me marchara si creyese que ella estaba de camino.

Yo: *¿Puedes avisarme si vuelve a casa?*

Wren: *Claro.*

Noto algo raro. Mi instinto me dice que no pase el control de seguridad, así que no lo hago. Me aparto a un lado y escribo a las chicas para ver si alguna sabe algo de Hallie.

No saben nada.

No he llamado a Hallie después del partido porque intentaba sorprenderla y miento como el culo, pero a la mierda. Marco su número, aunque, después de sonar demasiadas veces, me salta el contestador.

El pánico se empieza a apoderar de mí porque la última vez que se fue de casa con una bolsa fue cuando su padre estuvo en el hospital. ¿Ha ido a Minesota otra vez?

Si Hallie no va a contestar al teléfono, solo hay otra persona a la que le pueda preguntar.

Llamo a Luke.

Las cosas entre los dos fueron bastante bien en el hospital, pero Hallie va a estar en mi vida siempre. Las cosas entre su hermano y yo tienen que estar mejor que «bien», así que le pedí a Hal su número hace unas semanas con la idea de invitarlos a él y su familia cuando se acabara la reforma de la casa.

—¿Sí?

—¿Luke? Ey, soy Rio.

Duda un momento.

—Hola, tío. ¿Todo bien?

Miro a mi alrededor y observo cómo el control de seguridad se llena de gente.

—No estoy seguro. ¿Está Hallie allí?

—¿Si está aquí, en Minesota? No…

«Joder».

—¿Está bien tu padre?

—Sí. Está bastante bien, la verdad. No creo que Hallie vaya a venir sin avisarnos.

—Debería estar ya allí. Ha salido temprano.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea.

—Voy a llamarla —sugiere—. Te escribo cuando sepa algo más.

—Vale. Te lo agradezco de verdad.

—Te mantengo informado.

Cuelga el teléfono y camino de un lado al otro del aeropuerto mientras la llamo otra vez.

Sin respuesta.

Noto algo extraño. Algo no va bien.

Cuando lo analizo todo un poco mejor, me doy cuenta de que esta semana ha estado un poco distante. Las llamadas han sido más cortas de lo habitual. Menos mensajes. Lo achacaba todo al hecho de que estaba ocupada con la reforma porque eso es lo que me dijo, pero ahora pienso que pasa algo de lo que no me he dado cuenta.

Cojo el teléfono para llamarla otra vez cuando suena por un mensaje de texto.

Y el mensaje que aparece en la pantalla es un mensaje que nunca creí que fuera a leer.

40
Hallie

Mi atención se centra en la casa de al lado, siguiendo la línea del tejado que la conecta con esta. Observo el exterior de ladrillo rojo y la nueva hiedra que ha crecido en la fachada desde que vivía allí.

El coche aparcado en la entrada no es nuestro coche familiar. Las macetas y los tiestos del peldaño superior son diferentes a los que veía al cruzar cada día cuando era pequeña.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí y tengo los nervios a flor de piel.

Me he pasado toda la semana pensando en esta conversación. Repasando todas las cosas que tengo que decir y escribiéndolas en una carta por si ella no me quiere escuchar.

El avión del equipo de Rio aterriza en Chicago mañana por la tarde, así que hoy me he cogido el día libre porque sé que tengo que volver a casa antes que él. No sabe que estoy aquí ni tiene ni idea de que he estado planeando esto. No quería que intentara convencerme para no hacerlo.

Sí, es su madre, pero esta conversación en realidad no tiene nada que ver con él.

La verdad es que desconozco totalmente cómo va a ir. La última vez que vi a la señora DeLuca me dijo que no quería volver a verme nunca más. Aun así, aquí estoy, seis años después, de pie frente a su puerta.

Respiro hondo, me pongo recta y llamo.

Mientras espero fuera, me quito el abrigo. Es principios de marzo en Boston, pero hace mejor día de lo que me esperaba.

Por fin se abre la puerta y tras ella aparece una sonriente Mia DeLuca, pero, en cuanto posa la mirada en mí, esa sonrisa desaparece.

Trago saliva.

—Hola.

Si hay una cosa de la que estoy segura es de que no ha perdido ni

una pizca de este toque intimidante. De pie en el umbral de la puerta, me pega un repaso de los pies a la cabeza, pero, cuando llega a la cara, no puede mirarme a los ojos.

Sé exactamente lo que piensa. Puedo ver el dolor en sus ojos.

Exhala, baja los hombros un centímetro y abre más la puerta.

—Bueno, no puedo dejarte ahí fuera pasando frío, ¿verdad?

La más sutil de las sonrisas se dibuja en mis labios antes de cruzar a su lado hacia la casa donde tanto tiempo pasé cuando era niña.

En cuanto estoy dentro, me invade una sobrecogedora ola de nostalgia. Está exactamente igual que siempre. La misma cocina en la que solíamos hacer galletas. El mismo comedor en el que nuestras familias compartieron tantas cenas. El mismo salón en el que veía la tele con Luke y Rio después del cole.

La puerta se cierra tras de mí, me devuelve al presente y me recuerda por qué estoy aquí.

—¿Podemos hablar? —pregunto, con un toque de desesperación en la voz.

Porque estoy desesperada. Desesperada por solucionar esto por él.

Su madre no me responde directamente. Pasa a mi lado y se dirige hacia la cafetera. Se toma su tiempo para coger una taza y servir café hasta que, por fin, dándome la espalda, pregunta:

—¿Por qué?

—Porque amo a tu hijo y no seré yo el motivo por el que vosotros dos no os habléis. Cuando vuelva a Boston, vendré a visitarlo a menudo hasta que, con el tiempo, me acabe mudando yo también. Sería agradable si pudiéramos estar en la misma habitación. Por él.

Se le hunden un poco los hombros, y entonces coge otra taza y sirve otro café.

Sigue sin mirarme.

—Te has cortado el pelo.

—Sí.

—¿No está Rio contigo?

—No sabe que estoy aquí.

Por fin, se asoma por encima del hombro para mirarme.

—Si estás dispuesta, me gustaría explicarme. Y por si no quieres escucharme, lo he escrito todo. —Saco la carta de mi bolsillo trasero

y la sostengo para mostrársela—. Si me sigues odiando después, tendré que vivir con eso, pero lo está matando que no nos llevemos bien y lo amo demasiado como para no intentar arreglarlo.

Se vuelve para mirarme y se apoya en la encimera, evaluándome.

—No te odio, Hallie. Pero eras como mi hija y no me lo contaste.

Se me seca la garganta.

—No lo hice y me arrepiento de esa decisión desde entonces. No solo lo perdí a él, también te perdí a ti. No puedo cambiarlo, pero tengo la esperanza de que si te explico por qué no dije nada entonces puedas llegar a entenderlo.

Observo un tic en su mandíbula mientras lo procesa.

—No he venido a ponerte excusas —continúo—, pero de verdad que me gustaría saber si hay alguna forma en la que podamos pasar página.

—¿Por Rio?

Asiento.

—Quizá por nosotras también.

Por fin, coge las dos tazas de café y las lleva a la mesa de la cocina, colocando cada una en un posavasos.

—Vamos. —Toma asiento y me señala otra silla vacía—. Hablemos.

Me uno a ella. Cada una se lleva su taza a la boca y damos un sorbo casi al instante.

—Gracias —le digo en voz baja.

—Mañana es tu cumpleaños.

Mi mirada se dirige a sus ojos, sorprendida por su memoria.

—Así es.

—¿Rio no quiere pasarlo contigo?

Asiento con una suave sonrisa.

—Tengo un vuelo para mañana por la mañana. Llegaré antes de que su equipo aterrice en Chicago.

—Qué bien. —Da otro sorbo al café—. Me parece que debería haberle puesto alcohol a esto.

—Ya te digo.

Se ríe y me gusta escucharlo. No es para nada cómodo, pero me podría haber cerrado la puerta en las narices en vez de sentarse conmigo a tomar café.

La señora DeLuca se pone de pie y va hasta la nevera para volver con una botella de Bailey's. Echa un buen chorro en mi taza, luego se sienta y también vierte un poco en su café.

—Entonces ¿qué es lo que me quieres contar?

Doy un trago largo a la bebida.

—Necesito contarte qué pasó dos semanas antes de que tú lo descubrieras todo.

Asiente y casi puedo ver cómo se prepara mentalmente.

—Te escucho. Cuéntame lo que has venido a decirme.

Respiro hondo y hago exactamente eso.

41
Hallie

(19 AÑOS)

Se supone que debo buscarnos un sitio para vivir, pero cada vez que abro el portátil para hacerlo acabo tecleando las palabras «linfoma no Hodgkin» en la barra de búsqueda de internet.

Porque, ahora mismo, eso es lo único que me importa.

Tengo que saberlo todo. Tengo que encontrar los mejores tratamientos. Y necesito saber cómo de enfermo se va a poner para poder prepararme. Pero, lo más importante, tengo que saber cómo curarlo.

Estoy histérica y desesperada por curarlo.

También estoy aterrada, pero solo sé gestionar ese miedo haciendo todo lo que esté en mi mano para cambiar ese pronóstico.

Las últimas tres semanas me han parecido como un sueño. A Rio lo seleccionaron en la primera ronda del *draft* de la NHL, algo que para cualquiera es un gran logro, y mucho más para un defensa. Lo celebramos con nuestras familias, algunos amigos de nuestro antiguo instituto y todo el vecindario. De inmediato empecé a prepararlo todo para nuestra mudanza y el papeleo para mi traslado a una universidad de Chicago y, desde entonces, todos los días he estado buscando el apartamento de alquiler perfecto para vivir hasta que encontremos la casa de nuestros sueños.

Pero todo cambió anoche cuando mis padres nos pidieron a mi hermano y a mí que nos sentáramos para contarnos que mi padre tenía cáncer.

Hace dos semanas, la idea de vivir a más de mil kilómetros de mis padres no parecía para tanto. Pero hoy esa distancia se me hace un mundo.

Después de llorar anoche hasta quedarme dormida, hoy me he despertado con la determinación de solucionarlo… ahora mismo, a ser posible.

Hay una gran parte de mí que todavía quiere marcharse con Rio, pero mi parte aterrorizada no quiere estar a más de tres metros de mi padre. Sí, siento pánico y estoy aterrorizada, y probablemente no pienso con claridad porque todo es muy reciente, pero en este momento no me importa la lógica.

Necesito que esté bien. Lo dejaría todo para asegurarme de que está bien y anoche, cuando descubrí todo lo que estaba a punto de cambiar, me pareció como si yo fuera la única que se sentía así.

Luke estuvo completamente ausente tras recibir la noticia. Había tenido la esperanza de hablar con él porque ahora mismo es la única persona que puede entender cómo me siento, pero tuvo la puerta del dormitorio cerrada toda la noche. Sin embargo, lo oí hablando por teléfono durante horas, hablando de ello con su nueva novia, Sarah, a quien aún no conozco.

Luego está mi madre, que no parece ella misma desde que volví a casa para pasar el verano. Pensaba que era extraño hasta anoche, cuando me di cuenta de que lo más probable es que papá llevara semanas mostrando los signos de la enfermedad que han dado lugar a su diagnóstico. Ha tenido que estar superpreocupada por él.

Todo lo que quería era buscar consuelo en mis padres, pero ¿cómo podría? Mi madre acaba de descubrir que el amor de su vida está enfermo. Y, según lo que he investigado, todo el tratamiento también le va a pasar factura a ella. No necesita que yo le vaya llorando por lo mismo.

Luego pensé en mi padre, que, con toda probabilidad, está más asustado que todos nosotros. A fin de cuentas, es él el enfermo.

La otra persona a la que me habría gustado acudir es a Rio. Pero no pude contárselo. En cuanto diga las palabras en alto, significará que son reales, pero todavía no estoy lista para que sean reales.

Así que en vez de todo eso, lloré hasta quedarme dormida y nunca en mi vida me he sentido tan exhausta como esta mañana.

Esta es la razón por la que he creído que una cafetería sería un buen lugar para venir con el portátil a buscar apartamento. Esperaba que la cafeína me ayudara a concentrarme, pero llevo aquí más de una hora, el café sin probar se ha quedado frío y lo que he buscado en internet no tiene nada que ver con Chicago y sí con un hospital

de investigación oncológica que he encontrado en Minesota.

No entiendo cómo puede todo el mundo a mi alrededor en esta cafetería tener un puto día normal mientras yo estoy aquí sentada, más aterrorizada que en toda mi vida.

Tengo que contárselo a Rio.

Si decido que no estoy lista para irme con él todavía, lo entenderá. Sé que lo hará. No quiero pillarlo por sorpresa dentro de dos semanas cuando se supone que estaremos cargando nuestros coches para irnos juntos a Chicago.

Solo pensar en esa conversación hace que se me llenen los ojos de lágrimas, pero supongo que es lo que ocurre cuando has llorado mucho. Vuelves a empezar a la primera de cambio. Así que, antes de echarme a llorar en medio de esta cafetería, cierro el portátil y empiezo a recorrer la poca distancia que hay hasta casa, donde puedo hacerlo en privado, en mi propia habitación.

O, mejor dicho, en su habitación.

Rio ha ido al entrenamiento, pero tiene que estar a punto de acabar. Cuando llego a nuestra calle, en vez de ir a mi casa, voy a la suya. Lo esperaré en su habitación y le contaré lo de mi padre antes de que pierda el valor para hacerlo.

Sus padres están trabajando, así que cojo la llave de repuesto escondida bajo una de las macetas y entro en la vivienda.

Técnicamente vivo en la casa de al lado, pero en la de Rio también me siento como si fuera mi hogar. He pasado tanto tiempo aquí con él. He disfrutado de innumerables horas en la cocina con su madre. Hace años que nuestras familias han estado yendo y viniendo sin cesar de esta casa a la mía, así que no es para nada raro que entre en su casa con su llave. Rio hace lo mismo en la nuestra.

Dejo el portátil en la entrada y voy directa a la planta de arriba. La habitación de sus padres está encima del rellano, así que, cuando paso por su puerta cerrada, giro a la derecha, por el pasillo hacia el dormitorio de Rio.

La puerta también está cerrada, pero, al estirar la mano hacia la manija, se abre otra en su lugar.

Por encima del hombro, veo cómo el dormitorio de sus padres se abre despacio, pero la mujer que sale no es la señora DeLuca.

—¿Mamá?

Mientras se ajusta la blusa, sus ojos se clavan en los míos.

Siempre me han dicho que soy la viva imagen de ella, y ahora mismo parece que me estoy mirando en un espejo por la conmoción total y absoluta que se aprecia en su cara y que sé que se refleja en la mía.

Lleva la ropa del trabajo, aunque los zapatos de tacón cuelgan de su mano. Tiene las mejillas encendidas, el pelo un poco enredado y se ha quedado clavada fuera del dormitorio de su mejor amiga.

—Hallie. —Mi nombre es apenas un susurro en sus labios—. ¿Qué haces aquí?

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Porque qué cojones está pasando.

Desvío la mirada hacia la puerta abierta del dormitorio, pero se coloca en medio, bloqueándome la vista.

—No es lo que parece.

—¿Qué es lo que parece? —Tengo el corazón a mil por hora. Puedo oírme el pulso retumbando en los oídos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mia… necesitaba… —Señala la habitación tras ella con el pulgar —. Mia quería que le cogiera una cosa.

Bajo la vista a sus brazos. No lleva nada más que los zapatos.

—¿Mamá? —Se me quiebra la voz, envuelta en pánico—. Por favor, dime qué estás haciendo aquí.

—Steph. —La voz del señor DeLuca la llama desde el interior de la habitación—. ¿Querías…?

La frase se interrumpe cuando aparece detrás de mi madre y me ve en el pasillo, de pie frente al dormitorio de su hijo.

Y de golpe, todo lo que esperaba haber supuesto por error se confirma.

Lleva la camisa por fuera del pantalón y medio desabrochada. Todavía no se ha ajustado el cinturón.

—Hallie —dice con un suspiro y los ojos desorbitados.

No puedo hablar. No puedo moverme. Joder, esto no puede estar pasando.

—Vuelve dentro. —Mi madre le pone la mano en el pecho, instándolo a entrar—. Yo me ocupo de esto.

—Steph. —Su tono es de desesperación. Su mirada es directa.

—No va a decir nada.

Mi madre parece tan segura de sí misma cuando cierra la puerta y nos deja a las dos solas en el pasillo. Si pudiera salir de esta casa sin tener que pasar a su lado, lo haría. Echaría a correr.

Mi madre vuelve la atención hacia mí:

—Hal…

—¡¿Cómo has podido?! —Prácticamente le estoy gritando.

Cierra los ojos.

—Hallie, deja que te explique.

—¿Que me expliques? —Suelto una carcajada sarcástica—. Que me expliques ¿qué? ¿Qué tipo de explicación podrías tener para acostarte con el padre de mi novio? ¿En qué coño estás pensando?

—Lo sé —dice con calma—. Lo sé.

—¿Cuánto tiempo?

—Hallie.

—¿Cuánto tiempo llevas follándote al marido de tu mejor amiga, «mamá»?

Tensa la mandíbula mientras considera la respuesta.

—Empezó el otoño pasado, después de que te fueras a la universidad.

Sacudo la cabeza.

—Increíble.

—Las cosas entre tu padre y yo cambiaron cuando tú y tu hermano os fuisteis de casa. Era diferente sin…

—¡No nos culpes a nosotros! —La señalo con el dedo—. No te atrevas a echarnos la culpa de lo que le estás haciendo a nuestro padre.

«Dios mío. Mi padre».

Las lágrimas que intentaba evitar empiezan a arder de nuevo en la parte posterior de mis ojos.

—¿Por qué le harías esto? —No reconozco a la mujer que está frente a mí—. ¿Papá tiene cáncer y tú tienes una aventura con su mejor amigo?

Da un paso desesperado hacia mí, pero levanto las manos para pararla.

—Estaba poniéndole fin —trata de justificarse—. Eso era todo. Le ponía fin por tu padre.

—¿Por mi padre? —La carcajada que suelto parece de enajenada—. ¿Qué tal si no lo hubieras engañado para empezar? Esto lo va a destrozar. Y a Mia.

«Y a Rio».

Dios mío. Lo va a hacer polvo. El matrimonio de sus padres lo es todo para él. Es la base sobre la que ha construido su propia teoría de lo que debe ser el amor.

Esto va a echar por tierra todas sus creencias.

Ahogo un sollozo.

—Vais a partirle el corazón a Rio, mamá.

—No —dice con voz firme—. Hallie, no se lo puedes contar.

Le lanzo una mirada rápida porque ¿qué coño quiere decir que no se lo puedo contar? Por supuesto que voy a contárselo. Tengo que hacerlo. Y la desprecio por hacerme ser la persona que le rompa el corazón.

—Tampoco se lo puedes contar a Mia.

—¡Tengo que hacerlo! No le voy a mentir a Rio sobre esto. Estamos a punto de empezar nuestra vida juntos y ¿esperas que se lo oculte? De ninguna manera. No te voy a proteger.

—No hablo de protegerme a mí.

Frunzo el ceño, confundida.

—Hablo de proteger a tu padre. No se lo puedes contar a nadie, Hallie. Si tu padre lo descubre, esto lo matará.

Me quedo sin aire.

¿De verdad ha dicho eso?

¿Y tiene razón?

El miedo se apodera de mí de nuevo y aparta la rabia a un lado. No tengo claro qué supondría que le rompieran el corazón a mi padre cuando ya está frágil, pero no hay parte de mí que quiera poner a prueba su teoría.

—Piensa en lo que esta información podría hacerle a la salud de tu padre, Hallie. ¿De verdad quieres ser la que se lo cuente?

42
Hallie

—Luego, dos semanas después, lo descubriste de todos modos —digo para acabar.

Durante las dos semanas que siguieron a aquel día mantuve la boca cerrada. No dije absolutamente nada. Me aterrorizaba pensar que mi madre tuviera razón y que, si yo decía algo, sería perjudicial para la salud de mi padre.

Claro está que ahora, al echar la vista atrás, entiendo que no era cierto, pero durante aquellas dos semanas estaba paralizada de miedo, de miedo por si lo era.

Si lo hubiera sabido, se lo habría contado a Rio y a su madre enseguida. Entonces quizá no lo habría perdido durante tantos años. Ni a ella.

La señora DeLuca está sentada frente a mí y las lágrimas le caen en silencio por el rostro. Es una reacción completamente diferente a la que tuvo el día que descubrió que su marido y su mejor amiga estaban liados.

En su casa. En su propio dormitorio.

Rio y yo habíamos ido a su habitación para preparar cajas y, cuando entramos, nos encontramos a su madre, por norma general una mujer fuerte, destrozada como nunca antes la había visto. Destrozada como nunca había visto a nadie. Vi a Rio al borde del pánico cuando oyó el grito escalofriante de su madre. Noté cuando ese instinto protector se apoderó de él mientras levantaba del suelo a su madre, inconsolable.

Fui testigo de cómo se le rompió el corazón cuando ella le contó lo de su padre y cómo se le hizo añicos cuando le dijo que yo lo sabía.

No sé qué fue lo que más me dolió aquel día. Cómo me miraba ella con una repugnancia total y absoluta o cómo me sentí cuando el único hombre al que había amado me dijo que me fuera de su casa.

Al otro lado de la mesa, la señora DeLuca se lleva el café a los labios mientras me mira por encima del borde de la taza, todavía sin

poder controlar las lágrimas.

—Sois como dos gotas de agua.

El corazón se me encoge cuando me lo recuerda. Es una sospecha que tengo desde hace mucho, que quizá aquel día me miró de aquella forma porque físicamente soy una copia exacta de su ex mejor amiga. Y ahora ¿cómo esperaba que me mirara si soy la viva imagen de la mujer que destrozó a su familia?

«Pero las dos sabemos que no es contigo con quien está enfadada».

—Ya lo sé. —Le ofrezco una sonrisa de disculpa—. Lo siento.

Sacude la cabeza para decirme que no lo sienta.

—Por eso me corté el pelo. No quería parecerme en nada a ella.

—Hallie. —Más lágrimas inundan sus ojos y estira el brazo por encima de la mesa para poner la mano sobre la mía—. Tú no eres ella, cielo.

—Lamento tanto lo que hizo y todavía más no habértelo contado cuando tuve la oportunidad.

Respira hondo, nerviosa.

—No tenía ni idea de que te había dicho eso. No tenía ni idea de que tu padre estuviera enfermo. ¿Está…?

—Está bien. —Me permito esbozar una sonrisa de verdad—. Ahora vive en Minesota con la familia de mi hermano.

—¿Luke tiene su propia familia?

—Sí. Mujer e hijo.

—¡Vaya! —Asiente para sí misma mientras transcurre un instante eterno entre las dos—. Hallie, siento muchísimo que te pusieran en esa situación, ante una elección imposible.

—Y, a pesar de todo, elegí mal.

—Te sientes así porque es muy fácil verlo cuando ya ha pasado todo. Sé cuánto significa tu padre para ti. Debías de estar muy asustada.

—Estaba aterrorizada.

—Y yo te traté fatal.

Niego con la cabeza.

—Si hubiera estado en tu lugar, lo más probable es que yo también me hubiera tratado fatal.

—Si me permites explicártelo desde mi punto de vista, en aquel entonces sentía que todo el mundo me mentía. Tu madre era mi mejor amiga. Él fue mi pareja durante más de treinta años. Y a ti te veía como a una hija. Entonces, de golpe —chasquea los dedos—, me lo quitaron todo y solo me quedó mi hijo.

Asiento con la cabeza, entendiéndola.

—Hallie. —Suelta un largo suspiro—. Deberías saber que Rio terminó contigo como terminó por mi culpa.

—Era un hombre adulto. Fue su elección.

—Sí, pero, del mismo modo que tu madre decidió por ti cuando te asustó al decirte que no le contaras a nadie lo que sabías, yo decidí por mi hijo.

Deja que esa afirmación flote en el aire un buen rato.

—Estaba sola por primera vez en toda la vida. Acababa de perder a mi marido y a mi mejor amiga, y necesitaba a alguien, quien fuera, en mi equipo. Estaba tan enfadada y dolida que me aseguré de que mi hijo también se sintiera así.

—Puedo entenderlo. Querías a alguien de tu lado, pero él siempre lo ha estado.

—Así es, pero en aquel momento yo no pensaba con claridad. Para ser sincera, siempre que reflexiono sobre aquella época de mi vida, la lógica desaparece. No había ni una parte de mi ser a la que le pareciera bien que la única persona que estaba en mi equipo tuviera una relación con la hija de «ella». —Cierra los ojos un momento—. Y me aseguré de que Rio lo entendiera. Sin decirlo, le hice elegir.

Levanta la mirada hacia mí con recelo, como si esperara algún tipo de reacción impetuosa por mi parte. Pero no hay nada en esa confesión que me sorprenda. La vi aquel día. Estaba en modo «lucha o huida» y, por lo que me ha contado Rio, ese instinto de supervivencia ha durado años.

Qué agotador ha tenido que ser para ella.

—Era todo lo que me quedaba, Hallie.

—Lo sé.

—Solo quería recuperar a mi familia, pero él era lo único que quedaba de ella. —Menea la cabeza—. Si él hubiera estado contigo, habría significado que estaba del lado de tu madre y que ella habría

ganado. Sé que ahora suena ridículo, pero, en aquel entonces, para mí tenía todo el sentido del mundo. Se habría llevado cada pieza de mi familia.

De pronto me doy cuenta.

—Todo este tiempo has creído que estaba protegiendo a mi madre al no contarte lo de la aventura.

Sonríe con pesar.

—Así es.

—No —digo rápidamente—. Siempre estuve de tu lado. Siempre estuve del lado de Rio. Estoy del lado de Luke y del de mi padre. No hemos tenido contacto con ella en años. No desde que nos fuimos de aquí.

La señora DeLuca arruga el ceño y veo cómo deja que encajen todas las piezas.

—Estábamos todos en el mismo lado —le digo—. Y siento que no lo dejara más claro entonces, diciéndotelo cuando tuve la oportunidad.

Utiliza el dorso de las manos para darse una palmadita en la cara.

—Me he pasado unos seis años intentando evitar el remordimiento por haber hecho elegir a mi hijo. Luego está esta parte obstinada de mí que esperaba que, si nunca reconocía que lo que hice estuvo mal, o que si Rio nunca hablaba de nuevo sobre ti o tu familia, entonces ese remordimiento no tendría importancia. Podría enterrar esos sentimientos.

»Entonces, hace un par de meses, cuando Rio me visitó por última vez me habló de ti y, en cuanto lo hizo, volví a ponerme a la defensiva. Me aterraba que mi único hijo fuera a odiarme por haberle hecho elegir hace tantos años, pero, al mismo tiempo, no podía evitar hacerlo otra vez. No estaba preparada para desligarte de tu madre. No es fácil vivir con el remordimiento e intenté convencerme de que no me arrepentía de mis elecciones, pero, Hallie, sí que me arrepiento.

—Lo sé. —Afirmo con la cabeza—. Llevo arrepintiéndome de mis elecciones el mismo tiempo que tú.

Me ofrece una sonrisa de comprensión.

—Te asfixia una vez que lo dejas entrar. Te consume y debilita. Pero estaba equivocada. Lo que le pedí estuvo mal. Cuando me contó que

volvías a vivir en la casa de al lado, regresó todo de golpe y me afectó muchísimo, pero no era por ti, Hallie. Era el recuerdo de lo dolorosa que fue aquella época. No quería revivirlo.

—Y entonces aparezco en tu puerta y aquí estamos, reviviéndolo.

Se ríe y suena como si sintiera cierto alivio al hacerlo.

—Aquí estamos.

—Lo siento muchísimo.

—Ay, Dios. —Niega con la cabeza—. No, lo siento yo. Quiero decir, sabía que Rio te amaba entonces, pero está claro que no entendía cuánto. Te ha amado durante la mayor parte de su vida y siempre lamentaré haber sido la culpable de que te perdiera durante tanto tiempo.

Me aprieta la mano, ahí me doy cuenta de que la sigue sosteniendo entre la suya, así que le devuelvo el gesto.

—No sé si esto ayudará con lo del arrepentimiento —digo—, pero he reflexionado sobre cómo habrían sido los últimos seis años si las cosas hubieran ocurrido de otra forma. Y no lo sé. En cierto modo, fue algo bueno que irme a Chicago con él entonces dejara de ser una opción. Habría estado dividida entre dos lugares al mismo tiempo. La extraña parte positiva de todo esto es que, mientras mi padre me necesitó, no quise estar en ningún otro sitio. Por supuesto, desearía no haber perdido ese tiempo con Rio, pero la vida ha tenido su forma curiosa de resolverlo al final.

—Venga, no intentes hacer que me sienta mejor.

Suelto una carcajada.

—No lo hago. Solo digo que es difícil lamentarse por el pasado cuando Rio y yo estamos otra vez donde siempre debimos estar. Solo hemos dado un pequeño rodeo para llegar hasta aquí.

Me observa desde el otro lado de la mesa.

—Siempre lo has amado, ¿verdad?

—Siempre. Es bueno y amable. Es bueno conmigo y sé que es así porque creció aprendiendo a ser bueno contigo.

Se queda en silencio un rato antes de decir al fin:

—Te he echado de menos, pequeña Hallie.

—Yo también.

—¿Puedo darte un abrazo?

Al momento muestro una sonrisa de oreja a oreja.

—Me encantaría.

Se levanta a la vez que yo y rodea la mesa para abrazarme.

—Lo lamento tanto —repite mientras me sostiene.

—Lo sé. Y sé que no eres mi auténtica madre, pero siempre me has tratado como si lo fueras. Y siento haberte hecho daño.

Suelta un largo suspiro y yo hago lo mismo.

Por fin nos hemos quitado este peso de encima.

Nos soltamos después de un buen rato, pero se queda muy cerca.

—¿Tienes que ir a algún sitio esta noche?

—No. Solo he venido para verte. Mi vuelo no sale hasta mañana por la mañana.

—¿Te gustaría quedarte a cenar? Si te apetece, claro. Me encantaría que me pusieras al día sobre tu vida.

—Por supuesto. —No puedo contener la sonrisa—. Me encantaría.

43
Rio

Uso mi llave para abrir la puerta de la casa donde crecí.

Pero, antes de abrirla, me esfuerzo por controlar la rabia que corre por mis venas.

En cuanto aterricé en Boston, recibí otro mensaje de mi madre, preguntándome si sabía lo que la madre de Hallie le había dicho hace tantos años cuando por casualidad descubrió la aventura de nuestros padres. Por supuesto que no tenía ni puta idea, pero ahora ya lo sé y puedo decir con seguridad que nunca había odiado de verdad a nadie hasta ahora.

Cómo cojones se atreve a hacer cargar a Hallie con el peso de sus decisiones. Cómo se atreve a utilizar a la persona que más le importa a su hija para asustarla y que guarde el secreto.

Mierda. Me estoy calentando otra vez, como durante el trayecto hasta aquí, pero hago todo lo posible por tragarme la rabia al entrar en la casa. Cuando capto la mirada de Hallie mientras se da la vuelta en el sofá para ver cómo dejo la bolsa en la entrada, la rabia casi desaparece.

Se queda con la boca abierta y abre los ojos de par en par, sorprendida, y pregunta:

—¿Qué haces aquí?

Se levanta, rodea la mesita de centro para venir hasta mí y prácticamente se choca contra mi pecho. Es el mejor golpe que he recibido en la vida y en ese instante la envuelvo en un abrazo. Hallie siempre ha sido el ancla emocional de mi vida y eso no ha cambiado.

Suspiro y la abrazo con más fuerza.

—Estaba en el aeropuerto, a punto de coger un vuelo para llegar antes a Chicago y darte una sorpresa por tu cumpleaños cuando me he enterado de que no estabas allí. Por suerte, había otro a Boston que todavía tenía asientos libres. —Dirijo la mirada al salón—. Gracias por escribirme, mamá.

Me mira por encima del sofá con una sonrisa de complicidad en los labios.

Todavía estoy un poco descolocado por el primer mensaje que me ha llegado al teléfono cuando estaba a punto de pasar por el control de seguridad del aeropuerto, en el que me contaba que Hallie estaba en Boston y que mi madre y ella habían hablado detenidamente sobre algunas cosas.

Me he acercado hasta un agente de mostrador y he reservado un nuevo vuelo allí mismo.

Hallie apoya la barbilla en mi pecho mientras levanta la mirada hacia mí y esa sensación de malestar va desapareciendo. Estoy más centrado. Más equilibrado.

—¿Ibas a volver antes a casa por mi cumpleaños? —pregunta.

—Claro que sí. Es mi día favorito del año.

Suelta una carcajada mientras le aparto el pelo de la cara.

—¿Estás bien?

Muestra una sonrisa dulce y auténtica cuando asiente.

—Mamá —la llamo—, ¿estás bien?

Levanta el pulgar al aire y lo veo por encima del respaldo del sofá.

—Estoy bien.

Las vuelvo a mirar a las dos. Una parte de mí no estaba segura de lo que se iba a encontrar. Por el mensaje que me ha enviado mi madre mientras estaba en el aeropuerto sabía que las dos han hablado, pero desconocía cómo ha ido la charla. ¿Ha habido gritos? ¿Llantos? ¿Mi madre ha roto algo? No me malinterpretes, amo a esta mujer, pero le corre sangre italiana por las venas. La verdad es que no me esperaba entrar y encontrarlas a las dos en el sofá viendo juntas el *Bake Off* de Gran Bretaña.

Mi madre se levanta del sofá y Hallie se escapa de mis brazos para dejarme que la salude con un abrazo. Es un poco más intenso de lo habitual porque llevamos un tiempo sin estar bien y, joder, qué rabia me daba.

—¿Estamos bien? —le pregunto bajito.

—No. —Se retira y pone una mano a cada lado de mi cara—. Tengo mucho por lo que pedirte perdón antes de que estemos bien.

Sacudo la cabeza.

—Mamá, estamos bien.

—Voy a salir de aquí para dejaros hablar, pero espero que podamos charlar nosotros más tarde.

—Claro que sí —le prometo—. Pero no tienes que irte a ningún lado. Hallie y yo podemos hablar arriba.

Me sonríe, aunque se nota que está cansada por el día de hoy y arrepentida últimamente de algunas de sus acciones.

—Te quiero, Rio. Lamento que no hayamos estado bien.

La atraigo hacia mí para darle otro abrazo de lado.

—Ahora ya está todo bien y yo también te quiero.

Hallie ya va un par de peldaños por delante mientras subimos por las escaleras y, cuando llega a la parte superior del rellano, deslizo la mano en la suya para detenerla.

—Espera, Hal.

Se vuelve, confundida, mientras me quedo dos escalones por debajo de ella.

—¿Por qué no me contaste lo que te había dicho tu madre? —Me vuelve a hervir la sangre de rabia hacia esa mujer—. Estoy conmocionado. Deberías habérmelo contado cuando me enteré de lo de tu padre.

Sacude la cabeza.

—No quería cargarte con más cosas teniendo en cuenta cómo te sentías en aquel momento. Ya me habías perdonado por no contarte lo de la aventura. Ya no importaba. Lo habías entendido sin esa información.

—Creo que la odio.

Resopla con una risita.

—Ponte a la cola.

—Es a esto a lo que se refería tu padre cuando me contó que ella dijo algo imperdonable en la época en la que lo diagnosticaron.

Hallie asiente.

—¿Y ninguno de vosotros volvisteis a hablar con ella?

—No. —No hay un ápice de tristeza en la cara de mi chica—. Mi padre se ofreció a perdonarla porque sabía que, si no lo hacía, sería yo la que me tendría que ocupar de él durante el tratamiento. Pero de ninguna manera iba a dejar que ella estuviera con él después de

lo que le hizo y de lo que me había dicho a mí.

Joder, adoro a esta chica.

—Eres buena hasta decir basta, Hal. ¿Lo sabías?

—Y tú también, cariño. —Me pasa los brazos por los hombros—. Ahora vamos a dejar de perder el tiempo con ella. Entiendo que estés enfadado ahora mismo, pero ella no vale la pena.

Ahí está otra vez esa sonrisa dulce y contenta, y decido centrarme en eso. Centrarme en ella y en nosotros y en lo que nos deparará el futuro en vez de en lo que se quedó en el pasado. Fue hace seis años y está claro que Hal ha pasado página.

—Llámame «cariño» otra vez.

Suelta una risita y me planta un beso en los labios antes de volverse para ir hacia mi habitación, pero, una vez más, la detengo.

—Gracias. —Las palabras salen como un suspiro de alivio porque así es exactamente como me siento—. Gracias por venir a hablar con ella, Hallie. No tienes ni idea de cuánto significa para mí.

O igual sí que lo sabe y por eso lo ha hecho.

El gesto de Hallie se suaviza cuando me pone las manos a ambos lados de la cara, con los pulgares acariciándome suavemente la piel.

—Haría cualquier cosa por ti, Rio. —Posa sus ojos en los míos—. Cualquier cosa.

—Creo que lo que quieres decir es: «Haría cualquier cosa por ti, cariño».

Pone los ojos en blanco, juguetona, mientras subo los dos últimos peldaños hasta ella. La levanto y la llevo así lo que queda hasta mi cuarto de la infancia y no la coloco en el suelo hasta que estamos dentro, con la puerta cerrada tras nosotros.

Hallie se pone a mirarlo todo de inmediato, como si no hubiera estado aquí un millón de veces antes. No ha cambiado desde que vivía aquí cuando iba al instituto. Las paredes siguen cubiertas de recuerdos de los Boston Bobcats. El armario está repleto de ropa en la que no entro desde que era adolescente.

Hallie rebusca en el armario hasta encontrar una de mis viejas sudaderas del equipo. La descuelga de la percha y se la pone encima.

Apoyado en la puerta, la observo.

Parece un *déjà vu* sin relación con un recuerdo concreto en particular. Ella en mi cuarto de la infancia, llevando la sudadera de mi equipo del instituto. Joder, el mero hecho de que ella esté en Boston ya despierta la nostalgia.

Donde todo empezó.

Me pasé seis años echando de menos una gran parte de lo que soy porque así de fundamental es ella en mi vida. Así de entrelazada está ella en el tejido que me conforma. He oído decir que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, pero yo sí que sabía lo que tenía. Y eso hizo que perderlo, perdernos a nosotros, fuera mucho más insoportable.

Esos seis años fueron una tortura en sí mismos y habría sido muchísimo más fácil superarlos si hubiera sabido que este iba a ser el resultado. Ella y yo, para siempre.

Rebobinaría y reviviría cada puto momento.

Hallie continúa su vuelta por el dormitorio cuando cruzo hasta la ventana para echar un vistazo al tejado. Como esperaba, está despejado.

—Es casi medianoche —le recuerdo, abriendo la ventana.

Me mira por encima del hombro.

—¿Intentas decir que casi es mi cumpleaños?

—¿Nos vemos en el tejado?

Su sonrisa es dulce al cruzar la habitación hasta donde estoy yo, y sale con cuidado por la ventana. Cuando me aseguro de que está estable, agarro una manta de mi antigua cama y la sigo.

La luna está en cuarto creciente esta noche, pero grande y luminosa, y parece que está extremadamente cerca. Siempre se las arreglaba para aparecer en aquellas noches, iluminando el tejado lo suficiente como para que nos pudiéramos ver. Hace lo mismo hoy mientras, por instinto, nos movemos hasta el punto central del tejado, sin importarnos que Hallie ya no viva en la casa que se comunica con esta.

Sigo su mirada cuando desvía la atención hasta la ventana de su antiguo dormitorio.

—¿Se te hace raro estar aquí otra vez? —le pregunto con delicadeza.

Sacude la cabeza.

—Sienta bien. Es un poco triste porque echo de menos aquella época de mi vida, pero esas noches siempre fueron mis recuerdos favoritos.

—¿Quieres crear otro?

Con la mano con la que no sujeto la manta, le ofrezco ayuda para sentarse, pero, cuando desliza su mano en la mía, da un paso para acercarse a mí y se queda de pie.

Levanta la mirada, clava sus ojos en los míos antes de soltar las palabras como si estuviera desesperada por desahogarse:

—Le he dicho a tu madre que te amo.

No puedo evitar la sonrisa que poco a poco se abre paso en mis labios ni la forma en la que la piel de la comisura de mis ojos se arruga.

Joder, que bien sienta oír eso.

Está claro que ya sabía que Hallie me amaba, pero las palabras son música para mis oídos después de no haber tenido el privilegio de oírlas durante seis años. Como un tipo de música que desearía que fuera una canción de verdad, para poder añadirla a nuestra lista de reproducción.

Le paso la mano por la parte inferior de la espalda y la empujo hacia mí.

—¿No crees que me lo deberías haber dicho a mí antes que a mi madre?

Hallie se ríe, entendiendo la conexión con la primera vez que nos dijimos esas palabras, cuando le conté a Luke que amaba a su hermana antes de decírselo a ella.

—Pensaba que era otra de esas cosas sobreentendidas. —Estira los brazos y los pasa alrededor de mi cuello—. Pero no debería. Deberíamos decirlo todo lo posible. Porque te quiero, Rio. Te he querido desde que éramos niños y te querré cuando seamos viejos y peinemos canas. Pero si no lo sabías ya, es que he estado haciendo algo mal.

Sonrío aún más.

—Sé que me quieres, cariño, y sabes que te quiero. Nunca he dejado de quererte.

—Ni una vez —coincide.

Es cuando más paz he sentido en mi vida, cuando Hallie ha vuelto a ella. Saber que me quiere, mucho antes de volver a escuchar esas palabras. Sentirlo en cada fibra de mi ser. Verlo en la manera en la que me mira. Escucharlo en la forma en la que me habla y habla de mí.

Somos excepcionales. Lo que tenemos es excepcional y me voy a pasar el resto de la vida protegiéndolo.

—Te quiero, Hallie Hart. Y tanto si lo digo en voz alta como si es algo sobreentendido, siempre te he querido.

Me inclino y la beso. Lento y con dulzura, pero durante un buen rato. Tanto que llega el momento en el que me tengo que separar porque sé que ya ha pasado la medianoche.

—Feliz cumpleaños.

Sonríe y presiona sus labios contra los míos para darme un beso más antes de que nos sentemos en el tejado.

Abro las piernas y ella se sienta en medio, recostándose en mi pecho. Nos envuelvo con la manta y cruzo los brazos por delante de ella.

Hallie suelta un pequeño suspiro y entiendo esa calma, esa paz. Parece como si hubiéramos cerrado el círculo, sentados el mismo día y en el mismo lugar en el que una vez me senté con la chica de al lado en su decimotercer cumpleaños.

Pero hay una cosa que le falta a este cumpleaños.

Rebusco en el bolsillo y saco mis auriculares inalámbricos. Le paso uno, y el otro me lo coloco en la oreja.

—¿Para qué es esto? —pregunta.

En el teléfono, abro la aplicación de música y me desplazo por la lista de reproducción que llevo preparando desde octubre.

—En cada cumpleaños, solía encantarme que me contaras todos los momentos importantes que habías vivido ese año, así que espero que, en este cumpleaños, yo te pueda contar los míos.

Se vuelve para mirarme.

—¿En serio?

Con una sonrisa nerviosa en los labios, asiento.

—Sí, por favor. Me encantaría, Rio. —Echa la cabeza hacia atrás

para apoyarla en mi hombro—. De verdad que me encantaría.

—No he podido hacer exactamente una cinta de mezclas como las tuyas, pero esta versión moderna tendrá que valer.

Le doy al *play* en la primera canción de la lista de reproducción.

Cuando comienza a sonar en los auriculares, Hallie cierra los ojos y escucha.

—¿Qué es ese algo tan importante que pasó con esta canción? —pregunta.

Apoyo la cabeza en la suya.

—Es la canción que estaba escuchando en el vestuario justo antes de salir a jugar el partido en el que te vi de nuevo por primera vez.

Se vuelve con rapidez y clava la mirada en mí.

No dejo que suene toda la canción y salto a la siguiente porque no voy a ser capaz de esperar a que termine toda la lista de reproducción para decirle lo que tengo que decirle.

Traga saliva.

—¿Y esta?

—Esta es la canción que sonaba en mi casa el primer día que viniste para una reunión sobre la reforma. Fue la primera vez que ponías los pies en mi casa, en realidad.

Arruga el ceño cuando empieza a entender lo que está pasando.

Salto a la siguiente.

—Con esta canción te quedaste dormida en la *pick-up* la primera vez que te llevé a casa desde el trabajo.

Sus ojos color avellana comienzan a brillar, pero entonces suena la siguiente y se echa a reír, aunque no demasiado.

—*¿Vaiana?*

—La noche que viniste a ayudarme a hacer de niñero —explico—. La primera noche que sentí que quizá podía volver a haber un «nosotros».

Siguiente.

—La canción que sonaba la noche que me pediste que siguiera conduciendo. Fue la noche que nos besamos por primera vez, de nuevo.

Siguiente.

—Esta es la canción que pusiste en los altavoces de casa. Fue la

primera vez que te oí volver a poner música para ti.

Su expresión dulce cambia y levanta una ceja.

—Te refieres al día que te sorprendí en la ducha.

—Sí, puede que ocurriera aquel día también.

Se ríe y vuelve a poner la cabeza en mi pecho mientras la estrecho en mis brazos y paso a la siguiente canción.

—Esta es la canción que bailamos en la cocina cuando decidimos darnos otra oportunidad.

Mientras suena por los auriculares, Hallie menea la cabeza, incrédula.

—Son todos nuestros momentos importantes.

Le doy al *pause*.

—Hallie, ¿te acuerdas del día que nos conocimos, que tú estabas escuchando música? Tuviste que acabar de escuchar la canción antes de hablarme.

Sonríe para sus adentros.

—Por supuesto.

—¿Te acuerdas de por qué dijiste que querías llevar un registro de aquellas canciones?

—Algo sobre que cuando quisiera revivir un momento, podría rebobinarlo y empezar desde el principio.

—Exacto. Yo quiero rebobinarlo todo, Hallie. Quiero recordarlo todo. Tú te aseguraste de que pudiéramos recordar nuestros primeros años juntos, así que yo me aseguré de que pudiéramos recordar este.

Sobrevuela el vecindario con la mirada, con la cabeza apoyada en mí, pero noto cómo intenta limpiarse la mejilla discretamente.

—¿Son todas de momentos que hemos compartido?

—En realidad —digo mientras paso el pulgar hasta la última canción de la lista—, tú no estabas en esta.

Le doy al *play* y dejo que la música inunde los auriculares. Se la dejo escuchar un rato. Dejo que sea ella la que pregunte.

Levanta la mirada hacia mí.

—¿Qué pasó cuando estabas escuchando esta canción?

Le sonrío con dulzura.

—Esta es la canción que estaba escuchando cuando firmé mi

contrato de ampliación con los Chicago Raptors.

Esos ojos color avellana se abren de par en par cuando se sienta de golpe.

—¿Qué?

Su reacción me hace reír porque sé que me ha oído.

Se vuelve, se sienta a horcajadas sobre mí, con las rodillas dobladas a ambos lados y con una mezcla de pánico y confusión grabada en el rostro.

—Pero… pero te oí. Después de la cena familiar, hablando con Indy. Dijiste que ibas a firmar.

Rebusco en la memoria para ver a qué se refiere hasta que lo entiendo de golpe.

—Sí. Me refería a firmar con Chicago.

—Dijiste, y cito: «¿Cómo se supone que me va a venir a visitar?» y «No sé cómo se lo voy a decir».

No puedo evitar reírme.

—Qué cotilla, cariño.

—Rio. Hablabas de cuando yo viniera de visita a Boston.

—No, Hal. Hablaba de mi madre. No sabía cómo se lo iba a decir a ella —explico—. Ella lleva años planeando que yo me mude otra vez aquí. Y no sabía cómo me iba a visitar en Chicago porque no se podría quedar en casa con nosotros si le seguía pareciendo mal nuestra relación.

La observo cuando lo entiende todo.

—Lo dices en serio.

—Les pedí a los directivos del equipo que no lo anunciaran hasta la semana que viene. Había planeado decírtelo así. Escuchando nuestros momentos importantes juntos. El día de tu cumpleaños. En el tejado. Solo que no sabía que iba a salir tan bien que íbamos a acabar en este tejado.

Me pone las manos en ambos lados de la cara para captar mi atención, como si no la tuviera ya puesta en ella.

—Rio, jugar para Boston era tu sueño de la infancia.

Niego con la cabeza.

—Tú eras mi sueño de la infancia.

Abre la boca sin decir palabra.

—Algunos sueños han cambiado, pero otros siguen siendo los mismos. —Le coloco el pelo detrás de la oreja—. Me encanta la ciudad en la que vivimos. Me encanta mi equipo. Quiero a mis amigos. Y te quiero a ti. Hemos perdido seis años, Hallie, y no voy a pasar un día más sin ti.

Frunce el ceño con preocupación.

—Si es porque yo me quede en Chicago, no tengo por qué hacerlo. Puedo venir contigo. No quiero que por mí pierdas la oportunidad de jugar para el equipo de tu ciudad natal.

—Jugar para Chicago es como si jugara para el equipo de mi ciudad porque ahora Chicago es mi casa. Tú eres mi hogar. Que me ames durante el resto de mi vida es el único de mis sueños que siempre ha estado presente. No tengo ninguna duda de que estoy exactamente donde quiero estar.

Espera mientras asimila la idea antes de que se le dibuje una sonrisa radiante en los labios.

—Te quedas.

—Me quedo, cariño. Pero tengo que decir que, si alguna vez decidimos mudarnos, tenemos que elegir un sitio donde haga menos frío si vamos a seguir saliendo al tejado en pleno puto marzo. Estoy congelado ahora mismo y sé que en el tejado de nuestra casa de Chicago hará el mismo frío.

Se ríe, echando la cabeza hacia atrás, hasta que mis palabras le llegan y sus ojos se vuelven hacia mí con cautela:

—¿Nuestra casa?

—Nuestra casa. —Deslizo las manos por sus muslos para acercarla más a mí—. Pensé que te darías cuenta la primera vez que viniste. Hallie, la ironía de contratarte a ti para diseñar la casa es que tú eras la persona para quien la compré.

Le empiezan a brillar los ojos otra vez y sacude la cabeza.

—Al principio pensé que no podía ser. Me di cuenta de las paredes blancas y de los cuatro dormitorios. Que estuviera cerca de la ciudad, pero en un barrio, aunque no creí que fuera posible que te hubieras acordado de eso.

—Me acuerdo de todo lo que tiene que ver con nosotros.

—Cuando descubrí que todavía conservabas las cintas de mezclas y

vi el tatuaje, pensé que quizá sí que era posible.

—La casa siempre ha sido tuya, Hallie. Nuestra. Solo estaba esperando a que llegaras y la convirtieras en nuestro hogar.

Se ríe con un matiz de incredulidad, pero, aun así, está conmovida. Es dulce y bonito, y está vulnerable. Mucho más vulnerable que la primera vez que nos volvimos a encontrar hace unos cuantos meses. Esta es la chica tierna de la que me enamoré mientras crecíamos.

Verla mientras se permite sentir lo que le hace falta sentir es mucho más inmenso que si tan solo derramara unas lágrimas.

Hallie se inclina y me besa, al tiempo que me susurra en los labios:

—¿Cómo puedo ser tan afortunada de que me hayas amado durante estos quince años?

—¿Qué te parece si nos ponemos a trabajar para que sean tantos años que empecemos a perder la cuenta?

Con la boca aún pegada a la mía, sonríe.

—Creo que podemos hacerlo.

—Feliz cumpleaños, cariño.

—Gracias por convertirlo en mi mejor cumpleaños hasta el momento.

EPÍLOGO

Rio

DOS MESES DESPUÉS

—Hola, chicos. Adelante. —Abro la puerta y dejo pasar a algunos de mis compañeros de equipo para que se unan a la fiesta—. Hay comida en la cocina y la bebida está en las neveras del patio trasero. Servíos vosotros mismos.

Mientras saludo a cada uno de ellos, echan un vistazo a la casa. Aparte de Zanders, ninguno de mis compañeros había estado aquí desde que empezó la reforma y esta nueva casa no tiene nada que ver en absoluto con la fraternidad del hockey que solía ser.

Cada vez que entra alguien nuevo, disfruto mientras observo cómo reacciona ante el trabajo de mi chica. Hallie ha convertido unas paredes blancas en la casa más bonita que haya visto en mi vida. Es cálida, acogedora y cómoda. Ahora es una casa familiar, lo que siempre debió ser.

Antes de dejar el vestíbulo, cojo una maceta del porche delantero para usarla como tope para la puerta porque ya he tenido que venir a abrirla demasiadas veces hoy. Y esta fiesta de inauguración de la casa es más una del tipo «puertas abiertas» y «todo el mundo es bienvenido» que cualquier otra cosa.

La vivienda está hasta la bandera y el patio trasero está repleto de nuestros amigos, mis compañeros de equipo y algunos vecinos. La reforma terminó hace un par de semanas, pero, entre nuestro calendario de los *playoffs,* el de Ryan y que los hermanos Rhodes están en mitad de la temporada de béisbol, ya sea jugando o entrenando, nos ha costado lo suyo encontrar una fecha que le fuera bien a todo el mundo.

Pero la casa…, joder, la casa es impresionante.

Se suponía que la reforma iba a acabar un par de semanas antes,

aunque, cuando volvimos de Boston, Hallie y yo tuvimos una conversación de verdad sobre el futuro que veíamos en esta casa. Ya no hubo más rodeos para asegurarme de que Hallie diseñara la casa de sus sueños. Fue una conversación directa sobre varios aspectos de nuestra vida: los niños que esperamos tener algún día, sobre lo que nos parecía más adecuado para cuando nuestras familias nos visiten y lo que, como pareja, esperábamos de nuestro hogar.

Con la reforma, la casa ya estaba enfocada igualmente hacia un estilo familiar, pero nos tomamos un par de semanas más para asegurarnos de que fuera adecuada para nuestra futura familia.

De camino al patio, veo a Hallie en la cocina con las mujeres y novias de otros jugadores, enseñándoles todos los detalles.

Apoyo el hombro en la pared y la observo.

Luce esa sonrisa de oreja a oreja mientras les muestra los armarios que ha elegido, los electrodomésticos, accesorios, herrajes y grifería. Cuando le preguntan, se lo cuenta todo sobre las encimeras y la pared antisalpicaduras. Sobre la iluminación y los suelos. Incluso les muestra la zona del café, aunque deja que me lleve todo el mérito de eso.

Está radiante y me encanta. Me encanta que esté orgullosa de sí misma y que esta casa sea todo lo que siempre quiso.

También me encanta que sea suya.

Con el rabillo del ojo, me pilla observándola y esas mejillas pecosas se sonrojan. Se separa del grupo y se acerca hasta mí.

—Estoy presumiendo de tu cocina.

Le rodeo la cintura con el brazo y la acerco a mí.

—Nuestra cocina, querrás decir.

Hallie por fin se mudó conmigo cuando terminó la obra, y ha sido como un sueño despertarme junto a ella cada día.

Es un sueño, supongo. El que tuvimos hace seis años, que por fin se ha hecho realidad.

—Nuestra cocina. —Echa un poco la cabeza hacia atrás y apoya la barbilla en mi pecho—. ¿Ya has hablado con tu madre?

No hay ni pizca de agotamiento en la mirada de Hallie cuando menciona a mi madre, solo amor y entusiasmo. Se han llevado a las mil maravillas desde nuestra visita a Boston. Mi madre la trata como

si fuera su hija, tal y como hacía antes. Como la propia madre de Hallie ya no está en nuestras vidas, puedo ver lo mucho que significa para ella recuperar este tipo de relación.

Creo que las dos hablan por teléfono con más frecuencia que mi madre y yo, y cuando mi madre vino de visita el mes pasado, estuvo la mayor parte del tiempo con mi novia en vez de conmigo.

Ha sido un gran alivio ver cómo las dos mujeres más importantes de mi vida han arreglado su relación y han conseguido llegar al punto en el que se encuentran ahora. El mismo punto en el que estaban hace seis años.

—Todavía no he hablado con ella —le digo a Hallie, acariciándole la columna—. Voy a hacerlo ahora.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¿Quieres venir conmigo?

Niega con la cabeza.

—Creo que debería ser una conversación entre vosotros dos, pero quiero asegurarme de que ella sepa que estoy de acuerdo con esto.

Se me dibuja una sonrisa cuando bajo la mirada hacia ella. De verdad que no podría amar más a esta mujer.

Pero ya pensaba eso ayer y anteayer. Joder, si ya pensaba eso hace una década y, a día de hoy, he visto que estaba equivocado. Porque cada día que pasa me enamoro un poco más de ella.

—Me aseguraré de que lo sepa. —Me inclino, la beso, ahí mismo, en nuestra cocina. En nuestro hogar—. Te quiero, cariño. Sigue presumiendo de casa.

—Yo también te quiero. —Con otro beso fugaz, Hallie se escabulle de mi abrazo y vuelve con el grupo.

Suena la música cuando salgo al patio, pero no está tan alta como para no poder hablar. Veo a mi madre y a mi tío Mikey hablando con Ryan, Indy y sus hijos.

Cuando llego, le paso el brazo a mi madre por los hombros, pero Navy enseguida se lanza hacia mí desde donde la tiene su padre en brazos.

Deja caer la cabeza en mi hombro mientras Indy y mi madre siguen hablando.

—Si no se aprecia el sabor, lo más probable es que esté demasiado

diluida. Tienes que reducirla a fuego lento y espesarla para concentrar el sabor.

—Creo que tendré que hacerte una videollamada la próxima vez —decide Indy.

—O simplemente me podrías preguntar a mí —interrumpo—. He perfeccionado la boloñesa de mi madre.

Indy me clava la mirada.

—¿Y por qué no has dicho eso antes?

Me encojo de hombros, divertido.

—Era bonito que todos os ocuparais de mí estos años. Me gustaba. Pero sí, no se me da mal la cocina.

Mi madre se ríe entre dientes.

—En realidad, se le da muy bien cocinar.

—Rio DeLuca —me acusa Indy mientras Ryan se ríe a su lado—. Vas a empezar a cocinar en las cenas familiares.

—Vale, lo acepto. —Me vuelvo hacia mi madre—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro.

Ryan coge de nuevo a su hija y nosotros nos vamos a una zona más tranquila de la nueva terraza trasera.

Cuando Hallie y yo nos fuimos del tejado en Boston, bajé a la planta inferior para hablar con mi madre. Se disculpó y hablamos casi de todo. Se castigaba a sí misma por la forma en la que había gestionado la aventura de mi padre, especialmente por haber usado su dolor para manipular mis sentimientos.

Fueron las palabras que ella eligió, no yo. Yo nunca me sentí manipulado por ella. Simplemente quería protegerla. Todavía quiero protegerla, y por eso me ponía tan nervioso contarle que había vuelto a firmar con Chicago por otros seis años.

Se lo tomó mucho mejor de lo que yo esperaba, y no pareció sorprenderla en absoluto. Pero que yo hubiera decidido quedarme no significaba que ya no me preocupara que ella estuviera sola en Boston.

Nos apoyamos en la barandilla de la terraza, una frente al otro.

—¿Va todo bien, cielo?

—Sí, muy bien —le digo con sinceridad.

Una sonrisa de satisfacción se le dibuja en los labios mientras me mira. Sabe que estoy bien, pero quiero asegurarme de que ella lo esté.

—Hallie y yo hemos estado hablando y nos preguntábamos qué pensarías de mudarte aquí. A Chicago. Me encantaría comprarte una casa y a los dos nos gustaría tenerte más cerca.

Mi madre se queda ojiplática y creo que, por primera vez en su vida, esta mujer gritona se ha quedado sin palabras.

—Odio que estés sola en aquella casa —continúo—. Odio que estés sola, sin más.

—Pero no estoy sola.

Frunzo el ceño, confundido.

—Allí cuento con toda una comunidad. Me mantengo ocupada, Rio. No tienes por qué preocuparte por mí. Esas familias del barrio son como mi clan familiar. Ya lo sabes.

—Pero la casa. Tiene mucho mantenimiento y me preocupa a medida que te vas haciendo mayor.

—¿Disculpa?

—Quiero decir, mientras sigues teniendo veintinueve, como has tenido durante toda mi vida.

—Gracias. —Sonríe mientras desvía la mirada—. Tu tío Mikey me ayuda con la casa.

—Ya lo sé, pero no es como si estuviera allí todo el rato.

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Está allí la mayor parte del tiempo.

—¿Qué quieres decir?

Para una mujer que no ha tenido una pizca de vergüenza en su vida, ahora está actuando con gran timidez.

—Él y yo…

—¿Tú y él, qué?

—Él y yo… —Se pone derecha y me mira a los ojos—. Nos hemos estado viendo.

—¿Mikey? —Subo la voz mientras señalo con el dedo hacia donde él se encuentra—. ¿Te refieres a mi tío Mikey? ¿Al hermano de mi padre?

—Venga, no es para tanto. —Le resta importancia—. No es como si

me hubiera encontrado a un tío cualquiera y me lo hubiera llevado a casa. Lo conozco prácticamente desde siempre. De hecho, lo conocí antes que a tu padre. Somos amigos desde hace mucho y el año pasado, cuando empezó a venir más por casa…, no sé. Las cosas cambiaron.

Asimilo la información. Mi tío y mi padre no estaban muy unidos, así que Mikey no aparecía por casa a no ser que fuera alguna celebración o un cumpleaños. Pero es un buen hombre. Durante toda mi vida me he preguntado por qué no se llevaban bien hasta que descubrí que mi padre no era una buena persona.

—Estás saliendo con Mikey —afirmo incrédulo mientras me apoyo en la barandilla—. ¿Es algo serio?

—No, Rio, solo hablamos. —Su tono rezuma sarcasmo—. No sé cómo responder a eso. ¿Sí? No es como si nos fuéramos a escapar y casarnos mañana, pero disfrutamos de la compañía del otro. A mi avanzada edad de veintinueve años, eso es lo único que importa. Por eso es tan importante que la persona con la que estés sea tu amiga.

—¿Y qué ha pasado con aquello de que las relaciones de la infancia no funcionan porque creces y te distancias? Lo conoces desde que eras una cría. ¿Qué diferencia hay?

Suaviza el gesto.

—A veces las personas pueden crecer juntas. Eso me lo ha recordado hace poco mi hijo.

—Vaya. —Me cruzo de brazos—. ¿Mikey?

Miro en su dirección para encontrármelo charlando todavía con Ryan e Indy. No me malinterpretes, siempre me ha caído bien. Es honesto y amable, y supongo que en realidad es todo lo que puedes pedir para la persona que sale con tu madre.

Suelto un largo suspiro.

—Bueno, ¿te hace feliz?

Sus labios dibujan una sonrisa auténtica y percibo el brillo en sus ojos verdes. Es casi extraño, porque no la he visto así de alegre en los últimos seis años.

Echa un vistazo por encima del hombro y, cuando lo hace, él la ve y le sonríe con dulzura.

—Me hace feliz.

—Más le vale.

Mi madre se ríe y me da un golpecito en el brazo, en broma.

—Bueno, entiendo que no te mudas aquí entonces.

Niega con la cabeza.

—Quizá algún día, pero ahora mismo no. Boston es mi hogar, como Chicago es el tuyo. Independientemente de lo que ocurriera en aquella casa, sigue siendo mi hogar. Crecí allí y tu *nonna* creció allí. Quiero que la casa permanezca en nuestra familia y, aunque Hallie y tú no os veáis viviendo allí otra vez, la casa será vuestra algún día. Espero que dentro de poco llevéis allí a mis nietos para enseñarles dónde se enamoraron sus padres.

Le paso un brazo por los hombros y la acerco a mí.

—Seguro que lo hacemos. Esa casa siempre pertenecerá a la familia, así que no te preocupes por eso.

Me da una palmadita en la espalda.

—Pero si de verdad quieres encontrar la forma de que me mude aquí, Hallie y tú podríais poneros a trabajar en esos bebés.

Me río y la estrecho aún más.

—Lo haremos. Todavía no, pero algún día lo haremos.

—Te quiero, Rio.

—Yo también te quiero, mamá.

Hallie y Wren salen de la casa por la puerta trasera, con los brazos entrelazados y hablando de algo. El hermano mayor de Wren, Cruz, va detrás charlando con Zee y Stevie.

—Vete con ellos. Luego nos vemos. —Mi madre me da una palmadita en la espalda antes de acercarse a mi tío.

Sin todavía hacerme a la idea de que mi madre vuelva a salir con alguien, cruzo el patio para reunirme con mis amigos en la zona de la fogata. Ryan e Indy también se acercan y Kai, Miller, Isaiah y Kennedy ya están allí.

—Ey, Cruz. —Le doy la mano—. Qué alegría verte. Me alegro de que hayas podido venir.

Le doy un abrazo a su hermana antes de ponerme detrás de Hallie, rodearla por los hombros con los brazos y apoyar su espalda en mí. Los doce rodeamos la fogata, algunos sentados y otros de pie.

—La casa está increíble —dice Cruz—. Pero tengo que ser sincero: agradezco muchísimo que no la hayas intentado vender al mismo tiempo que la mía.

—¡Ey! —lo interrumpe Hallie de broma.

—No me malinterpretes. Mi casa es preciosa y se ha vendido por mucho más de lo que pedía, pero ¿este lugar? Te has superado, Hallie.

Sonríe con orgullo.

—Muchas gracias.

—¿Cuándo entregáis las llaves? —le pregunto a Wren.

—Mañana. —Se aprecia un toque de tristeza en su tono, pero sé que la mayor parte de su ser está deseando volver a casa—. Cruz ha venido a ayudarme a acabar de meter las cajas en el camión de la mudanza y mañana saldremos para cruzar todo el país.

—Te voy a echar de menos —dice mi chica.

La expresión de Wren se torna triste cuando mira a su antigua compañera de casa.

—Yo también te voy a echar de menos. Vendrás a visitarme, ¿no?

—Por supuesto. Rio y yo ya estamos buscando fechas que cuadren con su calendario de hockey.

—Podéis venir cuando queráis —interrumpe Cruz—. Nunca vais a pillar mal tiempo, independientemente de la época del año. Y la casa de nuestra familia es bastante grande. Hay sitio para todos.

—¿Te refieres para que nos quedemos todos? —pregunta Ryan.

Todo el grupo se echa a reír al unísono; sin embargo, Cruz y Wren no lo pillan. ¿Y cómo iban a pillarlo? ¿Quién esperaría que el puto Ryan Shay fuera uno de esos grupi? Pero nosotros ya sabemos que es un superfan de los hermanos Wilder.

—Por supuesto —dice Cruz—. Estoy seguro de que mis hermanos fliparán si Ryan Shay viene de visita.

—Y ya no te digo el resto del pueblo —añade Wren.

Kennedy interrumpe:

—¿A cuánto estáis de San Francisco?

—No muy lejos, pero lo suficiente como para que no se parezca en nada a una gran ciudad —explica Wren.

—Vivimos en un pueblo bastante pequeño —añade Cruz—. Pero las

tierras de nuestra familia son lo suficientemente extensas como para que cada uno de nosotros tenga su propio terreno. Dentro de poco los cuatro tendremos allí nuestra propia casa, aunque mis hermanos y yo también tenemos un piso en la ciudad para no tener que ir y venir todos los días durante la temporada.

—Suena fantástico —dice Stevie—. Es como si vivierais todos juntos pero separados.

—Eso es. —Wren sonríe y se dirige a Hallie—: Mi casa es la última que se va a construir, así que, cuando quieras venir a decorarla, eres muy bienvenida.

—Me encantaría.

—¿Necesitáis ayuda para acabar de meter las cosas en el camión de la mudanza? —pregunta Zee.

—En realidad, sí. Sería genial. —Cruz levanta el pulgar por encima del hombro—. Quedan un par de cosas grandes que me vendría bien que me ayudarais a mover.

Todos los chicos se ponen en marcha para ir a la casa de al lado, pero, cuando voy a hacer lo mismo, Ryan me detiene:

—Rio, no hace falta. Eres el anfitrión. Enseguida volvemos.

Entrecierro los ojos con recelo.

—No me avergüences, Shay. Wren es mi amiga. No le preguntes un millón de cosas sobre sus hermanos.

Luce una sonrisa para nada inocente.

—No sé de qué estás hablando.

Ryan sale al trote para reunirse con el resto y, al volverme, me encuentro a Indy, que no puede parar de reírse.

—Suena exactamente igual que tú siempre que te pones en plan grupi con él.

Cuando las otras chicas se marchan, unas a buscar a sus hijos y otras a por más bebida, me siento y coloco a Hallie en mi regazo, frente al fuego. El sol empieza a ponerse y las luces colgantes del patio se acaban de encender. Es perfecto.

—¿Qué tal ha ido con tu madre? —pregunta.

—Dios mío, Hal. No te lo vas a creer, pero mi tío Mikey y ella están juntos.

—Pues claro que lo están, cariño. —Hallie se ríe, señalando en su

dirección—. Míralos. Mira cómo contempla a tu madre. Está totalmente enamorado de ella.

Hago una mueca antes de cambiar el gesto, solo porque se me hace raro pensar en mi madre con alguien. Pero entonces entiendo a lo que Hallie se refiere cuando observo cómo Mikey la mira mientras ella habla con alguien. La mira como si fuera el centro de su universo.

La mira como yo miro a esta chica que está en mi regazo.

—Sí que lo está, ¿verdad?

—Te hace reflexionar —dice Hallie—. Él nunca se casó. Nunca nos ha presentado a nadie desde que lo conozco. Quizá siempre ha sentido eso por tu madre.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto con una carcajada—. ¿Simplemente que mi padre llegó antes?

—Lo puedo visualizar. Él y tu padre nunca se llevaron bien. No es tan descabellado pensar que quizá él la ha querido todo este tiempo.

—Vale. Vamos a dejar de romantizar la vida amorosa de mi madre. Y Dios… —Pongo una mueca rara—. Nunca más me dejes utilizar las palabras «vida amorosa» y «mi madre» en la misma frase.

Hallie se ríe con la cabeza apoyada en mi hombro.

Nos quedamos ahí sentados un rato, observando en silencio la fiesta a nuestro alrededor. Todo el mundo se lo está pasando bien, entrando y saliendo de la casa.

Nuestra casa.

—Hemos hecho un buen trabajo, Hallie Hart.

Ella sonríe.

—Hemos hecho un buen trabajo. Esta es la primera de muchas.

En esta casa se celebrarán futuras fiestas de cumpleaños y otros acontecimientos, quizá incluso algunas cenas familiares. Invitaremos a nuestros amigos. Un día, nuestros hijos invitarán a sus amigos, y me muero de ganas de brindar a nuestra futura familia la misma sensación de hogar y comunidad con la que crecimos Hallie y yo en nuestro antiguo vecindario.

Ella, sentada en mi regazo, me pasa el brazo por el hombro y, mientras observa la fiesta, casi puedo ver esa misma imagen de nuestro futuro juntos en su cabeza.

—Te quiero, Hal.

Se vuelve y me sonríe.

—Te quiero, Rio. Siempre lo he hecho. Siempre lo haré.

Hallie apoya la cabeza en la mía mientras la abrazo.

Antes, cuando éramos críos, me sentía afortunado. El amor llegó sin buscarlo. Éramos vecinos que se convirtieron en amigos y que, con el tiempo, se enamoraron. Pero esta vez parece que nos lo hemos ganado. Estamos enamorados porque nos lo hemos trabajado. Decidimos perdonar y entendernos el uno al otro.

Esta segunda oportunidad no parece cuestión de suerte. Parece una recompensa.

—Mira quiénes han podido venir —digo mientras el hermano y el padre de Hallie entran al patio.

Me voy a levantar, pero Hallie no se mueve de mi regazo.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —Ella lo observa desde la distancia.

Sí que tiene buen aspecto. Parece más sano y más fuerte que la última vez que lo vi. Tiene mejor color. Ha ganado un poco de peso.

—Tiene muy buen aspecto.

Esboza una sonrisa de alivio y, cuando me voy a levantar, me para otra vez.

—Espera. Rio, mira.

Miro hacia donde ella indica y veo cómo mi madre y su padre hacen contacto visual desde el otro lado del patio. El señor Hart se queda paralizado, igual que mi madre.

Por lo que sé, no se han visto ni hablado desde el día en que ambos descubrieron lo de sus respectivas parejas, independientemente de que fueran grandes amigos antes. La verdad es que no lo pensé cuando los invité a los dos a la fiesta.

Parece como si la música se hubiera silenciado de golpe. Parece como si el patio se hubiera vaciado. Solo puedo centrarme en ellos dos y rezar para que la cosa vaya bien.

El rostro del señor Hart se ilumina con una sonrisa y veo otra reflejada en la cara de mi madre antes de que cruce el patio rápidamente para encontrarse con él.

Se abrazan. Se abrazan de la forma en la que lo harías con un viejo

amigo al que hace mucho que no ves, porque eso es exactamente lo que son.

Joder, me dan ganas de llorar. Es más emotivo de lo que suponía. Echo un vistazo a Hallie y veo que se siente igual, con la nariz enrojecida y los ojos brillantes.

Después de tantos años, esta parte de las familias DeLuca y Hart vuelve a estar bien.

—Vamos a saludar —sugiero, y esta vez, al levantarme, Hallie se alza conmigo.

Cogidos de la mano, vamos hasta donde se encuentran nuestras familias, pero, cuando estamos cerca, Hallie me suelta y se apresura a dar un abrazo a su padre.

—Pequeña Hallie. —Cierra los ojos y estrecha aún más a su hija—. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, papá.

Con la reforma en marcha y el repleto calendario a causa de mis partidos, no hemos podido volver a Minesota desde que estuvimos allí en el hospital. Pero tenemos planeado un viaje de una semana y quedarnos en casa de Luke a mediados de junio; además, todos vendrán para la fiesta del Cuatro de Julio.

Hablando de Luke, después de abrazar a mi madre, se vuelve hacia mí:

—Hola, tío —digo con una sonrisa.

—Esta casa es mortal.

—Es todo cosa de tu hermana.

Da un paso al frente, abre los brazos y nos damos un abrazo rápido.

Hemos hablado un par de veces y ha estado bien, charlar y ponernos al día. Echaba de menos a mi viejo amigo y estoy feliz de que haya vuelto a mi vida.

También abrazo a su mujer y luego me agacho a la altura del pequeñín que se sujeta a la pierna de su padre.

—Este es Hudson —dice Luke, poniendo la mano en la cabeza del niño—. Hudson, este es nuestro amigo, Rio.

—Hola, hombrecito. —Le tiendo el puño y, después de un segundo, Hudson sonríe y me choca con el suyo con todas sus fuerzas—.

¡Jopé! —Sacudo la mano—. Eres superfuerte.

Hudson suelta una risita y estira el puño para hacerlo de nuevo. Sigue golpeándolo contra el mío hasta que ve a Hallie y entonces se dirige hacia su tía para saludarla.

Me levanto y miro a su padre.

—Hola, señor Hart. —Mientras lo abrazo, me da un par de palmaditas en la espalda—. Estoy tan contento de que hayáis podido venir.

—Gracias por la invitación. Tengo ganas de ver la casa.

—Hal, deberías ir a enseñársela. Muéstrales todo lo que has hecho.

Sonríe emocionada y, aunque me encantaría ir con ella, sé que quiere lucirse ante su padre. En la misma medida, sé que él quiere ser testigo de cómo ella está haciendo realidad sus sueños, en especial después de haberlos pospuesto durante tanto tiempo.

De hecho, la semana pasada, él y yo hablábamos sobre eso por teléfono. Bueno, el propósito de esa llamada era por un motivo completamente diferente, que en estos momentos está escondido en mi bolsillo, pero también me aseguré de que supiera que estaba cuidando a su hija, tal y como él me pidió. Me aseguré de que supiera que Hallie era feliz porque, a fin de cuentas, es todo lo que quiere para ella.

Se puede sentir la energía de Hallie en el ambiente cuando guía a su familia hacia el interior de la casa y les explica todo lo que ha cambiado. No puedo evitar mostrar esa estúpida sonrisa en la cara mientras la veo en su salsa. Es algo permanente ahora, os lo juro.

Vuelvo a la zona de la fogata y veo que los chicos han regresado de la casa de Wren, así que me siento con los cuatro mientras Isaiah me pasa una cerveza.

—Bien. —Zee da un trago a la bebida—. Tienes la casa. Tienes la chica. ¿Qué es lo siguiente?

Miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie nos observa, en especial Hallie, y saco el anillo del bolsillo.

—Tengo que preguntarle si quiere que sea para siempre.

Después de echar ellos también un vistazo a su alrededor, como si fuera algún tipo de club secreto para chicos, todos se inclinan hacia delante. Zee es el primero que coge el anillo y se lo van pasando

para que todos puedan verlo.

—Claro que sí, Rio. —Kai choca su botellín contra el mío.

—Ha quedado increíble. —Ryan le da la vuelta al anillo en los dedos, examinándolo desde todos los ángulos—. Indy me lo había contado, pero es mucho mejor de lo que me imaginaba.

El anillo de compromiso no es una reliquia familiar ni nada por el estilo. En nuestra familia no tenemos el mejor historial en cuanto a matrimonios se refiere, así que este es nuevo y todito para Hallie. Y sí, algún día se convertirá en algo que podamos pasar a nuestros hijos y nietos, pero ella será la primera en llevarlo.

Indy me acompañó a la primera cita con el joyero, aunque, en cuanto estuvimos allí, me di cuenta de que no necesitaba tanta ayuda como había creído. No hay nadie que conozca a mi futura mujer mejor que yo.

La mezcla de oro blanco y amarillo de la alianza grita Hallie Hart por los cuatro costados y me muero de ganas de verla en su mano. Y es muy apropiado que vaya a ser hoy, ya que acaba de hacerse las uñas y lleva una de cada color.

Me devuelven el anillo y lo guardo con cuidado de nuevo en el bolsillo.

—¿Crees que dirá que sí? —pregunta Isaiah.

Todos volvemos la cabeza hacia él.

Levanta las manos.

—¿Qué pasa? Es una pregunta válida.

Kai le da un manotazo a su hermano en el hombro.

—Supongo que siempre podría haberla llevado a Las Vegas y emborracharla para asegurarse de que se casara con él.

Esboza una sonrisa ladina.

—A mí me funcionó muy bien.

Sacudo la cabeza mientras me río.

—Va a decir que sí. Hemos estado hablando de casarnos desde…, joder, ni me acuerdo. Parece que siempre hemos sabido que nos casaríamos.

—¿Cuándo vas a hacerlo? —pregunta Zee.

—Esta noche, cuando os marchéis todos.

Ryan le da un trago a la bebida.

—¿Y cómo?

—Voy a llevarla al tejado y lo haré allí.

Los cuatro me miran como si delirara, pero seguro que si les hubiera contado mi plan a sus mujeres en vez de a ellos habría recibido la aprobación rotunda de las cuatro.

Y se siguen preguntando por qué me gusta ir a la noche de chicas.

Pero siento que no tengo que explicar a nadie más por qué he elegido ese lugar para la propuesta. Ella lo entenderá. Hallie y yo nos enamoramos en el tejado que comunicaba las casas de nuestros padres. Le voy a pedir que pase el resto de su vida conmigo en nuestro tejado.

Max Rhodes llega a paso ligero hasta su padre, resoplando de tanto correr por todas partes. Da un trago por la pajita de la botella de agua que le sostiene Kai y, sin decir palabra, se da la vuelta y se marcha a toda prisa para seguir jugando con los otros niños.

Los cuatro —Max, Taylor, Navy e Iverson— corren persiguiéndose entre ellos, pero Emmy está en la planta de arriba, durmiendo en una de las habitaciones libres. El teléfono de Kai está apoyado en el reposabrazos y muestra el monitor para bebés en la pantalla.

—¿Hallie y tú os vais a añadir al equipo? —pregunta Ryan mientras señala con la cabeza a los críos.

—Con suerte, algún día. Pero se ha pasado mucho tiempo cuidando de otra persona, así que quiero asegurarme de que Hallie puede hacer todo lo que quiere antes de que empecemos a intentarlo. Pero sí, en algún momento, sí que querremos.

Zee choca su botellín contra el mío.

—Bien hecho.

Las chicas están en la terraza, charlando y riendo. Hallie se une a las otras cuatro después de enseñarle la casa a su familia y, en cuanto llega, Miller le pasa el brazo por el hombro y la mete en la conversación como si hubiera formado parte de ella todo el rato.

Parece tan cómoda, como si las conociera desde hace mucho más tiempo del que las conoce.

Hallie simplemente encaja, aunque no es ninguna sorpresa. Siempre ha sido extrovertida y amable, y ahora estoy incluso más agradecido de que sea quien es. Entrar en un grupo ya asentado de

nueve amigos podría ser intimidante para cualquiera, pero no para ella. Nosotros siempre hemos estado predestinados a volver a encontrarnos y ella siempre ha estado destinada a formar parte de este grupo.

Ni me imagino que esto pudiera ser de otra manera.

Veo cómo mis amigas captan la atención de sus parejas desde el otro lado del patio. He sido testigo de ello durante años. Ese contacto silencioso en medio de una habitación abarrotada. Una dulce sonrisa antes de seguir con la conversación. Un guiño discreto. Un pequeño gesto.

Siempre me he sentido como una carabina que capta un momento privado del que no se suponía que debía formar parte, pero, al mismo tiempo, era algo que anhelaba en mi propia vida.

Siempre he querido lo que tenían mis amigos.

Siempre he querido lo que tuve una vez.

Mientras me fijo en el grupo de mujeres, Hallie, en medio de una conversación, cruza con sus ojos color avellana el patio hacia mí. Mantiene el contacto visual un rato, todavía hablando, aún plenamente metida en la conversación, y mi sonrisa se refleja en la suya.

Ella es todo lo que siempre he querido, todo lo que he buscado. Todo lo que estaba desesperado por encontrar porque ya la había encontrado una vez y sabía que ella faltaba en mi vida.

Las cinco se acercan hacia donde estamos nosotros. Aunque no podrían ser más distintas, se llevan muy bien.

Hallie se coloca en mi regazo mientras las otras se acercan a su pareja.

Somos diez. Como siempre debió ser.

El sol se ha puesto, pero sigue habiendo un poco de luz para ver esa sonrisa feliz en los labios de Hallie.

—Me podría acostumbrar a esta vida —dice en voz baja.

—Te sienta bien.

Sus ojos color avellana brillan.

—Te quiero.

Me río porque, joder, nunca me voy a cansar de oírselo decir.

—Hallie, cariño, te quiero.

—Rio —me llama Indy desde el otro lado de la fogata, sentada en el regazo de su marido—. Ryan quiere decirte algo.

Todos nos volvemos hacia él.

—Eh… —vacila, e Indy le hace un gesto para animarlo—. Yo solo quería que supieras… —Se aclara la garganta—. Te quiero, tío.

Abro los ojos de par en par cómicamente mientras todos los demás se quedan en silencio.

Llevo años esperando oírle decirme eso.

—No sé, Ryan. —Muevo la cabeza mientras lo observo desde el otro lado de la fogata—. No me ha tocado la fibra como siempre me imaginé que lo haría.

—Joder, que te den.

Todos nos echamos a reír.

Miller se ríe entre dientes.

—No ayuda que Hallie le dijera que lo quería como dos segundos antes que Ryan. No sé cómo puedes superar eso.

—Sí, claro… —resopla Ryan—. Solía ser yo el amor de su vida.

Hallie le sonríe.

—Lo siento, Ryan.

—¿Quién habría pensado —dice Indy— que Rio encontraría a alguien a quien amaría más que a mi marido?

Planto un beso en el hombro de Hallie antes de rodearle la cintura con los brazos.

—Ryan, yo también te quiero, tío. Menos que a ella, pero también te quiero. Os quiero a todos. —Miro a todo el grupo—. Los amigos son la familia que elegimos y he de decir que tengo la mejor familia que un tío pudiera pedir.

—Desde luego.

—Claro que sí.

—Así es —se repite a mi alrededor al tiempo que todo el mundo se inclina hacia delante para juntar lo que sea que cada uno está bebiendo en un brindis.

Todos damos un trago y luego Hallie se apoya en mi pecho y sigue la conversación como siempre. Riéndonos, vacilándonos y, claro, hablando de cosas más serias.

Me siento hacia atrás y veo a nueve de las personas más

importantes de mi vida.

Soy el hombre más afortunado del mundo, en serio.

Cuando era pequeño, recuerdo lo mucho que quería tener un hermano. Alguien con quien jugar a hockey. Alguien con quien hablar. Alguien que me entendiera.

No tenía ni idea de que, ya de adulto, iba a acabar teniendo ocho.

Estas chicas son prácticamente mis hermanas y no cabe ninguna duda de que estos tíos se han convertido en mis hermanos.

Me he pasado años quejándome por ser el único soltero del grupo, el que no encajaba. Pero, aunque haya sido el último, ¡qué suerte he tenido de ver en primera fila cómo se enamoraba cada uno de mis mejores amigos!

Fui testigo de cómo Zanders se deshacía de esa fachada que había usado tanto tiempo para dejar que la azafata del avión de nuestro equipo descubriera su auténtico yo.

Fui testigo de cómo Stevie aprendió a amarse a sí misma tanto como el arrogante jugador de hockey que la seguía a todas partes la ama. Como todos la amamos.

Fui testigo de cómo Indy salía de una relación para la que no estaba predestinada y aprendía a ser amada de una forma nueva y más calmada.

Fui testigo de cómo Ryan dejaba que alguien entrara en su casa y en su corazón después de haberle cerrado la puerta a todo el mundo durante tanto tiempo, solo para que el rayo de luz más luminoso entrara e iluminara cada espacio oscuro que tocaba.

Fui testigo de cómo Kai aprendía a pedir ayuda, y que esa ayuda llegara en forma de una chef repostera temperamental que le enseñó a divertirse de nuevo.

Fui testigo de cómo Miller dejó de huir y echó más raíces de las que nunca habría imaginado al enamorarse de un padre soltero y su hijo.

Fui testigo de cómo Kennedy aprendió a amar y ser amada gracias a su marido, que se niega a pasar un día sin demostrárselo.

Fui testigo de cómo Isaiah se empeñaba en mostrarle a su esposa quién era detrás de esa sonrisa, al tiempo que se abría de par en par a la única mujer a la que le ofrecía su corazón.

Fui testigo de cómo a Hallie, con su maldito orgullo, se le iba ablandando de nuevo el corazón. Me perdonó al tiempo que seguía luchando por sí misma.

Y yo…, bueno, yo encontré el amor porque siempre ha estado ahí, esperándome, incluso cuando me cuestioné su existencia. De hecho, lo encontré justo en la puerta de al lado, donde siempre había estado.

Me siento tan increíblemente afortunado por ir por la vida acompañado de estas nueve personas.

Excepto Indy, somos un grupo de gente procedente de otros lugares que ha encontrado un hogar en la ciudad del viento… y en el resto de nosotros.

Hablo en nombre de los diez cuando digo: no hay ningún otro lugar en el que querríamos estar.

FIN

Agradecimientos

Lo más probable es que esto sea un poco rollo, pero escribo libros de más de cuatrocientas páginas, así que ¿de verdad nos sorprende? Pilla algo para picar y toma asiento. Acabo de terminar mi primera serie (¡qué fuerte escribir esto!), así que me voy a tomar mi tiempo.

Primero, como siempre, os quiero dar las gracias a todas vosotras, las lectoras. Si no fuera porque os gustan y emocionan mis libros, no habría tenido la oportunidad de ganarme la vida contando historias. Cuando empecé esta serie, era azafata de vuelo de un equipo de hockey (¡holi, argumento de *Rozando el cielo!*) y seguí trabajando allí hasta que terminé *Siguiendo el juego*. *Volviendo a empezar* ha sido el primer libro que he escrito como autora a tiempo completo. Aunque llevo años escribiendo, cuando la gente me preguntaba a qué me dedicaba, siempre les respondía que era azafata de vuelo. Principalmente porque decir que era escritora me parecía poco realista y una quimera. El otro día estaba en mi cafetería habitual acabando los últimos capítulos de este libro y el barista me preguntó a qué me dedicaba. Fue la primera vez que puedo recordar decir «soy escritora» en alto y resultó una inesperada revelación: puedo contar historias, vivir de mi imaginación, compartir mi amor por la novela romántica y llamarlo «trabajo», y todo gracias a vuestro amor por esta serie. Así que GRACIAS por hacer mis sueños realidad. Os estoy realmente agradecida a todos.

Esta parte es un poco más dura, pero es una parte fundamental de cómo este libro ha llegado a ser lo que es. Cuando desarrollé la trama del libro, en especial la parte de Hallie, pensé que podría ser terapéutico para mí escribir sobre los sentimientos que surgen cuando alguien tan joven tiene un padre enfermo. Me pasé gran parte de mi veintena y los primeros años de mi treintena preocupada por un padre enfermo, pero, por suerte para mí, al contrario que para Hallie, tuve un hermano muy involucrado que siempre compartió esa responsabilidad conmigo. La semana que empecé a escribir este libro ingresaron a mi madre. Durante los tres meses que

me llevó escribirlo, me quedé con ella en el hospital y, de pronto, todos aquellos sentimientos que pensaba que sería terapéutico poner por escrito se convirtieron de nuevo en mi realidad. Hubo ocasiones en las que quise replantearme el argumento en lo que respecta a Hallie porque mi vida real ya era lo bastante dura, pero entonces Hallie se convirtió en ese lugar seguro donde soltar todo lo que sentía en aquel momento. Fue terapéutico escribirlo, pero de una forma diferente a la que había imaginado al principio. Hallie se convirtió exactamente en lo que necesitaba en el momento justo.

Dicho esto, la segunda persona a la que quiero dar las gracias es a mi hermano, Andrew. Si no fuera porque él dio un paso al frente y se hizo cargo de las necesidades de mi madre para que yo pudiera concentrarme y sumirme en la escritura, nunca habría acabado este libro a tiempo.

A Allyson, que ha estado ahí desde el principio. Bueno, has estado ahí desde la primera vez que te dije que había escrito un libro (que fue como un año después de haberlo escrito, ya que lo mantuve en secreto a todos mis amigos y a mi familia durante tanto tiempo como fue posible). Así que, básicamente, has estado ahí desde el principio y te estoy muy agradecida. No me puedo creer que nos hayamos pasado años hablando de que trabajaras conmigo y ¡por fin ha sucedido! Tengo tanta suerte de tenerte entre mis mejores amigas y es un sueño hecho realidad que ahora también formes parte de mi equipo.

A Sierra y Chas. Gracias por todo lo que hacéis. Ya sea crear contenido, animarme con el primer borrador o enviarme selfis llorando. Os quiero mucho.

A Sam, mi asistente personal desde poco después de publicar *Rozando el cielo*. Te aprecio mucho y me siento muy agradecida por contar contigo.

A Acacia, gracias por crear esas portadas con esos impresionantes *skylines* que se han convertido en una marca tan reconocible de la serie. Valoro muchísimo tu creatividad y lo que has hecho por mis libros.

A Erica, ¡no puedo creer que hayamos terminado toda una serie juntas! Estoy tan agradecida por tenerte en mi vida y por tu

amistad. Siempre he valorado muchísimo tu punto de vista y me siento muy afortunada de poder contar con tu apoyo.

A Jess y al equipo de SDLA, porque, gracias a vosotros, ¡ahora puedo ver mis libros en las tiendas! Millones de gracias por todo el trabajo que hacéis entre bambalinas para que mis libros tengan éxito y que los lectores puedan acceder a ellos con facilidad.

A Lucy y el equipo de Hodder, y a Jessica T y el equipo de Entangled, gracias por apostar por mí y esta serie. Ha sido increíble no solo tener la oportunidad de ver mis libros en las tiendas, sino también de contar con todo vuestro apoyo.

Y a Marc. Cinco de cinco, amigo mío. Confía en el proceso, ¿sabes a lo que me refiero?

Vuelven los deportistas de Chicago y la saga de sports romance más exitosa de TikTok: *La Ciudad de los Vientos*.

Prepárate para enamorarte de Río..



Hallie

A los once años, mi familia se mudó al lado de la suya. A los dieciséis, nos enamoramos el uno del otro. Y a los diecinueve, nos rompimos mutuamente el corazón. Seis años después, he conseguido unas prácticas con un afamado diseñador de interiores en otra ciudad. Por desgracia, la misma en la que él juega al hockey.

Pensaba que Chicago era lo bastante grande como para evitarlo, hasta que la vida me sorprende y, sin saberlo, me mudo justo a la puerta de al lado. ¿Lo peor? El proyecto de reforma que me han asignado, con el que espero convertir esas prácticas en el trabajo a tiempo completo de mis sueños…, es su casa.

Puede que una vez amara a Rio DeLuca, pero ya no soy esa chica.

Rio

Nunca pensé que sería el último soltero de mi grupo de amigos. Pero tras años intentando encontrar el amor, he llegado a la conclusión de que quizá ya no exista para mí. Eso hasta que, sin querer, contrato a Hallie Hart para que reforme mi casa, y nuestra vieja historia me hace evocar recuerdos que he mantenido en secreto durante años.

A ver, hay algo que mis amigos no saben.

Esa conexión que perseguía desde que me mudé a Chicago, esa persona a la que algunos buscan durante toda la vida... Yo ya la había encontrado a los doce años. Y, ahora, la única chica a la que he amado se muda a la casa de al lado. Otra vez

Liz Tomforde es una autora de romance contemporáneo cuyas novelas deportivas representan relaciones realistas y sanas. En ellas encontrarás protagonistas masculinos fuertes pero al mismo tiempo vulnerables, y mujeres dispuestas a todo. Nacida en California del Norte, es la más joven de cinco hermanos. Adora todo lo romántico, viajar, los perros y el hockey. Cuando no está de viaje o escribiendo, puedes encontrarla leyendo un buen libro o dando un paseo por las montañas de Sonoma con su perro Luke, un golden retriever.



Título original: *Rewind it Back*

Primera edición: junio de 2025

© 2024, Liz Tomforde
Publicado originalmente por Hodder & Stoughton
Traducción publicada por acuerdo con Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
Todos los derechos reservados
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Yolanda Casamayor y Amaia Zorriqueta, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Ever After Cover Design
Imágenes de portada: ©Adobe Stock / © Unsplash

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87598-75-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Volviendo a empezar
Playlist
1. Rio
2. Hallie
3. Rio
4. Rio
5. Hallie
6. Rio
7. Hallie
8. Rio
9. Hallie
10. Hallie
11. Rio
12. Rio
13. Rio
14. Hallie
15. Rio
16. Rio
17. Hallie
18. Hallie
19. Rio
20. Rio
21. Hallie
22. Hallie
23. Rio

24. Hallie
25. Rio
26. Rio
27. Hallie
28. Rio
29. Hallie
30. Hallie
31. Rio
32. Hallie
33. Rio
34. Hallie
35. Rio
36. Hallie
37. Rio
38. Hallie
39. Rio
40. Hallie
41. Hallie
42. Hallie
43. Rio
Epílogo. Rio
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Liz Tomforde
Créditos